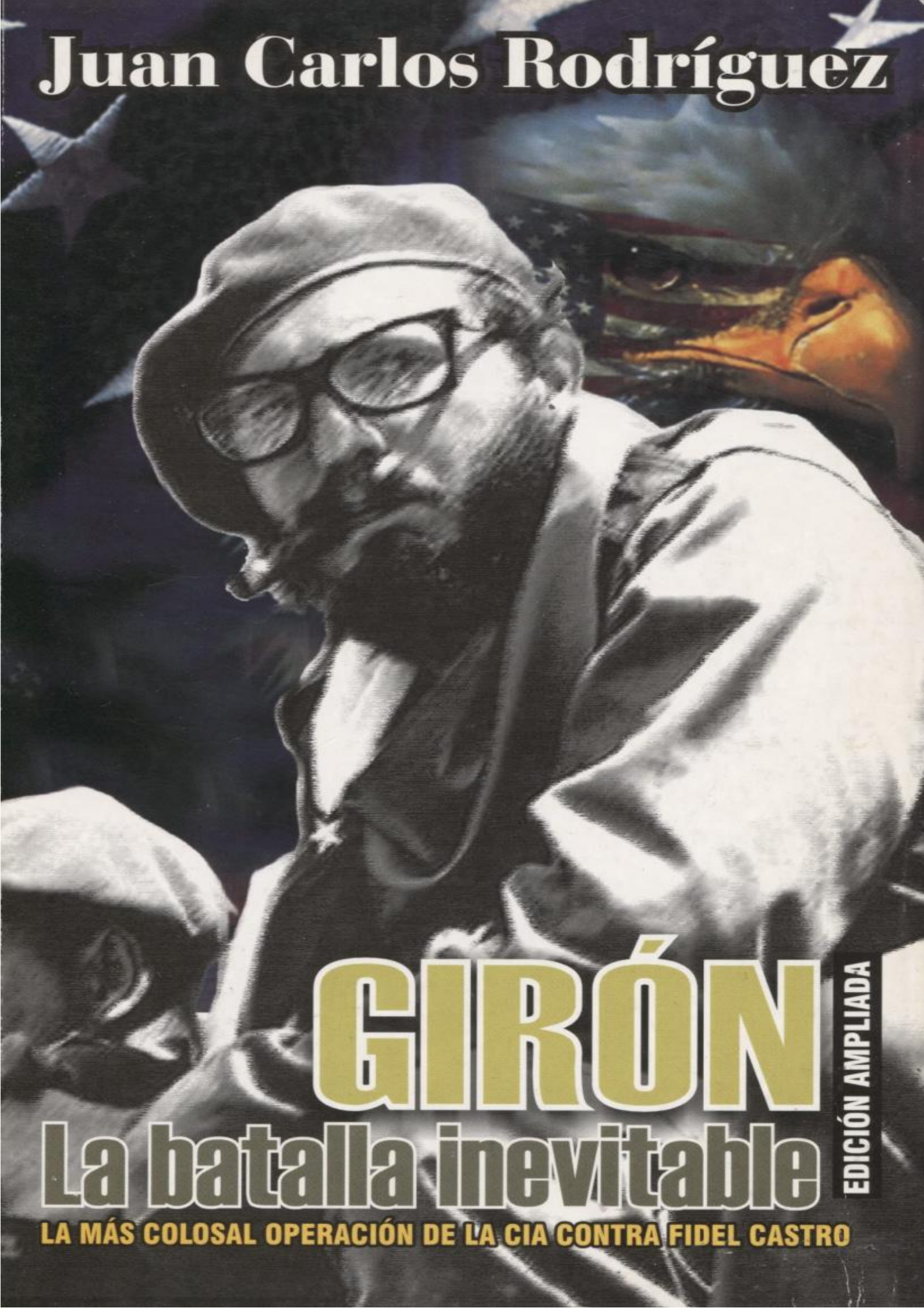
Juan Carlos Rodríguez
GIRÓN
La batalla inevitable
EDICIÓN AMPLIADA
LA MÁS COLOSAL OPERACIÓN DE LA CIA CONTRA FIDEL CASTRO

Juan Carlos Rodríguez

GIRÓN
La batalla inevitable

LA MÁS COLOSAL OPERACIÓN DE LA CIA CONTRA FIDEL CASTRO

EDICIÓN AMPLIADA

EDITORIAL

Editorial Capitán San Luis
La Habana, 2005

Edición: **Iraida Aguirrechu Núñez**
Corrección: **Martha Pon Rodríguez**
Diseño: **Eugenio Sagués Díaz**
Realización computarizada: **Beatriz Pérez Rodríguez**

© Juan Carlos Rodríguez, 2005
© Sobre la presente edición: Editorial Capitán San Luis, 2005

ISBN: 959-211-271-1

Editorial Capitán San Luis. Ave. 25 no. 3406 entre 34 y 36, Playa,
Ciudad de La Habana, Cuba

Reservados todos los derechos. Sin la autorización previa de esta Editorial queda terminantemente prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, incluido el diseño de cubierta, o transmitirla de cualquier forma o por cualquier medio.

A Fidel, artífice de la victoria de Playa Girón, que incrustó en la historia de América la Revolución Cubana, y quien 45 años después continúa siendo su principal salvaguarda.

A José Ramón Fernández,
Héroe de la República de Cuba,
quien alentó esta obra,
removió obstáculos y la sostuvo
hasta el final.

La capacidad para ser héroe se mide
por el respeto que se tributa
a los que lo han sido.

JOSÉ MARTÍ

1959 es una oportunidad nueva que les ofrece
la vida, es como si dejáramos una hoja en blanco
sobre la cual ustedes escribirán,
con su actuación, el curso de sus vidas.[1]

[1] Horóscopo aparecido en la revista *Bohemia,* en diciembre de 1958, justo una semana antes del triunfo de la Revolución.

Prólogo

La batalla inevitable *constituye un testimonio que se adentra en los orígenes, desarrollo y clímax de una etapa del proyecto norteamericano para liquidar la Revolución Cubana, cuyo desenlace final fue la derrota de la Brigada de Asalto 2506, en las arenas de Playa Girón.*

La obra se sustenta en una acuciosa investigación, donde resalta lo inédito o poco conocido. Pero quizás, lo que más llama la atención y sorprende, es la magnitud del proyecto de la CIA, que no descuidó ningún detalle, tanto militar, económico como político; preparación y desencadenamiento de una guerra de insurgencia en zonas montañosas; verdadera desestabilización subversiva en el país y su forma más relevante, el terrorismo; el clima psicológico; los centros de reclutamiento y entrenamiento y la óptima preparación de estas fuerzas para un enfrentamiento convencional con alcance limitado y que incluyó en su aseguramiento detalles tan sofisticados como los sombreros-mosquiteros para protegerse el rostro de las molestas picadas de insectos; los medios técnicos de que dispusieron, la integración, estructura de las fuerzas y el trabajo ideológico con sus miembros; la función manipuladora y hegemónica de los jefes militares y políticos norteamericanos.

El desastroso fracaso en Playa Girón ha sido uno de los acontecimientos que más análisis, informes, artículos y libros han producido en Estados Unidos. La profunda amargura que provocó en los círculos políticos y agencias de la administración, obligaba a efectuar el recuento de qué había fallado en la casi siempre perfecta maquinaria bélica norteamericana. Y es difícil, excepto en muy conta-

das excepciones, encontrar hoy, en la literatura de ese país, una explicación a lo ocurrido en estas playas, que no esté lastrada por esquemas y presupuestos preconcebidos —ausencia de raids *aéreos, dificultades con los suministros, si la invasión debió haber sido por Trinidad, o por otro lado..., si esto o si lo otro. En la mayoría de los análisis norteamericanos no se menciona un factor tan evidente y que a la postre sería decisivo, con absoluta vigencia 45 años después, como es el hecho incuestionable de que la población cubana vivía en total clímax revolucionario, y mantenía una incuestionable cohesión de ideas políticas con Fidel y, al mismo tiempo, esperaba una invasión, incluso directa. Para los cubanos se trataba de enfrentar; rechazar y derrotar una invasión extranjera. Y existe una fuerza más poderosa que el vapor; la electricidad y la energía atómica: la voluntad de los hombres.*

El autor trata con amplitud la labor de enfrentamiento que desplegó la Revolución con el objetivo de vencer los planes del enemigo. Se destacan las acciones contra el bandidismo, la penetración del Centro CIA en La Habana y sus organizaciones contrarrevolucionarias en Cuba y Estados Unidos; la lucha contra el sabotaje, que redujo a cenizas algunos de los más importantes centros comerciales y diversas industrias del país; la liquidación de los planes de atentados contra la vida del Comandante en Jefe, los que constituyen un récord en el período previo a Girón; la labor esclarecedora de Fidel frente a los planes de intimidación al pueblo, a través de operaciones psicológicas, donde se evidenció todo el arsenal de medios, métodos y técnicas de la propaganda de guerra subversiva, con sus principales armas: Radio Swan, las bolas y los rumores, carentes de ética y de un cinismo inaudito, como aquellas que impulsaron la operación de la "patria potestad", encaminada a violentar los más puros valores de la familia cubana.

Debemos decir que la concepción de la operación, desde el punto de vista estratégico y táctico, no fue un error; escogieron una porción de tierra donde podían desembarcar, donde había una pista de aviación, construcciones, y que estaba separada de la tierra firme por un pantano, a través del cual solo había tres accesos por carretera y sobre estos lanzaron a los paracaidistas; venían bien organizados, bien armados, con un buen apoyo, pero les faltó la razón, la

justeza de la causa que defendían. Por ello no combatieron con el ardor, el valor, la firmeza, el denuedo y el espíritu de victoria con que lo hicieron las fuerzas revolucionarias.

De aquí lo extraordinario del alcance de la victoria del pueblo cubano, como seguramente sorprendió al gobierno de Estados Unidos, que esperaba otros resultados. Y eso solo se explica por el coraje de un pueblo que vio en el triunfo del 1ro de enero la posibilidad real de dirigir sus propios destinos, razón por la cual vistió con orgullo la camisa azul de mezclilla, la boina verde olivo y se dispuso a combatir con la certeza de que no pasarán.

El hombre que aclamó a Fidel Castro en su recorrido triunfal por casi toda la isla, durante los primeros días de enero de 1959, es el que ya convencido de la causa, fusil en mano, el 17 de abril de 1961, está decidido a resistir y vencer la agresión norteamericana. En ese corto período de tiempo, la obra revolucionaria y, en especial la prédica de Fidel, calaron hondo en los sentimientos del cubano. La gente se identificó con los conceptos de soberanía nacional, justicia social, igualdad, dignidad. La Revolución había resuelto el problema de la tierra, daba pasos seguros y tangibles para liquidar la discriminación racial y de la mujer, aseguraba el acceso de las grandes masas al trabajo, a la educación, a la salud pública, al deporte, a la cultura; en la conciencia popular se enraizaba la erradicación de todo tipo de corrupción.

La narración que hace el autor alrededor de los cambios a partir de 1959 en la Ciénaga de Zapata, futuro teatro de operaciones —además de su valor estético-político—, constituye una demostración concreta de las realizaciones económicas y sociales alcanzadas en tan corto tiempo.

"El pueblo cubano vivía momentos cumbres de patriotismo y fervor revolucionario y el apoyo a la Revolución y a su líder Fidel Castro mostraba una espiga como nunca antes la había logrado ningún gobernante en el hemisferio" —señalaba el autor y ello será la causa fundamental de la derrota mercenaria. "¡Levántate, que llegó la invasión y los americanos están atacando! ¡En la Ciénaga están los americanos!" Eran las voces que corrían de casa en casa en el pueblo de Jagüey Grande, el más próximo al escenario del desembarco. Creían que se trataba de marines yanquis y se iban concen-

trando en el local de la milicia, el gobierno municipal y el cuartel del Ejército Rebelde, reclamando armas e instrucciones.

Los millones de cubanos que, como los pobladores de Jagüey, se dispusieron a resistir, o aquellos que enfrentaron la invasión directamente y dieron sus vidas o vencieron, o los que neutralizaron la contrarrevolución interna auténticamente anexionista, sabían por qué lo hacían. Pero, contrario a lo acontecido a otros pueblos, el nuestro no estaba desarmado ni desorganizado al producirse la agresión.

Mas, ni siquiera la necesidad de defender la Revolución ante tan descomunal peligro, llevó a Fidel a hacer concesiones. Ser miliciano no era fácil. Había que ganarse ese derecho.

Me encontraba en el campamento de la Escuela de Cadetes de Managua, ubicado en la desembocadura del río La Magdalena, en la vertiente sur de la Sierra Maestra. Desde allí subíamos al Pico Turquino. La orden era ascender veinte veces y cuando llevábamos cumplida la mitad de la misión, recibí la orden de presentarme ante el Comandante en Jefe, aquí en La Habana. Él me indicó buscar un lugar para instalar una escuela en la que daríamos cursos a un numeroso grupo de trabajadores, dirigentes sindicales y estudiantes seleccionados quienes después dirigirían, a su vez, los batallones de milicias. Debo decir que cuando tuve contacto con ese primer curso, ya, por indicación de Fidel, sus integrantes habían escalado cinco veces el Turquino.

Pocas semanas después de organizado este curso en la Escuela de Responsables de Milicias en Matanzas se comienzan a organizar los batallones de milicias. Fidel me manda a buscar para que me hiciera cargo de dirigir el entrenamiento de los batallones de la capital. Es cuando nos pregunta a qué prueba los vamos a someter para medir su voluntad, firmeza, y decisión de ser milicianos.

Recuerdo que Fidel propuso que fueran y regresaran en una jornada desde Managua hasta Santa Cruz del Norte. Buscamos el mapa, medimos la distancia. Había más de 100 kilómetros, ida y vuelta. Se requería un hombre de excepcionales condiciones físicas y bien entrenado para que lo hiciera en una jornada. Era casi imposible. Finalmente, se escogió la ruta por Managua, saliendo por la carretera que conduce a Batabanó, hasta San Antonio de las Vegas, de ahí a la Ruda, saliendo a la Carretera Central, San José, Cuatro Caminos y regresaban a Managua. Ese es el origen de la famosa prueba de los 62 kilómetros.

El primer batallón en pasar la prueba y la escuela fue el 111. Se le entregaba un pequeño impreso a cada miliciano para comprobar el recorrido y se acuñaba en distintos puntos. Esa noche cayó un tremendo aguacero. Fidel se incorporó, durante la marcha, a una parte del recorrido, bajo la lluvia. Al siguiente día, por la mañana, a la hora estimada, no regresaba nadie. Suponíamos que iban a comenzar a llegar poco después del amanecer del siguiente día, pero amaneció y nadie llegó. Como a las diez de la mañana llegaron los primeros; y así, a las once, a las doce, a la una, a chorritos, la gente llegaba agotada; y después, sobre cualquier vehículo, los que no vencieron la prueba.

Cerca de las cuatro de la tarde, reúno a los cuadros de mando y estoy analizando y criticando, allí en un aula, cuando se abre la puerta y entra Fidel, le explico. Entonces me ordena que mande a formar el batallón. Organizamos a aquel despojo. Unos con más ánimo. Fidel les habló a los milicianos. A los que no habían pasado la prueba les dijo que para formar parte del batallón era necesario vencer la prueba de los 62 kilómetros y el que no, que aquello era voluntario. A los que llegaron primero, los puso a un lado y les dijo que ellos constituían la "compañía ligera de combate", que era una unidad con destino y armas diferentes, la tropa de choque. Al finalizar, expresó a los que no habían vencido que si querían, podían marcharse; los que decidieran quedarse, tendrían que repetir la caminata. Nadie se marchó. "¿Cuándo la hacemos?" —preguntó. Siempre hay exagerados y ahí los hubo. "¡Hoy mismo!", contestaron muchos enardecidos. Se decidió hacerla dos días después. Y la vencieron todos.

Es importante decir que los milicianos, durante el tiempo que duraba el curso, no vivían ni dormían dentro de los edificios, era en la hamaca, debajo de los árboles; se cocinaba con leña, a la intemperie; letrinas rudimentarias en la tierra, sin agua corriente y por ello sin duchas; no había otra luz que la de la luna y las estrellas y cuando llovía, era la lluvia y el lodo; todo el día haciendo ejercicios militares, de noche las guardias. Aquello no era fácil. Y cada batallón tenía 995 efectivos.

Al finalizar el curso, que duraba dos semanas, se entregaba a cada miliciano la boina verde que se convirtió en un emblema. La entrega de la boina era un motivo de fiesta. Las milicias se convirtieron en una gigantesca escuela de revolucionarios. Del anoni-

mato de sus filas surgieron los cuadros de mando; no vinieron de castas; obreros industriales, agrícolas, trabajadores intelectuales, estudiantes.

Los soldados y oficiales del Ejército Rebelde y de la Policía Nacional Revolucionaria eran sometidos a pruebas también muy duras. Conocedores de la guerra de guerrillas, apenas comenzaban a dominar el nuevo armamento y el arte de la guerra convencional, cuando se produjo el desembarco. Los tanquistas iban por el camino, hacia la zona del combate, aprendiendo cómo se cargaba el cañón. Los pocos pilotos que teníamos despegaban en aviones que ellos mismos calificaban de "Patria o Muerte"; no estaban ni de alta ni de baja, simplemente volaban por la inventiva de los mecánicos y el coraje de los aviadores. Los soldados de las columnas principales eran movilizados constantemente.

Todas esas pruebas, esa concepción de Fidel, que no era nueva, era de la Sierra, contribuyó mucho a la alta moral de las milicias y de las Fuerzas Armadas Revolucionarias; sobre todo en aquellos hombres de la ciudad que nunca habían tenido una vida tan rústica, día y noche; tan difícil, a la intemperie, bajo la lluvia, el sereno; factores decisivos en la derrota de las bandas armadas, de los mercenarios de Girón y factor importante durante la Crisis de Octubre. Una disposición que se ha repetido muchas veces y que ya es tradición de nuestro pueblo.

No puede dejar de mencionarse que en ese mismo espíritu, en esa pasión revolucionaria que impregnó Fidel en la Sierra, en aquellos tiempos iniciales de la lucha, han continuado educándose nuestras Fuerzas Armadas Revolucionarias, bajo la dirección de Raúl, y que son ejemplo de austeridad, honradez, abnegación y patriotismo.

Una pasión como la que se ha demostrado en los últimos tiempos, como esas que se ven, sobre todo, ante un peligro real, inminente; como fue Girón, cuya victoria asombró al mundo y preservó la Revolución, porque Fidel había desatado la fuerza del pueblo. Solo así se explica cómo se logró vencer un proyecto tan descomunal y agresivo como el que se describe en esta obra.

JOSÉ RAMÓN FERNÁNDEZ

Índice

La Hora H / 3

Un año tremendo / 19

Teams de infiltración / 47

El clima psicológico / 63

Imitar a Fidel Castro / 77

Base Trax / 91

La Jaula / 109

La llave para entrar en la CIA / 131

Rumbo a la costa sur / 149

La CIA no engañó a Fidel Castro / 177

Misión: paralizar La Habana / 193

Ya tenemos carretera / 215

¡Señores, ha llegado la hora! / 231

Un artillero en Naciones Unidas / 255

La batalla inevitable / 267

Epílogo / 343

La Hora H

La balsa de goma se separó de la embarcación rápida y sus ocupantes, cinco hombres ranas y el oficial al mando Grayston Linch, *(Gray),* silenciosos, la dirigieron hacia la costa. Sus rostros, al igual que las ropas que usaban, trusas, camisetas y patas de rana, estaban teñidas de negro.

Remaron hacia el extremo derecho, donde un alto malecón les ocultaría de cualquier mirada furtiva, aunque los informes de Inteligencia señalaban que la zona estaba prácticamente despoblada, y los pocos cubanos en tierra eran constructores que edificaban un centro turístico y que por ser domingo, se encontrarían en sus casas, en lugares distantes.

La información era exacta.

Un rato después, al comprobar que la profundidad era aproximadamente de dos brazas, los cinco nadadores se sumergieron. Grayston permaneció tendido sobre la balsa, con el cañón de su fusil automático apuntando sobre la proa.

Los hombres ranas se estacionaron a intervalos, y comenzaron a nadar hacia la playa observando el fondo del mar en busca de obstrucciones.

Los pasos entre los obstáculos que se alzaban en el fondo marino fueron señalados con boyas; y los puntos más convenientes para varar los lanchones LCU y LCVP que conducirían los equipos blindados, las armas pesadas y las tropas, marcados con luces de posición, visibles solo desde el mar, donde aguardaba la flota.

Era la Hora H del Día D. La Brigada de Asalto 2506 se aprestaba a realizar un desembarco anfibio y aéreo, con la misión de conquistar una cabeza de playa en una franja de tierra firme, de naturaleza inhóspita y vegetación exuberante, aislada del resto de la isla de Cuba por una vasta ciénaga. Allí establecerían una base desde la cual realizarían operaciones terrestres y aéreas contra el gobierno de Fidel Castro, y entre los días D+3 y D+5, se constituirían en un gobierno provisional, y solicitarían a las naciones occidentales, en particular latinoamericanas, reconocimiento oficial y ayuda militar para su consolidación. A tales fines, un mes antes se había anunciado al mundo la formación del Consejo Revolucionario Cubano (CRC).

Un hombre no comprometido con los gobiernos anteriores, quien había ocupado el cargo de primer ministro en el gabinete revolucionario de enero de 1959, José Miró Cardona, emergió como presidente. Media docena de otras personalidades de la vida política cubana figuraban en el ejecutivo, que era considerado el núcleo del gobierno provisional.

Aunque toda la operación corría a cargo del gobierno estadounidense, se habían tomado las medidas para que apareciera ante el mundo como una acción de los exiliados cubanos contrarios a Fidel Castro. Esa era la condición básica.

Antes de aprobar el plan, el presidente John F. Kennedy había insistido en que no habría una abierta participación de las fuerzas armadas de Estados Unidos. Su decisión estaba determinada por la correlación de fuerzas entre el este y el oeste en ese momento. El Presidente norteamericano sabía que si autorizaba la intervención de la marina o la aviación, no podría pensar en la derrota, y ello supondría un probable ataque masivo contra Cuba, lo que podría llevar a EE.UU. a una guerra con la URSS o la pérdida de Berlín, donde esta potencia podría tomar la iniciativa; sin anular su acción en cualquier otro lugar del planeta. Además, y no menos importante, un ataque contra Cuba supondría una resistencia enconada de los partidarios de la Revolución, que según algunos estimados de Inteligencia constituían una abrumadora mayoría.

Teniendo en cuenta la decisión del ejecutivo, la Operación Pluto había sido preparada y aprobada por sus gestores para ser ejecutada con éxito sin la ayuda masiva norteamericana. El desembarco estaba inspirado en la operación anfibia más compleja de toda la

guerra del Pacífico: el asalto a Okinawa; y en la de Inchón, en Corea del Norte. Allí, los norteamericanos se habían tenido que enfrentar a costas sin puertos, donde los puntos de desembarco eran playas. No era casual entonces que al frente de la Brigada 2506 se encontrara el coronel del US Marine Corp. Jack Hawkins.

Pero a diferencia de las playas de Okinawa, infestadas de nidos de ametralladoras, las de Bahía de Cochinos se encontraban prácticamente desguarnecidas. Fidel Castro conocía de los preparativos de una invasión. No es posible ocultar del enemigo la preparación de un ataque convencional, frontal y masivo. La historia es testigo de ello. Pero la dirección del Gobierno Revolucionario desconocía dónde, cuándo y cómo sería la invasión. Debido a esto había tenido que diseminar sus fuerzas a lo largo de una isla con 5 746 kilómetros de costas. Otro golpe de suerte para la Brigada de Asalto se sumaba a lo anterior. El comandante Fidel Castro, varios días antes, había ordenado situar un batallón de las milicias en el lugar de desembarco, pero dificultades y carencias en la organización militar de aquellos días, impidieron ejecutar la orden, y en la madrugada del Día D, Playa Azul (Playa Girón), principal punto de la cabeza, estaba defendida solo por media docena de carboneros integrados en la milicia del lugar.

Las fuerzas militares de cierta consideración más cercanas al área de desembarco, se hallaban en el central Australia, a 30 kilómetros de Playa Roja (Playa Larga) y a 74 de Playa Azul.

La información sobre la ausencia de fuerzas enemigas de consideración en las costas se le había brindado al estado mayor de la Brigada durante el *briefing* de despedida. Por eso ahora, sobre la cubierta de los barcos que los habían trasladado desde la costa del Atlántico en Nicaragua hasta la sur de Cuba, los jefes militares observaban con inusitada ansiedad las señales lumínicas que marcaban los pasos entre los obstáculos y los puntos de desembarco. Aparecían ante sus ojos en línea recta, paralelas a la costa, brillantes como las estrellas.

Los invasores se sentían confiados y seguros; no venían ni en frágiles embarcaciones ni mal armados. La flotilla que los había conducido estaba integrada por cinco buques mercantes que llevaban 36

lanchas de aluminio de 18 pies de eslora y motor fuera de borda, dos buques de desembarco de infantería (LCI) reacondicionados como escoltas, fuertemente artillados; tres barcazas de desembarco para múltiples usos LCU y cuatro para desembarco de personas y vehículos LCVP (llevaba entre otros equipos bélicos 5 tanques) que habían sido trasladados hasta cerca de las costas por el buque-dique de desembarco LSD *San Marcos,* de la marina de EE.UU. La maniobra realizada por este, dos horas antes, había sido excelente. "Era el buque de desembarco (LCD) *San Marcos,* moviéndose rápidamente junto a la columna de buques de la invasión, exactamente al mismo tiempo. En el momento en que los buques pararon, el LSD ya tenía el 'lastre bajo': su tripulación tuvo que bombear el agua que inundaba la cubierta donde tres embarcaciones de desembarco de servicio (LCU) y cuatro embarcaciones de desembarco de vehículos y personal (LCVP) con sus tanques, camiones y todo el equipamiento estaban esperando. Cuando el agua bajó hasta el nivel del mar, el LSD abrió sus puertas traseras y las siete embarcaciones pequeñas salieron a toda máquina, tripuladas por instructores de la CIA que habían entrenado a las tripulaciones cubanas en la isla de Vieques, Puerto Rico.

"Una octava nave apareció en el radar de Gray, también de acuerdo al plan. Era una lancha de desembarco mecanizada (LCM) con una tripulación de la marina americana. Se dirigía hacia el Caribe, llevaba a Silvio Pérez y sus 43 hombres de la Brigada y se movió a lo largo de la cercana columna de LCU y LCVP. En cada lancha de desembarco, la tripulación de la CIA se bajó y la tripulación cubana y los choferes de los vehículos subieron.

"[…] Otra vez los cubanos quedaron impresionados por la precisión de la marina americana y por la visible demostración adicional y el estrecho apoyo de la marina al LSD. La mayoría de los hombres habían visto al *San Marcos* solo como una enorme sombra apagada, pero su tamaño y los sonidos distintivos les dijeron que era un buque madre americano. […] El capitán Tirado, del *Río Escondido,* que había estado en contacto por radio con el LSD, se sintió bien cuando una voz americana le deseó buena suerte".[1]

[1] Peter Wydem: *Bay of Pigs. The Untold Story.* A touchtone book. Published by Simon and Schuster, New York, 1979, p. 216 *[Todas las notas son del Autor]*

El comandante José Pérez San Román, de origen cubano, después de recibir la orden del oficial norteamericano Grayston Linch, que permanecía en la costa, instruyó a sus subalternos para saltar a las embarcaciones que los conducirían hacia Playa Girón. Estaba excitado y comentó: "Como en las películas de guerra".

Lejos estaba de imaginar que dos semanas más tarde, analizaría con Fidel Castro, sentados en el suelo de una celda, los pormenores tácticos de la batalla.

Los primeros hombres comenzaron a descender por las sogas. Detrás de ellos desembarcarían, en las próximas horas: 5 tanques Walter M-42; 11 camiones de 2,5 ton dotados de ametralladoras de 12,7 *mm*; 30 morteros de 81 y 106,7 *mm*, respectivamente; 18 cañones sin retroceso de 57 y 4 de 75 *mm*; 50 bazookas; 9 lanzallamas; 46 ametralladoras cal 50 y 30; 3 000 fusiles y subametralladoras M-1, Garand, fusiles automáticos Browning, carabinas M1 y M2 y subametralladoras M3; 8 toneladas de altos explosivos; equipos de comunicaciones, teléfonos y pizarras de campaña; 38 000 galones de combustible para los vehículos, 17 000 galones para aviones; 150 toneladas de municiones; 24 000 libras de alimentos y suficiente agua potable; 1,5 toneladas de fósforo blanco; 700 cohetes aire-tierra; 500 bombas de fragmentación; 300 galones de aceite para avión; 20 toneladas de municiones cal 50; 10 jeeps de ¼ ton; 1 camión cisterna de 5 ton; 1 tractor; 1 grúa tractor; y 13 remolques. Además, la carga de municiones que llevaba cada soldado les aseguraba parque para tres días de combate.

Por su parte, los paracaidistas transportaban un cargamento suplementario. "Los hombres llevaban un buen suministro", diría más tarde el general Maxwell Taylor al analizar las causas de la derrota. Los organizadores del plan, a requerimientos del coronel Hawkins, habían previsto que los niveles mínimos de toda clase de abastecimiento en la cabeza de playa antes del comienzo de la descarga general, aseguraran los tres primeros días.

Dentro de seis horas, al amanecer del 17 de abril de 1961, el batallón de paracaidistas sería lanzado sobre los puntos al norte donde termina la ciénaga, y los terraplenes que la atraviesan serían cortados para impedir el paso de cualquier tropa. De inmediato, establecerían contacto con las tropas desembarcadas.

Cuatro días antes, el 13 de abril, cuando los hombres de la Brigada se hallaban en los barcos, listos para partir, el coronel Jack

Hawkins se apresuró a escribir un memorándum dirigido al director de Planes de la CIA, Richard Bisell. En él apuntaba: "Mis observaciones en los últimos días han aumentado mi confianza en la capacidad de esta fuerza no solo para efectuar misiones de combate, sino también de lograr el objetivo final de derrocar a Castro. [...] Estos oficiales son jóvenes, vigorosos, inteligentes y los mueve un ansia fanática por comenzar la lucha para la cual la mayoría se ha preparado en las severas condiciones de los campos de entrenamiento durante casi un año. [...] La brigada está bien organizada, además, su armamento es más pesado y sus equipos superan en algunos aspectos a los de las unidades de infantería de Estados Unidos. Los hombres han recibido un entrenamiento intensivo en el uso de las armas, que abarca una experiencia en el tiro superior a la que normalmente adquieren las tropas estadounidenses. La brigada ahora cuenta con 1 400 hombres; una fuerza verdaderamente formidable. También he observado con detenimiento la Fuerza Aérea Cubana. [...][2] me informó hoy que considera que el escuadrón de los B-26 iguala al mejor escuadrón de la Fuerza Aérea de EE.UU. [...] Esta Fuerza Aérea Cubana está motivada, fuerte, bien entrenada, armada hasta los dientes y preparada".[3] Tal vez, el coronel Hawkins, al alzar el brazo en señal de despedida, allí en el espigón del muelle de Puerto Cabezas, y luego de desearles buena suerte, dibujó en su mente, nítidas, como en un film de guerra norteamericano de época, en los que siempre emergían victoriosos, el asalto a Okinawa. Y sonriendo satisfecho, imaginó el instante en que colocarían sobre sus hombros, en suelo cubano, la estrella de general.

Dos días antes de la Hora H, según el plan de operaciones, el D-2, tres escuadrillas de bombarderos ligeros B-26, atacaron igual número de aeródromos cubanos con la finalidad de destruir la aviación en tierra. No obstante, a fin de evitar sorpresas, los barcos

[2] Nombre no desclasificado pero infiero que se trata del general George *Reid* Doster.

[3] Tomás Diez: *La guerra encubierta*. Documento No. 18. Cable de urgencia que envió el Jefe del Proyecto al *[nombre no desclasificado]* desde Puerto Cabezas el 13 de abril de 1961, desclasificado por el gobierno de EE.UU.

escoltas *Blagar* y *Bárbara J.*, se encontraban fuertemente artillados con ametralladoras cal 50,5 cal 30 y 2 cañones de 75 *mm* sin retroceso. En todos los barcos de transporte se habían montado ametralladoras calibre 50 en proa, babor y estribor.

Entre las 15:00 y 17:00 horas de este primer día de desembarco, dos B-26 arribarían al aeropuerto ocupado para proporcionar apoyo aéreo. Teniendo en cuenta que operarían desde la cabeza de playa, no necesitarían tanques auxiliares para combustible adicional y contarían con artilleros de cola para el combate contra los cazas interceptores enemigos.

Comenzando el D+1, efectuarían diariamente vuelos de exploración a lo largo de la ruta de Cienfuegos, Aguada de Pasajeros y Jagüey Grande (las poblaciones más cercanas al área de desembarco), con la finalidad de acosar y destruir los objetivos militares.

Además, volarían con igual fin en la ruta La Habana-Jagüey; La Habana-Santa Clara-Cienfuegos; Cienfuegos-Manicaragua-Topes de Collantes; La Habana-Pinar del Río; Holguín-Cienfuegos. Estas misiones tendrían el objetivo de impedir el traslado de fuerzas militares a la zona de desembarco.

Para el desempeño de sus misiones, la Fuerza Aérea Táctica de la Brigada 2506 disponía de 16 bombarderos de ataque B-26, que además de adecuarse a la leyenda preparada de antemano (un esfuerzo de los exiliados con aportes económicos privados), también se utilizaban en Cuba. Dos hombres integraban sus dotaciones. El artillero en la cola había sido eliminado para dejar espacio al combustible extra, a fin de ampliar su radio de acción. Su base principal. Happy Valley, se encontraba en Puerto Cabezas, Nicaragua, a 580 millas de Girón y dos horas cincuenta minutos de vuelo.

Podrían permanecer sobre el territorio cubano entre una hora y una hora treinta minutos. Además, la fuerza aérea poseía seis C-46 e igual número de C-54 —versión militar del Douglas DC-4—, naves de transportes paramilitares, sin identificación, número de serie en los motores ni marcas del fabricante, equipadas con dispositivos altamente desarrollados para la época.

Estos transportes se encargarían de arrojar a las tropas paracaidistas. La Fuerza Aérea contaba con 61 pilotos de origen cubano, además de navegantes, operadores de radio y tropas de mantenimiento. Media docena de mecánicos se encontraban en las barca-

zas de desembarco; ellos atenderían a los aviones que aterrizarían en el aeropuerto de Playa Girón.

Seis asesores y otras dos docenas de técnicos norteamericanos habían permanecido con los pilotos durante los meses de adiestramiento, otros fueron rotados.

Las operaciones de esta fuerza estaban a cargo del coronel de la Fuerza Aérea norteamericana, Stanley W. Beerli.

Un segundo ataque a aeródromos cubanos fijado para el amanecer de este día, había sido definitivamente suspendido en la tarde anterior por el presidente John F. Kennedy con la decidida intervención del secretario de Estado, Dean Rusk.

Las fotos de los aviones espías U-2 mostraron que solamente nueve aviones habían sido destruidos o dañados durante el ataque del sábado 15 (un T-33, dos B-26, un DC-3, un F-47, un C-47, un AT-6, un Catalina y un Beechcrof). Las Fuerzas Aéreas Revolucionarias mantenían aún cierta capacidad operacional.

Destruir en tierra los restantes aviones enemigos era el objetivo del segundo ataque aéreo, que ya no se produciría.

Realmente la misión se presentaba extremadamente difícil. Los jefes de la operación sabían que el primero de los ataques era el fundamental, y no había razón para creer que la aviación revolucionaria, reforzada la protección de los aeródromos, podría ser destruida durante el segundo. En el aeropuerto más importante, San Antonio, se habían instalado entre el sábado 15 y el domingo 16, dos nuevas baterías de ametralladoras antiaéreas, y una de cañones de 37 *mm.* Los aviones fueron camuflados y desconcentrados; sus pilotos se mantenían en estado de máxima alerta bajo sus alas.

Si el primer ataque, contando con el factor sorpresa, resultó poco eficaz, era excesivamente pretencioso suponer que el segundo fuera exitoso.

La Dirección de Planes de la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos, había asegurado que entre 2 500 y 3 000 activistas en el interior de la isla se hallaban en actividad de resistencia en contra del gobierno. Con la finalidad de entrenarlos en el uso de las armas y de los explosivos más modernos, organizar la recepción aérea de equipamiento bélico y asesorar las acciones de sabotaje más importantes a ejecutar en apoyo a la invasión, habían sido

infiltrados —entre la segunda quincena del mes de febrero y la primera de abril— 35 de los mejores agentes de origen cubano entrenados en las selvas de Panamá y Guatemala.

Las organizaciones del clandestinaje conocían que Estados Unidos preparaba una invasión a Cuba, y tenían en su poder los medios necesarios para su apoyo. Los bombardeos a los aeropuertos 48 horas antes, constituían, al igual que para la dirección de la Revolución, la señal inequívoca de su inminencia. Un mensaje se radiaría en breve, a través de la emisora ubicada en la isla Swan. Ello sería el aviso para la sublevación interna, tan largamente preparada. El mensaje diría:

> ¡Alerta! ¡Alerta! ¡Alerta! Miren bien el arcoiris. El primero saldrá muy pronto. Chico está en casa. Visítenlo. El cielo es azul. Coloquen aviso en el árbol. El árbol es verde y carmelita. Las cartas llegaron bien. Las cartas son blancas. El pez no demorará mucho en subir. El pez es rojo.

Otro se emitiría a las 03:44 a.m. con una exhortación a las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

> Tomar posiciones estratégicas que controlen las carreteras y las líneas de ferrocarril. Hacer prisioneros o disparar sobre aquellos que se nieguen a obedecer órdenes… Todos los aviones deben permanecer en tierra.
> Ver que ningún avión fidelista despegue. Destruir sus radios. Destruir sus colas. Romper sus instrumentos. Perforar sus tanques de combustible.

Era el último esfuerzo para tratar de neutralizar al Ejército Rebelde.

Se estimaba que una fuerza de 300 alzados permanecía aún en las montañas del Escambray, aunque sus posibilidades eran limitadas dadas las recientes acciones ofensivas que el gobierno había desarrollado contra ellos y de las cuales no se habían repuesto. Otros grupos insurgentes se encontraban activos en espera de la invasión en Oriente, Camagüey, Matanzas y Pinar del Río. Según informes, en las inmediaciones de Jagüey Grande, localidad ubicada a 30 kilómetros de la zona de desembarco, operaban 80 hombres, y

otros se hallaban en Cárdenas y Colón. Tanto en Cienfuegos como en Trinidad, ciudades costeras, se preveía la cooperación de fuerzas amigas con la Brigada tan pronto se presentara la oportunidad. Estaba previsto que aquellas destruirían los principales puentes de vías férreas y carreteras en áreas de La Habana, Matanzas, Jovellanos, Colón, Santa Clara y Cienfuegos, para aislar la zona de desembarco.

A fin de garantizar la colaboración de la población o lograr su distanciamiento de las ideas revolucionarias, se había desarrollado una campaña de guerra psicológica a través de emisoras preparadas a tales efectos. Una de ellas había salido al aire 11 meses atrás, nítida, potente y con tono triunfador: se trataba de *Radio Swan* —Radio Cuba Libre—; al frente del proyecto fue situado uno de los más notable expertos de la CIA en materia de propaganda: David Atlee Phillips.

La emisora venía radiando informes falsos acerca de legiones de guerrilleros que no existían y batallas que no tenían lugar, además, exhortaba a la realización de sabotajes y difundía rumores de la más diversa naturaleza.

No obstante el esfuerzo por restarle apoyo popular a la Revolución, los directivos de la CIA conocían del amplio respaldo de la población a Fidel Castro. El 10 de marzo, Sherman Kent, director de la Junta de Estimaciones Nacionales de la CIA, había enviado a su director Allen Dulles un memorándum secreto. En él, bajo el título "¿Es tiempo para nosotros en Cuba?", afirmaba que "Castro parece hacerse más fuerte cada día, en vez de debilitarse". Y volvía a poner en guardia contra el hecho de dar por segura la resistencia en el interior de Cuba.

Por esta razón, una de las mayores acciones subversivas a ejecutar en el interior de la isla, tenía como objetivo el asesinato de Fidel Castro. Desde el mes de marzo habían sido introducidas en Cuba, a través de contactos con la mafia, varias cápsulas con botulina sintética, un veneno eficaz que actuaba sobre cualquier alimento y tenía un efecto mortal después de las 12 horas de consumido. Para suministrárselas, deberían esperar la visita del líder de la Revolución Cubana a un restaurante de la capital que acostumbra-

ba frecuentar. Las cápsulas se hallaban en manos de personas decididas y la orden de proceder se había impartido días antes. Según ellos pensaban, de hacer coincidir el desembarco con la muerte de Fidel, las posibilidades de respuesta del ejército y la milicia disminuirían notablemente por el shock ante la pérdida del carismático líder.

Una vez consolidada la cabeza de playa estaba previsto realizar un trabajo de limpieza en las poblaciones conquistadas. A esos fines, en el último barco del convoy, el *Atlantic,* una fuerza de 62 hombres esperaría el momento oportuno para desembarcar. Habían sido rigurosamente seleccionados, sobre todo, por su confiabilidad. Ellos integraban la Operación 40. Su misión: detener, interrogar y liquidar físicamente, a discreción, a los principales jefes militares y civiles del Gobierno Revolucionario; ocupar los archivos de los cuerpos de Inteligencia, los edificios públicos, bancos, centros de comunicación y las industrias. Estaban preparados, además, para la ejecución de misiones en la retaguardia enemiga. Para ello habían sido equipados con un armamento sofisticado: subametralladoras M-3 y pistolas con silenciador; cargas de fósforo vivo con sus detonadores; lanzallamas en miniatura que se ajustaban cómodamente en la mano y arrojaban una columna de fósforo blanco a una distancia de 50 pies; un arma altamente secreta. Los miembros de la Operación 40 situarían personal civil de confianza en los puestos claves de las ciudades para echarlas a andar. Tan pronto cesaran las hostilidades, los integrantes de la mencionada operación pasarían a formar parte de la Inteligencia civil que se crearía en Cuba.

Según el plan de operaciones, en la noche anterior al Día D del desembarco, una fuerza integrada por 168 hombres desembarcaría por Baracoa, extremo oriental de Cuba. El objetivo era confundir a la dirección revolucionaria haciéndole creer que esta era la dirección principal de la invasión y obligarla a mover considerables fuerzas y medios para esa región. Esta fuerza invasora, una vez en tierra, se desplazaría en dirección a la Base Naval de EE.UU. en Guantánamo.

En espera de la constitución del gobierno provisional pronorteamericano previsto en los planes, hacia el D+5 el Departamento de

Estado había logrado el compromiso de al menos seis gobiernos latinoamericanos para su inmediato reconocimiento. La designación por el CRC, varios días antes, de un vocero de prensa había sido el acto final para encubrir la participación norteamericana en la invasión; aunque no serían sus líderes, concentrados y aislados en la base militar de Opalocka, en la Florida, los que mantendrían informada a la prensa sobre el curso de la batalla a punto de comenzar.

La CIA había contratado los servicios de la Lem Jones Associates, una firma publicitaria de New York que ya en la medianoche del 17 de abril, Hora H, se aprestaba a entregar el primer comunicado para ser difundido en las primeras horas del amanecer. Diría:

Consejo Revolucionario Cubano
Vía: Agencia de Lem Jones y Associates
Avenida Madison 280
Nueva York
Para publicación inmediata
Abril 17. 1961

Boletín número 1

La siguiente declaración fue hecha esta mañana por el Doctor José Miró Cardona, presidente del Consejo Revolucionario.

Antes del amanecer, los patriotas cubanos en las ciudades y en los montes comenzaron la batalla para liberar a nuestra patria del régimen de Fidel Castro y liberar a Cuba de la cruel opresión del comunismo internacional.

Para acudir en ayuda del gobierno provisional en cuanto fuera reconocido por el de Estados Unidos, una agrupación naval norteamericana se mantendría en las aguas de las Islas Caimán, al sur de la zona de desembarco. La integraban el portahelicópteros de asalto anfibio LPH-4 Boxer, desde donde sería transportado a la cabeza de playa, una vez reconocido el gobierno provisional y aprobada la ayuda, un batallón de la 2da División de Infantería de Marina; el portaviones CVS-0 Essex en el que se hallaban basificados 40 aviones de combate; los destructores DD-507 Conway, DD-756 Murray, el USS Wailer, el USS Cony; el DD-701 Eaton, que había encabe-

zado la flotilla de la invasión desde Puerto Cabezas hasta Bahía de Cochinos; y el portaviones *CVA Shangri La* con capacidad para 70 aviones.

En los mares de la Florida, cerca de la isla Bimini, estaba fondeado el buque de mando *GCI Northampton,* a bordo del cual se hallaba el comando de la Segunda Flota del Atlántico. Desde él se había dirigido el empleo de los destructores y submarinos en misión de protección y escolta de la flota invasora desde Nicaragua hasta la zona de desembarco.

En un edificio del Pentágono, en Washington, algo inusual estaba ocurriendo en esta madrugada del 17 de abril. Las luces, casi todas encendidas, eran prueba de ello. Aquí radicaba el Cuartel General (Quarter Eyes) de la Operación Pluto. En el primer piso se hallaba la Sala de Guerra (War Room), un área restringida con su propio sistema de teletipos. Grandes mapas cubiertos de acetato sellaban las paredes. En casi todos aparecía la isla de Cuba y en no pocos un territorio particular: la Ciénaga de Zapata. Desde esta sala se había controlado el movimiento de los buques de la flota y se mantenía contacto con la fuerza aérea invasora. En este momento, la Sección de Operaciones Aéreas ultimaba los detalles para el lanzamiento del batallón de paracaidistas sobre los puntos avanzados de la cabeza de playa.

Durante los días que durase la batalla, desde el War Room se mantendría la comunicación permanentemente a través de Grayston Linch, quien retransmitiría desde el portahelicópteros *Boxer.*

En el segundo piso de Quarter Eyes funcionaba la Sección de Propaganda, con la misión de elaborar los mensajes a transmitir por *Radio Swan* y los comunicados de prensa, supuestamente confeccionados por el CRC. El oficial CIA encargado de hacerlos, David A. Phillips, tenía preparados los borradores de los momentos principales: inicio de la lucha de los patriotas; conquista y consolidación de la cabeza de playa; alzamiento de las ciudades; llegada del CRC a territorio cubano y desarrollo de los combates; constitución del "Gobierno Provisional"; primeros países en reconocer al nuevo gobierno; reconocimiento por Estados Unidos; aprobación de la ayuda solicitada por el Gobierno Provisional y envío de la primeras tropas norteamericanas a las zonas liberadas.

Poco después, los borradores terminarían en el cesto de la basura.

En Quarter Eyes ocupaban sus puestos de dirección: Richard Bissell, director de Planes Especiales de la CIA y cerebro de la operación; Tracy Barnes, adjunto de Bissell; el general Charles P. Cabell, subdirector de la CIA; Howard Hunt y Frank Droller, a cargo de los políticos cubanos y las operaciones pantallas; David A. Phillips, al frente de la propaganda; Jack Esterline, a cargo de la fuerza de tarea contra Cuba; y varias docenas más de oficiales de la CIA, el ejército, la marina y la fuerza aérea de Estados Unidos. Mantenían contacto permanente con los generales Shoup, Weeler y Gray, este último presidía el grupo de supervisión del Pentágono; con el almirante Arleigh Burke, comandante de la marina y el general Lyman Lemnitzer, jefe de la Junta de Jefes del Estado Mayor Conjunto.

Arthur Schlesinger, Jr., Asistente del presidente Kennedy, autor de biografías sobre John y Robert Kennedy, galardonadas con premios Pulitzer —quien no mostró mucho entusiasmo con el proyecto de invasión a Cuba—, diría años después: "Históricamente, hemos desempeñado un doble papel en América Latina. A veces somos el buen vecino, a veces el bravucón del hemisferio. Por tanto, los latinoamericanos tienen una relación mezcla de odio y amor con Estados Unidos. Responden cálidamente al Dr. Jekyll. Detestan y temen a Mr. Hyde. Lo mismo nos pasaría a nosotros si fuésemos latinoamericanos. El Dr. Jekyll promueve los intereses a largo plazo de Estados Unidos, Mr. Hyde deja amargos sentimientos antiyanquis donde quiera que va. Bahía de Cochinos fue obra de Mr. Hyde".

A nuestro juicio, mucho más presente ha estado en nuestro continente Mr. Hyde que el Dr. Jekyll; pero en el caso cubano, parecería que siempre, aun antes de nuestras guerras de independencia, y muy marcadamente al final de la gestada por José Martí, cuando, con la intervención oportunista de Washington se frustraron los anhelos del pueblo cubano, imponiendo la Enmienda Platt, y durante todo el siglo pasado, con renovadas intromisiones, quien ha estado presente en Cuba —en la proa de una carbonera, desde la embajada, o en el puesto de mando en Quarter Eyes— ha sido Mr. Hyde".

La Operación Pluto, el proyecto más poderoso jamás organizado por la Central de Inteligencia de Estados Unidos en estrecha colaboración y con la aprobación del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas, estaba en marcha. Un ejército de exiliados con marina y fuerza aérea había sido reclutado, entrenado y equipado; un frente político organizado; y encontrada la justificación teórica para liquidar a la Revolución Cubana expuesta en el Libro Blanco; y sobre todo, la mano de Estados Unidos estaba oculta. Todo había sido previsto.

Desde que el presidente Ike Eisenhower firmara el memorándum donde ordenaba organizar una fuerza bélica de exiliados cubanos, habían transcurrido 13 meses. La batalla era inevitable. Formaba un todo con la política norteamericana ante semejante desafío.

A 34 kilómetros al oeste de Playa Girón, en otro punto de desembarco, Playa Larga, el oficial William Rip Robertson, al que los cubanos llamaban Cocodrilo por su piel encartonada, junto a un grupo de hombres ranas, acababa de señalizar los mejores pasos para las embarcaciones. Entonces colocó un indicador de color amarillo lumínico donde los invasores podrían leer:

BIENVENIDOS LIBERTADORES.
CORTESÍA DEL *BÁRBARA. J.*

El eufemismo de aquella frase no era infundado. Tenía su razón en la exitosa preparación de la operación militar, la enorme cantidad de material bélico empeñado y el objetivo limitado de la misión. Vale la pena repetirlo. Todo lo que tenía que hacer la Brigada de Asalto 2506 era ocupar una cabeza de playa y sostenerla.

Un factor psicológico no menos importante se añadía a la moral de los combatientes que en esa madrugada se encontraba en un punto culminante; desde los primeros días del reclutamiento lo habían repetido una y otra vez: "¡Los americanos están con nosotros y los americanos no pueden perder!"

Un año tremendo

Mil novecientos sesenta fue un año tremendo en Cuba. En una muestra de soberanía e independencia, ante la respuesta solidaria brindada por la Unión Soviética para paliar los efectos de las agresiones económicas de EE.UU. contra la isla, el Gobierno Revolucionario recibía a uno de los más altos dirigentes de la URSS, Anastas Mikoyan. En el monumento a José Martí, en el Parque Central, colocó una ofrenda floral. Una pléyade de estudiantes católicos, exaltados, irrumpió portando otra corona de flores en señal de desagravio. Los revolucionarios participantes en el acto no se cruzaron de brazos y aquello terminó en trifulca callejera. Los carteles que portaban las dos docenas de estudiantes católicos, una buena parte de ellos de escuelas y universidades privadas, eran fiel reflejo del bregar político en esos turbulentos meses: "Mikoyan, ¿de Hungría, qué?" "¡Abajo el imperialismo ruso!" "¡Cubano, como las palmas!" "Fidel, di la última palabra". Un mes después, a las 03:15 minutos del viernes 4 de marzo, un rayo seguido de un hongo rojo, con ribetes multicolores, se elevó desde uno de los muelles del lado oeste de la bahía habanera. Una fracción de segundo después una explosión estremecía la capital. El barco de bandera francesa *La Coubre,* con una carga en sus bodegas de miles de granadas y parque para fusiles belgas, adquiridos por la Revolución, había estallado. Treinta minutos más tarde, cuando cientos de bomberos, militares, milicianos y civiles, socorrían a las víctimas y trataban de sofocar el incendio, otra explosión más potente hizo volar por los aires el vapor. Las propelas fueron a dar contra el pavimento de la avenida que corre a lo largo de los muelles. Las explosiones causa-

ron más de un centenar de muertos y duplicaron los heridos, muchos de ellos mutilados para siempre. Nunca antes los cubanos habían sido víctimas de tan devastador acto de terrorismo. Su origen continúa siendo un misterio, aunque el dedo acusador señala al norte. Tres meses antes, en enero, la CIA había creado una Fuerza de Tarea *(task force)* con el fin de desatar una guerra subversiva contra el Gobierno Revolucionario. Y aquel tremendo 4 de marzo, cuando *La Coubre* voló por los aires, Fidel Castro aún no había dicho la última palabra. Pero se acercaba la hora.

Derrocada la tiranía de Fulgencio Batista, el gobierno de Estados Unidos no reanudó el envío de armas ni de piezas de repuestos para los aviones, las unidades navales, los tanques, la artillería. De hecho, el bloqueo a Cuba comenzó con los suministros bélicos. El Gobierno Revolucionario se lanzó a adquirir armamento en los países del mundo occidental. Tenía una buena razón para ello: "Estábamos adquiriendo armas occidentales, no queríamos dirigirnos a un país socialista; recordando que un argumento muy esgrimido fue un barco con armas de Checoslovaquia que se encaminaba o llegó —no sé si llegó o no llegó— a Guatemala en la época de Arbenz".[1]

Estados Unidos conoció de estas gestiones y de inmediato comenzó a obstaculizarlas. Allen Dulles, el director de la CIA, también tenía una buena razón para ello, aunque de ética cuestionable:

> Cifrado.
> Secreto Máximo.
> Noviembre 24, 1959.
> De Washington al Servicio Exterior inglés.
> Lo siguiente es personal para el Secretario de Estado, del embajador:
>
> Yo tuve que ver a Allen Dulles esta mañana sobre otro asunto, y aprovechó la oportunidad para discutir sobre Cuba, sobre una base estrictamente personal.
>
> Desde su punto de vista personal, él esperaba grandemente que nosotros decidiéramos que no continuaremos con la nego-

[1] Fidel Castro: Conferencia Académica. Girón 40 años después. Versiones taquigráficas del Consejo de Estado.

ciación sobre los Hunter.[2] Su razón fundamentalmente es que esto podría conducir a que los cubanos solicitaran armas a los soviéticos o al bloque soviético. Él no había despachado esto con el Departamento de Estado, pero era por supuesto, un hecho, que en el caso de Guatemala había sido el envío de armas soviéticas lo que había cohesionado a los grupos de oposición y creado la ocasión para lo que se hizo. Lo mismo podría ser en el caso de Cuba, y la presencia, por ejemplo, de MIGS tendría tremendo efecto, no solo en los Estados Unidos, sino también con otros países de América Latina".[3]

Inglaterra no vendió los Hunter al Gobierno Revolucionario de la isla. Bélgica, después de dilatadas negociaciones, accedió a entregar a Cuba un lote de armas ligeras, fusiles Fal, granadas antitanques y antipersonales, y parque. Estas habían sido contratadas a una empresa belga por el gobierno de Batista en 1958 y ya había sido depositado una parte del pago. A pesar de las presiones de Washington, los empresarios belgas no se resignaron a perder un negocio tan jugoso. *La Coubre* llevaba el tercer embarque de estas compras a Cuba. Los anteriores no habían confrontado ningún problema. La firma belga Fielle, especializada en explosivos, había despachado la carga en Bruselas, en vagones de ferrocarril, bajo la vigilancia de la policía de aduana, la gendarmería y un inspector especial del gobierno. En el puerto de Amberes fue trasladada al barco. Justo seis horas antes de zarpar subió a bordo el fotógrafo norteamericano Donald Lee Chapman. En el puerto de La Habana, el primer turno de descarga transcurrió sin novedades. En la tarde, 10 minutos después del segundo relevo, cuando se trabajaba en el entresuelo cercano a la abertura de la bodega seis, se produjo la explosión. Durante el interrogatorio que el capitán de corbeta, Rolando Díaz Aztaraín, hizo a los tripulantes de *La Coubre,* se conoció que en los anteriores embarques toda la carga se había efectuado mediante patanas en la rada de Amberes, mientras que

[2] Se refiere a las gestiones que realizaba Cuba para comprar aviones de combate en el Reino Unido.

[3] Documento desclasificado por el gobierno inglés. Forma parte del legajo entregado a Cuba por la parte norteamericana para la Conferencia Académica Girón 40 años después.

en esta ocasión la carga bélica se había estibado directamente en los muelles. Tres meses después de aquel tremendo 4 de marzo, el ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, comandante Raúl Castro, viajaba a Checoslovaquia y a la URSS en busca de armas.

Sería un error atribuir a Estados Unidos el acercamiento de Cuba a la Unión Soviética, y mucho más simplista aún endosarle la proclamación del carácter socialista de la Revolución. Che Guevara, con su acostumbrada franqueza y lenguaje cáustico, explicó al periodista francés Jean Daniel las razones de tales decisiones. Lo hizo en julio de 1963, en un encuentro que ambos sostuvieron en Argel, durante una gira del comandante Guevara por África. Jean Daniel le preguntó:

> ¿Guevara, estima usted que Cuba podía hacer otra cosa que proclamar, en abril del 1961, la adhesión solemne y completa de esta república del Caribe al marxismo- leninismo?
> Che respondió: "Si usted me hace la pregunta porque nos encontramos en Argelia, y porque usted quiere saber si una Revolución de un pueblo subdesarrollado puede hacerse, a pesar del imperialismo, sin unirse al campo de las naciones comunistas, en este caso le diré: Tal vez; no sé nada de eso; es posible. Lo dudo un poco, pero no soy juez.
> "Pero si su pregunta es para hacerse una idea acerca de la experiencia cubana, entonces le contesto categóricamente: No, no podíamos hacerlo de otro modo y a partir de cierto momento no queríamos hacerlo de otro modo. Nuestro compromiso con el bloqueo del este es mitad el fruto del apremio y la otra mitad el resultado de una decisión. En la situación en que nos hemos encontrado y que nos permitió conocer mejor que nadie al imperialismo, hemos comprendido que era para nosotros la única manera de luchar con eficacia".[4]

Trece días después de aquella explosión, y un año antes de que Fidel dijera la última palabra, en la Casa Blanca tomó definiti-

[4] Ernesto Che Guevara: *Obras* (en preparación). Editora Política, La Habana, 2001, tomó VIII, p. 402.

vamente cuerpo la decisión de derrocar al gobierno revolucionario.

"El 17 de marzo de 1960 —relata el expresidente norteamericano Dwight Eisenhower en sus memorias—, yo le ordené a la Agencia que comenzara a organizar el entrenamiento de los exiliados cubanos, principalmente en Guatemala, para un posible día futuro en que ellos pudieran regresar a su patria. Otra idea fue la de que comenzáramos a construir una fuerza anticastrista en la propia Cuba. Algunos pensaron que deberíamos poner la isla en cuarentena, argumentando que si la economía declinaba bruscamente, los propios cubanos derrotarían a Castro".[5]

El eufemismo de algunas voces en este fragmento no logra ocultar al lector su verdadera esencia. Aquí se habla de invasión (regreso a su patria); de subversión y desestabilización interna (construir una fuerza anticastrista en la propia Cuba) y de bloqueo total, naval y aéreo (poner a la isla en cuarentena).

Y este lenguaje se utilizó en la Casa Blanca a solamente 15 meses del triunfo de la Revolución Cubana, cuando aún estaban lejos los compromisos con la Unión Soviética y las leyes adoptadas por los líderes cubanos le conferían al proceso político un carácter nacionalista, de profunda justicia social, con un amplio e indiscutible apoyo popular.

En ese corto plazo, Fidel Castro había llevado a cabo la intervención de la Empresa Eléctrica, además de rebajar las tarifas de este servicio y las telefónicas; rebajó los alquileres en un 50%, medidas de gran impacto social; creó el Instituto Nacional de Ahorros y Viviendas, y a través de este se comenzó un vasto programa de construcción de casas en todo el país; redujo a 1 200 000 pesos anuales el presupuesto para las atenciones al Palacio Presidencial, que hasta entonces era de casi 5 millones, propició la aprobación por parte del Consejo de Ministros de los créditos para la construcción inmediata de 5 mil aulas, principalmente rurales y de 200 escuelas; dispuso la rebaja entre un 25 y un 35 por ciento de los precios de los libros de texto para la enseñanza general; fundó la Ciudad Universitaria de Oriente; redujo los precios de las medicinas entre un 15 y

[5] Dwight D, Eisenhower: *Los años de la Casa Blanca*. Doubleday and Co, N. York, 1966, p. 401.

un 20 por ciento; y creó el Departamento de Repoblación Forestal con la finalidad de conservar, proteger y fomentar la riqueza forestal de la nación.

Fidel Castro organizó el plan para la rehabilitación de menores y lanzó una campaña para la erradicación del vicio. La mafia norteamericana, que controlaba los casinos de juego y otros negocios sucios, fue expulsada de Cuba. "Un momento de decencia", así calificó Ernest Hemingway a la Revolución por aquellos días. En la sesión correspondiente del 17 de julio, el Gobierno Revolucionario aprobó los créditos necesarios para desarrollar un programa de protección a la infancia. Decenas de miles de niños desamparados, limpiabotas, vendedores ambulantes, limosneros, comenzaron a abandonar las calle para incorporarse a las escuelas. La mendicidad, la prostitución, el juego, las drogas, flagelos de la sociedad, detuvieron bruscamente su espiral ascendente en aquel primer año de Revolución y quedó claro para los analistas que su erradicación total era cuestión de tiempo, muy corto, por cierto.

Fue el artífice principal de la implantación de la añorada y reivindicadora Ley de Reforma Agraria. Más de 100 mil títulos de propiedad de la tierra que llevan su firma se entregaron a los campesinos. Desaparecieron los arrendatarios, aparceros, precaristas y otras formas inhumanas de explotación de la tierra. A falta de efectivos para indemnizar a los propietarios, entre ellos grandes monopolios norteamericanos, se emitieron bonos que aseguraban la compensación de los afectados a mediano plazo.

En su continuo desplazamiento por todo el país, Fidel dispuso la construcción de caminos y carreteras de zonas aisladas, orientó los primeros pasos de lo que sería el servicio médico rural; promovió el turismo nacional; fundó la Imprenta Nacional, el Instituto Nacional de Reforma Agraria, el Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos, el Instituto Nacional de la Industria Turística, y prohibió erigir monumentos, exponer retratos en oficinas públicas o colocar tarjas de figuras nacionales no fallecidas.

Meses antes de la orden del presidente Eisenhower, la revista *Bohemia,* la de mayor circulación en el país, había realizado una encuesta privada cuyos resultados no dejaron dudas sobre la popularidad del carismático líder. El 90,2 por ciento de la población cubana apoyaba la gestión del gobierno.

Aunque no fue el 17 de marzo cuando la CIA comenzó a actuar contra Cuba. El propio Eisenhower lo precisa: "En cuestión de semanas, después que Castro entrara en La Habana, nosotros, en el gobierno, comenzamos a examinar las medidas que podían ser efectivas para reprimir a Castro".[6]

El 14 de enero de 1960, en una reunión del Consejo Nacional de Seguridad se hizo un balance de la evolución de las relaciones Estados Unidos-Cuba desde enero de 1959. Roy Rubottom, secretario asistente para Asuntos Interamericanos, las resumió así: "El período de enero a marzo puede ser caracterizado como la luna de miel con el gobierno de Castro. En abril se hizo evidente un giro descendente en esas relaciones... En junio habíamos tomado la decisión de que no era posible alcanzar nuestros objetivos con Castro en el poder y acordamos acometer el programa referido por Mr. Marchant. En julio y agosto habíamos estado delineando un programa para reemplazar a Castro. No obstante, algunas compañías en Estados Unidos nos informaron durante ese tiempo que estaban alcanzando algunos progresos en las negociaciones, un factor que nos causó atraso en la implantación de nuestro programa. La esperanza expresada por estas compañías no se materializó. Octubre fue un período de clarificación...[7] El 31 de octubre, de acuerdo con la CIA, el Departamento le sugirió al Presidente la aprobación de un programa en correspondencia con lo referido por Mr. Marchant. El programa aprobado nos autorizó a apoyar a los elementos que en Cuba se oponían al gobierno de Castro, mientras se hacía para que la caída de Castro fuese vista como el resultado de sus propios errores".[8]

El asunto de fondo era que cualquier alteración en el sistema de dominación de Estados Unidos en Latinoamérica era identificada con un avance del comunismo en el hemisferio occidental. Eso les

[6] Dwight D. Eisenhower: Ob. cit., p. 404.

[7] Coincidentemente, ese mes se abortó en Cuba la conjura contrarrevolucionaria del jefe militar de Camaguey, comandante Hubert Matos, quien estaba en estrecha relación con los ricos ganaderos de la región opuestos al rumbo radical de la Revolución y en particular a la Reforma Agraria.

[8] Piero Gleijeses: *Buques en la noche: la CIA, la Casa Blanca y Bahía de Cochinos.* Journal of Latin American Studies. Cambridge University Press. 1995, p. 1.

colocó un velo ante sus ojos, impidiéndoles comprender y aceptar la realidad inobjetable de que la Revolución contaba con el apoyo de la inmensa mayoría de la población. Y esto era factor determinante. La mayor potencia del mundo no podía permitir el más ligero asomo de soberanía y autodeterminación en lo que consideraba su traspatio. La Revolución Cubana constituía un programa radical de soberanía nacional y, por si fuera poco, ofrecía un ejemplo de modelo alternativo de justicia social y desarrollo para los pueblos de América Latina. Cuba había dejado de ser el mero sitio para los buenos momentos: rumba, mulatas, prostitución, juego, pornografía, droga. Y para final de la cena: café y habanos. En lo adelante sería plato fuerte. Soñadores de justicia social venían a beber en la fuente de la eterna emancipación, y se marchaban cargados de ilusiones y de proyectos de insurgencia. La Revolución se había convertido en una caja de resonancia. Antes de ella, América Latina parecía no existir para el resto del mundo. De tal suerte Fidel Castro se convirtió en la manzana prohibida. Cartago tenía que ser destruida. La batalla que nacía de la pluma del presidente Eisenhower en aquel año tremendo, resultaba inevitable.

Rubottom no hace mención a las medidas de carácter económicas contra Cuba que la administración Eisenhower venía aplicando desde los primeros meses del triunfo revolucionario. Desde mediados de 1959 el gobierno norteamericano había comenzado a ejecutar verdaderas acciones de guerras económicas con el marcado propósito de hacer intolerable la situación interna: "No otorgar empréstitos para estabilizar la balanza de pagos cubana..., prohibición de préstamos públicos o privados, tratamiento comercial discriminatorio, desaliento a la inversión, impedimento de transacciones financieras, disminución de la cuota azucarera... uniría estrechamente a los cubanos contra Castro".[9] En la pagina 885 del mencionado documento del Departamento de Estado se pueden leer otras consideraciones del funcionario I.D. Mallory, en abril de 1960: "El único medio previsible para enajenar el apoyo interno es a través del desencanto y desaliento basados en la insatisfacción y

[9] Memorándum del Director de la Oficina de Asuntos Económicos Regionales del Departamento de Estado, del 1ro de julio de 1959. Ver Foreign Relations of United States. Vol. VI, pp. 545-551.

las dificultades económicas [...] Debe utilizarse prontamente cualquier medio concebible para debilitar la vida económica de Cuba [...] Una línea de acción que tuviera el mayor impacto es negarle dinero y suministro a Cuba, para disminuir los salarios reales y monetarios a fin de causar hambre, desesperación y el derrocamiento del gobierno". Dentro de estas medidas se inscriben acciones públicas tales como la disminución y finalmente supresión de la cuota azucarera, la suspensión del suministro de petróleo, la cancelación de los acuerdos comerciales de 1902 y 1934, además de otras, a las que se añaden los ametrallamiento de centrales azucareros, quema de caña, y un sinnúmero de sabotajes y otras acciones de guerra subterránea contra sectores vitales de la economía, aprobadas conjuntamente con el programa subversivo que desembocó en Girón, y que sentaron las bases de la guerra económica contra Cuba a partir de entonces.[10]

El memorándum del presidente Eisenhower, aquel 17 de marzo, incluía una premisa que estaría presente tanto en su administración como en la de Kennedy: la mano de Estados Unidos quedaría oculta. "No habrán caras pálidas en la playa", diría Richard Bissell, cerebro de la operación. La imagen que se mostraría al mundo sería la de un asunto entre cubanos; un esfuerzo de los exiliados, financiados por contribuyentes cubanos y norteamericanos afectados por las leyes revolucionarias. El asunto se mantendría en el más absoluto secreto, pero llegado el momento, otros podrían suponer que la agresión partía de las altas esferas del gobierno de Estados Unidos, mas les sería imposible demostrarlo. Era la teoría entonces en boga de la "negación plausible".

De inmediato, la CIA comenzó a proyectar con la máxima prioridad el cumplimiento de la orden presidencial. Su director de planes, Richard Bissell —segundo en jerarquía— tuvo bajo su dirección personal la estrategia para el derrocamiento del gobierno cubano.

[10] Andrés Zaldívar Diéguez: *La implementación de la guerra económica de Estados Unidos contra Cuba.* Centro de Estudios Históricos de la Seguridad Cubana, La Habana, marzo de 2001.

Después del desenlace que se preveía, todos lo verían como el lógico sucesor de Allen Dulles, entonces director.

Richard Mervin Bissell había nacido en Nueva Inglaterra, en el seno de una familia de buena posición económica. Era un hombre tímido. Estudió en la Universidad de Yale y durante la década del 30 ejerció como profesor en dicho centro. Durante la Segunda Guerra Mundial fue nombrado director ejecutivo de Suministros Marítimos, que abastecía a las fuerzas americanas alrededor del mundo y a los aliados. En 1946 fue nombrado profesor de Economía en el Instituto Tecnológico de Massachusetts.

Al inicio de la guerra fría fue llamado a Washington y en abril de 1948 comenzó a trabajar en el plan Marshall. En 1953, su amigo personal y recién nombrado director de la CIA, Allen Dulles, lo invitó a ingresar en la Agencia. Cinco años después, lo nombró director de Planes. Bissell dirigió los proyectos del primer satélite espía llamado Corona y llegó a ser considerado pionero del reconocimiento aéreo, el cual contribuyó notablemente al mejoramiento de la inteligencia técnica durante la guerra fría. Paradójicamente, su celebridad no se debió a ninguno de sus éxitos. Su nombre siempre estará asociado a su más grande fracaso: Bahía de Cochinos.

Un resumen de la Agencia, meses después del desastre, atribuyó a Bissell mucha responsabilidad en el fracaso y, el 28 de febrero de 1962, fue obligado a renunciar. Dos meses después, en el primer aniversario de la derrota de Girón, el presidente Kennedy le entregó la medalla por la Seguridad Nacional.

El programa de acción encubierta aprobado por él había sido elaborado, con su supervisión, por la fuerza de tarea WH/4 (Rama No. 4 de las División del Hemisferio Occidental), que había sido creada dos meses atrás, el 18 de enero, y puesta bajo las órdenes de Jack Esterline, antiguo jefe de la estación de la CIA en Caracas.

Esterline era la persona inmediatamente responsable por el desarrollo del plan. Sería uno de los tres subordinados claves de Bissell en el proyecto cubano. Los otros dos llegarían a ser el coronel Jack Hawkins, quien asumiría el proyecto militar cuando meses después se tomara la decisión de invadir un punto de la isla con una fuerza de choque convencional; y el coronel Stanley Beerli, quien estaría a cargo de las operaciones aéreas. Esta preferencia por el aspecto militar no era circunstancial. Ello estaría presente de prin-

cipio a fin en la operación. Lo fundamental, lo que decidiría el problema cubano, no sería el aspecto político, sino la agresión militar. Los líderes cubanos del exilio en manos de Howard Hunt y Frank Bender, serían utilizados para hacer ruido.

Solamente un proyecto fuera de la esfera militar tenía para Bissell la máxima prioridad: el programa de propaganda para el ablandamiento psicológico del pueblo cubano.

Rápidamente la WH/4 creció: "En abril, el director de la Agencia Central de Inteligencia dijo en una reunión de personal de WH/4 que, de ser necesario, llamaría personal de cualquier parte del mundo para el proyecto. Desde enero de 1960, cuando tenía 40 miembros, la rama se expandió a 588 para el 16 de abril de 1961, convirtiéndose en una de las mayores ramas de los Servicios Clandestinos, mayor que algunas divisiones. Su tabla de organización no incluía las numerosas personas de operaciones aéreas que trabajaban en el proyecto y que eran administradas por su propia unidad, la División de Desarrollo de Proyectos (DPD), ni incluía las numerosas personas implicadas en apoyar actividades o en servicios de interés mutuo que, aunque no asignados al proyecto, dedicaban muchas horas al mismo".[11]

El programa aprobado por el Presidente contemplaba cuatro direcciones principales:

a) Constituir una fuerza política unificada de oposición a Castro fuera de Cuba para oponerla a este y mediante la cual se pudiera esconder la participación norteamericana.
b) Socavar las bases de apoyo popular de Castro mediante un vasto programa de propaganda gris para lo cual, entre otras medidas, se instalaría una emisora de onda corta con una programación dirigida a la isla.
c) Integrar una fuerza clandestina en el interior de la isla para el trabajo de subversión y la promoción de insurgencia en las montañas del país.
d) Crear una fuerza paramilitar fuera de Cuba entrenada para infiltrarse, organizar y capacitar las fuerzas de resistencia una vez

[11] Informe del inspector general de al CIA, Lyman Kirkpatrick. Documento desclasificado por el gobierno de Estados Unidos.

consolidados los centros activos de insurgencia en las zonas montañosas y para el clandestinaje en las ciudades.

La esencia de este plan consistió en una combinación de guerra psicológica y subversión interna, infiltraciones, abastecimiento profuso de armas, explosivos y medios de comunicación. Estas acciones se complementarían con un programa de presiones económicas y diplomáticas a fin de lograr el aislamiento de la isla y conseguir que la OEA le impusiera sanciones, sin excluir una posible acción de este organismo regional amparado en la Resolución de Caracas o por otras vías.

"El Presidente dijo que él no conocía un plan mejor para tratar esta situación" —se expresa en las notas registradas de aquella reunión del 17 de marzo—, "el gran problema es el escape y la violación de la seguridad. Todos deben estar preparados para jurar que él no ha oído nada de eso".[12]

La CIA comenzó a trabajar.

El puesto de mando del proyecto se acondicionó en Quarter Eyes, en Washington, con los mejores recursos de la época.

Un cuarto con mapas electrónicos y una sala de comunicaciones, constituían elementos sofisticados dentro del edificio. Los mapas a escala de uno en 50 mil, correspondían a una edición reciente (1957) y se basaban en tomas aéreas a gran altura realizadas por la marina norteamericana. Estos eran constantemente actualizados con las nuevas vistas recibidas desde las cámaras de los aviones espías U-2, y los partes de los agentes que actuaban dentro de Cuba. La sala de mapas se encontraba rodeada de paredes de cristales para facilitar su iluminación. Luces rojas indicaban áreas de insurgencia en las montañas y de acciones de sabotaje y terrorismo de gran envergadura en las ciudades. Así, cada punto lumínico significaba una columna de alzados, un objetivo económico destruido, la infiltración de un *team,* el lugar desde donde transmitía un agente o la zona para el lanzamiento aéreo de armas y explosivos.

[12] Piero Gleijeses: Ob. cit., p. 4.

En el salón de comunicaciones, numerosos medios telefónicos, junto con plantas de radio y teletipos para cifrados, enlazaban Quarter Eyes con las casas de seguridad asignadas al proyecto o con las bases de entrenamiento en Guatemala, Panamá y La Florida. Desde otras oficinas se elaboraban los planes de propaganda encaminados al ablandamiento psicológico del pueblo cubano que se desarrollaban a través de las emisoras de radio, la prensa, la televisión, el cine y la literatura. Allí se confeccionaban los volantes que eran lanzados sobre la isla y se planificaban los vuelos para el abastecimiento aéreo de las partidas de insurgentes o para lanzar bombas incendiarias sobre los campos de caña.

Teniendo en cuenta las recomendaciones de los expertos de la CIA en los asuntos cubanos y de los funcionarios del Departamento de Estado, fueron escogidos los hombres que integrarían el frente político unificado fuera de Cuba y con los cuales se pretendía abarcar el aspecto político más representativo opuesto a Fidel Castro. En la selección de estas figuras trabajaron, entre otros, William D. Pawley, exembajador en Brasil y amigo del dictador Fulgencio Batista; William Wieland, jefe del Buró del Caribe del State Department; Roy Rubotton, secretario asistente para Asuntos Latinoamericanos; James Noel, jefe de la estación CIA en La Habana.

Fueron escogidos cinco personajes.

Manuel Antonio de Varona Loredo, de 52 años, político tradicional, quien había ocupado el cargo de presidente del senado y de primer ministro durante el gobierno del doctor Carlos Prío Socarrás, fue uno de los pocos líderes políticos que permaneció en la isla durante la tiranía batistiana moviéndose dentro de la oposición que toleraba el gobierno. En la medida en que se recrudeció la represión su permanencia en el país propició su ascensión en las filas de su partido.

Se oponía a la línea insurreccional de Fidel Castro y consideraba que la solución del problema cubano la darían los militares con un golpe de Estado al estilo tradicional. Todo su accionar tenía como miras convertirse en presidente de la república. Varona era un hombre de derecha, de pensamiento y conducta aristo-

críticos, lo que se reflejaba en su vida personal. Era propietario de una compañía de seguros con filial en Puerto Rico, además de haber logrado un matrimonio sumamente ventajoso. Durante la década del 50 y mientras ocupó altos cargos en el gobierno de Carlos Prío Socarrás, Varona se vinculó a los capos de la mafia estadounidense que controlaban los casinos de juego en La Habana. Estas relaciones le aseguraron el incremento de su fortuna y una relación de dependencia que sería cobrada luego del 1ro de enero de 1959. Sería él, quien contactado por la mafia, haría llegar a Cuba, desde Miami, varias cápsulas de botulina sintética, un mortífero veneno, con el propósito de asesinar a Fidel Castro antes del desembarco.

Después del triunfo revolucionario permaneció en la isla, dentro de la oposición legal al gobierno. Se enfrentó a la promulgación de las leyes de beneficio social y se erigió en defensor de los propietarios afectados. Así, el 12 de junio de 1959, durante una comparecencia televisiva, arremetió contra la ley de Reforma Agraria y dijo que contradecía la Constitución de 1940, aún vigente. Además censuró al Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA), "por tener más poder que el presidente de la república y el gobierno todo [...] hacemos objeciones al INRA porque esté regido solamente por dos personas [...]". Una de esas personas era Fidel Castro.

Varona fue más allá aquella noche y señaló: "Creo que el Gobierno Revolucionario, después de cinco meses y días de estar en el poder, debe fijar el término del mandato".[13]

Un pasado corrupto, como el de la mayoría de los hombres públicos que se movieron en el escenario de la política durante los años de república, y el enfrentamiento a la Revolución, lo desacreditan completamente en Cuba, pero le ganan adeptos en el Departamento de Estado y la CIA. Con el apoyo de oficiales de esta última, radicados como diplomáticos en La Habana, crea el Movimiento Rescate, con métodos clandestinos y una membresía escasa, pero adicta. Comienza entonces a conspirar. Poco después la Agencia le pide que salga de Cuba hacia Estados Unidos. Corren los primeros meses del año 1960. Varona recuerda: "A mi me citó

[13] Antonio Núñez Jiménez: *En marcha con Fidel.* Editorial Letras Cubanas, La Habana. 1982, p. 190.

un funcionario de la embajada y me propuso salir del país para encabezar un movimiento contra Castro..."[14]

Por motivos muy diferentes se seleccionó a Manuel Artime Buesa, de 28 años, exoficial del Ejército Rebelde, de una sólida formación religiosa. Artime era sobrino de un poeta muy popular por entonces, José Ángel Buesa, cuya poesía cursi, de un modernismo ya vencido, aunque con indiscutibles valores formales, quizás haya contribuido a la capacidad oratoria, un tanto melosa, del improvisado líder político.

En 1957 había ingresado en el Partido de Liberación Radical, de corte democristiano. Artime se había graduado en Medicina y aspiraba a convertirse en psiquiatra, cuando en diciembre de 1958 se unió al Ejército Rebelde. En las primeras semanas después de 1959, fue designado segundo jefe de la Zona O-22, en la región de Manzanillo. Desde este cargo y bajo la dirección del entonces ministro de Agricultura, comandante Humberto Sorí Marín, y de su director de Agricultura, Rogelio González Corzo, Artime impulsó la labor de los llamados Comandos Rurales, una especie de Cuerpos de Paz, integrados por jóvenes en su mayoría de la Agrupación Católica Universitaria de La Habana, quienes se asentaron en parejas en las casas de los campesinos de la zona para ayudarlos en las labores agrícolas e inculcarles la fe religiosa, mientras en la finca La Sierra, de 2 350 caballerías, ensayaban una Reforma Agraria que evitaría afectar los intereses de los grandes propietarios, especialmente norteamericanos. Desconocían que un grupo de colaboradores cercanos al comandante Fidel Castro, preparaba, en secreto, el proyecto de Ley de Reforma Agraria, que poco después este presentaría al Consejo de Ministros.

Al abortarse la conspiración del comandante Hubert Matos en Camagüey, con quien Artime mantenía estrechas relaciones, los Comandos Rurales fueron disueltos. No pocos de sus integrantes pasarían a formar parte en los meses siguientes de las organizaciones contrarrevolucionarias estimuladas por la CIA. Rogelio

[14] Testimonio de Antonio de Varona, documental *Girón, ¿derrota o traición?* Transmitido por la televisión de la Florida.

González Corzo se convertiría en el principal agente de la Agencia en el país.

Con la ayuda de la embajada norteamericana, Manuel Artime logró salir clandestinamente de la isla hacia Estados Unidos. Evidentemente, su labor en la providencia de Oriente no había estado desvinculada de los esfuerzos que realizaba la Agencia por mediatizar la labor del Gobierno Revolucionario. En territorio norteamericano, Artime organizó el Movimiento de Recuperación Revolucionaria (MRR), cuyas tesis dio a conocer en Costa Rica. Ese movimiento fue integrado en aquellos inicios por exmiembros del Movimiento 26 de Julio, el Ejército Rebelde y la Policía Nacional Revolucionaria; hombres que habían enfrentado al tirano Fulgencio Batista, pero tenían, unos, ambiciones políticas y se sentían marginados, otros, eran oportunistas que se habían incorporado a la marea revolucionaria cuando era evidente el triunfo de la estrategia de Fidel Castro. No pocos de ellos querían revolución, pero no tanta; y todos, en una medida u otra, poseían un fuerte dogmatismo anticomunista.

En pocos meses, bajo el control de la Agencia, que había auspiciado su creación, el MRR se estructuró en todo el país. Recibió abundantes suministros bélicos y llegó a convertirse en la organización contrarrevolucionaria y terrorista de mayor beligerancia, aunque, al igual que las restantes, nunca llegó a significar un serio peligro para la Revolución.

En el segundo semestre de 1969, la CIA comenzó el abastecimiento por aire y mar de esta organización. Utilizaron diversas vías, como el ferry que realizaba viajes Cayo Hueso-La Habana, y ocultaban en los autos transportados fusiles M-1, granadas, municiones y explosivos; además, las armas eran enviadas por diversos puntos de la costa y a través de lanzamientos sobre fincas de integrantes o colaboradores de la organización.

Sus hombres realizaron incontables actos de sabotaje, fomentaron y sostuvieron diversas partidas insurgentes en las montañas del país, sacaron clandestinamente a decena de sus miembros hacia los campos de entrenamientos de la CIA en Guatemala y Panamá; fraguaron una y otra vez el asesinato de los principales dirigentes de la Revolución.

En sus acciones contaron con el apoyo del clero reaccionario de origen español, en cuyas aulas muchos de ellos se formaron.

El MRR empleó métodos de lucha clandestina heredados del enfrentamiento contra la tiranía batistiana; se organizaron en células pequeñas, compartimentadas entre sí y con una estructura piramidal; sus hombres contactaban en lugares públicos y sus enlaces se movían en vehículos de transporte colectivo.

José Ignacio Rasco, profesor de historia que representaba al Movimiento Demócrata Cristiano (MDC), sería otro de los políticos "aceptables" para el proyecto. Rasco había sido dirigente de la Juventud Católica y, al triunfo de la Revolución, durante las primeras semanas apoyó, como casi todos los políticos de corte tradicionalista, al Gobierno Revolucionario. Pero Rasco no sería una excepción. Su hostilidad hacia el gobierno de Fidel Castro tendría un sello peculiar: colocar a la iglesia católica frente a la Revolución. Con tal propósito, impulsó el accionar de las organizaciones católicas del país: Juventud Católica Estudiantil (JCE), Agrupación Católica Universitaria (ACU), y Juventud Obrera Católica (JOC). Fue uno de los principales organizadores del Congreso Católico celebrado a finales de 1959, de su temario, sus ponencias y conclusiones; todas, de abierto contenido provocador. Se le atribuye la creación, durante el evento, de las consignas "Caridad. Caridad. Caridad", en oposición al clamor popular de "Paredón... paredón... paredón". Finalizado el Congreso y como uno de sus acuerdos, surgió el Movimiento Demócrata Cristiano, lidereado por él. Se dio a la tarea de desarrollar una labor organizativa, en particular en los exclusivos colegios católicos privados de la capital, con el apoyo de la jerarquía eclesiástica. Rasco, en una suerte de show propagandístico, se asiló en abril de 1960, cuando no era objeto de persecución alguna y realizaba sus labores políticas de forma pública. La CIA, con la cual mantenía contactos en la embajada americana, también le había solicitado abandonar el país para integrar el Frente Revolucionario Democrático (FRD).

Evidentemente, los especialistas en el programa cubano habían considerado que si lograban inculcar en los creyentes la idea de

que Fidel Castro era el anticristo, la Revolución perdería su base de sustentación popular. Sería otra pifia de la CIA.

Al triunfo de la Revolución, el clero cubano estaba conformado en su mayoría por prelados de origen español, con posiciones políticas falangistas, francamente reaccionarias. Universidades, colegios e instituciones educacionales religiosas se concentraban en los exclusivos barrios de la capital. Entre ellos sobresalía la Universidad Católica de Santo Tomás de Villanueva, rectoreada por curas agostinos norteamericanos. El enfrentamiento a la Revolución no tardaría en producirse. Pastorales y editoriales proliferaron en aquellos primeros dos años, amplificando la tesis "Roma o Moscú", reducida a "Revolución o contrarrevolución". Estas pastorales eran publicadas en la prensa hostil, en particular por el *Diario de la Marina* y comentadas por su director José Ignacio Rivero en la sección "Vulcano y Relámpagos".

Las prédicas contrarrevolucionarias encontraron eco en una buena parte del alumnado de estas escuelas, casi todos miembros de las clases pudientes. Un exalumno del colegio Belén, el mismo donde estudiara Fidel Castro en su juventud, recuerda la celebración de un acto al cual asistió uno de los prelados que con mayor vigor combatió al gobierno, el obispo Eduardo Boza Masvidal: "A dicho acto fueron convocados los colegios religiosos Lestonac, El Verbo Encarnado, La Salle, Los Maristas, Nuestra Señora del Rosario y Nuestra Señora de los Ángeles. Recuerdo que las monjas que más se destacaron fueron las de Nuestra Señora de los Ángeles y Nuestra Señora del Rosario, las que brincaban mientras exclamaban: 'Viva Boza, abajo Fidel'. Después los alumnos comenzaron a imitarlas. Al llegar el obispo, lo recibieron con aplausos y gritos 'Viva Boza, Viva Boza'. 'Boza sí, comunismo no'. 'Boza, seguro, a los rojos dale duro'. Durante el discurso, el obispo señaló que deberíamos llevar a cabo la revolución de Cristo, que es la única verdadera, ya que es una revolución de amor, de igualdad para todos los hombres. Recuerdo muy bien que dijo que los ricos habían abusado mucho con los pobres, que por su egoísmo había surgido el comunismo, que teníamos que ayudar a los pobres. A la mayoría de los alumnos allí presentes, hijos de ricos, no les gustó mucho esto último y al final aplaudieron muy poco".

Los clérigos sensibilizados con la obra humanista de la Revolución crearon la organización patriótico-religiosa Con la cruz y con la patria. Estos sacerdotes de base y laicos, justificaban su acción argumentando que se podía ser católico y revolucionario, abogaban porque la iglesia se desembarazara de sus alianzas con los intereses que combatía la Revolución. Por su actitud, fueron reprimidos y castigados por la alta jerarquía eclesiástica. Igual suerte corrieron los alumnos de las escuelas privadas católicas identificados con el proceso revolucionario, los que fueron expulsados de los centros educacionales.

Por su parte, el gobierno de Fidel Castro no se dejó provocar y trató con mucha sabiduría la cuestión religiosa, observando un estricto respeto hacia las labores del culto religioso y los feligreses, lo que estaba en absoluta correspondencia con su propia política. En más de una ocasión, Fidel se refirió a la identidad entre los postulados cristianos y el proceso de justicia social que se llevaba a cabo en el país.

Cientos de miles de creyentes permanecieron fieles a la Revolución y el Papa Juan XXIII no excomulgó a Fidel Castro, como lo había hecho Pío XII con Juan Domingo Perón.

Otro de los líderes seleccionados fue el doctor Aureliano Sánchez Arango, político tradicional, líder del partido denominado Triple A. Sánchez Arango había sido secretario de Estado del gobierno de Carlos Prío. Fue el último político escogido para integrar el frente en abandonar Cuba, a mediados del año 1960. Entonces, la Triple A pasó al clandestinaje. Se caracterizó por la ejecución de actos terroristas, tales como incendios de centros económicos, tiendas de ropas, sabotajes en torres de electricidad, riego de alcayatas durante la celebración de los carnavales y venta de bonos. A finales de 1960 varios hombres de esta organización comenzaron a chequear al recién instalado Embajador de la Unión Soviética con la intención de asesinarlo.

La Triple A fue penetrada por la Seguridad cubana desde los primeros momentos, ya antes de la invasión contaban con un agente dentro de la Dirección Nacional, lo que permitió que en varias operaciones efectuadas entre el 19 y 29 de marzo de 1961,

a solo dos semanas del día D, fuesen capturados sus principales dirigentes.

Montecristi fue otra de las organizaciones contactadas por la CIA. Su líder era Justo Carrillo. Se dice que la membresía no excedía la cifra de 100, todas personas de clase media, incluyendo la propia familia de Carrillo. Públicamente, este ofrecía la imagen de liderear una gran agrupación. Durante la tiranía, Montecristi desplegó todas sus energías a la recolección de dinero. Al triunfo de la Revolución, su principal dirigente fue designado presidente del Banco de Fomento Agrícola e Industrial de Cuba (BANFAIC), y desde allí se dedicó a colocar en puestos del gobierno a sus amigos, así como al manejo inescrupuloso de los fondos monetarios bajo su responsabilidad. Luego de algunos contratiempos con la dirección revolucionaria, se marchó a Estados Unidos.

Otras organizaciones contrarrevolucionarias fueron con posterioridad integradas al FRD. Entre ellas adquirirían alguna notoriedad el Movimiento 30 de Noviembre (M-30-11), el Directorio Revolucionario Estudiantil (DRE) y el Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP). Esta última llegó a convertirse en una de las organizaciones clandestinas más terroristas dentro de Cuba. Fue creada a mediados de 1960 por el ingeniero Manuel Ray Rivero, quien había sido jefe nacional del Movimiento de Resistencia Cívica del Movimiento 26 de Julio durante la tiranía. Al triunfo revolucionario fue nombrado ministro de Obras Públicas, desde donde comenzó a conspirar contra la orientación revolucionaria del proceso. Su personalidad resultaba muy atractiva para la CIA. No estaba comprometido con el régimen de Batista y había dado su apoyo inicial a la Revolución. Su posición política, de orientación socialdemócrata, lo conduciría irremediablemente al enfrentamiento con la Revolución. Conocedor de las estrictas leyes del clandestinaje conspirativo, logró estructurar una organización muy cerrada. Además, gozaba de prestigio, pues sustentaba la tesis de que los verdaderos "líderes" opositores de Fidel Castro debían permanecer en Cuba para afrontar así los riesgos que

se derivaban de tan difícil lucha. Parecía, a todas luces, que la CIA había encontrado un hombre capaz de homologar las cualidades demostradas por Fidel Castro, aunque no pocos en la Agencia lo rechazaban por considerar que era representante de una peligrosa línea política: "el fidelísmo sin Fidel". Pero los más íntimos colaboradores de Ray comenzaron a advertir extraños signos en su conducta. Realizaba sus movimientos con gran cautela buscando una seguridad que sospechosamente se confundía con lo ridículo por no considerarlo un gesto de cobardía. "Era difícil de localizar y para algunos en la organización comenzó a hacerse evidente que después de haber echado a andar la madeja con su nombre como marca de fábrica, había decidido mantenerse a buen recaudo, hasta que un día de noviembre de 1960, a escasos cinco meses de haber creado el MRP, sin avisar a la dirección del movimiento, con la ayuda de oficiales de la CIA en La Habana, abandonó el país. Dejó el mensaje de que iba a Estados Unidos a establecer contacto, pero ninguno de sus hombre le creímos".[15] Aun así, se autodesignó delegado del MRP ante el FRD y desde las comodidades de un exilio que le proporcionaba una nada envidiable mesada, regateó una y otra vez el liderazgo del Frente Político.

Mientras tanto, en Cuba, el MRP incrementaba sus acciones en la medida en que la CIA lograba abastecer a la organización con armas y explosivos. Sus hombres —con el asesoramiento de un agente especialmente entrenado por la CIA para las acciones terroristas— lograron perpetrar el mayor sabotaje realizado en el país en vísperas de la invasión: con dos petacas de gelatina incendiaria redujeron a escombros la mayor tienda por departamentos en Cuba, El Encanto. Además, sabotearon almacenes de tabaco, la fábrica nacional de papel, varias instalaciones portuarias, dos de los Ten Cents de la capital, entre otras muchas acciones terroristas.

El MRP llegó a tener células conspirativas en los sectores telefónico, eléctrico, de seguros, medicina, transporte, licorero, bancario, artes gráficas, calzado, pieles, gastronomía, construcción y aviación civil.

[15] Declaraciones de Reynold González, Coordinador Nacional del MRP. Archivo MININT.

A Howard Hunt, el oficial de la CIA designado para atender a los "cinco líderes" que inicialmente integraron el Frente Revolucionario Democrático —según relata en sus memorias— le fue fácil lograr una reunión con ellos; lo fatigoso fue el regateo que establecieron con respecto a los fondos financieros que debía entregarles la CIA. Pedían 435 000 dólares para actividades en el extranjero; $ 200 000 para incrementar las operaciones dentro de Cuba y unos $ 105 000 para gastos imprevistos, salarios y mantenimiento de las oficinas del frente. Todo esto sería más de $ 745 000 al mes.

Finalmente quedó claro que la cantidad de dinero asignada al frente sería para cubrir el establecimiento de su oficinas en las principales ciudades del hemisferio occidental, incluyendo EE.UU. El costo de la propaganda contra Fidel Castro, la compra de armas, embarcaciones y equipos de comunicaciones para las infiltraciones, los subsidios para el reclutamiento de personas y demás operaciones paramilitares correrían a cargo de la CIA.

El 20 de junio, el Frente Revolucionario Democrático y sus "cinco líderes" fueron presentados a la prensa. Durante la ceremonia, los oficiales de la CIA que los habían organizado y en lo adelante los manipularían, permanecieron en sus habitaciones. Momentos antes, habían dado el visto bueno a la nota de prensa y al manifiesto político que llamaba al derrocamiento de Fidel Castro.

El manifiesto del FRD justificaba su acción en la teoría elaborada por los especialistas de la CIA. En lo adelante el proyecto contra Cuba se sustentaría en una justificación moral: la revolución traicionada. En uno de sus párrafos se lee: "traición sovietizante del régimen del comandante Fidel Castro a los nobles y originales propósitos de la Revolución cubana".

En otro de sus apartados señala que "no es posible permanecer indiferente ante el terror legal, físico y psicológico más coactivo que recuerda nuestra historia". En el documento se explayan en consideraciones que más que racionalidad y fundamento político acusan una verborrea anticomunista de poca monta.

Finalmente exponen en 12 puntos un esbozo de programa político que llevarían a cabo una vez derrocado el Gobierno Revolucionario. Entre estas medidas se destacan, por evidenciar de

manera inequívoca las verdaderas intenciones de estos luchadores por la libertad", las siguientes:

– Eliminación del Partido Comunista.
– Revisión de las sanciones impuesta por las infracciones cometidas antes del primero de enero, a través de los tribunales ordinarios de justicia. [Entiéndase la revisión de las sanciones a los criminales de guerra y torturadores de la tiranía.]
– Mantenimiento de la Reforma Agraria, pero como se estableció en la Constitución de 1940, "sin despojos ni atropellos".

El significado de la palabra despojo deja claro la contradicción con la formulación inicial. ¿Cómo realizar una Reforma Agraria sin despojar de la tierra a los grandes terratenientes, en lo fundamental norteamericanos?

De lo que se trataba era de mantener la formulación, debido a lo arraigada que estaba en el campesinado cubano la Reforma Agraria en ejecución por el Gobierno Revolucionario. Y por supuesto, el advenimiento de un gobierno a la usanza, garantizaría a la burguesía retomar el poder que comenzó a perder el primero de enero de 1959. Un integrante de segunda fila del FRD, Max Azicri, que con los años y desencantado de tanto fariseísmo en la retórica contrarrevolucionaria, se acercó a la Revolución, confesaría muchos años después a este autor, que en cierta ocasión, al penetrar a un salón en una de las casas del Frente en Miami, se encontró con toda una constelación de personajes, circunspectos y bien trajeados, que lo miraron con cara de pocos amigos. Max abandonó rápidamente el local y poco después indagaba por esos señores de tan distinguido porte. "Están tratando el asunto de las devoluciones de sus tierras y propiedades intervenidas", le respondieron. A Max no le agradó, pero tampoco le extrañó verlos allí.

La alta burguesía cubana era arrogante y aristocrática, racista y espectacular. Si los norteamericanos tienen un capitolio, ellos erigían una copia a escala; el fastuoso teatro Blanquita, insignia cultural nacional, no solo era tan deslumbrante como el Metropolitan Opera House, sino aventajaba a este en cuatro butacas. Los millonarios cubanos enviaban por arquitectos a Francia para construir, a escala menor, réplicas de palacios, importaban mármol de Carrara,

vitrales alemanes, con zócalos tallados en Austria, porcelana Limoges, coleccionaban pinturas del romanticismo inglés, muebles versallescos, vinos de Burdeos. Las fiestas de diciembre en los selectos clubes obligaban a sus organizadores a un esfuerzo por pintar un retrato que hiciera pensar a los miembros que se hallaban en Broadway. A pesar del calor sofocante, las pieles eran los artículos que más se vendían en los desfiles de modas de invierno. Los millonarios cubanos pasaban sus vacaciones en Estados Unidos, allí realizaban sus compras de Navidad. Sus hijos se educaban en universidades norteamericanas. Por todo ello no sería difícil imaginar hacia dónde mirarían para recuperar el poder económico y político que estaban perdiendo.

A fin de alejar aún más la posibilidad de vincular el proyecto contra la Revolución Cubana con el gobierno de Estados Unidos, se adoptó la decisión de establecer las oficinas del FRD en Ciudad México. Poco después comenzaban a abrirse delegaciones en diferentes países latinoamericanos. Aunque con cierta independencia en su accionar, la CIA, que era quien pagaba, ponía las reglas de juego. "A través de Tony convoqué a la Delegación del FRD en Ciudad México y les presenté a Sam, como su guía, mentor, pagador y contacto conmigo, así como representante del grupo de Bender. Luego de dar la cara por mí, Sam se puso a trabajar inmediatamente. La Delegación abrió una oficina en el centro de la ciudad y comenzó a producir un periódico semanal llamado *Mambí*".[16]

En lo adelante, el Frente Revolucionario Democrático permitiría encubrir la agresión norteamericana. Había sido una exigencia precisa del presidente Eisenhower.

Mas, no pudieron engañar al gobierno mexicano. A pesar de todo el esfuerzo realizado por los oficiales CIA en ese territorio para encubrir el verdadero carácter de sus relaciones con el FRD [H. Hunt retomó su vieja fachada de escritor de novelas policiales] rápidamente se hicieron sospechosos. Entonces, los mexicanos comenzaron a obstaculizar y presionar a los oficiales CIA a cargo y, el 3 de octubre de ese propio año 1960, con la autorización del presi-

[16] Howard Hunt: *Give us this day*. Popular Library. 1973, p. 52.

dente Eisenhower, el Consejo Ejecutivo del FRD se vio obligado a abandonar Ciudad México y retornar a Miami.

Los "líderes" del frente viajaron de un lugar a otro promoviendo su cruzada contra Castro. Fueron enviadas comitivas de propaganda por todo el mundo.

Algunos cubanos se creyeron realmente que ellos eran los verdaderos artífices del programa de lucha. Ese fue el caso del excoronel Martín Elena, hombre de confianza de Antonio de Varona, quien presidía en Miami un fantasmagórico estado mayor del FRD. El hombre se dispuso a elaborar la estrategia para el desembarco en la isla. Elaboró más de un proyecto de invasión que terminaron en los cestos de basura de Quarter Eyes. "Yo veía al coronel como un líder que debía mantenerse ocupado en Miami con los planes militares. En cualquier caso, los planes cubanos no serían los usados el D-Day, sino los planes que estaban siendo desarrollados por la CIA y el Pentágono a través de los jefes del Estado Mayor Conjunto. Los planes militares cubanos eran un inofensivo ejercicio y podrían probar una utilidad tangencial si fueran conocidos por los agentes de Castro y sirvieran como material de desinformación. Parafraseando el sermón: esto era demasiado importante para los generales cubanos".[17] Más adelante, Hunt señala en la propia obra las palabras de Martín Elena: "No veo como puedo aparentar que mando, cuando en realidad no tengo mando alguno".

Sobre el accionar y la valía organizadora de los líderes del FRD nadie mejor que el propio H. Hunt para caracterizarlos. En la obra mencionada señala: "Rasco, Varona y Carrillo estaban más bien disponibles hasta el mediodía. Artime, quien estaba despierto regularmente hasta pasada la medianoche, atendiendo a su rebaño, aparecía con los ojos rojos y sin afeitar. Varona abriría usualmente las reuniones informando cuántos nuevos reclutamientos para los campos había logrado su hermano el día anterior. Esto causaba regularmente el alboroto de Carrillo (cuyo movimiento Montecristi parecía estar limitado a sus familiares). Luego, Rasco preguntaba fastidiosamente por las armas y embarcaciones para sus seguido-

[17] Howard Hunt: Ob. cit., pp. 61-62.

res de la Florida. Finalmente, Artime, el miembro más joven, se lanzaba a un apasionado discurso de por qué era necesario derrotar a Castro, cómo eso no podría lograrse a menos que estos pequeños celos fueran puestos a un lado".

Pero la unidad entre estos resultaba una tarea imposible. Varios de ellos eran políticos tradicionales, otros recién salidos a la palestra, todos ávidos de poder, ambiciosos, algunos de ellos con un historial de corrupción y latrocinio bien conocido por el pueblo cubano. Estaban convencidos de que regresarían en un barco de guerra norteamericano o en un avión militar, a la vida política cubana, a la usanza de la época republicana. Ninguno estaba dispuesto a ceder la silla presidencial. "Mientras el proyecto iba adquiriendo embarcaciones, aviones y bases, entrenando hombres, negociando con gobiernos extranjeros, buscando aclaraciones políticas, publicando revistas y periódicos, sacando trasmisiones de radio y tratando de introducir armas, hombres y propaganda dentro de Cuba por mar o aire, el FRD, en cuyo nombre se realizaba gran parte de esta actividad, progresaba poco hacia la unidad".[18]

La CIA permitió a los cubanos hacer bastante ruido, pero no todo el que deseaban. En el exilio, luego de repetir una y otra vez que el asunto contra Castro era entre ellos, sucedió que se lo creyeron. Entonces, la CIA los paró en seco.

En los campamentos llegaron más lejos: "¿Es o no cierto que el Capt. Oscar Alfonso Carol, primer cubano jefe de la base Trax en Guatemala,[19] fue removido de participar por demandar que los líderes cubanos tuviesen algo que decir sobre la conducción de las operaciones y el futuro de la lucha en nuestro país? La respuesta es Sí, yo lo sé, yo estaba allí".[20]

Otros corrieron peor suerte por discrepar. A punta de ametralladoras fueron desarmados y recluidos en una cárcel de la selva guatemalteca. Años después, un periodista le preguntaría a Tony Varona sobre las relaciones con los estadounidenses. La respuesta sería: "Ellos no son amigos ni enemigos, son americanos".[21]

[18] Informe del inspector general de la CIA Lyman Kirkpatrick. Documento desclasificado del gobierno de Estados Unidos.

[19] Se refiere a jefatura entre cubanos. La base Trax estaba al mando de oficiales norteamericanos.

[20] José Pérez San Román. *Respuesta.* Librería Cervantes, Miami, Fla, 1979, p. 23.

[21] Documental: *Girón, ¿derrota o traición?*

Pero mientras mantenían entretenidos a estos "líderes políticos" jugando a hacer la guerra contra Fidel Castro, en Quarter Eyes no se perdía tiempo. Los expertos militares del Pentágono y de la Agencia preparaban y ejecutaban los planes militares. Realmente, sin siquiera esperar a la constitución del Frente, la CIA había comenzado a proyectar las acciones de guerra subversiva. Desde el 19 de mayo, en el más absoluto secreto, un grupo de exiliados seleccionados por las propias organizaciones contrarrevolucionarias, comenzaba un riguroso entrenamiento de guerra de insurgencia y clandestinaje en una semidesierta isla ubicada en las cercanías de Fort Myers, en la península de la Florida: Usseppa.

Teams de infiltración

Los primeros reclutamientos se efectuaron en Miami entre los meses de abril y mayo de 1960, para lo cual la CIA se sirvió de los líderes de las organizaciones que posteriormente integrarían el Frente Revolucionario Democrático. "A principios de mayo de 1960 me vino a ver Manuel Artime, o mejor dicho, a través de uno de los San Román, el cual se nombra José, que posteriormente comandó la fuerza que atacó por Playa Girón, y me invitó para una reunión de exoficiales del ejército disuelto [...], dicha reunión se encontraba presidida por Manuel Artime. En esa oportunidad, Artime nos manifestó que él se encontraba en contacto con el gobierno de los Estados Unidos, y que se nos había citado con la finalidad de organizar una fuerza con la cual enfrentar al gobierno cubano".[1]

Otros futuros reclutas fueron enviados desde Cuba por las organizaciones contrarrevolucionarias que operaban dentro de la isla. Manuel H. Reyes García fue uno de estos: "En el año 1960 comencé a trabajar activamente en el MRR" —declararía tiempo después en el Departamento de Seguridad del Estado—, "comenzando a funcionar como enlace entre el coordinador en Oriente, Rogelio González Corzo *(Francisco)* y un individuo llamado [...]. Conociendo a través de Rogelio González, en el mes de marzo de 1960, que yo tenía que partir hacia los Estados Unidos, en compañía de un grupo, para recibir entrenamiento militar [...] Salí para Estados Unidos en el mes de abril de 1960, dirigiéndome al llegar, por orien-

[1] Declaraciones de Miguel Ángel Orozco Crespo, miembro de los *teams* de infiltración. Archivo MININT.

taciones de Francisco, al Centro Hispano, a contactar con una monja [...] En unión de un tal Quintero, fueron a verme y nos dirigimos a una casa [...] también había una cama para Artime [...] alrededor del 20 de mayo salió el primer grupo de diez para el entrenamiento y a los dos días, otro grupo de diez, siendo conducidos a la isla Usseppa". Manuel H. Reyes sería radiotelegrafista de uno de los *teams* infiltrados la víspera de la invasión a Girón.

El 19 de mayo partieron hacia la isla Usseppa los primeros agentes reclutados. En la casa fueron recogidos por un oficial CIA que se identificó como Carl; con él, según las instrucciones impartidas al grupo de cubanos, no se podía hablar. Durante los días de entrenamiento en la isla, algunos conocieron que Carl había participado en la preparación de las fuerzas mercenarias de Castillo Armas, en Guatemala.

Después de un viaje de unas cinco horas por carretera, el grupo llegó a un muellecito donde abordaron una lancha que los condujo a Usseppa.

La isla, en Fort Myers, Florida, semejaba una zona de recreo; poseía un embarcadero, una cancha de tenis y varias cabañas, entre otras instalaciones. A los nuevos reclutas les tomaron las huellas dactiloscópicas, los fotografiaron y fueron sometidos a diferentes *tests* para medir sus habilidades e inteligencia. Otros grupos fueron llegando hasta completar la cifra de 61, la mitad de ellos, exmilitares del ejército regular cubano. Otros agentes señalan la cifra de 66.

Usseppa era realmente la primera fase en el proceso de selección y adiestramiento de los futuros integrantes de los grupos paramilitares. Operaba como un centro de revisión física y mental; allí recibieron las primeras clases de telegrafía y guerra de guerrillas. A todos se les aplicó el polígrafo o detector de mentiras. Entre las preguntas formuladas resultaron constantes si simpatizaban con las ideas comunistas, si habían leído literatura marxista o realizado prácticas homosexuales.

Unas dos semanas después, el grupo se dividió en dos. Los más capacitados —afirman unos—; o los que no procedían del ejército —según el testimonio de otros—, aproximadamente 30, permanecieron en la isla para recibir un curso de radiotelegrafía, mientras el

resto, 29, todos exmilitares, la abandonaron en la segunda quincena de junio.

En un avión sin identificación, Douglas C-54, volaron durante siete horas hasta una zona selvática donde recibirían un curso de ocho semanas de guerra de guerrillas. Fueron trasladados en absoluto secreto y no se les dijo dónde estaban, pero al escuchar constantemente las sirenas de los barcos que atravesaban un canal, comprendieron que se encontraban en Panamá.

Oficiales norteamericanos les adiestraron en el manejo de armas de infantería y en tiro. Además, recibieron clases de explosivos, especialmente para sabotaje y demolición, tácticas de guerrillas, inteligencia, contrainteligencia, guerra psicológica, evasión y escape, interrogatorios, clandestinaje, recepción aérea y marítima.

Aprendieron la técnica de la escritura secreta, incluyendo el revelado con utilización del método más avanzado de la época, el papel carbón especial, de trazos invisibles.

Los que permanecieron en la isla Usseppa se convertirían en radistas de los *teams*. Recibieron clases seis horas diarias y aprendieron el código Morse, teoría sobre Física Eléctrica y demás temas relacionados con la telegrafía. El 5 de julio abandonaron la isla y con idéntico procedimiento al seguido por los exmilitares, volaron durante cerca de ocho horas hasta un campo de aterrizaje en plena selva. Pero no estaban en Panamá. Los más curiosos identificaron el país donde se hallaban por la matrícula de los camiones militares que los esperaban en la pista. Se encontraban en Guatemala.

Fueron trasladados a la finca Helvetia, en Retalhuleu, donde se improvisaba la base Trax. Previamente se les había instruido para que se identificaran ante los casi 160 reclutas que ya se encontraban allí, con nombres falsos. De inmediato continuaron el curso de radistas. El 21 de agosto arribaron los 29 que habían recibido el entrenamiento en Panamá en guerra de guerrillas. Ellos asumirían en lo adelante el entrenamiento de toda la tropa, incluyendo los nuevos reclutas que iban arribando desde Miami, bajo la supervisión de instructores norteamericanos. Se les llamó Cadres.

En Miami, los centros de reclutamiento se mostraban muy activos. "Finalmente fui seleccionado —uno de cada tres o cuatro inscriptos— y nos dirigimos en auto al área de Homestead, al sur de Miami,

donde nos llevaron a una casa vacía en las afueras, en la medianía de un bosque. Primero nos asignaron un número de registro. El mío era el 2718 [...] fuimos revisados, desnudos, por oficiales cubanos que querían estar seguros de que nosotros no llevábamos ningún artículo prohibido, como brújulas o armas [...] Más tarde, en ese mismo día, nos quitaron los relojes, nos colocaron en unos camiones cerrados y anduvimos durante varias horas. Después descubrimos que el camión estaba dando vueltas en círculos [...] Poco después escuchamos una aeronave taxeando hacia el hangar [...] Y de allí salimos directamente hacia nuestro avión".[2]

Oficialmente, el entrenamiento para desarrollar la guerra de guerrillas y la subversión en las ciudades comenzó en la base Trax el 19 de septiembre; y a finales de noviembre los reclutas estaban listos para entrar en acción. Pero para ello resultaba imprescindible haber creado en las montañas cubanas zonas controladas por insurgentes, así como un fuerte movimiento clandestino en las ciudades; esto no había sido posible.

Los escasos grupos que operaban en el Escambray eran continuamente hostigados, los lanzamientos aéreos de la CIA caían una y otra vez en manos de la milicia y del Ejército Rebelde. En las ciudades, la actividad contrarrevolucionaria se mantenía a raya debido a la combinación del trabajo de la Seguridad del Estado y la respuesta popular ante las acciones y provocaciones de estos grupos. Esta situación llevó a los jefes de la CIA a variar la concepción del enfrentamiento a la Revolución.

El 31 de octubre de 1960, desde la sede de la CIA en Washington se despachó un cable cifrado al oficial a cargo del proyecto en Guatemala, donde se le ordenaba la reducción del entrenamiento de guerrillas y la introducción de entrenamiento convencional para una fuerza de asalto anfibia y aerotransportada. Nacía así la Operación Trinidad. Esta consistía en el desembarco de una brigada, tanto por mar como por aire, con el apoyo de una fuerza aérea propia, a fin de conquistar una cabeza de playa en la zona de Trinidad, apoderarse del aeropuerto allí existente, trasladar hasta allí desde

[2] Félix Rodríguez Mendigutía: *Guerrero en la sombra*, Pocket Books, Simon and Schuster, 1989, p. 52.

Miami un gobierno provisional que solicitaría reconocimiento internacional, y un posterior apoyo militar hasta el derrocamiento del gobierno de Fidel Castro.

En la base Trax comenzó una nueva etapa. Desaparecieron los *teams* grises y negros y los agentes, devenidos reclutas, fueron organizados en compañías y batallones. Se realizó una rigurosa selección a fin de conformar un escaso número de *teams,* finalmente serían seis, con agentes muy calificados cuyas misiones principales en lo adelante serían infiltrarse en Cuba, establecer contacto con el clandestinaje, entrenarlo, organizar la recepción de armas y explosivos y participar en operaciones de sabotaje a objetivos vitales en apoyo a la invasión.

Como se puede apreciar, ya estos no organizarían la guerra de guerrillas ni la subversión urbana; en lo adelante la apoyarían activamente. Serían algo más que un refuerzo para las organizaciones subversivas que operaban en la isla y cuyos jefes principales, en reiteradas salidas clandestinas a Estados Unidos, estaban siendo entrenados con tanto rigor como los agentes en Usseppa, Panamá o Trax.

De hecho, las fuerzas paramilitares se habían dividido. El grueso de estas integrarían la Brigada de Asalto; y otra, reducida, los *teams* de agentes especiales.

Para esta última fuerza fueron seleccionados 83 reclutas. Entre ellos se encontraban una parte de aquellos que habían pasado por la isla Usseppa y Panamá, además de otros que se habían destacado durante los entrenamientos en Trax.

El 5 de diciembre fueron trasladados a la finca San José de Buenavista en el Departamento de Escuintla, Guatemala. El lugar era conocido por Garrapatenango, debido a la abundancia de garrapatas. Allí fueron sometidos a un entrenamiento especial de mucho rigor; se trataba de ejercicios de supervivencia. Durante semanas debieron permanecer constantemente en movimiento, sin ser advertidos por la población local, trasladando armas, equipos y mensajes, y organizando operaciones de recepción aérea, única forma además de ser abastecidos. Cuando la operación aérea fallaba quedaban sin alimentos; entonces tenían que sobrevivir de lo que obtuviesen de la naturaleza circundante.

Al término del curso (15 días) y adoptando nuevamente las medidas de compartimentación —camiones de lona cerrados y ventanillas de negro— volaron hacia Panamá. No les resultó difícil, otra vez, identificar el país donde se hallaban al observar a lo lejos un gran buque moviéndose lentamente a través de una esclusa. Descartaron inmediatamente el Canal de Suez, debido a la ausencia de arena y a la vegetación tropical. En las etiquetas de los envases desechados pudieron leer: Fort Clayton-Canal Zone.

El entrenamiento en esta oportunidad consistió en el dominio de las armas avanzadas de los países socialistas, clases de clandestinaje, incluyendo el seguimiento a sospechosos en territorio enemigo; se ampliaron las clases de inteligencia y propaganda, y ejercitaron el tiro y la recepción marítima y aérea. Tenían seis instructores, dos norteamericanos y cuatro europeos. "En este campamento nos sorprendió el nuevo año. Los instructores americanos nos dieron cerveza y vino. Yo recibí una carta de mi esposa donde me decía que había dado a luz una niña. Estaba contento".[3]

Para no pocos de ellos esta sería la última celebración. La mayoría cumpliría penas de prisión antes de celebrar el advenimiento de un nuevo año.

Antes de salir de Guatemala habían sido organizados en seis *teams* de 15 integrantes cada uno y se previó disminuir sus efectivos en un 50 por ciento.

A mediados de enero el entrenamiento se dio por concluido y se seleccionaron definitivamente 47. Los telegrafistas asignados a los *teams* fueron trasladados a Louisiana, donde durante una semana recibieron clases teóricas que completaron su preparación, en las instalaciones del Centenary College of Louisiana. El 29 de enero volaron hacia Nueva Orleans y de allí hacia Miami. Conjuntamente con los telegrafistas, los restantes miembros de los *teams* abandonaron Panamá vía aérea con rumbo desconocido para ellos.

"Nos informaron que iríamos para Cuba, montándonos en un avión los integrantes de mi *team,* que se llamaba Inca, integrado por seis. Iba con nosotros el instructor Carl. Llevábamos como armamento una pistola cal 45, un revólver 38, Bull-dog y un M-2, todo esto para cada uno, una muda de ropa civil y otra del Ejército

[3] Testimonio de Benigno Pérez Vivanco, miembro de los *teams* de infiltración, 1994. Archivo del Autor.

Rebelde con distintos grados, además de la de camuflaje que llevábamos puesta. Después de cuatro horas y media de vuelo, se abrió la escotilla de abajo y dieron orden de tirarse, lanzando primero el paquete con las pertenencias, después Carl y luego nosotros. Al llegar a tierra recogimos todo y nos introdujimos en un montecillo cercano. Nos quitamos la ropa de camuflaje, nos pusimos la de civil y lo enterramos todo junto a los paracaídas y las armas, excepto el revólver 38. Fue entonces que a medio kilómetro de donde habíamos caído se aparecieron unos hombres vestidos como milicianos, los cuales inicialmente nos dieron gran susto, pero luego, al acercamos, nos felicitaron pues en menos de una hora habíamos realizado la operación. Luego fuimos trasladados en una camioneta al aeropuerto de Retalhuleu. Nos habían lanzado sobre Guatemala".[4]

Al día siguiente, los *teams* fueron trasladados hacia Miami e internados en una casa de seguridad de la CIA en la zona de Homestead, donde debían aguardar hasta su infiltración en Cuba. La casa tenía suficientes comodidades para hacer su estancia placentera, poseía piscina y el área a su alrededor estaba sembrada de tomates. Se les dio dinero y permiso para visitar a sus familiares y esposas. Alrededor del día 8 de febrero los comandos dirigidos por Benigno Pérez, Manuel Blanco Navarro y Oscar Alfonso Carol, estos dos últimos exoficiales de la tiranía batistiana, fueron conducidos a un embarcadero en Cayo Hueso y salieron hacia Cuba.

El primer intento fue por la costa norte de Las Villas, donde desembarcaría el dirigido por Benigno para sumarse a los grupos de alzados que operaban en las montañas de el Escambray y que por aquellos días estaban siendo objeto de una fuerte ofensiva revolucionaria conocida como La Limpia del Escambray. La selección de Benigno para esta misión no era casual. Él había combatido a la tiranía en esas montañas.

Allí, el *teams* Inca tenía como misión organizar con urgencia la recepción aérea de armamentos y explosivos y brindar entrenamiento. Además llevaban un cargamento de armas. El intento falló y debieron regresar a Miami. Igual suerte corrieron los *teams* de

[4] Ibídem.

Blanco Navarro destinado a Pinar del Río, y el de Oscar Alfonso Carol, también por Las Villas. La operación de infiltración comenzaba bajo el signo de augurios inciertos. Pero aún faltaban varias semanas para la invasión.

Las vías utilizadas para la infiltración de los agentes fueron por mar y por aire, sin excluir la vía legal.

El 13 de febrero de 1961 el agente Manuel Reyes García descendía por la escalerilla de un avión comercial que cubría la ruta Miami-La Habana. Portaba documentación falsa. De inmediato estableció contacto con los jefes de la contrarrevolución interna y comenzó su tarea.

Al día siguiente, Día de San Valentín, el *teams* integrado por Félix Rodríguez Mendigutía, Segundo Borges, José González Castro, Javier Souto (radista) y Edgar Sopo, se infiltraba por la zona de Arcos de Canasí, limítrofe con las provincias de La Habana y Matanzas. Desembarcaron dos toneladas de equipos de comunicaciones, armas y explosivos. Fueron esperados en la costa por un grupo de contrarrevolucionarios que de inmediato se dieron a la tarea de trasladar y enterrar el cargamento. Pocos días después caía en manos de la Seguridad pues uno de los presuntos colaboradores trabajaba para el G-2. El Comando se dividió en dos: Segundo Borges, Javier Souto y José González se dirigieron hacia Las Villas; mientras Edgar Sopo y el jefe, Félix Rodríguez lo hicieron hacia La Habana, donde al día siguiente se entrevistaron con Rogelio González Corzo, uno de los principales jefes del clandestinaje.

Gustavo Enrique Casuso Pérez fue destinado como radista en una operación de alzamiento en la Sierra Maestra. Se infiltró por el norte de La Habana con el organizador principal del proyecto, Alberto Muller. El alzamiento se produciría en los días anteriores a Girón. Su misión principal sería coordinar, a través de la planta de radio, los DROPS (lanzamientos aéreos), de armas y parque para esta tropa organizada por el DRE (Directorio Revolucionario Estudiantil). La misión fracasó debido a que los escuadrones de la fuerza aérea táctica de la Brigada 2506 se encontraban en esa primera semana de abril trasladando su base en Guatemala hacia la de Happy Valley, en Nicaragua, no hubo lanzamiento, porque enseguida fueron apresados.

Oliverio Tomeu, jefe de otro *team* logró llegar a Camagüey en compañía de su equipo.

A finales de febrero, Manuel Blanco Navarro realizó un nuevo intento por arribar a la provincia de Pinar del Río. Su embarcación recibió las señales de otra según lo convenido, pero al verla acercarse, descubrió el color verde olivo en el fuselaje y la confundió con una lancha de la Marina de Guerra Revolucionaria, por lo que emprendió la retirada.

Benigno Pérez y su grupo fracasaron nuevamente y recibieron órdenes por la radio del yate de regresar a Cayo Hueso. Luego fueron trasladados a Nueva Orleans, donde les dieron 200 dólares a cada uno y una semana de descanso que dedicaron —según su testimonio— "a recorrer todos los bares de la ciudad".

Oscar Alfonso Carol logró infiltrarse a principios de marzo. Por esos días, Juan Manuel Guillot Castellanos, quien se encontraba conspirando en Cuba al servicio de la CIA desde finales de 1959 y que había salido hacia Estados Unidos el 13 de febrero, regresó clandestinamente en compañía de tres miembros de los *teams* que traían la orientación de subordinársele.

En los primeros días de marzo fueron lanzados en paracaídas sobre una finca ubicada en Santa Cruz del Sur, en Camagüey, los radistas de la CIA integrantes de los comandos, Adolfo Mendoza *(Raúl),* Jorge García Rubio *(Tony)* y el agente de la CIA Emilio Rivero Caro, quien dirigía una organización contrarrevolucionaria en Pinar del Río, adonde se dirigió después de la infiltración. Los tres agentes traían un cargamento de armas.

Jorge García Rubio fue destinado como radista de una importante organización clandestina que operaba en la capital, al frente de la cual se hallaban Alfredo Izaguirre de la Riva y José Pujals Mederos, reclutados ambos por la embajada norteamericana en 1959. Ellos ocultaron al radista asignado, en la casa de Izaguirre en el Focsa, y escondieron la planta transmisora en una finca en Santiago de las Vegas, poblado ubicado en las afueras de la capital. Poco después el grupo dirigido por este agente preparaba —según instrucciones de la CIA— la voladura de la planta generadora de electricidad de Tallapiedra.

Jorge Rojas Castellanos logró infiltrarse al frente de su equipo. Lo integraban Jorge Gutiérrez Izaguirre *(el Sheriff)* como radiooperador, Abel Pérez Martín, Jorge Recarey y José Regalado. A unos

200 metros de la costa, su bote de goma se viró y tuvieron que llegar a nado. Poco después fueron recogidos en la autopista Vía Blanca por un auto que los esperaba. Traía, entre otras, la misión de localizar puntos para recepciones aéreas de armas y explosivos destinados a las partidas de insurgentes que operaban en la región de Jagüey Grande, al sur de Matanzas. Rojas Castellanos desconocía que operaba en la zona donde se produciría la invasión, aunque por aquellos días de marzo aún la CIA no la había seleccionado para ello. Con ayuda de la partida del autotitulado coronel Juan José *(Pichi)* Catalá Coste, recorrió durante cerca de 20 días la región asignada. Como a todos los miembros de los *teams* le entregaron antes de salir de Estados Unidos una pistola 45, pavón de guerra, dos magazines adicionales, dos cajas de balas 45, una ametralladora ligera M-3 adecuada para la lucha en las ciudades, un portamagazines de tres peines, dos granadas de mano MK2, una pequeña mochila y material para la escritura secreta. En esos días, finales de febrero y principios de marzo de 1960, lograron infiltrarse otros integrantes de los *teams,* entre ellos Manuel Blanco Navarro, que lo había intentado anteriormente, Miguel Pentón, Jorge *Cawy* Comellas y Antonio Díaz Pou, este último por Oriente.

Miguel Ángel Orozco Crespo se acercó con su grupo a la costa en un barco apagado y sin insignias; pero no pudo desembarcar al no concurrir el contacto. Horas después regresaban a Cayo Hueso. La invasión sorprendió a Orozco en la casa de seguridad de Homestead.

Los cargamentos de armas y explosivos para la quinta columna interna se sucedieron durante los meses de febrero y marzo, ahora con el apoyo del equipo de infiltración. Una buena parte de ellos fueron infiltrados por una zona de la costa denominada Palmarejo, que en los documentos de la CIA aparecía bajo el nombre clave de Fundora, se encuentra entre las regiones de Santa Cruz del Norte y Arcos de Canasí, en la costa norte, a unos 80 kilómetros al este de la capital. Es una zona de mucha vegetación, abundantes cuevas, bajas alturas y con escasa población. Allí fueron recibidos por un comando de infiltración y por uno de los jefes más activos del clandestinaje, Marcial Arufe.

Finalmente, el 13 de marzo se infiltraron por el punto Fundora dos de los máximos jefes del clandestinaje. Designados por la CIA para desencadenar la mayor operación en el país en apoyo a la

invasión, arribaron a Cuba el excomandante Humberto Sorí Marín, nombrado coordinador militar del FUR (Frente Unidad Revolucionaria) y Rafael Díaz Hanscom, coordinador nacional. Junto a ellos desembarcó el miembro de los comandos Manuel Lorenzo Puig Miyar. Traían 14 toneladas de armas y explosivos que fueron ocultadas por Marcial Arufe.

Diez días después, el 22 de marzo, Benigno Pérez Vivanco, quien había fracasado en dos oportunidades, lograba infiltrarse: "El 22 de marzo nosotros nos acercamos a la costa por Palmarejo. Le llamaban el Punto Fundora. Íbamos en un barco madre, con mucho cuidado, porque teníamos miedo de que nos estuvieran esperando. Permanecimos como a cinco millas de la costa esperando que el comando de recepción nos hiciera señales. Cuando al fin vimos las dos luces verdes y una roja, nos mandaron a montar en una lancha rápida de *fiber glass*. Detrás de nosotros siguió otra embarcación con las 16 toneladas de armas. En la costa estaba Marcial Arufe con un camión donde montaron una parte de las armas y los explosivos. A mi radiotelegrafista, Rafael García Rubio y a mí, nos sacaron en una máquina y nos llevaron para La Habana. Nos ocultaron en una casa de seguridad y nos dedicamos a entrenar diferentes grupos del clandestinaje".[5]

Los agentes infiltrados trataron de cumplir las misiones para las cuales habían sido entrenados durante cerca de ocho meses: contactar con las organizaciones contrarrevolucionarias dentro de la isla; establecer y garantizar las comunicaciones con el Cuartel General; localizar zonas adecuadas para el lanzamiento de armas y explosivos; organizar alzamientos en zonas montañosas, principalmente en la Sierra de los Órganos, en Pinar del Río, el Escambray, en Las Villas, y en la Sierra Maestra, en Oriente; entrenar a los diferentes grupos del clandestinaje en el manejo de armas y la utilización de explosivos, y participar en la realización de acciones importantes.

Hasta el día del desembarco, los que aún no habían sido detenidos mantuvieron contacto a través de las plantas transmisoras con la CIA, desde donde fueron orientados, prevenidos sobre medidas

[5] Ibídem

de seguridad, así como evaluados. José Pujals Mederos, que tenía a su servicio a un radista, declaró en el Departamento de Seguridad del Estado: "La CIA estaba muy contenta con la forma de trabajar de los *teams* de infiltración en Santa Clara [...] Antes de Girón, por el primero de abril, recibimos un aviso de que tuviéramos cuidado con una falsa invasión por el sur de Camagüey [...] dos días antes de los bombardeos a los aeropuertos se recibió un mensaje donde se nos alertaba que el G-2 había extremado la vigilancia en estaciones de ferrocarril, aeropuertos y centros de comunicación y que se evitara estar allí para no ser detenidos".

Los agentes de los *teams* organizaron lanzamientos aéreos de armas y explosivos; entrenaron a decenas de activistas del clandestinaje en el manejo de estos artefactos de muerte, radiaron mensajes de Inteligencia, contentivos de datos militares, económicos, políticos y sobre la moral y estados de ánimo de la población; participaron directamente en sabotajes, como el que redujo a cenizas la mayor tienda por departamentos del país. Otros, promovieron alzamientos en el Escambray y la Sierra Maestra, aunque los hubo que apenas pisaron tierra cubana se introdujeron en alguna sede diplomática en busca de asilo.

El fin de los *teams* de infiltración lo encontraremos en la derrota estratégica sufrida por el gobierno norteamericano y sus servicios de Inteligencia y es una muestra elocuente de la efectividad de los incipientes órganos de la Seguridad cubana.

Manuel H. Reyes García, el primer agente infiltrado que utilizó para ello la vía legal, se mantuvo oculto durante los días de Girón, "inactivo", según señaló. Posteriormente transmitió mensajes de diversa índole hasta su detención. El comando destinado a Santa Clara, bajo el mando de Félix Rodríguez Mendigutía, no logró ninguno de sus objetivos. Los bombardeos a los aeropuertos cubanos, que para Fidel Castro significaron el preludio de la invasión, no lograron movilizarlo. Su jefe, Félix Rodríguez, se ocultó en la casa de un conspirador, posteriormente pasó a la residencia de un diplomático español y de ahí, clandestinamente, a la embajada venezolana. El 13 de septiembre abandonó el país. Edgar Sopo siguió su misma suerte, mientras que Javier Souto logró escapar minutos antes de ser detenido en Santa Clara. Posteriormente viajó a La

Habana y logró asilo en la embajada de Ecuador. Segundo Borges y José González Castro se mantuvieron ocultos en Santa Clara en compañía de Miguel Pentón, otro miembro de los grupos que se les unió. Los tres fueron detenidos el 21 de abril y conducidos a las oficinas del G-2 en la ciudad.

Las primeras declaraciones Segundo Borges las hizo al entonces teniente Aníbal Velaz, jefe de la Seguridad en la provincia. En el acta se recoge: "Que fue detenido el 21 de julio de 1961; que se marchó de Cuba en los primeros días de agosto de 1959, regresando en octubre del propio año por 4-5 días, regresando de nuevo a USA; que en agosto del 60 se enroló en movimiento de cubanos jóvenes contra el Gobierno Revolucionario; que fueron trasladados a Guatemala donde recibieron entrenamiento militar, después a otro lugar que desconoce y de aquí a Key West y directo a Cuba; que se infiltró con un tal Rogelio y otros llamados Félix, Javier Souto y Miguel Ángel González para abrir un frente de alzados en la costa norte; que el asunto fracasó. Introdujo armas por una playa y se apoyó en el control de radio".[6]

La historia posterior de los tres agentes parece más bien extraída del cine. Durante 25 días permanecieron detenidos en Santa Clara, hasta que se ordenó trasladarlos para La Habana. En la sede de la Seguridad cubana, ocurrió un hecho insólito que constituye muestra evidente de la tensión que se vivía y la escasa experiencia organizativa. Los papeles de remisión de los detenidos se extraviaron. Ello impidió darles la importancia que tenían y no volvieron a ser interrogados. El 10 de septiembre fueron transferidos hacia un local prácticamente desguarnecido, mientras se realizaban gestiones para esclarecer su situación.

La celda donde se encontraban estaba situada al lado de un pequeño garaje lleno de piezas para autos. Durante seis días, utilizando una barra de hierro que le habían quitado a una de las camas, abrieron un agujero en la pared y a las cuatro de la mañana del 11 de octubre lograron escapar. Al saltar al taller descubrieron que allí solamente permanecía un guardia y se encontraba dormitando. Al cabo de varios días se asilaron.

Gustavo Enrique Casuso Pérez, el radista del comando que se infiltró en compañía del líder de la organización contrarrevolu-

[6] Declaraciones de Segundo Borges. Archivo MININT.

cionaria Directorio Revolucionario Estudiantil (DRE) Alberto Muller, después de apoyar la realización de varios sabotajes en la capital durante el mes de marzo, en especial a tendidos eléctricos, se alzaron en la Sierra Maestra el 4 de abril en compañía de 45 hombres más. Su misión era asegurar las comunicaciones y organizar la recepción aérea de pertrechos, pero el lanzamiento de estos últimos no se pudo realizar. La tropa se mantuvo sin presentar combate en un esfuerzo por pasar inadvertida. El 21 de abril, una patrulla del Ejército Rebelde chocó con los alzados y les ocasionó las primeras bajas. Días después, el resto fue capturado.

El *team* que comandaba Oliverio Tomeu no cumplió las órdenes de cortar la carretera hacia Camagüey y, debido a las detenciones de otros contrarrevolucionarios este huyó hacia La Habana y se asiló en la embajada de Argentina.

Manuel Blanco Navarro, exoficial del ejército del tirano Batista, logró infiltrarse luego de dos intentos infructuosos, mas fue capturado poco después. Adolfo Mendoza, uno de los radistas lanzados en paracaídas sobre el sur de Camagüey, se asiló a los tres días de pisar tierra cubana.

Lo sustituyó Jorge García Rubio, *Tony*, también infiltrado por aire. El 15 de abril, día de los bombardeos a los aeropuertos, recibió un mensaje donde se le indicaba que encendiera la planta cada cuatro horas. Las detenciones de la Seguridad del Estado con el apoyo de los Comités de Defensa de la Revolución lo obligaron a moverse y ocultar la planta. Tres meses más tarde se asilaba en la embajada de Colombia.

El 18 de marzo, solamente cinco días después de haberse infiltrado, los principales jefes de la Unidad Revolucionaria designados por la CIA para desencadenar un vasto plan de sabotajes y terrorismo en apoyo a la invasión, Humberto Sorí Marín y Rafael Díaz Hanscom, fueron detenidos en un operativo de la Seguridad. En la operación también fueron apresados el radista y miembro de los grupos Manuel Lorenzo Puig Miyar y el jefe del clandestinaje y enlace con la CIA Rogelio González Corzo, quien venía operando al servicio de los norteamericanos desde hacía dos años bajo el seudónimo de Francisco.

El 19 de marzo Jorge Rojas Castellanos fue cercado en la zona de Calimete y su comando dividido. Un miembro fue capturado y Jorge Rojas resultaría apresado semanas después en La Habana.

Benigno Pérez Vivanco, jefe del *team* Inca y su segundo, Rafael Ernesto García Rubio, regresaban de una posada donde habían pasado la noche en compañía de dos mujeres. Eran las seis de la mañana del 21 de abril y se dirigían a la casa donde se ocultaban desde su infiltración el 22 de marzo. Desde entonces habían entrenado a varios grupos en el manejo de armas y explosivos y transmitido información al centro de la CIA en Miami. La vivienda donde se ocultaban estaba considerada como una de las más seguras.

Entraron al apartamento y seguidamente un grupo de uniformados tocó a la puerta. Marcial Arufe disparó contra los agentes de la Seguridad e hirió a tres de ellos, pero fue alcanzado por los disparos de estos, los que le ocasionaron la muerte. Benigno y Rafael fueron detenidos; las 16 toneladas de armas y explosivos, ocupadas.

Miguel Ángel Orozco Crespo, uno de los más avezados alumnos en los campos de entrenamiento, con el tiempo se convirtió en el jefe de los Grupos de Misiones Especiales de la CIA contra Cuba. El 5 de noviembre de 1962, en los días finales de la Crisis de Octubre, fue detenido después de desembarcar por Pinar del Río con la misión de sabotear el cable aéreo que conduce el mineral de las Minas de Matahambre.

De 35 agentes de los *teams* infiltrados en los días anteriores a la invasión de Bahía de Cochinos, 20 fueron capturados por la Seguridad cubana. Si consideramos que tres agentes más lograron fugarse después de capturados, la conclusión salta a la vista: las dos terceras partes de los agentes entrenados con esmerado celo por excelentes instructores, provistos de los medios más avanzados para la época en materia de comunicaciones y apoyados por los mejores agentes de la CIA en el país, fueron descubiertos y capturados por el más joven cuerpo de Seguridad del Estado en el mundo, en el término de 18 meses luego de la primera infiltración.

El clima psicológico

Yo organizaría grupo de mujeres, trabajadores, profesionales y estudiantes para actuar en el frente de propaganda. Yo apoyaría con un número de publicaciones del exilio y emisoras de radio y, eventualmente, el lanzamiento de octavillas sería parte de las operaciones vitales. Necesitaría mi propio avión para el lanzamiento de las octavillas antes y durante la invasión, y una estación de radio...
[...] Le dije a Bissell que yo necesitaba un poderoso transmisor, quizás de 50 kw para transmitir en onda media. Los oyentes cubanos, a diferencia de los guatemaltecos, no estaban acostumbrados a la onda corta. Además, estaríamos compitiendo con Fidel Castro [...]
Es lo necesario —dijo Bissell—. ¿Cuánto tomará formar el clima psicológico apropiado?

DAVID A. PHILLIPS, *The Night Watch*

Esta conversación tuvo lugar el 17 de abril de 1960 en la oficina del director de planes de la CIA, Richard Bissell, quién estaba a cargo de la operación para terminar con la Revolución Cubana. La respuesta de Phillips fue la siguiente: "En Guatemala tomó solo seis semanas, pero en Cuba tomará cerca de seis meses". Realmente, Phillips dispuso de todo un año para ablandar psicológicamente al pueblo cubano, pues la invasión se produjo exactamente un año después de haberse producido la mencionada reunión, el 17 de abril de 1961. Pero 66 horas luego del desembarco, la Brigada era derrotada por batallones de milicianos de extracción popular, pilotos y soldados que se mantuvieron leales a Fidel Castro; mientras en las ciudades un apoyo descomunal aseguraba la retaguardia. David A. Phillips regresó a su casa y en el baño vomitó. Estaba abrumado, desconcertado y lleno de ira. Nunca antes había sido derrotado.

¿Dónde había fallado *Radio Cuba Libre* y todo el barraje de propaganda empleado para confundir y sumar a los indecisos, neutralizar a los más firmes y alentar a los desafectos? No halló respuestas.

Había trabajado durante un año con un equipo de expertos en propaganda, 18 horas diarias, muchas veces durmiendo en Quarter Eyes, sobre catres militares; obtenido todos los recursos solicitados, desembolsado millones de dólares para pagar a cientos de periodistas, redactores, técnicos, locutores y editores. Y nada de lo esperado había acontecido.

Para Richard Bissell, la misión de crear una emisora cuyas transmisiones estuvieran dirigidas al pueblo cubano, era la más importante en la operación anticubana. Por ello encargó el proyecto a uno de los mejores expertos de la Agencia en materia de propaganda, David A. Phillips, periodista y actor, organizador del hostigamiento radial contra Jacobo Arbenz en 1954, muy conocedor de la realidad cubana ya que había estado destacado en La Habana en los últimos años del gobierno del tirano Fulgencio Batista, y posterior al triunfo de la Revolución había participado en varios planes contra el gobierno, entre ellos al menos, uno para asesinar a Fidel Castro.

Una vez finalizada la reunión inicial con Bissell, Phillips se entregó de lleno a la tarea. Lo primero que hizo fue seleccionar el lugar desde donde transmitir hacia Cuba. Fue escogida una pequeña isla del golfo de Honduras, Swan, ubicada a 97 millas al norte de Punta Patuca, en dicho país; y al sur del extremo occidental de Cuba. La isla, en disputa con el gobierno de Honduras, pertenecía a Estados Unidos.

Un grupo de especialistas realizó un estudio y diseñó el sistema de antenas. El aspecto técnico fue ampliamente garantizado por el ejército, la marina y la aviación. El *team* de Phillips se dio a la tarea de encontrar el transmisor de 50 *kw* con antenas que garantizarían cubrir casi todo el territorio cubano, suficiente para asegurar las emisiones, aun cuando fueran interferidas.

Una vez comenzadas las obras y en camino desde Europa el equipo transmisor, David A. Phillips viajó a Boston para darle viso de legalidad a la nueva empresa. Allí contactó con un viejo colaborador de la CIA, expresidente de la United Fruit Co., el Sr. Thomas Dudley Cabot. Este había sido además, en 1951, director de la Oficina de Asuntos de Seguridad Internacional del Departamento de Estado. Después que se pusieron de acuerdo, una compañía naviera, la Gibraltar Steamship Corporation, radicada en el No. 437 de la 5ta. Ave, en New York, anunciaba públicamente que había arrendado tierras en la isla Swan para operar una radioemisora.

Un detalle que evidentemente pasó por alto Phillips llamó la atención de los periodistas: la empresa naviera que aparecía como dueña de la emisora hacía 10 años que no poseía un solo barco. Su "gerente comercial" aseguró que la emisora transmitiría músi-

ca, folletines de episodios y noticias. "Es una empresa estrictamente comercial —dijo a la prensa que lo acosaba—. Nos proponemos obtener anunciantes. Aún no tenemos, pero estamos negociando".

Ciertamente, cuando la emisora salió al aire, difundió anuncios de los consorcios Coca-Cola, Colgate, Agencia Pan American, gomas Good Year, entre otros. Coincidentemente, estos representaban empresas que estaban siendo afectadas por las leyes del Gobierno Revolucionario.

Mientras se daba cobertura legal a la proyectada emisora, otros hombres de la CIA reclutaban en Miami a varias docenas de exiliados cubanos que fungirían como técnicos, periodistas y locutores. Se trataba de utilizar voces conocidas en Cuba, lo que aseguraría una audiencia inicial. Así fueron contratados, entre otros, los periodistas Sergio Carbó, Humberto Medrano, Ulises Carbó (quien posteriormente vino en la invasión), Francisco Gutiérrez y José Ignacio Rivero; los locutores Arturo Artalejo, y Alberto Gandero, voces que se habían escuchado en la isla durante años; Enrique Huerta, Ángel del Cerro y Luis Conte Agüero, periodista este último que había logrado conquistar un espacio en la audiencia cubana durante la lucha contra la tiranía. Y una mujer, Pepita Riera, quien sería utilizada para lanzar arengas a la población.

David A. Phillips vio en ella la posibilidad de reeditar la leyenda de Iva Toguri, una mujer nacida en EE.UU. en 1916, de padres japoneses. Durante la Segunda Guerra Mundial, los norteamericanos internaron a su familia junto con otros miles de japoneses y descendientes que residían en EE.UU. por el solo hecho de estar en guerra con su país de origen. Iva no fue confinada porque el estallido de la guerra la sorprendió de visita en Tokyo. Su dominio del inglés le abrió las puertas de los Servicios Especiales nipones y comenzó a trabajar en una cadena radial cuya programación estaba dirigida a las fuerzas norteamericanas destacadas en el Pacífico. La llamaron Rosa de Tokyo, y sus arengas resultaron tan enconadas y apasionadas que una vez ocupado Japón, sus captores la trataron como a una criminal.

Repetir la Rosa de Tokyo fue un propósito del proyecto de guerra radial desatada contra Cuba, pero su resultado fue una caricaturesca Rosa de La Habana, quien no consiguió conmover ni a sus entusiastas patrocinadores.

En la noche del 17 de mayo de 1960, justamente 30 días después de la reunión de Phillips con Bissell, en la frecuencia de 1160 *khz,* fue captada en Cuba por primera vez la emisora Radio Cuba Libre *(Radio Swan).* Se escuchaba nítida y potente. Eran voces bien conocidas de los oyentes cubanos, insertadas en una amplia programación de noticias, comentarios, editoriales y reportajes cuidadosamente elaborados para sembrar la desconfianza hacia la Revolución. Se trataba de burdas mentiras, difíciles de comprobar y vaticinios de baños de sangre. Llamaba la atención su tono triunfalista.

El objetivo era claro: ablandar psicológicamente al pueblo cubano.

Este propósito inicial fue ampliándose, y a medida que el plan de invasión progresaba, la radioemisora constituyó también un medio de enlace con los grupos insurgentes que operaban en las montañas de la isla, con la contrarrevolución interna en las ciudades y la agentura clandestina reclutada con profusión por la CIA.

La red de Phillips llegó a controlar no solamente a *Radio Swan,* sino también a las emisoras *WRUL, WGBS* de Miami, *WKWF* de Cayo Hueso, *WWL* de New Orleans y *WMIE,* que existe todavía como una de las emisoras contrarrevolucionarias en la Florida con las siglas *WQBA La Cubanísima.*

Estas estaciones eran de bajo tono y no estaban reconocidas como anti-Fidel Castro, su finalidad era influir decisivamente sobre los cubanos de todos los espectros y lograr su adhesión a los invasores. Las operaciones de propaganda anticastristas se intensificaron en toda América Latina. La labor fundamental estratégica quedaba en manos de *Radio Swan.* Durante todo un año transmitió para lograr el objetivo que Bissell le había asignado: crear el caos en la mente del cubano común. Algunas de las informaciones radiadas son una muestra elocuente de este objetivo. Ellas fueron monitoreadas por la contrainteligencia cubana durante los meses de junio de 1960 a abril de 1961:

> Napoleón: envíe por conducto que usted conoce informe sobre los comunistas, confidentes y sus locales, en la zona en la que usted opera.
>
> Teodomico: recuerda que los que vienen son cubanos y no norteamericanos. Cuando desembarquen, únete a ellos, pues vienen protegidos por un gran fuego de artillería.

Fidel Castro va a hacer una iglesia en la que curas y monjas serán simples empleados del gobierno.

¡Madre Cubana!, escucha esto: la próxima ley del gobierno será quitarte a tus hijos desde los cinco hasta los dieciocho años.

En el kilómetro siete de la carretera de Rancho Boyeros, apareció muerto un miliciano. Y en la calle noventa y avenida cuarenta y tres, en pleno Marianao, ahorcados tres milicianos.

¡Miliciano!, ten cuidado cuando vayas a salir: Hazlo igual que en Rusia, en grupo de tres. Si no quieres morir; pásate a las filas de la verdadera revolución.

Ya los familiares no pueden ver a los presos porque se los están llevando para Rusia.

El Che se va de viaje a Rusia para salvar el pellejo y no estar en Cuba el día de la lucha, que ya se acerca.

Están pidiendo un millón de percheros. El pueblo no se vaya a creer que es porque hacen falta. Se utilizarán para hacer alambradas para proteger a los gobernantes.

Los EE.UU. han prohibido todo embarque de mercancías para Cuba.

Fidel está buscando un medio para destruir la Iglesia, pero eso no podrá ser: ¡Cubano!, ve a la iglesia y sigue las orientaciones del clero.

Un grupo de estudiantes en Camagüey fue detenido por quemar guaguas.

Sacerdote arrestado en Pinar del Río por repartir en ese territorio alimentos a los pobres.

Ya en Cuba se acabó hasta la paz de los sepulcros. Con motivo de la última movilización de milicianos han convertido el Cementerio de Colón en un campamento. Sobre las tumbas preparan sus comidas, dentro de los panteones han instalado camas, y ciertas zonas se ven adornadas con ropas tendidas. Hay rumores, no confirmados todavía de que algunas tumbas han sido profanadas por los vándalos.

Simultáneamente a esta última noticia, uno de los periódicos reaccionarios que aún circulaban en Cuba, publicaba unas caricaturas donde se apreciaba a los milicianos en el cementerio extrayendo joyas de las tumbas. No pocas de estas informaciones eran tan burdas, que como en este caso, bastaba con recorrer el campo santo para comprobar su falsedad.

La prensa en Cuba, así como la mayoría de los medios de difusión, había permanecido en manos de sus propietarios luego del triunfo de la Revolución. Fueron intervenidos solamente aquellos que pertenecían al dictador Fulgencio Batista, *Circuito Nacional Cubano,* y otros, por ser sus dueños notorias figuras de la tiranía: *Cadena Oriental de Radio, Unión Radio, Reloj de Cuba,* los periódicos *Ataja, Alerta, Mañana* y *Tiempo en Cuba.*

Los grandes diarios que permanecieron y la revista *Bohemia,* que integraban el Bloque Cubano de Prensa, los canales de televisión, las cadenas nacionales de *CMQ y Radio Progreso,* todos defendían la estructura económica imperante en el país, causa de los grandes males sociales y aceptaban con sumisión la dependencia política a Estados Unidos. Los más osados críticos la consideraban un mal inevitable.

Poco después del triunfo revolucionario, la prensa norteamericana inició una feroz campaña de difamación contra el gobierno cubano. El consorcio *Time-Life,* las revistas *U.S. News and World Report* y *Visión,* y el diario *The Miami Herald,* entre otros, se destacaron en este empeño. Lo que llegaría a convertirse en toda una operación para el ablandamiento psicológico de la población cubana, la creación de un estado de opinión en la ciudadanía norteamericana y latinoamericana, tuvo sus comienzos en aquellos primeros meses. El *Diario de Las Américas,* de Miami, publicó en mayo de 1959 una información de la UPI, donde se reportaba un asalto en horas de la madrugada, por fuerzas de la policía, a un convento de monjas. La noticia fue desmentida por el obispo de Camagüey, pero esto no se publicó en Estados Unidos.

En Estados Unidos, la prensa arremetía a diario contra el proceso que se desarrollaba en Cuba en un afán evidente por desacreditarlo. El *World Telegram* calificaba a Fidel de "mentiroso", otro diario lo comparaba con Hitler y Mussolini.

En Cuba, la prensa reaccionaria emulaba con sus colegas de Estados Unidos. El *Diario de la Marina* y *Avance,* se erigían en portavoces de la campaña contrarrevolucionaria. En esas circunstancias, el Colegio Provincial de Periodistas acordó, el 26 de diciembre de 1959, aclarar, mediante una nota de los trabajadores de los periódicos, aquellas informaciones en las que se expresaran datos falsos o calumniosos contra el Gobierno Revolucionario. Nació así "la coletilla", una creación original de la Revolución. Los propietarios reaccionaron realizando maniobras para finalmente tratar de paralizar la prensa. La respuesta fue contundente. Los trabajadores asumieron las empresas.

De tal suerte, entre el 18 de enero de 1960 y el 18 de julio del propio año todos los órganos de prensa y las emisoras de radio y televisión del país, que se habían sumado a las campañas contra Cuba, fueron intervenidos. David Atlee Phillips se encontró con un hecho que dificultaría extraordinariamente su labor dentro de la isla: la prensa aliada había sido liquidada. El clima psicológico tendría que crearse desde el exterior. Aunque ello no significaba abandonar totalmente la propaganda contra el Gobierno Revolucionario en su propio terreno.

Cuba no contaba con radares suficientes ni apropiados y Phillips se aprovechó de ello para elaborar un programa de lanzamiento de octavillas. Contó con varias avionetas y los cayos de la Florida. Sobre territorio cubano comenzaron a lanzar cientos de miles de volantes que exhortaban a la gente a realizar sabotajes, quemar campos de caña, atentar contra los milicianos y dirigentes, además de divulgar falsedades. La distribución de estos volantes era apoyada por la emisora *Radio Swan,* que sería la principal arma en esta guerra psicológica. Sin duda, esta lograría crear confusiones en una parte de la población. Ello se hizo evidente durante una de aquellas campañas.

Realmente, David Atlee Phillips era un verdadero experto en el arte de subvertir la mente humana. Quizás la campaña lanzada por la emisora que por diversas razones logró afectar a un grupo de la población cubana, minoritario por cierto, fue la referida a la patria potestad. Por su importancia y connotación, resulta necesario detenerse en ella.

"Peter Pan" comenzó a diseñarse en Washington a mediados de 1960. La habían bautizado así por la historia del muchacho que se llevó a los tres adolescentes de Darling a la tierra de Nunca-Jamás. Paradójicamente, aquella narración encerraba una triste ironía: Estados Unidos sería, para muchos de aquellos niños que fueron sacados de Cuba, la tierra de Nunca-Jamás regresar a casa. Formó parte del arsenal de armas dirigidas a ablandar psicológicamente a la población cubana. Con ella, la Sección de Propaganda en Quarter Eyes decidió desatar una campaña de propaganda que tendría como objetivo hacer creer a la gente común en Cuba que los niños, bajo un gobierno comunista, pasaban a ser propiedad del Estado, tal y como estaba ocurriendo con las tierras, las industrias, los comercios y las viviendas. Por esta razón, los padres perderían la patria potestad de sus hijos.

Los expertos de la CIA sabían que si al menos lograban sembrar la duda en una parte de la población, el asunto tomaría cuerpo y podrían provocar el éxodo de miles de niños, dividir con ello a la familia y restarle apoyo al gobierno. Obviamente, constituía una eficaz medida desestabilizadora.

La primera fase de la operación consistió en divulgar a través de la emisora, una noticia que fuera capaz de alarmar y que circulara de boca en boca. Así, una noche de octubre de 1960, en su noticiero de las 8:00 pm, *Radio Swan* se refirió, por primera vez al tema.

> ¡Madre cubana, no te dejes quitar a tu hijo! El gobierno revolucionario te lo quitará cuando cumpla cinco años y te lo devolverá a los dieciocho, Cuando esto ocurra serán monstruos materialistas.

Varios días después ampliaban la información adicionándole una palabra clave: ley. Textualmente se escuchó:

> ¡Atención cubano! Recuerda cómo días atrás, en esta hora de la liberación te hemos dicho muchas de las leyes que más tarde fueron puestas en vigor por el gobierno. Así sucedió con la Reforma Urbana.
> Ahora te anunciamos la próxima ley: ¡Te quitarán a tu propio hijo desde los cinco años hasta los dieciocho; y cuando te lo devuelvan, estarán convertidos en fieras materialistas, y así Fidel Castro se convertirá en la madre suprema de Cuba! ¡No te dejes quitar a tu hijo!

¡Atención cubano! Ve a la iglesia y sigue las orientaciones del clero.

Durante los meses siguientes, la emisora radiaría una y otra vez la falsa noticia sobre la patria potestad. En diciembre, los expertos consideraron que el asunto había tomado cuerpo en la isla y decidieron pasar a la siguiente fase, aquella que dividiría a la familia cubana y finalmente lograría que una parte de esta se enfrentase al gobierno. Con una cobertura aparentemente legal y utilizando los servicios de la Iglesia Católica, se dio inicio al éxodo de niños. La Operación Peter Pan funcionaría bajo un manto religioso como una supuesta ayuda humanitaria del Buró de Servicios Católicos de la Florida. Su figura principal "quien ofrecería el rostro" sería monseñor Bryan O. Walsh. "Entré por una puerta lateral del Departamento de Estado" —recordaría años después—. "Era muy misterioso, parecía que yo trabajaba para el FBI o algo semejante. En una conversación de tres horas, me plantearon que podíamos trabajar en un plan para sacar muchachos, que ellos podían conceder visas *waivers*[1] que podían darnos autoridad, que podríamos emitir esos documentos".

En aquellas primeras reuniones participaron altos funcionarios del Departamento de Estado, de la Oficina del Fiscal General y el oficial CIA a cargo del programa, que se identificó como Harold Bishop. Su nombre verdadero era David Atlee Phillips y no podía faltar en aquella reunión: él había creado *Radio Swan* y Peter Pan. Años después ganaría celebridad cuando uno de los investigadores del Comité Especial sobre Asesinatos de la Cámara de Representantes del Congreso de Estados Unidos lo señaló como el posible oficial de la CIA que se entrevistó con Lee Harvey Oswald en un edificio de Dallas dos meses antes del magnicidio. Phillips quedó así incluido en la larga relación de agentes del Servicio Secreto de Estados Unidos vinculados de una forma u otra al asesinato del presidente Kennedy.

Al concluir las reuniones en el Departamento de Estado, monseñor Walsh tenía en su carpeta las primeras 500 visas. La CIA había

[1] "Visas volantes". Se facultaba a determinadas personas a expedirlas, en nombre del Departamento de Estado, sin correr con los trámites establecidos por el Servicio de Inmigración de Estados Unidos.

sido clara: la autorización solo sería otorgada a niños y adolescentes entre los cinco y los 18 años. Coincidentemente, las mismas edades que señalaba *Radio Swan.* Los padres no serían contemplados. Ellos quedarían en Cuba para engrosar las filas de la oposición a Fidel Castro. Al menos, tendrían un pretexto moral.

Walsh contactó con otros obispos de la Florida a fin de encontrar un seguro y fiel colaborador en La Habana a quien le haría llegar secretamente las visas. Una semana después, Ramón Grau Alsina,[2] quien estaba a cargo del Buró Católico en Cuba, Catholic Welfare, aceptaba la encomienda de promover la salida de niños de Cuba. Mongo Grau venía conspirando contra la Revolución Cubana desde los primeros momentos del triunfo y militaba en una de las organizaciones subversivas estrechamente vinculadas a la CIA a través del Frente Revolucionario Democrático.

A los funcionarios de la aduana y del Servicio de Inmigración del aeropuerto internacional José Martí, aquel 26 de diciembre de 1960 les llamó la atención aquella docena de niños que viajarían solos a Estados Unidos. Pero sus documentos estaban en regla y allí se encontraban sus padres. Por eso colocaron el cuño en los pasaportes.

El primer envío a la tierra de Nunca-Jamás estaba en marcha. En lo adelante, la CIA contaría con la complicidad de la jerarquía eclesiástica en la mayor de las Antillas. "El cura de Santa María del Rosario recorrió la isla entera, pero nunca iba a mi casa; él mandaba una intermediaria que una vez a la semana se sentaba en el saloncito verde, en mi casa, yo le daba el paquete de visas y ella me entregaba la nueva lista de nombres".[3]

Una cantidad apreciable de visas fueron traídas a Cuba por James Baker, un norteamericano que dirigió la Rustom Academy hasta su nacionalización. Este llegó a funcionar como una especie de secretario del programa.

A principios de 1961 ya habían salido los primeros 500 niños. Entonces monseñor Walsh, siguiendo instrucciones del oficial a cargo de la CIA pidió al Servicio de Inmigración otras 500. El funcionario, al recibir el pedido preguntó: "¿Qué ustedes están tratando de hacer, sacar a todos los niños cubanos?"

Una parte de aquellas personas que se encontraban conspirando utilizaron esta vía para alejar a sus hijos del peligroso ambiente

[2] Sobrino del expresidente Ramón Grau San Martín.
[3] Declaraciones de Ramón Grau Alsina. Archivo MININT.

en que estos se veían obligados a vivir; otras familias, temerosas de una posible invasión a la isla, de la cual se hablaba diariamente, optaron por alejar a sus hijos de tal eventualidad, mientras otros, por ignorancia, creyeron realmente que el gobierno les quitaría a sus hijos. No pocos de los campesinos que se alzaron en las montañas en aquellos meses finales de 1960 estuvieron motivados por la campaña de la patria potestad.

Una de las personas más involucradas en el programa fue Leopoldina Grau Alsina, hermana de Mongo Grau. Muchos años después, a la salida de la prisión, el periodista Luis Báez le hizo una entrevista. Un fragmento de ella revela toda la esencia de aquella sucia operación.

> Periodista: Usted fue una de las máximas propulsoras de la campaña de la patria potestad contra la Revolución.
> L. Grau: Es verdad. Hicimos correr el rumor de que el gobierno comunista era absolutamente dueño de los muchachos y que los padres perderían sus derechos sobre los niños. Que los mandarían para Rusia. Incluso se redactó e imprimió una falsa ley del Gobierno Revolucionario en este sentido.
> Periodista: ¿Usted creía eso sinceramente?
> L. Grau: Realmente no.
> Periodista: Entonces, ¿por qué lo hizo?
> L. Grau: Era una manera de desestabilizar al gobierno. Que la gente empezara a perder fe en la Revolución.
> Periodista: Actitud bastante cínica.
> L. Grau. Es posible, pero estábamos en guerra contra el gobierno. Y en la guerra todo es permitido.

Finalmente llegó el Día D, y con él, la prueba definitiva para medir la efectividad de la campaña de propaganda desarrollada por la CIA. En la madrugada del 17 de abril, cuando los invasores alcanzaban las costas de Bahía de Cochinos, David A. Phillips daba la orden a sus operativos en la isla Swan de transmitir el mensaje que indicaba a la contrarrevolución interna promover el levantamiento popular. Este decía:

> ¡Alerta! ¡Alerta! Fíjense bien en el arcoiris. El primero saldrá muy pronto. Chico está en casa. Visítenlo... El pez no demorará mucho en subir: El pez es rojo.

En las primeras horas de la mañana del desembarco, la emisora anunció el "avance victorioso de los invasores, la toma de ciudades, y la huida de los principales líderes de la Revolución".

> Las fuerzas invasoras han ocupado la ciudad de Pinar del Río, capital de la provincia del mismo nombre. La invasión de las provincias de Matanzas y Santiago está progresando favorablemente. (UPI.)
> Una fuerza invasora ha llegado a la carretera principal de Cuba que va de Oriente a Occidente, en un avance desde la provincia de Matanzas, para cortar la isla en dos. (UPI.)
> La Isla de Pinos fue tomada por los rebeldes y diez mil prisioneros políticos fueron puestos en libertad y se sumaron a la rebelión. (UPI.)
> Mil soldados del expresidente Carlos Prío Socarrás desembarcaron en la provincia de Oriente. (AP.)
> Luis Conte Agüero desembarca con sus comandos por el puerto de Bayamo y marcha rumbo al Escambray a unirse a las victoriosas tropas invasoras. (*Radio Swan.*)

En Happy Valley, Nicaragua, desde donde operaba la flota aérea de la Brigada 2506, se hallaban 11 millones de volantes listos para ser lanzados sobre territorio cubano. En ellos se incitaba abiertamente a la población a sublevarse.

Poco después serían pasto de las llamas. "Inmediatamente antes del Día D. *Radio Swan* y otras emisoras estuvieron transmitiendo 18 horas diarias por onda media y 16 horas por onda corta. Inmediatamente después del Día D. estos totales aumentaron a 55 y 26 horas respectivamente. Se usaron 14 frecuencias. En el momento de la invasión, se había dejado caer sobre Cuba un total de 12 millones de libras de volantes".[4]

Mas, ¿cómo reaccionó el pueblo cubano, que durante un año se había visto sometido a una verdadera guerra psicológica? ¿Se había ablandado? La respuesta es bien conocida, pero a modo de ejemplo, como una muestra de lo acontecido en todo el país, re-

[4] Informe del inspector general de la CIA Lyman Kirkpatrick. Documento desclasificado por el gobierno de Estados Unidos.

señaremos lo sucedido en un pequeño pueblo, el más cercano a la zona de desembarco: Jagüey Grande.

Alrededor de la una de la madrugada, un miliciano que hacía guardia en la estación de policía, recibió una llamada telefónica donde le informaban que se estaba produciendo un desembarco y que debía avisar al batallón dislocado en un central cercano. De inmediato trasladó el aviso y el jefe del batallón, quien sin esperar órdenes, salió con sus fuerzas para la playa. Mientras tanto la noticia corría como pólvora por el pueblo. Una parte considerable de sus hombres pertenecían a otro batallón y disfrutaban de una breve licencia. Se avisaron de casa en casa y por cualquier medio se trasladaron hacia el lugar donde se encontraban su jefatura y las armas.

Durante la madrugada se sucedieron las voces de: "¡Levántate que llegó la invasión!" "¡Los americanos están atacando!" "¡En la ciénaga están los americanos!" El pueblo se fue concentrando en el local de la milicia, el gobierno municipal y el cuartel del Ejército Rebelde, para reclamar armas e instrucciones. La Federación de Mujeres Cubanas movilizó a sus miembros hacia la Cruz Roja. Ciudadanos comunes se ofrecieron para proteger los puntos vitales del pueblo, las estaciones eléctrica y de microondas, tanques de agua y de combustibles.

En el cuartel del Ejército Rebelde se abrieron cajas de fusiles y fueron repartidos a un grupo de ciudadanos que aseguraron saberlos usar. En dos camiones y de manera totalmente espontánea se escogieron 32 de ellos que poco después partían hacia el lugar del desembarco.

A las 10 de la mañana los Comité de Defensa de la Revolución habían detenido a los contrarrevolucionarios más connotados, y en un camión fueron trasladados hacia la ciudad de Matanzas. En las calles se vitoreaba a los milicianos cuando pasaban hacia el frente de combate. Se escuchaban frases: "¡Cuídense de los aviones!" "¡Denles duro!" "¡Patria o Muerte!"

Decenas de hombres y mujeres se convirtieron en sanitarios y camilleros. Y en vehículos intervenidos a los contrarrevolucionarios pintaron una cruz blanca y salieron a buscar heridos. Los más ancianos atendieron los servicios fúnebres y abrieron fosas. Hubo un momento en que se agolparon más de 60 cadáveres de las fuerzas revolucionarias y del enemigo. Todos recibieron cristiana sepultura.

Ni uno solo de los habitantes de Jagüey Grande, ni soldados, ni milicianos, en ninguno de los frentes de combate, se pasó a la Brigada 2506.

Así sucedió en toda Cuba.

Imitar a Fidel Castro

El pesado avión recibió la orden de alzar vuelo. El oficial a cargo de la operación, deseó suerte al piloto Eduardo Ferrer desde lo alto de la torre de control. Volaría durante cuatro horas desde la base aérea de Rethaluleu, en la selva guatemalteca, hasta la región central de Cuba, conduciendo una nave sin rótulos ni emblemas en su fuselaje que pudieran identificarla y con la radio apagada.

Eduardo Ferrer era un expiloto de la línea aérea comercial cubana Aerovías Q que poco después del triunfo del revolucionario se había marchado a Estados Unidos. Ahora, violaría el espacio aéreo cubano y correría el riesgo de recibir fuego desde tierra. Eduardo Ferrer era un piloto de la CIA. Tenía la misión de lanzar un cargamento de armas y explosivos sobre un campamento de insurgentes. Casi a medianoche se aproximó a las costas cubanas. Entonces apagó las luces a bordo y adelantó el timón. El cuatrimotor comenzó a descender.

Al penetrar en la Cordillera de Guamuhaya realizó varios giros para eludir las cimas de las montañas. Poco después, al salir de un banco de nubes, vio la cruz de luces que como estrellas rutilantes indicaban el área de lanzamiento. Entonces el altímetro indicaba 400 pies. Era la altura indicada. Apretó el botón que encendía la luz verde y oprimió el timbre. Los PDO's (oficiales para el lanzamiento de paracaídas) engancharon las líneas estáticas y soltaron los bultos. Unos segundos después, media docena de paracaídas se abrían en la oscuridad de la noche. Ferrer realizó un giro pronunciado y enfiló al sur para adelantarse en el océano Atlántico.

Luego de ganar altura, encendió las luces nuevamente, colocó la nave bajo el mando del piloto automático, sorbió café y encendió un cigarrillo. Se sentía satisfecho. La misión había sido un éxito; aunque sabía que el mérito mayor les correspondía a quienes la habían coordinado en la retaguardia enemiga.

Ferrer tenía razón. La operación había sido sincronizada con esmero. Lo que desconocían él y sus superiores en Quarter Eyes era que la Seguridad cubana había participado en su preparación.

La historia del lanzamiento aéreo había comenzado un mes atrás, cuando Benigno Balsa, un activista de la organización clandestina Movimiento de Recuperación Revolucionaria (MRR), fue citado a una entrevista con el coordinador. Al llegar a la majestuosa mansión en la Avenida 17 y calle H, en el Vedado, Benigno pensó que este hombre tendría muchos argumentos para combatir a Castro.

Lino Bernabé, el propietario y uno de los coordinadores nacionales de la organización clandestina lo condujo a la biblioteca y fue directamente al grano. "La embajada americana —de esa forma un tanto eufemística los agentes anticastristas se referían al Centro de la CIA en la sede diplomática— me pidió que ubicáramos una finca en el Escambray para lanzar un cargamento de armas destinadas a la gente del comandante Joaquín Benvibre. Por ahora lo único que necesitan los americanos es un mapa con nombre de la finca y el de las colindantes. Evidentemente ellos tienen cartografiada la región".

Al día siguiente, Benigno Balsa, acompañado de un hombre de su confianza, se dirigió en automóvil hacia la vieja ciudad colonial de Trinidad que, asentada en las estribaciones del Escambray, era por aquellos días cuartel de la retaguardia insurgente que operaba en las montañas desde hacía tres meses.

La ciudad vivía la euforia de la tempestad revolucionaria; por doquier se alzaban cartelones con emblemas revolucionarios y por sus calles de adoquines marcaban el paso los pelotones de milicianos. Pero la atmósfera estaba cargada. En parlamentos de media voz y cuchicheos de esquina, como premonición de la tormenta que se les venía encima, se escuchaba: "¡Hay alzados en el Escambray!"

Luego de visitar algunas casas, Balsa encontró al jefe local del MRR, a quien transmitió la solicitud de la CIA. El hombre le dijo que necesitaba dos días para contactar con el jefe insurgente y seleccionar la finca. Balsa estuvo de acuerdo. Sin una leyenda que justificara su presencia en la ciudad durante dos días, Balsa seguramente se haría sospechoso a los vigilantes populares de los Comités de Defensa de la Revolución, organización recién creada en cada cuadra de todas las ciudades del país. Por eso decidió continuar viaje hacia la ciudad de Cienfuegos, ubicada 100 kilómetros más al oeste, donde tenía familiares y viejos amigos. Aprovecharía, además, para contactar otras células de la organización que abastecían en hombres y armas a los alzados anticastristas del Escambray.

Cuarenta y ocho horas después regresaba a Trinidad y pocas horas más tarde emprendía el regreso a la capital. Embutido en una pequeña y cilíndrica caja de talco oculta en el motor del auto, se hallaba el mapa solicitado por la Sección de Operaciones Aéreas en Quarter Eyes.

Pasados varios días, su jefe, el coronel de la Fuerza Aérea Stanley W. Beerli encontraba el nombre de la finca en el mapa militar que colgaba en la pared de su oficina: El lumbre.

Trascurrieron dos semanas y Benigno fue citado nuevamente por el coordinador Lino Bernabé. "Regresa a Trinidad, dentro de tres días será el lanzamiento" —pronunció aún sin acomodarse en el sofá; estaba visiblemente emocionado—. "Diles que en la zona del lanzamiento deben abrir cuatro pozos y encender en el interior fogatas para que solamente puedan ser observados desde el aire. La distancia entre un pozo y otro debe ser de 100 metros, en forma de cruz. A las 12 de la noche un grupo de hombres, situados en fila sobre la cruz imaginaria, se alumbraban de espaldas con linternas. Sobre ellos caerán los paracaídas".

Benigno partió hacia Trinidad y en la noche fijada para la acción permaneció oculto en una casa de seguridad de la organización donde sería informado sobre sus resultados. No pudo conciliar el sueño. La operación aérea era la acción más importante en la que había participado y se consideraba decisiva para el sostenimiento de la columna insurgente que operaba en la región bajo la

dirección del MRR, la organización de mayor pujanza entre las que enfrentaban al Gobierno Revolucionario. Por eso se sobresaltó cuando muy temprano tocaron con fuerza a la puerta.

"Cuando nos disponíamos a abrir las cajas sonó el primer disparo" —dijo el recién llegado algo más calmado—. "Luego fueron ráfagas. Nos sorprendieron. Eran milicianos que operaban por la zona y al parecer escucharon el avión y vieron los paracaídas. La mayoría de los hombres de Benvibre que participaron en la operación cayeron prisioneros, aunque él no estaba allí. Yo logré escapar por puro milagro. Y lo peor, perdimos las cajas". Benigno contrajo el rostro. El relato resultaba convincente. "¿Tú escapaste solo?" —preguntó dubitativo—: "No" —respondió el otro sin comprender todo lo que encerraba aquella pregunta— "Conmigo bajaron otros cuatro".

Benigno emprendió el viaje de regreso a La Habana.

Antes de acudir a la cita con Lino Bernabé, se entrevistó en una casa de seguridad con un alto oficial de la Seguridad del Estado. Benigno era un agente encubierto que operaba dentro del MRR, donde ocupaba el cargo de jefe de abastecimiento de los alzados que la organización tenía en el Escambray.

Este hecho real ocurrió en el mes de septiembre de 1960.

Tres meses atrás, las organizaciones que integraban el Frente Revolucionario Democrático se habían comprometido con la CIA a fomentar la insurgencia en las montañas de Cuba, en particular en las del Escambray.

Bisell creía firmemente en la posibilidad de fomentar un fuerte movimiento insurgente, basado en la lucha de guerrillas, tan pujante como el que había lidereado Fidel Castro tan solo dos años atrás. "Si Castro derrotó a Batista con la guerrilla, ¿por qué no podemos nosotros echarlo a él del poder con sus propios métodos?" —se comentaba en las oficinas de Quarter Eyes—. El razonamiento parecía simplista, pero Bisell sabía lo que hacía. Sus guerrillas no tendrían que arrebatarle las armas al enemigo, como había tenido que hacer Fidel, o conseguirlas centavo a centavo. Sus guerrilleros serían abastecidos por aire con cientos de toneladas de armas y explosivos, abundante dinero y alimentos. El movimiento anticastrista contaría con campos de entrenamiento de mando e

instructores muy capacitados. Para este fin se entrenaban los *teams* grises en la base Trax, en Guatemala.

"Si Castro había triunfado con tan poco, cómo no podría él con tanto, solamente tendría que imitarlo".

Los integrantes del Frente Revolucionario Democrático, siguiendo las instrucciones de la CIA, se dieron a la tarea de instruir a sus seguidores en la isla a fin de organizar alzamientos. El coordinador del FRD y máximo dirigente de Rescate, Antonio Varona, designó a su cuñado, José Ramón Ruisánchez, *Mongo*, un comerciante de grasas que aún permanecía en Cuba, para dirigir el proyecto subversivo. Ruisánchez operaría con el seudónimo de Augusto, y con el visto bueno de Varona se ascendió al grado de comandante. Las operaciones las dirigiría desde su lujosa residencia ubicada en la exclusiva zona del Country Club.

El intento por imitar a Fidel Castro comenzaba mal. El líder cubano había marchado al frente de sus hombres, asumiendo al mayor peligro.

La estación CIA en La Habana suministró a Ruisánchez una planta de radio para que se comunicara con las fuerzas insurgentes que se establecían en las montañas.

El 12 de agosto de 1960 se alzó el exteniente del Ejército Rebelde Osvaldo Ramírez, quien se había alzado contra Batista con el Directorio Estudiantil Revolucionario. Ramírez había confrontado problemas con las autoridades revolucionarias cuando a pocas semanas del triunfo revolucionario desalojó por la fuerza y quemó los bohíos de un grupo de campesinos que habían invadido las tierras de un rico terrateniente en la zona de Caracusey, donde Ramírez era el jefe del puesto militar.

El mismo día de su alzamiento, el excomandante Sinesio Walsh, tomó el camino de las montañas en compañía de un grupo de amigos y parientes. El 15, se alzaba Evelio Duque Millar, quien mantenía estrechas relaciones con el clero. Muy pronto, el comandante Augusto lo nombró jefe militar del Ejército de Liberación y se reservó para sí, el de jefe civil. Un mes antes, en julio, otros dos exoficiales, Porfirio Remberto Ramírez, al frente de 27 hombres, y Joaquín Benvibre, se habían alzado en una zona muy intrincada y boscosa llamada Guanayara, donde habían tenido sus campamentos durante la lucha contra Batista.

Otro protagonista, el también comandante Plinio Prieto, amigo del expresidente Carlos Prío, viajaba clandestinamente a Miami escondido en el barco mercante *Río Escondido.* En Estados Unidos se entrevistó con oficiales CIA y fue entrenado en el empleo de medios de comunicación. A su regreso trajo una planta que instaló en el Escambray. A través de ella fijaría las coordenadas para la orientación de los pilotos que lanzarían los cargamentos de armas en los campamentos bajo su mando.

William Alexander Morgan Rudorth, exparacaidista, aventurero y fanfarrón había llegado a Cuba en 1958. Dijo que venía a "vengar la muerte de un amigo a manos de los soldados de Batista". Estableció contacto con Eloy Gutiérrez Monoyo y poco después se alzó en el Escambray. Rápidamente obtuvo los grados de comandante del Segundo Frente. Luego del triunfo revolucionario se vio involucrado en una conspiración para derrocar al gobierno cuyos hilos partían de la capital dominicana y que contaba con el apoyo discreto y receloso de la CIA. Morgan emergió junto con Menoyo como el héroe que había puesto sobreaviso a Fidel Castro. Otros opinan que al intuir que el complot no podría mantenerse en secreto debido a la cantidad de involucrados, decidió pasar al otro bando y esperar nuevas oportunidades.

Esta le llegó al parecer de 1960. Una noche de septiembre reunió en una habitación de su casa en La Habana a todos sus escoltas y les comunicó de una manera tajante que había decidido alzarse contra el gobierno y que tenía la más absoluta seguridad de que todos ellos le seguirían, aclarando que los que no lo hicieran "se ñamaban". La frase, pronunciada en un español de urgencia, la había aprendido en el Escambray, donde la empleaba para sentenciar a los que creía infiltrados o comunistas. Morgan, quien gozaba de cierta simpatía popular por su carácter jaranero, corpulencia, rostro rechoncho e infantil y pública admiración por Fidel Castro, dio por terminada la reunión luego de asegurar que la embajada americana le proporcionaría todo lo que él quisiera. La afirmación no era exagerada.

Días después, aprovechando su cargo como jefe del Departamento de Repoblación Fluvial del INRA, encargado, entre otras funciones, del incremento de la cría de rana-toros y de la siembra de gardenias en la laguna de Guanayara, en el Escambray, comenzó a trasladar pertrechos para esas montañas. En la casa de una vieja

conocida y colaboradora, Clotilde Pérez, instaló el centro de reclutamiento y entrenamiento para los presuntos nuevos reclutas, los que una vez consolidada la zona, sería adiestrados por los *teams* negros que por esos días culminaban su adiestramiento en las selvas de Guatemala. Morgan no se alzó. Decidió aprovechar el cargo en el INRA y continuar haciendo el doble juego, mientras trasladaba armas y explosivos al Escambray.

Al comandante Evelio Duque le extrañó, pero no le disgustó la orden de José Ramón Ruisánchez de no atacar y de mantenerse ocultos. La orden partía de Quarter Eyes y perseguía el objetivo de incrementar el número de insurgentes sin exponerlos, proveerlos de armamentos y entrenarlos; cuando el gobierno fuera alertado ya sería imposible revertir la situación. Pero esa no había sido la conducta de Fidel Castro, que apenas reagrupadas sus escasas fuerzas luego de la derrota en Alegría de Pío, atacó un cuartel militar enemigo, y alcanzó la victoria.

El secreto de la presencia de alzados en el Escambray resultó efímero. A los jefes militares de la provincia de La Villas llegaron informaciones de campesinos que alertaban del trasiego de gente, de armas e incluso de prácticas de tiro. De inmediato fueron despachadas algunas patrullas. "Primero estuvimos en casa de los suegros de Plinio Prieto, pero ya él se había ido. Entonces seguimos para la de Clotilde Pérez. Llegamos y rodeamos la casa; apresamos a dos alzados que se escondían allí. Los demás se habían ido. Ocupamos una microonda, mochilas, grados para oficiales, colchas. Ningún armamento. Nos llevamos a la gallega Clotilde, presa. Después salíamos casi a diario pero no topamos con los alzados. Entonces nos llega una confidencia de dónde se encontraba Plinio con su tropa. Cuando nos disponíamos a salir, llegó una orden de Fidel de suspender las operaciones".[1]

En septiembre de 1960 parecía que una fuerza insurgente quedaría consolidada en las montañas del Escambray. Por lo pronto tratarían de evitar todo encuentro con las escasas patrullas que salían en su persecución. Realmente la misión combativa comenza-

[1] Testimonio del teniente del Ejército Rebelde Víctor Cortés, 1987. Archivo del Autor

ría en cuanto arribasen los *teams* de la CIA. Pero la calma en aquellos parajes de exuberante belleza duraría poco. La tempestad que se les vendría encima a los alzados tomaba cuerpo en una finca de las estribaciones conocida en el mundo entero por la fama de la hoja de tabaco que daba su tierra. Era el Hoyo de Manicaragua.

El 8 de septiembre, la primera fuerza de consideración adiestrada por la Revolución para combatir a los grupos de alzados culminaba su entrenamiento y se disponía a iniciar las operaciones. Realmente, la noticia sobre la presencia de gente armada en esas montañas no había pasado inadvertida para Fidel Castro. En julio de 1960, ante las primeras informaciones y previendo el peligro, impartió instrucciones para la organización de las milicias campesinas en esa zona montañosa. Cerca de 800 campesinos fueron concentrados en la finca La Campana. Allí recibieron clases de infantería, arme y desarme, táctica y tiro. Fueron organizados en 25 pelotones y al frente de cada uno de estos fue situado un oficial rebelde, de los que se habían distinguido en la lucha guerrillera. "Nos encontrábamos en la zona de Guayabal de Yateras, Yateritas, cerca de Guantánamo, cuando el comandante Filiberto Olivera recibe una orden de Fidel de recoger 25 oficiales del Ejército Rebelde de los más caminadores, nos trajeron para La Campana".[2]

Estos oficiales, en su mayoría eran de origen campesino.

El 5 de septiembre culminaba el entrenamiento y Fidel Castro realizaba una visita sorpresiva al campamento. Desde un pequeño promontorio, les habló de la situación política en el Escambray, de los planes del gobierno norteamericano, de las cualidades de las armas que llevaban, y enfatizó sobre la conducta a observar con las familias de los campesinos y durante los combates. Elio Jorge fue uno de aquellos campesinos del Escambray que se presentó en junio de 1960 en La Campana. Había llegado solitario, luego de hacer un largo camino. Se encontraba arando cuando un amigo se le acercó y le dijo "confidencialmente" que tuviera mucho cuidado pues había alzados en la zona y le tenían echado el ojo porque sabían que era revolucionario y se había acogido a la Reforma Agraria. Elio abandonó el arado, liberó los bueyes y se encaminó a su bohío. "Me voy para La Campana —le dije a mi mujer y me

[2] Testimonio del teniente del Ejército Rebelde Addis Torres, 1987. Archivo del Autor.

marché. En La Campana vi por primera vez a Fidel. Se subió en una lomita y nos habló. Nos dijo cómo teníamos que hacer cuando topáramos con los alzados. Luego mandó a abrir una caja de fusiles y tiró con un fusil checo. Después con una ametralladora de paticas, de pie. Nos dijo que teníamos que respetar a los campesinos, que no podíamos coger nada sin permiso y si ellos nos daban comida, la pagáramos en efectivo. Que teníamos que respetar a los prisioneros. Aquello me gustó".[3]

Fidel habló por espacio de unos 30 minutos. A su lado, otro de aquellos campesinos, *Boliche* Broche sostenía en sus manos una cantimplora. A ratos se la alargaba.

Luego de abandonar La Campana, Fidel se dirigió a la ciudad de Cienfuegos, ubicada al suroeste del Escambray, y en una habitación del quinto piso del hotel Jagua improvisó una reunión con los oficiales que participarían en la operación. Con un mapa desplegado sobre la cama, explicó la idea de la estrategia a seguir. Fidel había decidido fragmentar el batallón por pelotones e introducirlos a través de las diferentes vías de acceso a esa zona montañosa. Luego de efectuar su rastreo, los pelotones convergerían en Topes de Collantes, un macizo que se levanta hacia el sur de la cordillera en el que se había construido un moderno sanatorio para tuberculosos.

Estando aún en la ciudad de Cienfuegos, Fidel fue informado de la presencia de un grupo de alzados en un lugar de la región. De inmediato organizó una patrulla y se dispuso a salir en su persecución.

"¿Para dónde usted va?" —recuerda el guía Juan Milián que le dijo el comandante Manuel Fajardo, recién nombrado jefe de operaciones.

"¿Cómo que para dónde voy? Yo soy el que manda aquí" —la tajante respuesta no permitía nuevas libertades. Fidel dirigió la operación sobre el terreno y poco después varios alzados eran capturados.

El 8 de septiembre, los 800 campesinos, vistiendo uniformes de camisa verde y pantalones azules abandonaron La Campana. Elio Jorge recuerda que su pelotón fue trasladado en tren hasta el punto

[3] Testimonio de Elio Jorge, campesino, 1981. Archivo del Autor.

desde donde ascenderían a Topes. En la propia línea de ferrocarril, donde los dejaron, comenzaron el rastreo del territorio asignado.

La idea de operar con campesinos de estas zonas estaba basada en la concepción estratégica de la dirección revolucionaria de oponer a las fuerzas insurrectas contrarrevolucionarias la población autóctona, lo que facilitaba penetrar ese mundo intrincado de las relaciones de parentesco familiar y tradiciones a las que se ajustaba como tendencia, la lucha en esas montañas.

La iniciativa no era nueva. Había sido estrenada el 21 de agosto de 1959 en Pinar del Río. Fidel Castro realizaba un recorrido por la Gran Caverna de Santo Tomás, y durante un descanso, el campesino Leandro Malagón le relató las tropelías que estaban cometiendo el cabo Lara y sus hombres, todos prófugos de la justicia revolucionaria.

Lara había sido soldado de la tiranía, y al triunfo fue condenado a muerte por el asesinato de 20 civiles. Antes de que se cumpliera la sentencia, logró huir y se internó en la Sierra de los Órganos. Su persecución había sido infructuosa. Luego de escuchar al campesino, Fidel le dijo que escogiera 12 hombres. El grupo recibió un poco de entrenamiento y fue armado.

—"Negro, hay una orden de Fidel de reunir a 12 guajiros de la zona para hacer un trabajo, vine a buscarte —me dijo el campesino Leandro Rodríguez Malagón…

Después supimos que la misión era coger a unos contrarrevolucionarios, quienes bajo las órdenes del bandido Lara se había alzado… a los 26 días de estar entrenándonos en el campamento militar de Managua recibimos la visita de Fidel, quien luego de comprobar que estábamos listos le dijo a Leandro: 'Malagón, tienes tres meses para capturar la banda contrarrevolucionaria y si ustedes triunfan habrá milicias campesinas en Cuba'."[4]

Semanas después, el cabo Lara era capturado. Habían nacido las milicias en Cuba.

El Escambray no sería una excepción; la presencia de campesinos conocedores del terreno, aseguraba una persecución exitosa,

[4] Testimonio aparecido en el periódico *Granma* el 17 de abril de 1987, p. 4.

"Estando acampado en El Aguacate, me había tirado en la hamaca para dormir la prima y despertarme a media noche. Sabía que los alzados se movían de noche. Me despertaron unos ladridos de perro en la lejanía. Los ladridos marcaban la ruta de la gente. Luego de un silencio, escuché otros ladridos. Ahora andan por la finca de fulano, me dije, y desperté a la tropa. Avanzamos, siguiendo la huella de los ladridos. Dos horas después los perros no volvieron a ladrar. '¡Acamparon en la finca de zutano!', le dije a mi pelotón y para allá fuimos. Descubrimos el trillo dejado por la tropa enemiga. Si ves la yerba acostada, por allí acabaron de pasar. Decidí esperar al amanecer para entrar en combate. Con los primeros claros distribuí las escuadras y avancé con mucha cautela. Al aproximarnos al campamento de los alzados vi gente meciéndose en hamacas. Entonces recordé las palabras de Fidel: 'Tírense al suelo y abran fuego. No dejar de disparar y organizar el combate'. Así lo hice. Uno de los primeros heridos fue el segundo jefe de la columna de alzados, lo que resultó desmoralizador para ellos. Desde la manigua, el jefe de ellos me gritaba: 'Comunistas de mierda, miren lo que han hecho'. Yo conocía bien a Edel Montiel y le respondí: ' Sal para el limpio y vamos a prendernos tú y yo'. Montiel me respetaba desde épocas anteriores y no aceptó el reto".[5]

El efecto de las palabras de Elio Jorge no se hizo esperar. La tropa fue dispersada y varios alzados capturados. Edel Montiel logró evadirse, y en diciembre abandonaba el Escambray rumbo a Estados Unidos.

Cuando trasladaban a Sinesio Walsh, luego de ser capturado, hacia La Campana, el chofer del *jeep* sintonizó *Radio Swan* y para asombro del prisionero, escuchó una noticia donde se aseguraba que él continuaba infligiéndoles severas derrotas a las milicias castristas.

En la primera decena de octubre de 1960 era capturado el excomandante Plinio Prieto; y poco después, John Maples Spiritus, un norteamericano agente de la CIA que se encontraba cumpliendo misiones secretas vinculadas a las actividades que venía realizando el comandante William Morgan. Las declaraciones de Plilio y Spiritus determinaron la detención de Morgan y Jesús Carreras,

[5] Testimonio de Elio Jorge. Archivo del Autor.

otro comandante del Segundo Frente involucrado en las acciones contrarrevolucionarias.

El 30 de septiembre, una nueva operación aérea devenía tragicomedia. Los paracaídas cayeron en el interior de una cooperativa recién creada. De inmediato los campesinos cargaron las cajas y las condujeron al local de la administración. Poco después se presentaba el jefe de Operaciones del Escambray, comandante Manuel Fajardo, que procedió a abrirlas e hizo el recuento inicial: "Una bazuka, dos morteros de 60 *mm*, dos ametralladoras ligeras de bípode, dos fusiles automáticos Browimg, 19 ametralladoras Thompson, seis fusiles Garand, ocho Springflield, dos pistolas 45, 108 granadas de mano, 16 cajas de T.N.T y abundante parque".[6]

Suficiente para armar a una partida de unos 45 hombres. Además, incluyeron siete sacos de frijoles negros, tres de arroz y uno de sal. El Comandante se llevó el armamento y repartió los alimentos entre los campesinos de la zona.

Los informes que comenzaron a llegar a manos del comandante Augusto, *Mongo* Ruisánchez, no podían ser más desalentadores. El silencio en torno a la presencia de alzados en el Escambray se había quebrado. Fuerzas compuestas por milicias campesinas al mando de experimentados guerrilleros rebeldes habían irrumpido por casi todas las vías de acceso al Escambray y rastreaban el territorio palmo a palmo. Se habían producido varios combates y casi dos centenares de hombres habían sido capturados, ocupadas las armas, plantas de radio y campamentos. Y aunque aún se mantenían varios jefes insurgentes, entre ellos Osvaldo Ramírez y Evelio Duque, que lograban sortear la ofensiva, era evidente que en tales condiciones no podía esperarse al arribo de los *teams* de Guatemala.

Ruisánchez se apresuró en comunicar las malas nuevas a la embajada norteamericana, y desde allí se radiaron mensajes para Quartes Eyes. En zonas montañosas del país la CIA no había logrado consolidar territorios de alzados.

Culminaba la primera operación de envergadura contra los focos de alzados; a fines de octubre eran juzgados en el cuartel Leoncio

[6] Archivo MININT. Fondo Buró de Bandas.

Vidal, en la ciudad de Santa Clara, 177 insurgentes y colaboradores, entre ellos los jefes Plinio Prieto y Sinesio Walsh. William Morgan era instruido de cargos.

El 31 de octubre, desde Quarter Eyes se enviaba un mensaje cifrado al jefe de la base Trax, coronel Frank J. Egan. En él se impartían instrucciones para comenzar el entrenamiento de guerra convencional. Los hombres serían organizados en una brigada de asalto.

La CIA y su director de Planes Especiales, Richard Bissell, acababan de abandonar la estrategia de destruir la Revolución Cubana mediante la guerra de guerrillas. Esta no sería desechada, en lo adelante se utilizaría como apoyo del nuevo proyecto. Había nacido la invasión.

Definitivamente, imitar a Fidel Castro era imposible.

Base Trax

A Irán le extrañó la soledad de aquella casa; miró la esfera del reloj y comprendió que se había retrasado. Apresuró el paso, abrió la verja, atravesó el jardín, venció en dos zancadas la escalera de seis peldaños, y tocó el timbre.

Era la casa donde se había inscrito 10 días antes. Luego del chequeo médico le habían dicho que esperase el telegrama. Y ahora estaba nuevamente allí, con el papel del correo en la mano, listo para partir hacia lo desconocido, pero aquella mansión estaba vacía. De pronto se le ocurrió una idea... Corrió a una cabina telefónica cercana y discó el número de la persona que lo había reclutado. Luego de una pausa, del otro lado de la línea, le dieron una nueva dirección y le aseguraron que si se apuraba se podría ir. "¿Para dónde?" —preguntó ingenuamente—. "Eso es secreto militar" —respondió el otro y colgó. Irán miró el reloj. Coconut Grove estaba lejos, pero en taxi llegaría en 20 minutos. "En distintas casas comerciales y distintas industrias desarrollan una política los dirigentes de esas empresas insinuándoles a los empleados exiliados cubanos que cuándo van a partir hacia Cuba, a partir claro está, en el supuesto ejército de la invasión, que se inscribió en la oficina del Frente sita en la calle 12 entre 9 y 10 avenida N.W. en la propia ciudad, que una vez inscriptos le hicieron un reconocimiento exterior sin ordenarle ningún otro tipo de reconocimiento. Transcurrida una semana más o menos fue llamado nuevamente a dicha oficina llegando a la misma alrededor de las 7:00 pm pero no se encontró a nadie pues ya habían partido, allí le dieron un teléfono para que llamara al lugar donde ha-

bían ido, al comunicarse le respondieron, dándole una dirección, y que si iba rápido se podía ir".[1]

El coronel Martín Elena, jefe del estado mayor del FRD, abrió la puerta. "Llega tarde" —le recriminó con sequedad e hizo un gesto de desaprobación. Irán no atinó a decir nada. Nunca antes había sido militar y le pareció ridículo verse allí, enrolado para una guerra a la cual sencillamente llegaba tarde. Durante unos segundos, la mirada de desaprobación de aquel hombre lo aplastó. Ya se disponía a girar el cuerpo y marcharse cuando el coronel rompió el silencio. "Entra" —le dijo.

Aquella casa grande, de dos plantas, de madera, pintada de blanco, era un hormiguero humano. Más de 50 hombres se disponían a partir. Después de chequear el pasaporte, Irán recibió un saco. En su interior encontró un uniforme color kaki, otros tres verde oscuro, dos gorras de igual color, dos pares de botas, un jacket, seis pares de medias, cuatro mudas de ropa interior, dos gorras azules y dos cintos. Entonces, otro cubano le llenó una planilla con los datos necesarios para fijarle un salario. Serían 175 dólares mensuales, pues él no tenía hijos. De haberlos tenido le pagarían 75 dólares adicionales por el primero y 25 por cada uno de los restantes. A la pregunta de a quién enviar el dinero, respondió que a sus padres. Pensó que así, al menos, los viejos paliarían la difícil situación económica por la que atravesaban. A Irán no le preocupaba de dónde salía el dinero. Unos le habían dicho que era aportado por norteamericanos con propiedades expropiadas por la Revolución y algún otro le aseveró que detrás de todo eso tenía que estar el gobierno estadounidense.

Finalmente le entregaron una chapilla que se colocó en el cuello. En ella estaba impreso el número que en lo adelante lo identificaría.

Irán Gómez Rodríguez había abandonado Cuba el 24 de junio de 1959, seis meses después del triunfo de Fidel Castro, luego de comprender que en la isla no tenía nada que hacer. Durante el gobierno de Fulgencio Batista, Irán había sido jefe de administración, clase quinta del Ministerio de Hacienda, directamente a las órdenes del Ministro, y había aspirado a concejal en las elecciones de 1954, donde resultó derrotado.

[1] Declaraciones de Irán Gómez Rodríguez, invasor, 1961, Archivo MININT.

Luego del primero de enero fue señalado como batistiano y tuvo que soportar la repulsa de los vecinos. Para mayor desgracia su padre, que había sido comandante de la policía, estaba sujeto a investigaciones. Entonces se marchó a Miami, donde unos 10 mil cubanos, quienes habían abandonado la isla en los últimos seis meses, comenzaban a adueñarse de la calle 8 en lo que constituía la primera piedra de la Pequeña Habana. Irán comenzó a trabajar en la compañía Delta Air Lines, con un salario de 70 dólares semanales, suficiente para vivir decorosamente, pero escasos para apaciguar las ambiciones personales de quien había tentado el poder y tenía 31 años. Por eso, cuando le hablaron de las oficinas de reclutamientos en 17 y Byscaine Boulevard; en la Flager North West No. 27; en la 1045, SW y 27 Avenue, en la South West y calle 11; o en la calle 12 No. 3593, entre otras muchas más, no lo pensó dos veces. Estaba en Estados Unidos y aquello parecía ser el inicio del regreso a Cuba.

En la oficina de reclutamiento le hicieron un reconocimiento médico y luego, en un laboratorio, le tomaron muestras de sangre y examinaron sus pulmones. Transcurrieron 10 días de espera hasta que finalmente a través de una llamada telefónica le comunicaron que concurriera de nuevo a la oficina en la calle 12. Le llamó la atención que lo citaran para las seis de la tarde y le indicaran que llevara cepillo de dientes y máquina de afeitar.

Irán volvió a mirar el número de la chapilla, y al pensar en la muerte se estremeció. Un rato después era sometido a un minucioso cacheo personal, para lo cual debió desnudarse, a fin de estar seguros de que no llevara ningún articulo prohibido como brújula y armas; dejó su reloj en un sobre con sus documentos personales. Había llegado el momento de partir. Fue entonces que vio el primer norteamericano, justo a la hora de abandonar la casa. La misión asignada a los cubanos terminaba allí, con el ruido de los centros de reclutamiento. En lo adelante comenzaría lo más importante y eso era asunto de los americanos.

El hombre, a través de un intérprete, determinó la cantidad que iría en cada camión. Irán se acomodó en uno con las siglas de la firma Hertz junto a otros 15 camaradas. El americano cerró la puerta y pasó el seguro. Irán suspiró de alivio. En los últimos días, mientras esperaba el telegrama, había estado a punto de creer en la propaganda que hacía el Frente de que se trataba de un esfuerzo exclu-

sivamente de los exiliados cubanos para liberar la patria. Eso le había quitado el sueño. No se imaginaba desembarcando en Cuba, en un yate de recreo, armado con una escopeta. Ni Moncada ni *Granma.* Eso no tenía nada que ver con él. Por eso, aun cuando el americano se mostró escéptico y lo había encerrado en aquella camioneta sin decirle a dónde iba, ni siquiera adiós o buena suerte, Irán se sentía aliviado.

"Parece que los americanos están en esto" —comentó al joven sentado a su lado, Alberto Julio Bolet Suárez, quien asintió con una sonrisa. Él también se sentía aliviado. Con 21 años no deseaba perder la vida en una empresa de dudoso desenlace. Aceptaba arriesgarla, porque peligros habría; pero "si los americanos estaban en el ajo, sacar a Fidel Castro del poder sería cosa de coser y cantar". Entonces él recuperaría lo que le pertenecía. "Se fue en unión de su familia a residir en la ciudad de Miami el 22 de julio de 1959, las razones por las cuales se fue más que nada fueron económicas, ya que su padre al serle intervenida la granja de pollos que poseía, de tres cuartos de caballería, se quedó sin trabajo [...] Que se inscribió en la oficina del Frente y que las razones fueron que se consideraba perjudicado por la Revolución, que creía que en Cuba había una dictadura comunista dirigida por los rusos, chinos y checos, por la propaganda intensiva que se hacía en los periódicos tanto cubanos como americanos, por el radio y los noticieros de televisión, y que también varios amigos de él se habían inscrito, y que están prisioneros".[2]

Contrario a muchos de los de allí presentes, Albertico no había tenido que viajar a Estados Unidos. Al triunfo de la Revolución, él estudiaba Ingeniería Civil en la Universidad de Miami.

"¿Y tú crees que los americanos desembarquen con nosotros?" —preguntó tímidamente otro pasajero de la camioneta. Era Manuel Menéndez Pou, joven de 21 años, quien se había propuesto regresar a Cuba para recuperar algo. "Los motivos que alega para

[2] Declaraciones de Alberto Julio Bolet Suárez, invasor, 1961. Archivo MININT.

haber salido del país, es el de haber quedado cesante su padre en la empresa Aspuru y Cía S.A. de la cual era presidente, quedando fuera al nacionalizarse la empresa. [...] Que posteriormente recibió una oferta de Miami para ser representante exportador de distintas empresas a los países del sur de América y por tal motivo se fue a ese país junto con su familia. Posteriormente, el día 24 de octubre de 1960 partió el interrogado para el mismo lugar que como quiera que después de realizar gestiones a fin de encontrar un trabajo y comprender que se lo negaban al objeto de presionarlo para que se inscribiera en el Frente. [...] Entre esta situación y la propaganda sistemática y mentirosa de que en Cuba las milicias se encontraban descontentas [...] y de que esto estaba lleno de checos, chinos y rusos".[3]

"Yo creo que primero desembarcaremos nosotros. Ellos vendrán detrás" —intervino Néstor Pino, otro de los pasajeros. Graduado de bachiller en 1957, ingresó en la Escuela de Cadetes del Ejército Nacional; había decidido continuar los pasos de su padre, un teniente coronel retirado. Pero Néstor Pino no pudo ver realizados sus sueños militares. El 21 de enero de 1959, un oficial barbudo, le entregó la orden de licenciamiento. Desde que los rebeldes habían ocupado la escuela de cadetes, Néstor no se había ocultado para evidenciar su desprecio por esos guerrilleros desaliñados que no se cuadraban con rigidez ante sus superiores y que tantas simpatías tenían entre las muchachas. Poco después, Néstor era detenido y confinado en la fortaleza de La Cabaña, acusado de estar involucrado en la conspiración organizada por el dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo contra Fidel Castro. A los cuatro meses fue puesto en libertad y la causa sobreseída por falta de pruebas.

Luego de varios meses conspirando, en agosto de 1960, cuando conoció que se estaban reclutando exiliados para organizar un ejército contra Fidel Castro, viajó a Miami. Ese mismo mes Néstor volvía a vestir el uniforme militar, ahora como recluta de los futuros expedicionarios.

[3] Declaraciones de Manuel Menéndez Pou, invasor, 1961.Archivo MININT.

"Los americanos invaden a Cuba porque no se van a dejar quitar sus propiedades —agregó desde otro banco José Ramón Pérez Peña, mientras encendía un cigarrillo violando la orden del americano que prohibía fumar en el interior de la camioneta—. Y nosotros les haremos la media". José Ramón tenía 25 años y era natural de Sagua la Grande. Había sido empleado del Ten Cents de la cadena Woolworth en la ciudad de Camagüey. Cuando el Gobierno Revolucionario nacionalizó los Ten Cents, se marchó hacia New York con otros 20 empleados, luego de la oferta de la compañía de que todo el que quisiera ir a Estados Unidos, tendría empleo.

Comenzó a trabajar con un salario de 90 dólares semanales, pero renunció a la plaza cuando dos amigos lo invitaron a inscribirse en la oficina del Frente.

Arturo Menéndez Rodil no parecía prestar atención a la conversación dentro del camión. Su pensamiento estaba en una cafetería de la calle 8 donde trabajaba su novia. Arturito estaba perdidamente enamorado de ella. Por esa razón la había seguido a Estados Unidos. No le interesaba la política. Se había enrolado porque ella lo había abandonado. Arturito se sentía decepcionado y deprimido. Solamente así se podía explicar el paso que había dado. Había pensado que cuando ella conociera su decisión en esa descabellada aventura militar, lo buscaría y todo quedaría arreglado. Pero Arturo estaba allí, en aquella camioneta, con ese saco sobre las piernas, camino de lo desconocido.

Durante dos horas se prolongó el viaje, hasta que la furgoneta se detuvo en uno de los hangares de una base aérea desconocida para ellos. Pensaron que estaría ubicada lejos de Miami, pero en realidad la base de Opa-Locka distaba a escasos 30 minutos del centro de la ciudad. Lo que había acontecido formaba parte del diseño para la desinformación de los reclutas, en evitación de posibles infiltraciones castristas. El chofer de la camioneta, un oficial CIA del grupo paramilitar que operaba en Miami bajo el mando del coronel Rodrick, tenía órdenes de dar vueltas y vueltas por la periferia de la ciudad describiendo círculos antes de encaminarse al aeropuerto.

Por esa misma razón, la primera orden que les dio el americano al abrir la portezuela de la camioneta dentro del hangar, fue que colocasen dentro de un sobre todos los objetos personales que guardaban en los bolsillos, incluyendo el reloj. De esa forma no podían tomar el tiempo de vuelo hacia la base de entrenamiento. Sin un ápice de pudor, en tono profesional, el oficial a cargo les ordenó que se desnudasen. Poco después cuatro norteamericanos cacheaban minuciosamente sus cuerpos, ropas y bultos. En lo adelante, a cualquier infiltrado de Castro le sería imposible transmitir informaciones sobre la operación en curso. Solo podría hacerlo si lograba fugarse de los campamentos, algo casi imposible, o esperar hasta desembarcar en la isla. Y para entonces sería muy tarde.

Una hora después de haber abierto la portezuela trasera de la camioneta cortando en dos la palabra Hertz, otro norteamericano volvía a cerrarla. Los reclutas permanecieron en su interior en silencio. Se sentían incómodos por el cacheo personal. A fin de cuentas, ninguno de ellos tenía razones para servir a Fidel Castro. Luego de un breve recorrido, el camión hizo un giro, se detuvo y retrocedió lentamente hasta detenerse por completo. Entonces la portezuela volvió a abrirse. "¡Fuera, fuera, muévanse, no miren a la izquierda ni a la derecha!"—gritó en español otro americano al pie de la camioneta. Los reclutas comenzaron a pasar del camión al avión. No podían ver nada a sus lados pues habían colocado sendas cortinas. Ya en su interior, el capitán de la aeronave les indicó los asientos a cubrir. Aquel hombre no parecía norteamericano ni cubano. Luego, en el campamento, convendrían en que se trataba de un europeo, quizás un ruso blanco o polaco. Estaban en lo cierto. Los pilotos contratados para trasladar a los reclutas desde Miami a la base de entrenamiento eran veteranos de la guerra fría en Europa.

Treinta minutos después, el avión Douglas C-54 cuatrimotor, versión militar, rodaba por la autopista hasta quedar suspendido en el aire; en su barriga llevaba medio centenar de nuevos reclutas. Ninguno de ellos pudo apreciar el paisaje. Las ventanillas habían sido selladas. Pero Arturo Menéndez Rodil no se percató de ello; despechado por amor se acomodó sin importarle a quiénes tenía a su lado. Él estaría ausente, pensando en su novia. Pero se estremeció cuando sintió que la nave tomaba nuevamente pista. Apenas

habían transcurrido 40 minutos de vuelo. "¡Nos tiraron en Cubai" —exclamó. Los rostros de los que alcanzaron a escucharlo se contrajeron. Aquello no podía ser posible. Ninguno de ellos, con excepción de los exmilitares, sabía siquiera disparar.

Cuando el avión se abrió, los reclutas vieron con asombro el mismo rostro que la había cerrado. "¡Muévanse, muévanse!" —gritó nuevamente el americano—, y los reclutas regresaron a la camioneta. Los llevaron a un hangar donde estaban dispuestos unos 100 catres. "Por un desperfecto en el avión, el vuelo se suspende hasta mañana por la noche" —comunicó uno de los americanos—. "Hasta entonces, nadie saldrá de aquí. Mañana tendrán un apetitoso desayuno, *lunch* y cena. Descansen y no piensen mucho. *Good night*".

Las puertas del hangar fueron cerradas con candados.

A la noche siguiente, los reclutas partieron nuevamente. Esta vez con mejor suerte. Tras casi siete horas de vuelo, el C-54 aterrizó en una pista en plena selva. Cuando la puerta del avión se abrió y la luz solar penetró con fuerza, los hombres que se hallaban más cerca cerraron los ojos. En las últimas siete horas habían permanecido a oscuras iluminados solamente por unas débiles bombillas.

A las siete de la mañana, José Ramón Pérez Peña estiraba su cuerpo y aspiraba la fragancia de la selva húmeda, cuando vio varios aviones alineados en la pista. —"¿Qué son?" —preguntó a Néstor Pino a su lado—. —"Son bombarderos ligeros B-26". "¿Y porqué no tienen insignias?" La pregunta de Manuel Menéndez quedó sin responder. Un instructor americano vestido con overol verde llevó al grupo a desayunar. Bacón con huevos, emparedado de jamón, queso y pepinillo, jugo y café. Un desayuno paradisíaco en plena selva. Los hombres lo devoraron con prisa, incluso Arturito, que dejó para más tarde su dolor.

Antes de subir a los camiones, los más curiosos observaron la parte trasera. La matrícula era guatemalteca. Algunos pensaron que para qué tanto misterio, otros dedujeron una nueva desinformación.

Alrededor de una hora y treinta minutos tardaron los vehículos en ascender hasta la base Trax desde la base Rayo, ubicada en Retalhuleu, atravesando el poblado del mismo nombre con unos

4 000 habitantes que llamó la atención a los cubanos por su pobreza. Los niños corrían junto a los camiones, semidesnudos y descalzos, pidiendo cigarrillos.

Una extraña orden cumplieron los reclutas antes de penetrar en el poblado: quitarse las gorras. ¿Por qué? —preguntó alguien. A ciencia cierta nadie lo supo nunca. Al parecer era una de las tantas descabelladas e inoperantes medidas para engañar a aquellos indios guatemaltecos cuyas condiciones de vida, tan extremadamente pobres, los acercaban más a Fidel Castro que a Quarter Eyes.

Al penetrar a la base, fueron formados, y el jefe cubano, José Pérez San Román les dirigió la palabra: "Reclutas, desde este momento ustedes forman parte de un ejército regular cuyo objetivo es invadir a Cuba para derrocar a la dictadura comunista y acabar, de una vez y por todas, con Fidel Castro. Nuestra misión es, exclusivamente, militar. Las ideas políticas que ustedes tengan no nos interesan. Nosotros somos anticomunistas y amigos de los Estados Unidos, y con eso basta. Mientras tanto es posible que tengamos que combatir en otros lugares para defender a nuestros grandes amigos, los americanos. En unas horas ustedes serán asignados a sus respectivas unidades. Les recuerdo que todo tipo de adoctrinamiento político e ideológico está terminantemente prohibido en esa base. Y para los que puedan dudar por un instante sobre nuestras posibilidades de victoria les voy a decir, simplemente, una cosa, que yo quiero que ustedes se graben en la memoria, los americanos están con nosotros, y los americanos no pueden perder".

La base Trax, llamada así porque su finalidad era el entrenamiento *(training)* estaba ubicada en la finca Helvetia, y era propiedad de Alberto Alejos, hermano del Embajador guatemalteco en Washington. Se alzaba sobre tres niveles aprovechando la propia configuración de terrazas que adquiría el terreno. En el primer nivel estaban el campo de tiro y la explanada para los desfiles; en el segundo la barraca, el comedor, la cocina, la enfermería y otras dependencias; y en lo más alto, los dormitorios y oficinas del cuerpo de oficiales de la CIA, que tenían allí su propio comedor y hasta una pequeña sala de proyecciones.

El primero de agosto de 1960, los primeros 40 reclutas habían llegado a la finca Helvetia. Provisionalmente se alojaron en la residencia campestre del señor Alejos. Se marchaban de la casa bien temprano en la mañana hacia la zona montañosa y regresaban a la hora de la comida. El 15 de agosto, la primera barraca, denominada sección K, se hallaba lista, y el grupo que aún permanecía en la finca se trasladó hacia Trax. Estos fundadores de Trax, que habían pasado el curso de Usseppa, Florida y en Fort Gulick, Panamá, fueron designados como instructores de los reclutas que comenzaban a arribar.

Por aquellos días de agosto del 60, Dulles y Bissell presentaron al presidente Eisenhower la primera idea estratégica para derrocar al gobierno de Fidel Castro. El documento de agosto de 1960 para la información del Presidente esbozaba el plan de operaciones de la forma siguiente: "La fase inicial de las operaciones paramilitares contempla el desarrollo, apoyo y orientación de grupos disidentes en tres áreas de Cuba: Pinar de Río, el Escambray y la Sierra Maestra. Estos grupos serán organizados para una acción guerrillera concertada contra el régimen. La segunda fase se iniciará con un asalto combinado aeromarítimo por fuerzas del FRD en Isla de Pinos coordinado con una actividad guerrillera general en la isla de Cuba. Esto establecerá una base cercana para futuras operaciones. La última fase será un asalto aéreo en el área de La Habana mientras las fuerzas guerrilleras en Cuba se mueven por tierra desde estas áreas también hacia La Habana".[4] Muy pronto este plan fue desechado, particularmente la ocupación de Isla de Pinos. La dirección de la Revolución, previendo el peligro, había enviado considerables fuerzas y armamento para la defensa de este territorio. En cuanto al asalto aéreo a la capital, no se volvió a tocar el asunto. Sencillamente era una idea disparatada. La idea estratégica, durante unos meses más, continuó siendo para la CIA la creación de un fuerte movimiento de insurgencia en las montañas del país.

A principios de octubre, en la base había cerca de 500 hombres que se entrenaban para la guerra de guerrillas. La diana se dada a

[4] Informe del inspector general de la CIA, Lyman Kirkpatrick. Documento desclasificado por el gobierno de Estados Unidos.

las 05:45 de la mañana, cuando apenas los primeros claros del día apuntaban en lo alto. Quince minutos después se desayunaba y comenzaba el entrenamiento. Realizaban ejercicios físicos, en particular caminatas de 12 kilómetros diarios a 7 500 pies de altura; arme y desarme, práctica de tiro y recibían clases teóricas a cargo del coronel del ejército norteamericano Valeriano Vallejo, de origen filipino, quien se había distinguido en la lucha de guerrillas en las selvas de su país contra los ocupantes japoneses. Vallejo les enseñó Inteligencia, recepción aérea, camuflaje, propaganda, y reclutamiento; entre otras disciplinas.

Los americanos se reservaban el mando supremo de toda la instalación, la planificación de los cursos a impartir, el control del armamento y las comunicaciones con Quarter Eyes, donde se tomaban todas las decisiones. Al frente de la base estaba el coronel norteamericano Frank J. Egan; y como jefe de los instructores cubanos, Oscar Carol, exteniente del ejército constitucional cubano; ayudante ejecutivo, José Abréu; jefe de la Inteligencia militar, Manuel Blanco Navarro; jefe de abastecimientos, Ramón Ferrer Mena; y jefe de operaciones, José Pérez San Román. Las hojas de servicio militar de estos Cadres reflejaba la importancia que los jefes de la CIA otorgaban al aspecto militar, dejando a un lado otras consideraciones como el eventual rechazo que estos exmilitares podrían generar en la tropa debido al compromiso de algunos de ellos con el régimen de Fulgencio Batista, aunque la CIA se había esforzado en reclutar exmilitares con una limpia hoja de servicios y en lo fundamental formados en sus escuelas.

En la base Trax, los futuros guerrilleros fueron organizados en *teams* de infiltración. A mediados de agosto llegaron los primeros pilotos reclutados. Permanecieron en la finca hasta que la base aérea fue terminada.

El día 19 de ese mes dio inicio oficialmente el entrenamiento. Organizaron el personal en 12 *teams*, divididos a su vez cada uno en dos. Se les llamó *teams* gris y *teams* negros. Los primeros integrados por 8-10 hombres y los segundos por 20-25. Los grises estarían compuestos por un oficial de inteligencia, un oficial de guerra sicológica en armamento, un oficial de demolición, un radiotelegrafista y un jefe. La misión del oficial de Inteligencia era obtener toda la información militar posible sobre las bases militares, armamento, capacidad militar, datos sobre personal que deseaba unirse a las fuerzas

contrarrevolucionarias y entrenamiento recibido. El oficial en guerra psicológica se encargaría de la propaganda desestabilizadora ente la población civil y el Ejército Rebelde y la milicia. El oficial en armamento enseñaría al personal civil el manejo de las armas mientras que el de explosivos tendría a su cargo preparar las acciones de sabotaje y capacitar al personal nativo que se les uniera; finalmente, el radiotelegrafista mantendría las comunicaciones con la base de retaguardia, y por ese conducto enviaría toda la información obtenida y recibiría las instrucciones.

Cuando los *teams* grises informaran que las condiciones mínimas de seguridad y de apoyo se habían logrado, entonces se infiltrarían los *teams* negros, cuyas misiones estaban relacionadas con el entrenamiento de todos aquellos que se hubieran sumado a la lucha contra el Gobierno Revolucionario y de esa forma ampliar la guerra de guerrillas hasta el derrocamiento del gobierno. Los *teams* grises se infiltrarían a ciegas y recepcionarían a los negros.

Eulogio Lavandeiro Torrijos, después de ser capturado, relataría los planes de acción para la guerra de guerrillas que desarrollarían los *teams* "Por Oriente pensaban desembarcar por tres lugares distintos, la Sierra Maestra, la Sierra Cristal y Guantánamo, [...] en Camagüey pensaban desembarcar por la Sierra de Cubitas; [...] por Las Villas desembarcarían por el Escambray y posteriormente por la Ciénaga de Zapata. Por Matanzas pensaban desembarcar un *teams* gris y posteriormente otro negro. Por La Habana dos, que operarían en la ciudad. Por Pinar del Río, uno desembarcaría por la Sierra de los Órganos y finalmente otro se infiltraría en la Isla de Pinos con la misión de liberar a los presos del Reclusorio Nacional [...]" Lavandero pertenecía a este último.

Cada *teams* fue identificado por las iniciales de una palabra en correspondencia con el código fonético internacional: *A-Alfa; B-Bravo, C-Charlie; D-Delta; E-Eco; F-Foxtrox; G-Golf; H-Hotel; I-Indio; J-Juliet; K-Kilo; L-Lima.*

Realizaron entrenamiento físico y caminatas por la selva a una altura de 7 mil pies. En la tercera semana de octubre se realizaron prácticas de tiro con distintas armas, entre ellas pistolas, subametralladoras, fusiles Garand, M-1, ametralladoras calibre 30, morteros y cañón sin retroceso 57 *mm*. Recibieron instrucciones sobre explosivos, cursos de comunicaciones, supervivencia básica

y paracaidismo. Especial atención se le dio a la guerra de guerrillas, con ejercicios prácticos; inteligencia; una clase muy breve de propaganda donde se enfatizó en la forma más efectiva de realizarla sobre los diferentes tipos de personas; guerra psicológica; clandestinaje demolición; mapas; recepción marítima y aérea.

Los reclutas escuchaban con atención las historias que resumían la experiencia del *Chino* Vallejo y las de otros instructores, entre ellos lituanos, ucranianos y otros europeos; y por supuesto, norteamericanos.

Las misiones que cumplirían los *teams* estarían determinadas por las características de la zona donde operarían en Cuba, pero tenían principios generales: unir a los grupos dispersos y entrenarlos en las tácticas de guerrillas, que comprendían emboscadas, interrogatorios, ataques, reconocimiento de áreas, utilización de armas y explosivos, clandestinaje y comunicaciones. Los que operasen en las ciudades tendrían como misión fundamental establecer contacto con los diferentes grupos clandestinos y entrenarlos.

Para el aprendizaje del salto en paracaídas fueron trasladados en grupos a la finca San José de Buenavista. Los tres saltos necesarios para graduarse los efectuaban en la zona sobre la finca La Suiza, enclavada en la base Halcón.

La base principal, Trax, era custodiada por soldados guatemaltecos. "Todos los días recogían ocho soldados guatemaltecos y los distribuían para que cuidaran los caminos que unían a Trax con la base Suiza y con la base Aurora".[5]

No obstante esta vigilancia, los sábados y domingos los reclutas se escapaban del campamento sobornando a los guardias guatemaltecos o engañándolos. Se dirigían al pueblo de Mazaltenango, donde vendían pistolas para comprar bebida y estar con mujeres. En cierta ocasión, el Jefe da la policía rural de este pueblo reprimió verbalmente a un grupo de cubanos porque llevaban armas largas y estaban escandalizando. Los reclutas amenazaron con sus fusiles y lo obligaron a hacer ejercicios de planchas. Debido a hechos de esta

[5] Declaraciones de Carlos Hernández Vega, invasor, 1961, Archivo MININT.

índole que ponían en peligro el secreto de la operación —algo sumamente controvertible, a causa de la naturaleza misma de la operación y al escenario escogido para ello—, se dio la orden a las postas de disparar sobre los hombres que intentasen abandonar los campamentos. Fue levantada una pequeña cárcel (bartolina) cercada de alambre donde encerraban a los que intentaban fugarse. Los más peligrosos eran trasladados hacia el Petén, un reclusorio en plena selva donde abundaban las serpientes.

Los reclutas veían películas, en particular aquellas que abordaban el tema de la guerra y la lucha contra el comunismo. Los domingos, los sacerdotes oficiaban misas a las siete y a las diez de la mañana.

En los campamentos se distribuían boletines y propaganda con un profundo contenido anticastrista y anticomunista y escuchaban la emisora *Radio Swan*. Habían sido advertidos de que la correspondencia sería censurada y se prohibió terminantemente brindar datos sobre el lugar donde se encontraban y la labor que realizaban. Pablo Organvidez Parada, agente del FBI, había sido destinado a la vigilancia de los reclutas cubanos. "La correspondencia procedente de los familiares se chequeaba en Miami antes de remitirse a la base aérea de Retalhuleu. Si tenían problemas, no salían de Miami. Las remitidas por los reclutas eran entregadas en ciudad de Guatemala al agregado militar de Estados Unidos Mc Quady. Aquellos reclutas que evidenciaban tener problemas, Mc Quady instruía a los agentes del FBI como yo y entonces nos infiltrábamos en la unidad donde estaba ese hombre que teníamos que chequear".[6]

A principios de noviembre de 1960, el entrenamiento llegó a su fin. Los 12 *teams* que agrupaban a los casi 600 agentes estaban listos para comenzar a ser infiltrados en la isla. El ánimo en la tropa era bueno. Diariamente *Radio Swan* anunciaba nuevos brotes de insurgencia y pregonaba los éxitos contra el régimen de Fidel Castro, que parecía estar desmoronándose.

En el *teams* negro C-Charlie, Arturito Menéndez no mostraba mucho interés por infiltrarse en Cuba, había escrito muchas cartas a su prometida y esperaba anhelante la respuesta.

[6] Declaraciones de Pablo Organvidez Parada, agente del FBI e invasor, 1961, Archivo MININT.

En los primeros días de noviembre sonó la alarma en la base y los reclutas corrieron a formar. Se les informó que había llegado la hora; pero cosa rara, no sería por Cuba, sino por el presidente de Guatemala, Miguel Idígoras Fuentes, a quien se le habían sublevado varias unidades del ejército lidereadas por un grupo de jóvenes oficiales. La sublevación se localizaba en Puerto Barrios, 100 hombres fueron seleccionados para retomar el aeródromo militar de esa localidad, en poder de los sublevados. En la base Trax quedaron otros 100, listos para partir si fuera necesario. La decisión de utilizar a los cubanos había sido tomada en Washington.

Los C-47, con el centenar de hombres, elevaron vuelo. "Bruscamente, tres meses después de que llegara a nuestra unidad tuve el primer combate. Pero no contra Castro. Fuimos llamados a ayudar a enfrentar un intento de golpe de Estado contra el presidente guatemalteco Idígoras Fuentes y cerrar la frontera con Honduras [...] fuimos seleccionados 200. Nos fueron distribuidas armas, luego fuimos en aviones para la base aérea en Retalhuleu donde abordamos los aviones que nos llevarían para puerto Barrios. "En la base aérea esperamos órdenes [...] El plan era que cerca de un centenar de nosotros voláramos hacia Puerto Barrio —tres C-46, aproximadamente 33 por avión—, tomáramos el aeropuerto después que hubiera sido ablandado por el bombardeo de los B-26 de nuestra fuerza aérea [...].

"Finalmente llegamos a Puerto Barrio y ocurrió la primera torcida del día. El B-26 no había terminado de bombardear el área cuando hicimos un círculo alrededor de la bahía y esperamos a que ellos completaran su misión [...] Mi amigo Néstor Pino estaba en la puerta de salida, con una mano apretando la cuerda, con la otra agarraba una subametralladora Thompson.

"Las ruedas traseras bajaron y tan pronto como tocaron tierra, el piloto aplicó los frenos. Rápidamente el piloto taxeó por la pista [...] Entonces, repentinamente, un oficial guatemalteco gritó por encima del ruido! "¡Tenemos que disparar! ¡ Ellos nos están tirando a nosotros!'[...] El avión llegó al final de la pista y giró, alejándose [...]

"Más tarde, cuando regresé a Retalhuleu, fui uno de los que chequeó el fuselaje del avión a fondo y no descubrimos ni un sim-

ple agujero de bala. Aunque no habíamos visto a nadie combatiendo, nos reunimos al día siguiente y el Ministro de Defensa guatemalteco se presentó y nos agradeció nuestra ayuda".[7]

Los hombres permanecieron en Retalhuleu durante una semana listos para partir hacia cualquier lugar en ayuda del gobierno guatemalteco, pero no fue necesario. Idígoras envió mensajes de agradecimiento a los cubanos de la base y prometió una pronta visita. Años después, algunos investigadores trataron de crear el mito de que el apoyo de los cubanos, incluyendo los bombardeos por la fuerza aérea táctica de la Brigada, resultaron decisivos para el aplastamiento de la rebelión.

Cuando todo parecía indicar que el momento de partida estaba cerca, los reclutas comenzaron a observar movimientos inusitados en la base. Resultó una sorpresa para todos la sustitución del coronel Vallejo, el experto en guerra de guerrillas, por el coronel del US Marine Corp., Jack Hawkins, que fue presentado por el seudónimo de Frank y que pronto se distinguiría por su severo sentido de la disciplina y un mal disimulado desprecio hacia los cubanos. Pero Hawkins no conocía de guerrillas. Evidentemente en las oficinas de Dulles y Bissell se había decidido un cambio estratégico.

La CIA había decidido liquidar la Revolución Cubana mediante un golpe único, contundente: un desembarco aéreo y marítimo para conquistar una cabeza de playa.

En la base, los *teams* grises y negros eran disueltos y los hombres organizados en escuadras, compañías y batallones. Néstor Pino, Alberto Bolet y Manolito Menéndez Pou fueron incorporados al batallón uno, de paracaidistas. Irán Gómez y José Peña quedaron en el número dos de infantería, y Arturito Menéndez Rodil fue designado al batallón blindado. Pero Arturito había desechado la idea de embarcar hacia Cuba. Su prometida le había escrito y le rogaba que regresara. Arturito solo pensaba en el encuentro con su novia mientras estudiaba la forma de escapar del campamento.

En la base Trax comenzó a hablarse un nuevo lenguaje: tanques, tropas aerotransportadas, cuerpo de ingeniería, arma pesadas.

[7] Félix Rodríguez Mendigutía: Ob. cit., pp.57-61.

Los reclutas no entendían el cambio y algunos, aún hoy, piensan que la táctica de guerra de guerrillas hubiera dado al traste con el gobierno de Fidel Castro. Era el resultado de las informaciones de *Radio Swan*. Por esos días, en ninguna región montañosa del país, ningún grupo insurgente había logrado conquistar tan siquiera una pequeña zona de operaciones desde donde pudieran operar los *teams* de infiltración; los DROPs había sido catastróficos y la mayoría de los lanzamientos de armas y explosivos habían caído en manos de las milicias.

Pero pronto, todos en Trax se sintieron entusiasmados con la idea de la invasión. Conquistar una cabeza de playa y sostenerla durante varios días para después recibir el apoyo de las tropas norteamericanas, no sería tarea difícil. Algunos se las agenciaron para adquirir cámaras fotográficas. Retratarse en las playas conquistadas, sin duda, sería un buen recuerdo. Eso pensaría también el coronel Hawkins al decir que en cada batallón fuese incorporado un corresponsal de guerra con su correspondiente cámara de filmación.

La utilización de los alzados que aún operaban en las montañas del Escambray, se mantenía en la agenda de la CIA. La ciudad escogida para el desembarco se encontraba al sur de esas montañas. De ellas bajarían los insurgentes para apoyar a los invasores. De esta forma la guerra de guerrillas no quedaba descartada.

La Jaula

El 14 de octubre de 1960, aún sin concluir las operaciones militares que habían comenzado en la finca La Campana el 8 de septiembre para liquidar los focos de alzados en el Escambray, Fidel Castro en su condición de Primer Ministro, firmaba la Resolución para la creación del Plan Escambray (Zona de Desarrollo Agrario Las Villas-29), una estructura estatal que realizaría la proeza de trasformar esa atrasada región montañosa, sin electricidad, con decenas de miles de bohíos de piso de tierra, paredes de tablas y techo de hojas; astronómicos índices de mortalidad infantil, enfermedades endémicas como gastroenteritis, diarreas, paludismo, tuberculosis, parasitismo y poliomielitis; sin médicos ni hospitales; analfabetismo, aislamiento cultural; y falta de vías de comunicación, entre otros males sociales.

En poco más de cinco años, bajo los auspicios del Plan Escambray, a pesar de la lucha irregular que allí se libraba, se construirían varias decenas de pueblos con confortables viviendas completamente amuebladas, luz eléctrica y alcantarillado, 5 centros escolares, 17 escuelas rurales, 5 hospitales con equipamiento moderno y servicio gratuito, 600 kilómetros de caminos vecinales, transporte público, decenas de instalaciones deportivas y varios centros de recreación.

Seis cines improvisados sobre camiones de doble tracción y equipos con plantas eléctricas, comenzarían a recorrer los caseríos y ofrecer funciones. Por vez primera, la inmensa mayoría de los habitantes del Escambray vieron imágenes en celuloide. Un grupo de teatro se instalaría en la serranía y sus obras serían

expuestas en cualquier sitio donde existiera una concentración humana, por intrincada que estuviera. Comenzaría la electrificación en estas montañas y en poco más de 20 años se revertirían las cifras; más del 80 por ciento del territorio quedaría electrificado. Aparecerían los primeros equipos de televisión y se multiplicarían los radiorreceptores. Más de 7 000 muchachos alfabetizadores procedentes de las ciudades serían distribuidos en el Escambray a principios de 1961 y en el término de 10 meses enseñarían a leer y a escribir a 28 000 escambreyanos. Estas mejoras sociales limitarían progresivamente y de manera irreversible las bases que sustentaron la insurgencia.

Pero a finales de 1960, el Plan Escambray apenas daba sus primeros pasos. Y en Quarter Eyes, los estrategas de la CIA y el Pentágono habían seleccionado una vieja ciudad, muy cercana a estas montañas, para invadir a Cuba. Trinidad estaba ubicada al sur, pegada al mar, a solo 15 kilómetros de Topes de Collantes, la altura más activa del Escambray. La existencia del puerto de Casilda algo más al sur de la ciudad, así como de hermosas playas, y el hecho de contar con un aeropuerto, fueron determinantes en la selección de la Agencia.

La cordillera de Guamuhaya desempeñaría un papel importante en la nueva estrategia. El propósito era crear una agrupación de fuerzas anticastristas que en el momento indicado y en apoyo a la invasión completaría el cerco y aislamiento de la ciudad. Dos jefes insurgentes, sobrevivientes de las persecuciones que se habían iniciado el 8 de septiembre en La Campana, quedaron como cabecillas indiscutibles: Evelio Duque Miyar y Osvaldo Ramírez.

En noviembre de 1960, desde Quarter Eyes se emitieron instrucciones a la estación CIA en La Habana para que José Ramón Ruisánchez coordinara con rapidez los nuevos alzamientos, así como el aprovisionamiento en armas y explosivos, tanto por aire como por mar. En Miami, Howard Hunt apremiaría a los líderes del Frente Revolucionario para que sus respectivas organizaciones en la isla, que para entonces ya habían logrado estructurar un movimiento clandestino, movilizaran una parte de sus efectivos para las montañas.

Durante los meses de noviembre y diciembre, varios cientos de contrarrevolucionarios fueron trasladados desde las ciudades hasta las estribaciones del Escambray, donde grupos de colaboradores los guiaban por la intrincada región, Otros, nativos, eran alentados por parientes y amigos que ya se encontraban en los campamentos de alzados. En la isla Swan, la emisora allí instalada por David Atlee Phillips, arreciaba la labor de "ablandamiento psicológico". "Que nos iban a quitar los hijos y los mandarían para Rusia, que quitarían el dinero y darían bonos, que para ir de un lugar a otro se necesitaría un permiso del gobierno y que habían dado la tierra para que la preparásemos y después la volverían a quitar. Eso se decía por todas esas lomas. *Radio Swan* se oía mejor que las radios de aquí".[1]

La CIA había ratificado el nombramiento de comandante en jefe del Frente Escambray otorgado por Ruisánchez a Evelio Duque. Este, durante la tiranía; no se había destacado precisamente por su agresividad en los combates. Luego del triunfo, tuvo una corta carrera como revolucionario. No era partidario de la Reforma Agraria, que afectaba a viejos familiares y conocidos.

Durante las escaramuzas de los meses de septiembre y octubre se las arregló para eludir el combate con las milicias y mantenerse a buen resguardo; pero en la nueva etapa, donde el enfrentamiento era inevitable, no le resultaría fácil sostener su jefatura, Los choques con Osvaldo Ramírez, hombre de fuerte temperamento, no se hicieron esperar. El 10 de diciembre ambos se encontraron en un lugar conocido por Dos Arroyos. "Evelio le recordó a Osvaldo que él era el comandante en jefe, y Osvaldo le replicó que cómo podía serlo si no tiraba un tiro. 'Aquí tengo documentos que lo dicen' —ripostó Evelio. La discusión cogió vuelo y Osvaldo sacó su pistola. Entonces intervinimos nosotros y los aplacamos. Quería tirarle. Cuando nos íbamos, Evelio le dijo que a él lo reconocían allá afuera y Osvaldo le dijo que si se metía en su territorio, lo achicharraba".[2]

Las discrepancias entre Evelio y Osvaldo Ramírez —quien por aquellos días tenía bajo su mando la más fuerte columna de alzados— eran del conocimiento del comandante Augusto (José Ra-

[1] Testimonio de José Reboso Febles, insurgente, 1987. Archivo del Autor.
[2] Testimonio de Demetrio Clavelo Solís, insurgente, 1987. Archivo del Autor.

món Ruisánchez) y este había informado a los oficiales en la embajada. El asunto tomaba un feo cariz. Los planes exigían la unidad de las fuerzas a fin de coordinar las acciones que se ejecutarían antes y durante el Día D.

Por esos días de diciembre la CIA conoció del reclutamiento de un comandante del Ejército Rebelde por una de las organizaciones clandestinas que operaban en La Habana. En Quarter Eyes, la noticia fue bien acogida porque el hombre encajaba como anillo al dedo en los planes para el Escambray. Había combatido allí en las tropas del Directorio Revolucionario Estudiantil, y se había destacado en la lucha y ganado la simpatía de los campesinos; además, era de un pueblo cercano, donde tenía muchos admiradores. Pero había algo más: el comandante había combatido en la Segunda Guerra Mundial, en un *destroyer* de la marina de Estados Unidos. Además, el jefe de la Agencia para Centroamérica y el Caribe se había entrevistado con él en la capital cubana y el informe que rindió a su regreso a Langley era sumamente optimista.

Bissell y su equipo tomaron una decisión: alzarían al comandante en el Escambray, y si las cosas salían bien, lo nombrarían jefe del Frente. Por entonces —finales de año— Evelio Duque había decidido abandonar las montañas y a Osvaldo no le desagradó la nueva designación. Conocía al comandante Tony Santiago desde la guerra en esas montañas y simpatizaba con él.

Santiago se alzaría el 27 de enero con casi 200 hombres, al regreso de un corto viaje a Estados Unidos, donde ultimaría los detalles de la participación del Escambray en el apoyo a la invasión.

Diciembre de 1960 sería un mes crucial para los planes de la CIA en el Escambray. Si lograba estructurar la agrupación insurgente y consolidar sus posiciones, la invasión podría ejecutarse en las primeras semanas del año que comenzaba. La toma de Trinidad sería un hecho. Los alzados bajarían de las montañas y atacarían en tres direcciones: por el norte, para envolver la ciudad y apoyar su ocupación por las fuerzas invasoras; al este, otros grupos cortarían la

carretera Sancti Spíritus-Trinidad y al oeste, una tercera fuerza impediría el arribo de refuerzos desde la ciudad de Cienfuegos. Para estos propósitos volarían los puentes sobre los ríos Agabama-Manatí y sobre el San Juan.

El arribo de tropas de consideración del Ejército Rebelde tomaría tiempo, pues deberían despacharse desde la ciudad de Santa Clara, ubicada en el centro de la provincia, y las pequeñas partidas que podrían acudir desde las ciudades de Sancti Spíritus y Cienfuegos, ubicadas al oeste y este respectivamente, serían detenidas por los alzados del Escambray en coordinación con las fuerzas del batallón de paracaidistas que descenderían sobre las posiciones avanzadas.

Un breve reporte de fines de año escrito por un anónimo oficial de la Seguridad cubana, describe la tensión reinante y la verdadera razón que impulsó a no pocos contrarrevolucionarios a emprender el camino de las montañas.

> CONFIDENCIAL:
> Asunto: información dada por infiltrado.
> [...] que las armas de referencia tenían un papel dirigido al Comandante Evelio Duque y firmado por el comandante Augusto, desconociéndose la identidad de este [...] Muchos de los elementos de la organización se alzarán en los próximos días para atacar cuando llegue la invasión.

Esperar la llegada de los americanos en las montañas con un fusil en la mano, sería garantía para un puesto seguro en las fuerzas armadas, la policía, y por qué no, incluso en la política. En la nueva república todo volvería a ser como antes.

El general Douglas MacArthur, sin duda uno de los militares norteamericanos más destacados durante la Segunda Guerra Mundial, dijo en una ocasión: "La historia de los fracasos en la guerra puede resumirse en dos palabras: demasiado tarde. Demasiado tarde en la comprensión del propósito del enemigo, demasiado tarde en tener conciencia del mortal peligro; demasiado tarde en la unión de todas las fuerzas posibles para resistir".

En Cuba, después de 1959, nada se estaba haciendo demasiado tarde.

La convicción de que el gobierno norteamericano preparaba una invasión al territorio nacional, la persistencia de movimientos insurgentes en las montañas del Escambray, informes que hacían alusión al incremento de estas fuerzas y la certeza de que estas no tenían inspiración espontánea ni origen nacional, y que de una forma u otra estaban imbricados con los planes de invasión, así como la reciente muerte del jefe de las operaciones del Ejército Rebelde en la región, comandante Manuel Fajardo en una acción confusa, pero que a todas luces podría ser explotada por la contrarrevolución para estimular nuevos alzamientos, sin duda alguna influyeron en la decisión tomada por el líder de la Revolución de emprender una poderosa ofensiva en ese territorio montañoso.

En la libreta de apuntes del combatiente de la guerra civil española Ángel Martínez, quien atraído por la Revolución Cubana había llegado a Cuba hacía varios meses y se desempeñaba como asesor del jefe del Ejército Rebelde en la región central del país, se exponen detalles de la preparación de la operación que se gestaba. "El plan era, fundamentalmente, político y militar" —expresaría Martínez en 1977 durante una entrevista—, "incluso en la elección de las unidades de milicias procedentes de La Habana había un principio, un elemento que hacía pesar el Comandante en Jefe al elegirlas, que es el carácter proletario, obrero, de estas milicias habaneras..."

El 2 de diciembre de 1960, en el propio teatro de operaciones, adonde acudía con frecuencia, Fidel impartió instrucciones precisas:

- Mantener la lucha en forma constante sin dar tiempo al enemigo a reponerse.
- No moverse de noche solo de día para evitar confusiones.
- En caso de ser necesarios los desplazamientos nocturnos, hacerlos por caminos previamente determinados.
- Realizar una nueva movilización de campesinos de la zona ese mismo mes.
- Proteger a la población de la zona. Esta medida iría aparejada a la construcción de pueblos en las granjas recién creadas para ir eliminando el aislamiento. Siempre sobre la base de la absoluta voluntariedad del campesino.

- Incorporar maestros voluntarios para iniciar una vasta labor educacional y cultural.
- Concentrar fuerzas de los batallones en lugares estratégicos.

La ubicación de los campamentos de alzados había sido determinada, en lo fundamental, desde los meses de septiembre y octubre, y actualizada por informaciones de campesinos residentes en las montañas, declaraciones de prisioneros, captura de documentos y en menor medida, debido a su incipiente organización y desarrollo, por infiltrados de la Seguridad del Estado. Esa es la historia de Orlando Hernández Lema y Reineirio Perdomo, los agentes Tito y Cabaiguán.

Orlando Hernández Lema había sido colaborador de las tropas del Directorio Revolucionario 13 de Marzo durante la lucha contra la tiranía. Después del triunfo decidió quedarse labrando la tierra. La capital no le atraía. Pero aquella paz no perduró mucho tiempo. El Escambray estaba en la agenda de la CIA. A mediados de 1960, Víctor Manso, nieto de un latifundista de la zona, resentido con la Revolución debido a que la Reforma Agraria había disminuido sus propiedades, le confesó que cuatro capitanes preparaban un alzamiento. Orlando no lo pensó dos veces. Bajó a Trinidad y tomó un ómnibus para la capital. Sin perder tiempo buscó al líder del Directorio, comandante Faure Chaumont, del cual había sido escolta en las montañas y le impuso del complot. Unas horas después almorzaba en uno de los mejores restaurantes de La Habana, el Maracas. El otro comensal era el jefe del G-2, comandante Ramiro Valdés.

A principios de noviembre, Orlando abandonaba su casa y partía hacia Manacal de Piedras, otra región abrupta donde se hallaba el campamento de Evelio Duque, comandante en jefe de las fuerzas insurgentes. Orlando, *Tito,* era quizá, el primer agente de la Seguridad en el Escambray. Duque lo conocía de la guerra anterior. Sabía que Orlando era un hombre valiente, honesto y modesto; no era ambicioso y tenía cierto nivel cultural. Por estas razones desconfió. Había algo en él que no encajaba en aquella guerra. Pero desconfió aún más cuando Orlando le ofreció un cargamento de armas. "No te preocupes por las armas; tengo suficientes y pronto entrarán más". Orlando permaneció en el campamento, pero no le

entregaron armas. Se hizo colaborador de un sacerdote español, franquista furibundo, que brindaba misas a los alzados. Orlando leía para él durante los oficios. Aún recuerda que por las noches, en cuanto se tiraba sobre la hamaca, rememoraba los acontecimientos del día; repetía cada detalle, los mensajeros que habían entrado y salido, el armamento, los planes, las discusiones sobre divergencias internas, las menciones a los americanos, las conversaciones insustanciales.

Un día tiraron fotos. Una de ellas llegó a la embajada americana, y de ahí a Quarter Eyes. El oficial a cargo de la propaganda, David A. Phillips, se encargó de hacerla circular por el mundo con un pie donde rezaba que se trataba del Estado Mayor de las fuerzas insurgentes en el Escambray. El agente Tito aparecía nítido.

A finales de diciembre, unos días antes de la Nochebuena, salió en compañía de otro alzado para cumplir una misión. Unas horas después llegaban al bohío de un campesino. "La zona está llena de milicianos" —dijo el hombre sin mirarles a la cara, después que comprendió que aquellos dos, por su vestimenta, tenían que ser alzados. Y lo reafirmó cuando salieron a la precipitada. Deliberadamente, Tito se quedó rezagado, y cuando su compañero se perdió de vista, viró en redondo y regresó a la casa. "¿Dónde están los milicianos?" preguntó al guajiro, que lo miró sin entender. Después de unos segundos de silencio, Tito agregó: "Quiero entregarme". El campesino bajó nuevamente la cabeza; prendió un tabaco casi consumido y pronunció resuelto: "Por aquí no hay ninguna operación, los milicianos están lejos, así que entrégate a mí, yo soy el único miliciano que hay en todo esto por aquí". Dos días después Orlando conversaba con el recién nombrado jefe de la Seguridad del Estado en el Escambray, teniente Luis Felipe Denis. Sus informaciones se sumaron a otras que por diversas vías llegaban a las manos de Fidel Castro.

Reineirio Perdomo no tuvo problemas al seleccionar un seudónimo para la tarea que se aprestaba a realizar como agente secreto. Adoptó el del pueblo donde había nacido: Cabaiguán.

"No disponemos de enlaces, así que no te identifiques con nadie, graba en tu mente todo lo que veas y todo lo que escuches; si te haces de alguna documentación importante, la escondes en tu cuer-

po. Cuando acumules suficientes datos, te desalzas. Para que no te tiren, te sacas la camisa y te entregas con las manos en alto, totalmente desarmado". ¿Y la *Biblia*? —le pregunté. 'Si no te cabe en un bolsillo, la dejas, pero entrégate con los brazos en alto y sin camisa. Y recuerda, no puedes combatir, aunque te lo exijan'. De cualquier forma yo no podía combatir porque soy bizco y uso lentes de corrección de esos de fondo de botella. Esas fueron las orientaciones que me dio Aníbal Velaz".[3]

El 24 de diciembre, mientras en los patios de las casas de Caracusey, un pueblecito a las puertas del Escambray; se asaba puerco al pincho y la cerveza y el ron hacían estragos, Cabaiguán saludó al sobrino de Julio Emilio Carretero, un expolicía de Batista que ahora era lugarteniente del comandante Osvaldo Ramírez. Reineirio Perdomo rechazó el vaso con ron. Era misionero pentecostal y la secta lo prohibía. Apenas cayó la noche, ambos emprendieron el camino hacia San Ambrosio, una región intrincada y abrupta donde se encontraba la columna insurgente.

Caminaron durante toda la madrugada y se detuvieron a descansar dos veces en las casas de familiares que colaboraban con Osvaldo. Al amanecer llegaron al campamento y apenas sin reponerse, Perdomo fue conducido ante el jefe de la columna. Rápidamente Cabaiguán comprendió que no le agradaba a aquel hombre. Reconocía que su aspecto, un tanto desgarbado y algo pusilánime, quizá, lo traicionaba. Reineirio no era un hombre de acción.

Después de comprobar que había sido enviado por gente de confianza, Osvaldo Ramírez se dispuso a asignarlo a una partida, mas Reineirio se adelantó: "Yo no puedo combatir, comandante, usted sabe, soy misionero". Osvaldo lo recorrió con la mirada y luego le puso la mano en el hombro. Entonces miró a Carretero, que se hallaba a su lado. "Dale un Winchester y ponlo a hacer guardia".

En sus ratos libres, Cabaiguán recorría el campamento con la *Biblia* abierta, mientras distraídamente lo grababa todo en su cabeza.

En la primera semana de diciembre quedaban ultimados los detalles finales de la Operación Jaula. El área que inicialmente se cercaría tenía una extensión aproximada de 2 400 kilómetros cua-

[3] Testimonio de Reineirio Perdomo, exagente DSE, 1987. Archivo del Autor.

drados y este territorio enjaulado se subdividió a su vez en tres jaulas. La táctica a seguir dentro de estas trampas fue la de subdividirlas en áreas o sectores, registrarlos palmo a palmo, controlar las fuentes de agua y de abastecimiento y los caminos, situar y organizar emboscadas especialmente para sorprender a los alzados durante el movimiento nocturno, horario en que generalmente se trasladaban.

Durante la segunda quincena de diciembre comenzaron a arribar los batallones de milicias. Luego de algunas precisiones sobre el terreno que determinaron la ampliación del cerco original, el Escambray quedó definitivamente encerrado en un anillo de milicianos desde las costas del mar, al sur, hasta las proximidades de la ciudad de Fomento, 40 kilómetros al norte; y de este a oeste a lo largo de 80 kilómetros de vegetación salvaje. Factor determinante en el éxito de la operación sería el apoyo de una parte de la población que se mantenía fiel a la Revolución a pesar de la intensa propaganda radial, al reclamo de viejos amigos, patronos, familiares y compadres, lazos muy fuertes en un mundo oscuro y atrasado.

Por ello, un aspecto de suma importancia fueron las instrucciones impartidas para regular las relaciones entre la tropa y los campesinos. Estas fueron: brindar protección a las familias y a sus bienes, alfabetizar, exponer la obra de la Revolución, enseñar los primeros auxilios, colaborar en las labores agrícolas e higienizar. El trato a los campesinos, aun cuando se conociera que tenían familiares alzados o que simpatizaban con estos, sería bajo normas estrictas de absoluto respeto. En aquellos casos que estuviesen junto a la Revolución debían protegerlos ante cualquier intento por amedrentarlos. En cada bohío fue situada una escuadra de milicianos. Por las noches, se emboscaban en los alrededores.

"Los guardias de Batista no se metían en el monte, los milicianos sí. Cuando la ofensiva del gobierno nosotros nos ocultamos por donde quiera. Yo me oculté en un cayo de piedra lejos de la casa de un amigo y un día sí y un día no iba a buscar comida por la parte de atrás de la casa. Mi trabajo era estar velando al miliciano hasta que se descuidara y entonces le hacía una seña a mi amigo y él me llevaba alguna comida. Dormíamos en la tierra, tapados con *nylon;* a veces en 15 ó 20 días nos bañábamos una vez. En el Escambray dondequiera hay comida y frutas. Hay muchos palos que tienen frutas que se comen. Unas son malas y otras no. El alzado tiene que

comer de todo. No se podía llegar a las casas porque en todas había milicianos. Una noche salimos a caminar después de las 12 y nos sorprendieron los milicianos que estaban emboscados. El aviso fueron los tiros. Yo iba entre Gavilán y Berto; fue mucho el tiro que tiró la milicia. Delante de mí cayó Berto y detrás Gavilán. Cuando uno cae y no habla es porque está muerto. Uno se muere el día que se va a morir. Nosotros teníamos quienes nos decían que fulano era un chivato. Pero a veces era porque nuestro hombre le debía 2 mil o 3 mil pesos y lo que quería era que nosotros lo matáramos. Y se mataba sin averiguar mucho las cosas".[4]

En Quarter Eyes, los mapas que dibujaban el territorio del Escambray comenzaron a llenarse de los colores que indicaban agrupaciones de fuerzas enemigas, y algunos oficiales se preguntaban qué sucedería si el día de la invasión esa descomunal concentración de tropas permanecía aún allí, a escasos kilómetros de la ciudad de Trinidad. Otros se preguntaban si Fidel Castro tendría evidencias de los propósitos de la Agencia. Pero esto era totalmente imposible. El conocimiento de la zona escogida para el desembarco estaba limitado a un grupo muy selecto de altos oficiales, y en la Casa Blanca solo lo conocían algunos miembros del equipo gubernamental. No, no era posible una filtración. Realmente, lo que sucedía y empezaba a preocupar a algunos miembros del *staff* de la Agencia, era que el líder cubano estaba dando muestras de ser un estratega militar de cuidado.

Quizá el peligro que se cernía sobre el Escambray determinó la decisión tomada por Bissell y Jack Esterline de ejecutar con rapidez una operación para suministrar un importante cargamento de armas sobre el campamento del recién nombrado comandante del Frente Escambray, Osvaldo Ramírez. Este había solicitado las armas en repetidos mensajes al comandante Augusto, quien a su vez había hecho llegar la petición a la embajada americana.

El campamento de Ramírez se encontraba en la zona de San Ambrosio, una región prácticamente inaccesible, de abundante vegetación y pronunciadas elevaciones. Al recibir el despacho de Ruisánchez impartió instrucciones para improvisar un campo de

[4] Testimonio de José Reboso Febles, insurgente. Archivo del Autor.

aterrizaje en Paso Hondo. Era el 31 de diciembre de 1960. Había sido un año tremendo para la Revolución Cubana, pero no el decisivo. Este seria el que comenzaba.

Mientras un grupo chapeaba el terreno para la pista, la noticia fue circulando de boca en boca. En la zona había un maestro comunista. Con seguridad el muchacho desconocía que en las proximidades se encontraba la columna de Osvaldo Ramírez con más de 300 hombres. Carretero, uno de los lugartenientes de Ramírez recibió la orden de apresar al maestro.

Julio Emilio Carretero no había sido escogido al azar. Había detenido a muchos en su vida. Carretero había sido policía del gobierno de Batista. Tenía oficio. A pesar de las indicaciones del comandante Augusto a los jefes contrarrevolucionarios alzados para que no admitieran batistianos, Osvaldo se lo llevó consigo desde el primer momento de su alzamiento, ocurrido cinco meses atrás. Desde la capital se podía dar cualquier orden, incluso las más estúpidas.

Esa noche de fin de año, Carretero y tres de sus hombres: Macario Quintana, *Pata de Plancha;* El marinero; y Tomás San Gil, irrumpieron en la casa del campesino Ireneo Rodríguez, quien había dado albergue al maestro voluntario. Este pertenecía a una fuerza de jóvenes al estilo de los Cuerpos de Paz o misioneros, que después de haber sido sometidos a difíciles pruebas para adaptar sus cuerpos al rigor, partieron hacia los lugares más intrincados de la isla con la misión de abrir escuelas y comenzar a enseñar a niños y adultos.

"Además de comunista, negro" —le espetó Carretero en cuanto lo vio. El maestro se había lanzado de la hamaca y trataba de calzarse las botas. "Vamos" —pronunció con sequedad Macario y le propinó el primer empellón. El maestro cayó sobre la tierra. "¿Adónde lo llevan?" —preguntó tímidamente el campesino. "Buen cabrón eres tú," —intervino Carretero. No valieron los ruegos de la mujer ni el llanto de los hijos. Maestro y campesino fueron conducidos al campamento con rapidez. Con ayuda de otros hombres, improvisaron una jaula para los dos. Osvaldo había resuelto liquidar el problema al día siguiente. No podía permitir que maestros revolucionarios inundaran el Escambray, y mucho menos que los campesinos les dieran albergue.

Había decidido sentar un precedente para quienes se atrevieran a desafiar su autoridad.

Pero el problema no podría ser resuelto a la mañana siguiente. En la madrugada del 31 de diciembre se producía el primer encuentro con las fuerzas de milicianos que pretendían desalojar a los insurgentes de San Ambrosio.

Demetrio Clavelo Solís estaba emparentado con Osvaldo Ramírez. Era chofer de alquiler en la zona de Sancti Spíritus cuando conoció que su compadre se había alzado. No dio mucha importancia al asunto. Un día entró en un bar de putas con su amigo Macario Quintana, a quien decían Pata de Plancha por su descomunal pie. Macario era un mulato imponente que bebía con mucha generosidad y tenía un carácter excesivamente violento. Era un típico guapo. Lo que ignoraba Clavelo Solís, a quien conocían por Valoy, era que su amigo llevaba una pistola calibre 45 en su cintura. Se sentaron a una mesa y de inmediato dos mujeres les rodearon. Luego de las primeras cervezas los dos hombres se pusieron a tono. Fue entonces que entró Eddy Quiroga y se detuvo frente a la barra. El rostro de Macario se transformó, se tornó pálido. Sin decir nada, se incorporó y se acercó al recién llegado. Valoy estaba de espaldas y no se percató de la discusión, pues la música en la vitrola era como una pared infranqueable. Pero escuchó el disparo. Dio un salto e hizo girar su cuerpo. Eddy trataba de alcanzar la puerta mientras se tambaleaba. Entonces escuchó el segundo disparo. Eddy no pudo sostenerse. Con la pistola en la mano y fuera de sí, Macario empujó a Valoy fuera del bar. Ya en el automóvil, este le preguntó qué haría. "¡Dale pa'l Escambray!" —exigió imperativo mientras movía nerviosamente la pistola—. "Nos tenemos que alzar".

De esta forma, Demetrio Clavelo Solís, *Valoy,* se hizo insurgente. "Osvaldo se puso contento cuando me vio. Me nombró su ayudante. En el campamento habían como 300 hombres, aunque no todos estaban armados. Las armas entraron unos días después, las trajo Máximo Lorenzo y las había traído en un camión desde La Habana. Después entraron otras que venían de Camagüey. Los americanos las habían introducido por la costa y la gente del MRR las habían mandado para el Escambray. Trajeron también una planta de transmisiones, de esas de cristalinos y pedales. La pusieron en

un lugar apartado, dentro de una caseta pusimos un letrero que decía: 'Prohibido Pasar'. Osvaldo organizó a la gente en 14 grupos o bandas como les pusieron ustedes después. Las situó estratégicamente, en forma de herradura, para la defensa de toda la zona. Estaba decidido a defender el territorio, al menos hasta que los americanos lanzaran las armas. Creo que fue el 31 de diciembre cuando nos informaron que la milicia estaba entrando y que al frente venía Fidel e incluso, se corrió que Fidel quería entrevistarse con Osvaldo. Después supimos que todo aquello era falso. Realmente Fidel nos cayó a morterazos. El 31 por la noche se produjo el primer tiroteo y poco después otra banda chocó con las milicias por otro lugar. Osvaldo comprendió que nos querían cercar. Yo me fui para atrás, para ir organizando la retirada. Por eso no vi cuando trajeron al maestro".[5]

Los mensajes intercambiados entre Osvaldo y Ruisánchez resultan un testimonio elocuente del drama que se estaba desarrollando en aquellas montañas:

> "Importante no dejarse ver ni enfrentarse enemigo. Pueden entorpecer Operación Silencio".
> Comandante Augusto

> "Amigos señalaron Día de Reyes y tres días más, o sea 7, 8 y 9".
> Comandante Augusto

> "Lanzamiento de armas se hará alrededor de quinientos pies en pacas de ochocientas libras".
> Comandante Augusto

El día 3 arreciaron los combates. La situación para los alzados empeoró. Para Osvaldo Ramírez, sostenerse en el lugar era una cuestión de vida o muerte. Si abandonaba la zona, irremediablemente se perdería el cargamento de armas y explosivos, buena parte de ellos previstos para fortalecer a otras columnas y esperar la invasión en condiciones de apoyarla. Solo tendría que aguantar tres días más. Pero el 5 la situación se tornó desesperada. Los milicianos y soldados rebeldes se aprestaban para el asalto final.

[5] Testimonio de Demetrio Clavelo Solís, insurgente. Archivo del Autor.

Las condiciones topográficas que parecían excepcionales para la lucha irregular no eran infranqueables para las fuerzas revolucionarias. El 6, cuando los paracaídas con las armas, regalo de reyes de la CIA, llegaban a tierra, eran milicianos quienes los recibían. Los mensajes intercambiados al día siguiente testimonian el desenlace del drama.

> "Periódicos hoy sacan fotos armas capturadas tiradas por avión Escambray. Supongo sean de 'Operación Silencio'. Si cayó 'Operación Silencio' en manos enemigas, estamos perdidos. Estoy confundido. Investigue e informe".
>
> Comandante Augusto

> "Situación ha variado. Intentan cercarnos, Todos paquetes 'Operación Silencio' cayeron enemigo. Enemigo prepara ofensiva con miles milicianos. Parece todo se perderá, incluso la vida".
>
> Comandante Osvaldo Ramírez

Antes de retirarse, Osvaldo Ramírez impartió instrucciones para celebrarle juicio al maestro y al campesino. Estaba irritado.

Necesitaba levantar la moral de la tropa y el maestro le brindaba una oportunidad inmejorable. Antes del juicio, un emisario se acercó a la jaula y le comunicó que si se retractaba de sus ideas comunistas y condenaba a Fidel, salvaría la vida.

Al amanecer del día 4 subieron a los dos hombres sobre una improvisada tarima. Cerca, un insurgente levantó el acta en una vieja máquina de escribir.

El "secretario del tribunal" se dispuso a tomar las declaraciones de los detenidos. Allí había un centenar de hombres armados y cansados por los combates de la víspera.

El maestro habló con las manos atadas. Estaba nervioso. No había dudas. El muchacho de solo 18 años, tenía miedo. Dijo que era de la ciudad de Matanzas, que había decidido abandonar los estudios para incorporarse al curso de maestros voluntarios porque enseñar a leer y a escribir a niños que nunca habían tenido maestros era una cosa justa. El "fiscal", agitando en la mano una cartilla para el aprendizaje ocupada en la casa de Ireneo, lo interrumpió gritándole que si no sabía que eso era adoctrinamiento comunista.

El maestro, alzando un poco la voz para hacerse escuchar entre las voces cada vez más altas e injuriosas de los allí presentes, ripostó que estaba enseñando las vocales a los niños y componiendo palabras con ellas. Nuevamente el "fiscal" lo calló cuando leyó una frase que aparecía en la cartilla. "¡La Reforma Agraria va!" Nuevamente, la gritería se extendió en aquel paraje. El maestro recorrió con su mirada a los hombres que se habían acercado amenazadoramente. "¿Tú eres comunista?" —inquirió el fiscal con fuerza y el gentío se aplacó. De pronto se hizo un silencio. El maestro bajó la cabeza, luego miró a su lado al campesino. Una piedra le cayó en la cara y durante un instante se tambaleo, pero no cayó. Entonces Macario se acercó y le propinó un golpe por la oreja. Allí sí cayó. Otros se subieron y lo patearon mientras le decían comunista, negro, fidelista. El juicio había terminado.[6]

Esa noche, mientras un denso silencio presagiaba el asalto final de las milicias, el maestro yacía en la jaula. Respiraba con dificultad y un hilillo de sangre le corría por la oreja. Tenía la nariz partida y el rostro terriblemente inflamado. Le habían quebrado varias costillas y ya no podía sostenerse en pie. Pero el dolor extremo lo sentía en los testículos, comprimidos una y otra vez por las potentes manos de Macario Quintana. A su lado, arrodillado, el campesino le limpiaba el rostro con un sucio pañuelo. Los custodios se habían alejado prudencialmente para no escuchar los quejidos del muchacho. A ratos, algún curioso pasaba junto a la jaula, lanzaba una injuria y continuaba de largo. Al cerrarse la madrugada, un hombre se acercó en silencio, abrió una *Biblia* que sostenía entre sus manos y comenzó a leer. Más allá, uno de los custodios, sentado bajo un árbol, le gritó algo. "Voy a hacerle los oficios religiosos" —repuso el recién llegado y el centinela volvió a cerrar los ojos. Después de cerciorarse de que no podría ser escuchado, pegó su rostro a la malla que lo separaba de los prisioneros. "Yo no soy un alzado" —relataría después Reineirio Perdomo, el agente Cabaiguán, testigo del crimen. —"No puedo hacer nada por ustedes". El maestro abrió los ojos y durante unos se-

[6] Testimonio de Reineirio Perdomo, exagente DSE, ídem.

gundos que le parecieron a Perdomo todo el tiempo del mundo, lo miró con una expresión errática. Luego se quejó nuevamente y cerró los ojos. Cabaiguán vio una lágrima correr por su mejilla. El campesino le pidió agua y Perdomo lanzó su cantimplora por encima de la valla. "¿Ya terminó?" —preguntó el custodio, que se había acercado y ahora estaba junto al agente.

"Al amanecer, cuando comenzó el tiroteo y quedó claro que los milicianos avanzaban, llegó la orden de retirada —recuerda Reineirio.

Entonces Carretero, Macario, El marinero y Tomás San Gil sacaron al maestro y al campesino de la jaula y le dieron varios golpes y culatazos, se ensañaron otra vez en el maestro. Incluso lo bayonetearon, le cortaron los genitales. Yo creo que cuando lo ahorcaron, ya el maestro estaba muerto. Luego alzaron al campesino".[7]

Unas horas después, la columna insurgente abandonaba San Ambrosio.

A la semana, el agente Cabaiguán logró desalzarse y entregarse a una tropa de milicianos. Ante su insistente reclamo fue conducido ante el Jefe de la Seguridad en Las Villas, que se encontraba en Topes de Collantes, sede del Estado Mayor de la Limpia del Escambray. "Pero loco, ¿estás vivo?" Fue la expresión del capitán Aníbal Velaz, el hombre que lo había preparado como un agente de urgencia.

En Topes permaneció durante tres días relatando frente a un escriba lo que vio y escuchó. En eso estaba cuando alguien le dijo que Fidel había llegado. Poco después Aníbal lo conducía ante el Comandante en Jefe. "Cuéntame sobre el asesinato del maestro. Quiero que escribas los nombres de aquellos que lo golpearon, lo torturaron, lo vejaron, hasta de quien le tiró una piedra".[8] El asesinato del joven maestro conmovió a la opinión pública y produjo un efecto catalizador entre las fuerzas contendientes.

[7] Ibídem.
[8] Ibídem.

Fidel Castro supo captar como nadie la reducción moral en la que comenzaba a moverse una buena parte de los insurgentes cubanos.

En los días iniciales de la contienda, varios oficiales del Ejército Rebelde se encontraban reunidos con el comandante Fidel Castro. El después general de división Raúl Menéndez Tomassevich, ya fallecido, rendía un informe sobre la situación de los alzados. Recuerda que utilizó indistintamente las palabras insurgentes, alzados, guerrilleros, pero no acababa de encontrar un término adecuado y rotundo para denominarlos. Entonces Fidel lo interrumpió y le dijo: "No le llamen más guerrilleros; los guerrilleros somos nosotros. Esos son bandidos".

El 6 de enero fue tomado el campamento de la columna 7 dirigido por Osvaldo Ramírez donde se habían reunido más de 300 hombres. La persecución de la columna fue inmediata. El jefe enemigo dividió sus tropas en dos grupos. Uno bajo su mando con aproximadamente 100 hombres fue batido una semana después en un lugar conocido por Limones Cantero, y quedó diezmado. El segundo grupo, con una fuerza similar inició un lento desplazamiento nocturno hacia la región central del Escambray, donde en choques sucesivos con las milicias se volvieron a fraccionar. De tal forma, la columna más fuerte había sido derrotada. Otras corrían igual suerte. La 1 y la 2 fueron diezmadas y sus jefes, Evelio Duque, Edel Montiel y Joaquín Benvibre, lograron burlar los cercos y abandonaron el país. Los capitanes Zacarías García, Juan Cajiga y Nando Lima, jefes de la 3ra y 6ta columnas fueron hechos prisioneros en febrero. Ese mismo mes fueron cercados en escaramuzas y capturados los jefes de las columnas 5 y 8, Ismael Rojas y Carlos Duque. El capitán Ismael Heredia, jefe de la columna 4 había muerto en una emboscada. En total, a finales de marzo habían sido derrotados en sucesivos enfrentamientos 25 grupos contrarrevolucionarios.

A pesar de que el Escambray había sido ocupado por las fuerzas revolucionarias, en enero de 1961 la CIA continuó ejecutando las operaciones aéreas según habían previsto para fortalecer sus efectivos en esas montañas.

Luego de una minuciosa preparación, el 6 de enero lanzaron un fuerte cargamento de armas y explosivos sobre la zona de San Ambrosio cuyo fin se recoge en uno de los últimos mensajes radiados a Osvaldo Ramírez. A principios de febrero efectuaron otro lanzamiento sobre la región de Santa Lucía, cerca de la ciudad de Cabaiguán; una semana después, el 13 de febrero varios paracaídas se abrían sobre El Naranjo; cuatro días más tarde otro considerable cargamento descendía sobre la Sierrita, en la parte suroeste del Escambray y el 4 de marzo sobre Charco Azul. Todos fueron recibidos en tierra por los milicianos.

Según el piloto de la CIA, Eduardo Ferrer, en su libro *Operación Puma,* entre los meses de septiembre de 1960 y marzo de 1961, se efectuaron 68 misiones de suministros de armas y explosivos sobre las montañas de Cuba y de estos, 61 resultaron rotundos fracasos.

Aun cuando se mantenía a buen resguardo en La Habana, José Ramón Ruisánchez, el comandante Augusto, presintió que la Limpia podría tocar a su puerta. Algunos de los jefes y enlaces que ahora huían, lo conocían y de caer prisioneros, podrían delatarlo. Entonces decidió salir clandestinamente para Estados Unidos.

La Limpia del Escambray fue demasiado para los alzados que venían operando desde los meses de junio y julio, preparándose para desempeñar un papel importante durante la invasión por la ciudad de Trinidad. Las jaulas, combinadas con una persecución incesante, un sistema de emboscadas bien concebido, el control riguroso de los abastos de agua y fuentes de alimentos, las relaciones constructivas con el campesinado no comprometido y la neutralización de aquellos que apoyaban a los insurgentes, resultaron una presión muy grande para ellos. El diario de uno de aquellos jefes resulta testimonio elocuente de la brevedad e intensidad de aquella operación militar: "20 de febrero. Desertó Matasiete y tuvimos que abandonar el campamento. 25 de febrero. Hoy salimos Pedro y yo a ver si podíamos escapar; por todas partes hay milicianos, estamos cercados y escasos de parque y llevamos muchos días sin alimentos. [...] De lo que era una columna de cuarenta y pico de hombres solo quedamos ocho y están desalentados [...] Hoy estamos a primero de marzo y por lo visto nadie vendrá a ayudamos. Los exiliados viven muy bien para

venir a pasar trabajos aquí. [...] Esta noche saldremos los dos que quedamos a ver si encontramos una zona que esté mejor que esta. Si todo está igual tendremos que darnos un tiro o entregarnos".[9]

A finales de marzo se hacía evidente que la beligerancia de las fuerzas contrarrevolucionarias en el Escambray había disminuido considerablemente mientras se iban acumulando informaciones sobre una inminente invasión. Por esa razón a principios de abril se impartió la orden de que todas las tropas participantes en la operación Jaula regresaran a sus provincias de origen.

Para la defensa de Trinidad se habían destinado desde finales de 1960 y enero de 1961 fuerzas considerables que permanecieron en sus puestos de combate hasta luego de ser derrotada la invasión. Uno de los argumentos para justificar la derrota es que la invasión por Trinidad era mejor plan que Bahía de Cochinos. Nada más falso.

Para la defensa de la región Trinidad-Cienfuegos se habían destinado seis batallones, y organizado un sistema de defensa con una vasta red de trincheras, en tres escalones, próximos a la costa y protegidos por las faldas de las montañas. Contaban con medios de comunicación, tres compañías de tanques, morteros, ametralladoras antiaéreas, bazucas, cañones de 57 y 85 milímetros. El aeropuerto de la ciudad de Trinidad se hallaba defendido. "La Brigada que desembarcó por Girón no tenía posibilidades ninguna de desembarcar por Trinidad. No hubieran ni tocado tierra. Los estábamos esperando y con muchas ganas de tirar. Imagínense cómo estaba la gente que varios días antes de la invasión, por equivocación, le tiramos a un barco que pasó cerca de la costa y por poco lo hundimos. Si después de ser derrotados, se hubieran desplazado hacia la zona de Cienfuegos, buscando el Escambray, hubieran quedado también. Habíamos cercado toda esa región. Recuerdo que cerramos hasta la bahía".[10]

La guerra en el Escambray se prolongaría durante cuatro años más. En el período más recio esta contienda comprometió a 100 000

[9] Diario de campaña de Julián Oliva, insurgente. Museo de lucha contra bandidos.

[10] Testimonio del general de brigada Valle Lazo. Archivo del Autor.

efectivos y costó a la nación aproximadamente 1 000 millones de pesos. La última partida de alzados integrada por una docena de hombres fue capturada a principios de marzo de 1965, oculta en una cueva. Su jefe, al ser presentado ante el comandante Lizardo Proenza, jefe de operaciones, lucía un sombrero de ala ancha y una estrella, símbolo de su jerarquía militar. Proenza, en un tono campechano, se cuadró y le dijo: "¿Cómo está, comandante?" El hombre respondió: "El único comandante aquí es Fidel".

La llave para entrar en la CIA

El 10 de diciembre de 1960, José Méndez, activista de la organización clandestina Rescate, lidereada desde el exterior por el doctor Antonio de Varona, visitó nuevamente al comandante Santiago en las oficinas que este ocupaba como interventor de una próspera compañía de fletes por carretera. Desde hacía varios meses, él y otros conspiradores mantenían contacto con el mencionado oficial, de quien conocían se había destacado en las montañas del Escambray durante la guerra de guerrillas librada contra el dictador Fulgencio Batista. Sabían además, que durante la Segunda Guerra Mundial se había enrolado como voluntario en la marina de Estados Unidos donde se distinguió como oficial de artillería de un *destroyer* en las peligrosas aguas del Pacífico.

Desde la primera entrevista, el 13 de octubre de ese tormentoso año 1960, le habían aplicado varias medidas de comprobación y nada en la vida de los conspiradores había sido alterado. Se sentían seguros. Por eso, en esta oportunidad, José Méndez se lanzó a fondo. Le dijo que su hermano Juan había sido nombrado coordinador nacional del Frente Revolucionario Democrático y que actuaba bajo el seudónimo de Jorge Piloto. Agregó, tal vez para presionarlo, que su hermano recién había regresado de Estados Unidos, donde se había entrevistado con altos oficiales de la CIA.

El Comandante escuchó con atención y no hizo preguntas. Al finalizar, aprovechó la atmósfera creada para, a su manera, lanzarse a fondo. Le comentó su disgusto con la dirección revolucionaria que lo había ignorado, marginado y preterido, al entregarle

un cargo que estaba muy por debajo de lo que él había hecho. Agregó, con una expresión en el rostro que no dejaba lugar a duda que tenía dos caminos: marcharse del país o alzarse nuevamente.

José Méndez quedó impresionado. El Comandante se había entregado. Estaba a punto de reclutar a un hombre que ostentaba el más alto grado militar del Ejército Rebelde, jerarquía que abría todas las puertas en Cuba. Y eso no ocurría todos los días. Méndez trató de disimular la emoción y comenzó a halagarlo. Le pidió que no abandonase el país, y le confesó que los americanos conocían acerca de él. Santiago lo interrumpió y le dijo, con resentimiento, que el gobierno norteamericano le había privado de la ciudadanía por haber ingresado al Ejército Rebelde. Méndez se mostró solícito. Le aseguró que resolvería el asunto y además obtendría la residencia para su esposa y sus dos hijos. Finalmente le dijo lo que en realidad constituía el verdadero objetivo de su visita y la razón de tanta amabilidad: el FRD le pedía que asumiera la jefatura del frente del Escambray, a fin de dar un impulso significativo a la guerra de guerrillas en esas montañas y terminar de una vez y por todas con las luchas intestinas.

El Comandante se entusiasmó con la idea de regresar a las lomas. En definitiva él era un hombre de acción. Indagó por la situación del armamento y Méndez le dijo que era precaria, pero que una de sus primeras acciones sería coordinar con la embajada una operación de suministro aéreo de armas y explosivos. "Esta acción aumentará tu autoridad, pues para todos en el Escambray quedará claro que tienes el apoyo de los americanos".

Durante los tres días siguientes, el comandante Santiago y su ayudante, José Ramírez López, hombre de su absoluta confianza, trabajaron en el plan de alzamiento que el primero sometería a la dirección del FRD en la isla y que con toda seguridad después sería entregado a la embajada.

El 13 de diciembre, el Comandante se dirigió a una casa en la calle Línea y 10, en el Vedado, muy cerca de las oficinas principales del Comandante en Jefe Fidel Castro, lugar donde ocasionalmente

pernoctaba. Previamente, siguiendo instrucciones de José Méndez, había recogido a una mujer, que resultó ser una vieja amiga que se encontraba laborando activamente contra la Revolución. Entonces no tuvo dudas. Ella, conocedora de su filiación anticomunista lo había propuesto a los conspiradores. Al llegar a la casa, los estaban esperando José, su hermano Juan, el coordinador nacional; y otro individuo, miembro de la organización antifidelista Movimiento de Recuperación Revolucionaria. La mujer fue la primera en hablar. Explicó a los presentes cómo se había producido la detención de Vladimir Rodríguez, a quien llamaban El Doctorcito. Este había caído al producirse un tiroteo en Línea y Paseo, al parecer porque el auto de Vladimir se les hizo sospechoso. Los presentes lamentaron lo sucedido pero consideraron que era de esperar debido a la personalidad agresiva y violenta del conspirador capturado, el cual había dirigido un grupo opositor con cierta independencia del FRD. El Comandante dijo a los presentes que Vladimir le había propuesto trabajar para él, pero se negó, y le pronosticó que tarde o temprano caería en manos de la seguridad.

El asunto se dio por terminado y el grupo se dispuso a escuchar del Comandante su plan de alzamiento y el proyecto para el Frente Escambray. Santiago extrajo un legajo de papeles de su portafolio. Expuso que se alzaría con 200 hombres que eran leales. Para tal acción disponía de una finca en las inmediaciones del Escambray. Allí se reunirían. Una vez en la zona de operaciones, se entrevistaría con los comandantes Osvaldo Ramírez y Evelio Duque, organizarían la comandancia general y entregaría a estos dos jefes un número considerable de sus hombres a fin de que fuesen distribuidos en las diversas partidas que operaban en esas montañas. Ello significaría un notable refuerzo para esas tropas, a las que ayudarían con su experiencia y combatividad. Habló de sus hombres, muchos de los cuales se encontraban trabajando en la empresa por él intervenida, de sus cualidades. Pasó entonces a exponer detalles de las acciones militares que emprendería una vez producido el alzamiento, los métodos de enlace con las organizaciones locales

del FRD en las ciudades próximas al Escambray, el enlace con la capital para los suministros fundamentales, la labor de información y propaganda con los campesinos de la zona, a muchos de los cuales conocía desde la guerra contra Batista. Antonio habló durante un rato más y al finalizar, los presentes estaban visiblemente satisfechos. El dirigente del Movimiento de Recuperación Revolucionaria fue el primero en reaccionar. Puso a disposición del Comandante la fábrica de explosivos que poseía su organización. Sin pérdida de tiempo, Santiago le pidió varias cajas de fósforo vivo para inflamar gasolina, las que probaría en algunos de los camiones de la empresa que dirigía. Poco después la reunión concluía.

Al penetrar en la casa, el comandante Antonio Santiago había reiniciado las faenas conspirativas, ahora contra el gobierno de Fidel Castro. Al abandonarla, tres horas después, era uno de sus principales jefes.

Esa misma tarde, Juan Méndez acudió a la embajada de Estados Unidos a fin de informar los detalles sobre la entrevista. Por esos días se encontraba en la ciudad el jefe de la CIA para el área centroamericana y el Caribe, Louis C. Herbert. En la habitación de seguridad, escuchaba, a través del monitor de grabaciones, la fascinante historia que Juan Méndez hacía al oficial que lo atendía sobre el reclutamiento de un comandante rebelde, héroe del ejército de su país que estaba dispuesto a combatir a Castro desde las montañas cubanas. Al concluir la entrevista, Herbert tomó nuevamente el *dossier* de Santiago y releyó algunos documentos. Comprendió que tenía en sus manos algo realmente sustancial. No se trataba de un hombre común, carcomido por el rencor ante la pérdida de sus propiedades o por un anticomunismo fanático. El Comandante era un idealista, carismático y valiente, muy popular en la región montañosa del Escambray, donde la CIA no había logrado consolidar un poderoso foco insurgente para, llegado el momento, brindar apoyo a la invasión, que por esos días de diciembre de 1960 se encontraba en la fase decisiva de sus preparativos para lanzarla por la ciudad de Trinidad, inmediata a la región del Escambray.

El comandante Antonio Santiago era la pieza que faltaba para completar el rompecabezas. Su defecto más peligroso, quizá, era el temperamento, con cierta tendencia a explosiones de cólera, de ira. Si se lograba mantener bajo control, se podría encauzar ese rasgo de su personalidad para beneficio de los planes. "Haga contacto con él" —indicó al oficial de caso—, "gánese su confianza".

Los acontecimientos se precipitaron. Trascurrieron dos días, y el 15 de diciembre, cuando La Habana se engalanaba para recibir las fiestas navideñas, Juan Méndez llamó a Santiago y en una conversación muy breve, de sobreentendidos y alusiones, le dijo que esa noche lo visitaría en compañía de alguien muy importante.

Se trataba de Tony Sileo, quien se presentó como Marcos Behar, de la embajada. Tres cosas en él llamaron la atención del Comandante: la pipa que con maestría se llevaba a la boca, el reloj de oro que lucía en la muñeca y la elegancia en el vestir. Sospechó, no sin razón, que se trataba de algún funcionario importante de la CIA en la sede diplomática.

El Oficial estadounidense propuso el portal de la residencia de Santiago para conversar. El lugar era apropiado y allí Behar no corría el peligro de que grabasen la conversación. No dudaba del cubano, hacia quien iniciaba una corriente de simpatía. Simplemente eran reglas inviolables del oficio. Indicó a Juan Méndez que permaneciera en el interior de la casa, y después de ingerir un trago de "España en llamas", se acomodó en un sillón. Santiago vivía camino del aeropuerto, en las afueras de la ciudad, en el exclusivo reparto Fontanar, uno de los últimos construidos antes del primero de enero. Había adquirido celebridad por el gigantesco árbol de pino que anualmente, en diciembre, se llena de luces multicolores. Pero más allá la oscuridad reinaba en sus amplias avenidas y no era posible vigilar la casa sin ser descubierto. Por eso, el Oficial indagó con Santiago por el hombre que los observaba descaradamente, sentado en el portal de la casa de enfrente. "Ese es José, mi ayudante"—le respondió— "si observa bien notará que sostiene una ametralladora Thompson. Él dará protección a nuestro encuentro," Sileo-Behar trató de disimular su sorpresa. En realidad era una audacia, pero comprendió que no podía esperar otra cosa. El

Comandante era un hombre de acción; y eso precisamente era lo que se necesitaba en Cuba.

Tony explicó otra vez el plan de alzamiento, y el americano se mostró satisfecho. Hizo algunas observaciones que el cubano aceptó de buen agrado. Cambiando bruscamente el tema de conversación, el americano le preguntó su posición en cuanto a la situación internacional, lo que en pocas palabras, en aquellos turbulentos años de guerra fría significaba conocer a cuál de los dos bandos pertenecía el interpelado.

Santiago fue convincente, no fingía. Al menos, así le pareció al experimentado oficial de la CIA.

El ayudante, José, había oscurecido el portal de la casa donde se hallaba y ahora se balanceaba suavemente, mientras acariciaba el metal frío de la ametralladora que descansaba sobre sus piernas. Había consumido el quinto tabaco de una cuota diaria que en ocasiones, como esta tensa noche, rebasaba la docena.

Santiago y Sileo ultimaron los detalles para el lanzamiento aéreo de un importante cargamento de armas y explosivos. El comandante ofreció la finca que poseía en las inmediaciones del Escambray. El funcionario dijo a Tony que en el mismo vuelo se lanzarían cuatro agentes que se encargarían de instruir a las fuerzas que se fueran sumando. Alabó a estos hombres, de quienes dijo, le serían muy útiles y de absoluta confianza. Sileo-Behar, sin duda, aludía a los miembros de los *teams* de infiltración que por aquellos días finales del año culminaban su entrenamiento en las selvas de Panamá.

La entrevista terminó al filo de la medianoche. En un gesto inusual, Marcos Behar-Tony Sileo le proporcionó al comandante un número de teléfonos —pertenecía a la embajada—: "Al contestar la operadora, solicítale la extensión de Marcos Behar", y —añadió sonriendo— "cuando yo responda, me debes decir: 'Tony, es Tony'. Realmente mi nombre no es Behar, sino Antonio Sileo, Tony, igual que tú".

Esa misma madrugada, el oficial informaba al Jefe de la CIA para Centroamérica y el Caribe, Louis C. Herbert, el resultado de la reunión con el cubano. Poco después, el alto oficial partía para Washington. Allí se entrevistaría con Bissell. Cuarenta y ocho horas más tarde, era descifrado un mensaje dirigido a Tony Sileo. En él se confirmaba al comandante Antonio Santiago como jefe del Frente

Escambray; así como la fecha para el alzamiento y el plan que se ejecutaría el Día D, cuya fecha aún constituía un misterio. Y algo inesperado, evidencia de la importancia adquirida por el oficial cubano: este saldría clandestinamente hacia Estados Unidos a fin de ultimar los detalles de su participación en los planes de apoyo a la proyectada y ya casi inminente invasión.

Mientras tanto, en Cuba, el comandante Santiago, desconocedor aún del viaje, por recomendación de su diligente ayudante había enviado a su secretaría a Miami en busca de los documentos personales que lo acreditaban como ciudadano americano; además de la tarjeta Social Security, licencia de conducción, hoja de servicio en la armada y condecoraciones. Dos años atrás las había tenido que dejar, cuando decidió regresar a Cuba para integrarse a la lucha contra a tiranía, en las montañas.

El 24 de diciembre, José Méndez lo llamó muy temprano en la mañana y le pidió que acudiera esa tarde a la clínica Sagrado Corazón, donde lo esperaría su hermano. Al llegar a la habitación marcada con el número 706, el comandante se encontró a Juan acostado. Realmente se hallaba enfermo; padecía de un ataque renal. El enfermo le dijo que estar ingresado era una situación ideal para tratar asuntos confidenciales, y le comunicó que Marcos Behar acudiría en breve. Sin embargo, la tarde transcurrió y el americano no apareció. Posteriormente se conoció que había descubierto que lo estaban siguiendo, lo que consideró rutinario, por haber salido de la embajada, pero riesgoso para el comandante. Por ello desistió y después de un rodeo, regresó a la embajada.

Al comprender que el americano no acudiría a la cita, Méndez aprovechó para exponerle los detalles de las acciones que el movimiento clandestino ejecutaría el Día D. Para el comandante, antiguo marine, no cabía lugar a dudas. El D-Day sería el Día del desembarco. Entonces, las acciones en apoyo a la invasión serían las que se aprestaba a escuchar.

1. Ocupar puntos vitales civiles y militares. Cada organización ocupará una zona de la capital. Para ello, esta se ha dividido en ocho territorios.

2. La comandancia insurgente se situará en lo sótanos del edificio Focsa, uno de los dos más altos del país.
3. Se cortará el suministro de agua y de electricidad a la ciudad durante 48 horas, con el objetivo, junto con otras medidas, de anular reacción popular a favor del Gobierno Revolucionario.
4. Simultáneamente, los destacamentos guerrilleros que operan en el Escambray, para entonces bajo las órdenes del comandante Santiago, ocuparían los pueblos cercanos, marchando posteriormente hacia la capital de la provincia, Santa Clara, donde serían apoyados por los grupos del clandestinaje.
5. El mismo plan de acción contemplado para La Habana se ejecutará en las restantes provincias, siendo Las Villas la de mayor importancia para los planes de contingencia.
6. Simultáneamente, serán bombardeadas las fortalezas de La Cabaña y los aeródromos militares de San Julián y San Antonio de los Baños. Al destruir la mencionada fortaleza se pretende anular cualquier capacidad de respuesta, pues desde esta, ubicada en la entrada de la capital se podrían bombardear los focos insurgentes. Con el bombardeo a los aeropuertos militares se destruirá la aviación revolucionaria garantizando así el dominio del aire.
7. Los bombardeos aéreos indicarán la salida de las fuerzas invasoras desde Guatemala y la Florida, por aire, para reforzar y consolidar el movimiento.[1]

El plan no resultaba descabellado, al menos desde la perspectiva de los analistas de la Central de Inteligencia de Estados Unidos, para quienes esas acciones generarían un movimiento indetenible de apoyo a los invasores una vez desembarcados. Ellos consideraban de manera inobjetable, que "debido a las características temperamentales del cubano, más dado a la indolencia y la apatía", una buena parte de los que apoyaban al gobierno, una vez iniciadas las acciones, se inclinarían hacia el bando vencedor.

Méndez, para impresionar al Comandante y demostrarle que no habían dejado ningún detalle a la espontaneidad, le explicó lo que

[1] Plan del FRD. Archivo MININT.

acontecería a los fidelistas que fuesen capturados. Después de los interrogatorios en el mismo lugar donde resultasen prisioneros, serían remitidos a la comandancia conjuntamente con las actas de las primeras declaraciones. Estas se levantarían en hojas de diferentes colores. Los que llegasen con actas en papel rojo, serían fusilados en el acto, sin juicio previo. El papel azul, en cambio, significaba que serían remitidos a los tribunales, y el color blanco que los prisioneros quedaban sujetos a investigaciones.

No había duda, la marea contrarrevolucionaria reeditaría el trágico final de la Comuna de París y la sangre correría por las calles. Ya casi al anochecer, Méndez le dijo que se había enviado un correo al Escambray para notificar a Evelio Duque y a Osvaldo Ramírez la orden de unificarse en un solo mando bajo las órdenes del Comandante una vez que se hubiera alzado.

Quizá en la vorágine de acontecimientos, Tony pasó por alto la referencia a la importancia que se otorgaba en el proyecto americano a la provincia Las Villas y en particular al Escambray. Aún era temprano para tal valoración. Lo cierto es que por aquellos meses finales del año, el plan de invasión tenía como destino las costas cercanas a la ciudad de Trinidad, en las inmediaciones del Escambray. Pero esa información era TOP SECRET, y su conocimiento estaba reservado a un selecto grupo de altos oficiales de la CIA y el Pentágono en Quarter Eyes. Ahora Bissell ajustaría con sus colaboradores la parte del todo que daría a conocer al comandante Santiago durante la entrevista que uno de los hombres tendría con él, a fin de ultimar los detalles de su participación en el cerco a Trinidad el Día D.

El FRD en Miami había sido informado acerca de la adquisición del Comandante para las filas de la oposición beligerante. Antonio Varona, su coordinador y principal figura de Rescate, que lidereaba en Cuba Juan Méndez, se sintió eufórico. Dio indicaciones para que Santiago, una vez asegurado el territorio del Escambray, creara condiciones para el aterrizaje de una aeronave que trasladaría desde Estados Unidos a un gobierno provisional. Él, Tony Varona, lo presidiría. Cuando el asunto le fue comunicado al Comandante,

el impresionado resultó ser él. Ya no tuvo duda, la principal carta de juego para los planes de la CIA era el Escambray. Santiago tocaba caliente, pero aún no hervía.

Días después se recibió la confirmación sobre el viaje a Estados Unidos. Al notificársele que vendrían a recogerlo, Santiago dijo que él contaba con embarcaciones y con pescadores leales.

En la nueva entrevista con Marcos Behar-Tony Sileo, este le propuso sacar del país a su esposa e hijos a fin de evitar represalias del gobierno si descubrían que él estaba conspirando. Agradeció la preocupación del americano, pero la rechazó. Ya había conversado del asunto con su esposa y ella estaba renuente. No lo abandonaría. No obstante, él había decidido enviarla a casa de unos amigos en Las Villas que la ocultarían y velarían por su seguridad y la de sus dos pequeños hijos hasta que todo hubiese terminado.

Behar era portador de otra noticia importante. Al día siguiente, Tony se encontraría con el jefe del clandestinaje y representante de la CIA en Cuba, a quien identificó por el seudónimo de Francisco.

La marea de acontecimientos no bajaba, y el comandante Santiago era presa de una descomunal tensión. Tenía que mantener la dirección de la empresa de camiones de la cual era superintendente, dar órdenes, controlar los despachos, organizar reuniones, atender los reclamos de los trabajadores, informar al Ministro del Transporte. Dada su condición de comandante del Ejército Rebelde, eran frecuentes las actividades a las que debía asistir; además de relacionarse con viejos compañeros de lucha que se mantenían fieles a la Revolución. No faltaban los regaños por aquella bronca en un cabaret que afectaba su prestigio, o por ciertas amistades. Sortear con éxito estas situaciones, sacar tiempo para atender a la familia y disponer del necesario para ajustar los hilos de la conspiración que se fraguaba, sin una sola equivocación, resultaba tarea fácil.

El 2 de enero Fidel Castro anunciaba en una concentración popular la decisión del gobierno de no permitir la presencia en Cuba

de diplomáticos norteamericanos cuya cifra excediera la de los cubanos acreditados en Washington y que sumaban 11, lo que significaba que de un tajo tendrían que abandonar la isla cerca de 300 funcionarios de la embajada norteamericana, que incluía un *staff* de oficiales y agentes de la CIA y el FBI, para los que trabajan casi todo el resto de los funcionarios.

La descomunal concentración había comenzado con un desfile militar donde, por primera vez, se mostraba el armamento recién adquirido en la Unión Soviética y Checoslovaquia. Compañías de bazucas, baterías de morteros, antiaéreas, cuatro bocas, cañones antitanques, artillería pesada. Jamás la gente en Cuba se había mostrado tan entusiasmada ante las armas. La atmósfera llegó a un punto culminante cuando hicieron aparición los tanques T-34 y Stalin. Luego las brigadas juveniles de trabajo, conocidas por cinco picos, portando bazucas, los maestros voluntarios armados con metralletas, los batallones de milicias femeninas, conocidas popularmente como las Lidia Doce, decenas más de batallones de milicianos, integrados por obreros, estudiantes y campesinos. De pronto, la gente en el público, agolpada a lo largo del desfile, comenzó a cantar una tonadilla rítmica, rumbona, con sabor a decisión y victoria: "Rifle, cañón, escopeta, a Cuba se respeta; rifle, cañón, escopeta, a Cuba se respeta".

El filósofo francés Jean Paul Sartre, quien por aquellos meses visitaba Cuba, escribiría después: "Si los Estados Unidos no existieran, quizá la Revolución Cubana los inventaría, son los que le conservan su frescura y originalidad".

Mientras esto ocurría, el comandante Tony Santiago y Juan Méndez aguardaban en una casa ubicada en la calle 62 entre 11 y 13, al jefe del clandestinaje. A las 11 de la mañana, el hombre no había acudido a la cita. Juan Méndez quedó en contactar nuevamente con Francisco, pues era este quien deseaba conocer a Tony.

Simultáneamente, Santiago apuraba su salida hacia Estados Unidos, convencido de que sus planes de alzamiento e insurgencia en el Escambray solo podían obtener el éxito si lo lograba combinar con el de los americanos. En pocas palabras: acoplarlos con la invasión, lo que implicaría un nivel de conocimiento acerca de los ultrasecretos planes de la CIA y el Pentágono. Y a eso iba.

Todo se preparó para el día 5. Saldrían por el puesto de Caibarién hasta un punto de la marina norteamericana, presumiblemente un guardacostas los interceptaría.

A punto de salir hacia Caibarién, a unos 350 Kilómetros al este de La Habana, Juan Méndez le dijo que la entrevista con el jefe del clandestinaje se produciría en breve. Santiago se mostró reacio a posponer el viaje, pero cedió ante la insistencia de Méndez. Sin duda, la entrevista era muy importante. Este retraso, de apenas tres días, le costaría la vida.

El 6 de enero, mientras en el Escambray un avión C-54 dejaba caer varias toneladas de armas sobre el campamento del comandante Osvaldo Ramírez —ahora en poder de la milicia— el comandante Santiago se entrevistaba en La Habana con el jefe del clandestinaje en la isla, Francisco, en realidad Rogelio González Corzo, quien se mostró receloso del Comandante. Solo habló de los planes que conocía Tony. Finalmente le solicitó uno de los camiones de su empresa para trasladar 500 libras de gelatina y 60 M-3. Tony aceptó, pero puso una condición: al frente de la operación iría su ayudante. Si aquello era una medida para comprobar su fidelidad, él garantizaría su éxito.

El 8 de enero, mientras una compañía de milicianos que operaba en la zona de San Ambrosio, en el Escambray, realizaba el recuento de las cajas de armas y explosivos lanzadas por un avión desconocido sobre el campamento de alzados recién ocupado tras fuertes combates, Tony Santiago y su ayudante José partían hacia Santa Clara, primera escala en su viaje hacia el puerto de Caibarién. Por aquellos días, Cuba se hallaba en pie de guerra. Todo parecía indicar que la invasión era inminente. Fidel Castro y sus jefes militares consideraron que la administración republicana de Ike Eisenhower, que el próximo 20 de enero entregaría el poder al demócrata John Kennedy, aprovecharía esa transición para invadir la isla y liquidar el asunto cubano antes de finalizar su mandato. La opinión pública mundial no tendría a quien condenar, pues el presidente electo no sería responsable de la última decisión de su antecesor, y serían los republicanos y no el joven e inexperto Kennedy quien daría fin al

régimen de Fidel Castro. Por esa razón, las Fuerzas Armadas y las Milicias Nacionales Revolucionarias estaban en pie de guerra, cientos de baterías antiaéreas se hallaban en las costas, apuntando hacia el cielo, los tanques listos para el combate, así como la escasa fuerza aérea. Todos los puentes principales habían sido dinamitados.

Por uno de ellos, el que se alzaba sobre el río Bacunayagua, de más de 300 metros de extensión, debían pasar el Comandante y su ayudante José.

Al aproximarse al puente, el miliciano de posta hizo señas al Chevrolet. Los huecos recién tapados a lo largo de la vía indicaron a los dos pasajeros la imposibilidad de atravesar por allí. José pidió al Comandante que permaneciera en el auto mientras él abordaba al jefe de la patrulla. Se identificó y le explicó que tenían urgencia de llegar a Santa Clara, que se trataba de un asunto de gobierno. El joven miliciano se colgó la metralleta sobre el hombro y pronunció con desgano: "Dos ruedas encima del separador central y las otras dos sobre esa franja —señaló una estrecha carrilera que aún conservaba el pavimento original—. Si dejas caer una goma, volarán por los aires". José regresó y le pidió el timón a Santiago. "No hay problema, es sencillo" —dijo.

Durante varios minutos, el auto se desplazó lentamente ante la mirada atónita de los milicianos, que se habían apartado lo suficiente. Cuando llegó al otro extremo, José adelantó su labio inferior y sopló con fuerza hacia arriba. Tenía el rostro bañado en sudor. A su lado, el comandante Santiago contemplaba el hermoso paisaje.

Al llegar a Santa Clara se hospedaron en un hotel de segunda. Allí debían encontrarse con el jefe local de Rescate, quien se alzaría a las órdenes de Tony. Pero el hombre no se presentó. Almorzaron y continuaron viaje hacia Placetas, donde el Comandante era muy popular pues en ese pueblo había nacido y crecido. Cuando regresó de la Segunda Guerra Mundial, se le podía ver en el parque rodeado de amigos que escuchaban sus relatos de aquella aventura, o jugando basket en el liceo, donde una noche invitó a bailar a una hermosa muchacha de solamente 15 años. A pesar de que

él tenía por entonces 23, quedó impactado. A los seis meses se casaban.

Luego de recorrer el pueblo, saludar a viejos amigos y contactar con conspiradores, se entrevistaron en un bohío de las afueras de la ciudad con el coordinador para los aseguramientos de la partida que operaban en las montañas. Este les hizo un recuento de las operaciones de insurgencia, de la dislocación de las fuerzas y sobre las relaciones entre Osvaldo Ramírez y Evelio Duque, principales jefes. Ya estos conocían la designación de Santiago como jefe del Frente y habían manifestado su satisfacción por la decisión.

En la entrevista, el Jefe local se comprometió a encontrar una finca con todas las seguridades para ocultar el cargamento que Tony traería de Estados Unidos, el que unido al que sería lanzado por avión, constituiría un significativo refuerzo.

Esa noche llegaron a Caibarién y se dirigieron al puerto. Poco después el comandante Santiago recorría la embarcación de 40 pies de largo en la que abandonaría Cuba. Le pareció apropiada. Cuando ya se retiraba, se detuvo e hizo girar su cuerpo para mirar a la proa: *El Pensativo* —leyó. Sonrió y se dirigió al auto. Ciertamente, el viaje por mar le proporcionaría las únicas horas de descanso en las últimas cuatro semanas. Y mientras atravesaran el Gran Hoyo, como llamaba Hemingway al Canal de Bahamas, pensaría sobre todo lo acontecido.

De regreso a la capital trajo a un insurgente. Tenía una herida en una pierna. El hombre resultó conversador y durante las tres horas de viaje no cesó de exponer al comandante Santiago detalles sobre la situación en las montañas. Al llegar, Tony pidió a su ayudante José que lo introdujera en una embajada latinoamericana a fin de que pudiera salir del país como exiliado político.

Finalmente llegó el día de la partida. Como estaba previsto, en esta oportunidad, realizó el viaje a Caibarién en compañía de Juan Méndez, quien siguiendo instrucciones de la embajada, embarcaría también en *El Pensativo*. Al filo de la medianoche, arribaron al muelle donde aguardaba la tripulación del viejo barco de pesca.

Juan Méndez subió primero y el comandante Santiago caminó por el muelle. A unos 20 metros lo esperaba José, su ayudante, quien había viajado a la ciudad en otro automóvil. Este no iría. Marcos Behar-Tony Sileo había sido concluyente; al guardacosta americano solamente subirían a bordo dos personas.

Ambos se fundían en un fuerte abrazo. A punto de dar la espalda para encaminarse al barco Tony Santiago le dijo con voz queda para no ser escuchado: —"Díganle a Fidel que yo regreso".

El falso ayudante, cuyo verdadero nombre era José A. Veiga Peña, oficial de caso de la Seguridad cubana, vio en la oscuridad de la noche como su agente Oliverio, nombre de guerra del comandante Antonio Santiago, saltaba decidido a *El Pensativo*.

Tres meses atrás, cuando Veiga, quien operaba bajo el seudónimo de Morán, escribió sobre el *dossier* el nombre clave que en lo adelante identificaría en los ultrasecretos archivos del G-2 el caso que se iniciaba contra un grupo de conspiradores de las organización clandestina Rescate, tuvo la corazonada de que el comandante Santiago llegaría lejos. Morán había sido jugador años atrás en Estados Unidos. Por eso escribió sobre el fólder *Caso Llave.* Sí, Tony Santiago sería la llave que abriría las puertas de Langley a la Seguridad cubana. Y ahora, mientras observaba como el barco se adentraba en el Mar de las Antillas, rumbo norte, no dudaba que ahí iba la ansiada llave.

Lejos estaba de sospechar que no volvería a abrir ninguna otra puerta.

Realmente, el Caso Llave anduvo sobre ruedas desde sus inicios. La personalidad del Comandante, un historial que lo ligaba a una de las páginas más extraordinarias de Estados Unidos, su condición de ciudadano de ese país, sin ninguna relación con comunistas, confería gran confianza y seguridad a los hombres que dirigían la operación contra Cuba desde Quarter Eyes. Nadie allí podría suponer tal jugada de la inexperta Seguridad cubana. Realmente, esta cometió un solo error que resultó ser fatal.

La salida del comandante Santiago fue preparada por la Seguridad cubana. Con la finalidad de garantizar al máximo la travesía, se escogió una tripulación de pescadores muy conocedores de esos mares, además de revolucionarios. Y esto último lo sabían los pescadores del puerto de Caibarién, incluyendo algunos que se habían marchado del país y navegaban por aquellas aguas en lanchas artilladas a la caza de pesqueros cubanos.

Transcurrieron 10 angustiosos días para Morán sin tener noticias del comandante Santiago ni de *El Pensativo*. Un silencio de muerte comenzaba a rodear el asunto, cuando el 18 de enero el administrador de la cooperativa pesquera de Caibarién se presentó en los locales de la Seguridad y depositó encima del buró del oficial de guardia una caja de las que utilizaban los pesqueros en aquel puerto para echar la morralla al mar. Había sido encontrada cerca de cayo Coco, al norte de la antigua provincia de Camagüey. "De algo estoy seguro —dijo el curtido hombre de mar mirando la pieza de madera—, esto pertenece a *El pensativo*".

De inmediato se despacharon varias embarcaciones para inspeccionar la zona marítima donde se había encontrado la pieza. Fueron halladas dos tapas para tanques de combustibles, una valla, un pedazo de piso de la vela y la carbonera. El carpintero que había construido *El Pensativo* los reconoció.

Lo ocurrido durante la travesía quedó en el más absoluto misterio durante seis meses. Morán, entristecido, y a la vez convencido de que su activo no había traicionado, cerró el caso. Osvaldo Ramírez sería ratificado como comandante en jefe del Frente Escambray, pero nada podría hacer en apoyo a la operación de invasión por Trinidad, más preocupado por ocultarse después de las derrotas sufridas durante la Operación Jaula o limpia del Escambray. La invasión sería proyectada hacía una nueva zona: Bahía de Cochinos.

Todo parecía haber terminado cuando el 14 de junio de 1961, la tripulación del barco pesquero *Petra María* fue secuestrada por una lancha artillada procedente de los cayos cercanos a La Florida. Uno de los captores, a quien sus secuaces llamaban El Guajiro, le

dijo a los pescadores que él era de Caibarién, y en un alarde confesó que meses atrás había hundido un barco de aquel puerto de mar porque iba "lleno de comunistas". Era *El Pensativo.*

El destino, tan díscolo, había jugado fuerte con el comandante Antonio Santiago. La llave se había ido al fondo del océano.

Rumbo a la costa sur

Eran las 2:45 de la tarde cuando el batallón dos recibió la orden de emprender la marcha. A paso de camino, sin descuidar la formación, comenzaron a descender la pequeña elevación que los separaba de la explanada frente a la jefatura de la Brigada, lugar donde habían efectuado una demostración ante el jefe de Estado guatemalteco, Idígoras Fuentes, y donde habían ejercitado el desfile de la victoria. José Ramón Pérez Peña volteó el rostro y en silencio dio el adiós a la barraca que le había servido de refugio desde su arribo al campamento ocho meses atrás, en septiembre de 1960.

Era el 12 de abril de 1961 y la Brigada de Asalto 2506 se disponía a partir hacia un lugar desconocido de la isla de Cuba. Frente a la instalación que alojaba las oficinas de la plana mayor, el coronel Jack Hawkins, jefe militar de la Brigada, observaba con atención a los hombres que se acercaban a los camiones. A pesar del cargo que ostentaba, Hawkins no iría a la playa. Al frente de la Brigada, en la cabeza de playa, estaría José Pérez San Román, a quien él personalmente había instruido con esmero. En noviembre, al cambiar la estrategia para enfrentar a Fidel Castro, Hawkins organizó a los efectivos en batallones de combate, compañías, pelotones y escuadras, y los entrenó para un enfrentamiento de tipo convencional.

Las escuadras quedaron integradas por nueve hombres, dos de ellos los números 5 y 6 armados con fusiles automáticos Browing (Browing Automatic Rifle). Durante el combate, la escuadra se subdividiría en dos grupos de fuego (del 2 al 5 y del 6 al 9). El número

1, el jefe, se situaría al centro. Cada soldado llevaba 160 tiros, además de cuchillos o bayonetas. La cuarta escuadra de cada compañía llevaría, además, dos ametralladoras calibre 30 para defender la zona de mayor peligro. Podían ser reforzados con ametralladoras pesadas y cañones sin retroceso. Esta estructura proporcionaría un barraje de fuego muy superior al de las escuadras de los batallones de milicias.

El jefe de la escuadra de José Ramón era Edgar Buttari, hijo de un exministro durante el gobierno de Carlos Prío y dueño de una vasta fortuna. La compañía E, al igual que las restantes, estaba equipada con dos bazucas, dos ametralladoras calibre 30, un cañón de 57 *mm* sin retroceso, un mortero de 81 *mm* y otro de 60 *mm.*

El batallón dos de infantería, al cual pertenecía José Ramón, estaba formado por cinco compañías y 166 hombres.

En forma ordenada, los hombres comenzaron a subir a los camiones. Junto a estos y fuera de formación, los paracaidistas, que serían los últimos en abandonar el campamento, se despedían de viejos conocidos. José Ramón estrechó las manos de Julio Bolet, el estudiante de la Universidad de Miami; de Manuel Menéndez Pou, hijo del presidente de la compañía Aspuru Cia. S.A. (nacionalizada); y de Irán, el aspirante a concejal.

Ellos ahora formaban parte del batallón de paracaidistas. José Ramón preguntó por Néstor Pino, el exoficial del ejército cubano, y le dijeron que ahora era segundo jefe de compañía. "¿Han visto a Arturito?" —preguntó—, y sus amigos repitieron lo que ya él conocía. Arturo Menéndez Rodil se había fugado un mes atrás, luego de recibir una carta de su novia. Se proponía cruzar la frontera con México y desde allí regresar a Miami. Fue declarado desertor y una semana después, capturado por las autoridades guatemaltecas a 10 kilómetros de la frontera mexicana. Fue conducido al Petén, una cárcel en plena selva de la que era muy difícil escapar, y luego de un mes castigado, un oficial americano le dio a escoger: quedarse en la cárcel hasta que todo hubiese terminado o regresar al campamento. Optó por lo segundo. Entonces fue incorporado al batallón cinco, que recién se había organizado con los nuevos y apresurados reclutamientos efectuados en Miami. Dos semanas después pidió su traslado para el batallón blindado, alegando que el cinco estaba compuesto en su mayoría por solda-

dos y policías de la tiranía batistiana. Los reclutas lo habían bautizado como Esbirrolandia.

José Ramón subió al camión en los instantes en que se produjo un breve temblor de tierra. Era un estremecimiento del volcán Santiaguito. Los soldados comenzaron a cantar el Himno Nacional. Estaban decididos a librar a Cuba de Fidel Castro, pero también tenían otro objetivo y este pasaba irremediablemente por el derrocamiento del líder cubano. Cien de los invasores poseían enormes extensiones de tierra, latifundios que habían sido expropiados y sus tierras entregadas a quienes las trabajaban. Otros 67 poseían decenas de miles de viviendas para el arriendo. La Revolución las había entregado a sus moradores. Doscientos catorce pertenecían a ricas familias que controlaban el comercio, la banca y las industrias; 194 habían pertenecido a las fuerzas armadas que apoyaron y sostuvieron al dictador Fulgencio Batista, y otros 112 se habían dedicado en Cuba a negocios erradicados por la Revolución, como la prostitución, el juego y la droga.

En sus declaraciones, luego de ser capturados, resulta evidente la espontaneidad y libertad con que expresaron estos datos acerca de sus propiedades y otros muchos más. La casi totalidad admitió su culpabilidad por haberse enrolado en la invasión; condenó al gobierno de Estados Unidos y se mostró de acuerdo con la indemnización al gobierno revolucionario por los daños causados. Varios de los brigadistas eran connotados criminales de la tiranía batistiana. Entre ellos Ramón Calviño Insua, autor de asesinatos, torturas, violaciones de mujeres y castraciones de hombres; Emilio Soler Puig, *El Muerto,* asesino del dirigente obrero cubano Aracelio Iglesias; Antonio Valentín Padrón Cárdenas, asesino y torturador; entre otros. Estos hombres son actualmente considerados mártires de la Brigada: "El pasado mes de septiembre se cumplieron 23 años del fusilamiento de varios brigadistas apresados... son ellos: Ramón Calviño, Jorge Kim, Rafael Emilio Soler Puig... Reciban estos compañeros brigadistas el emocionado recuerdo de quienes permanecen en la lucha por la libertad de Cuba".[1]

[1] Revista *Girón,* Órgano de la Brigada 2506, No. 1, Miami Fla, octubre de 1984, p. 11.

La caravana de transporte militar tomó el único camino transitable, que bordeaba los farallones y precipicios, pero los hombres no advertían el peligro, lo habían atravesado una y otra vez, mientras subían lomas y vadeaban ríos en largas caminatas de adiestramiento. Poco después, al golpe de cajones de madera, se dejaba escuchar una improvisada e inconfundible conga. Definitivamente eran cubanos.

Los paracaidistas constituían la elite. Al crearse el batallón en noviembre de 1960, los seleccionados fueron trasladados para la base Halcón, situada en la finca La Suiza, aproximadamente a 15 *km* en descenso de la base Trax. En diciembre fueron movidos nuevamente, esta vez para la base Garrapatenango, cuyo verdadero nombre era San José de Buenavista, a unos 40 *km* de Trax, cerca del poblado de Quetzaltenago. Allí realizaron los saltos. Estos traslados eran debido a la ubicación de la base principal. Trax, situada entre montañas, hacía imposible las operaciones en gran escala. Había sido seleccionada para la preparación de guerrilleros, no para el entrenamiento de una fuerza convencional.

La base de San José de Buenavista (Garrapatenango) estaba escasamente custodiada y las fugas de reclutas hasta el pueblo cercano llegó a alarmar a los jefes norteamericanos. Ello motivó que José San Román, reuniera la brigada y le comunicara que el gobierno estadounidense adoptaría sanciones con aquellos que fuesen capturados fuera de los perímetros de la instalación. Estas sanciones consistían en suspender la ayuda económica a los familiares, la expulsión de estos de Estados Unidos, entre otras.

A principios de febrero todos los batallones se encontraban en Garrapatenango, excepto los tanquistas, que habían partido hacia Fort Knox, Texas, Estados Unidos. Un mes después, en marzo de 1961, concluía la fase de entrenamiento. Entonces se les concedió dos días de descanso en la playa Sipacate en la costa guatemalteca del océano Pacífico, hacia donde fueron trasladados en camiones abiertos y a la vista de los pobladores. Eso había sido un mes antes de aquel 13 de abril, cuando dijeron adiós definitivamente a la base Trax.

Al entrar a aquel poblado, los niños salieron al encuentro de los camiones, alargaron sus manos y varios brigadistas les tiraron ci-

garrillos, entre ellos José Ramón. La escena se había repetido durante casi 10 meses, desde que arribaron los primeros reclutas. A los brigadistas no les resultó chocante. La habían visto también en Cuba. La mayoría desconocía los profundos cambios que se estaban operando en la sociedad cubana. La imagen que les llegaba de Cuba era exclusivamente la que brindaba *Radio Swan*.

Casi tres horas tardaron los camiones en arribar a Retalhuleu, sede de la base aérea de la Brigada. Dos soldados guatemaltecos armados dieron el alto a la caravana. Luego de ser identificados, penetraron en la zona militar hasta detenerse frente a un hangar. El jefe del batallón, Hugo Sueiro, y su segundo, ordenaron descender. Luego de impartir las instrucciones para el siguiente movimiento, los hombres se dispersaron por la base. Les extrañó no ver aviones de combate, solamente varios C-47 destinados al transporte de la tropa. José Ramón comentó que seguramente habían sido trasladados hacia algún lugar más próximo a la isla de Cuba. Había acertado.

Quince días antes, el primero de abril, el jefe norteamericano de la base aérea Rayo, general George Reid Doster, le notificó a Manuel Villafaña que en las próximas 24 horas todos los pilotos y los aviones serían transferidos desde la base de entrenamiento a la base desde donde volarían hacia Cuba. Los pilotos comprendieron que se moverían hacia un lugar más cercano a la isla. Al día siguiente, 2 de abril, los escuadrones de los B-26, los C-46 y los C-54, remontaban la base Rayo y se perdían en el horizonte. Al alzar vuelo los pilotos aún desconocían el destino. A cada comandante se le había entregado un sobre sellado que contenía los mapas y el plan de vuelo hacia la nueva base aérea. Se les dio la orden de abrirlos solamente cuando estuviesen en el aire. Varias horas después, los aviones comenzaron a aterrizar en Puerto Cabezas. Los pilotos fueron informados que la base se denominaría Happy Valley (Valle Alegre).

A las 8:10 pm se dio la orden para regresar al área destinada al batallón. Poco después uno detrás de otro, abordaron los tres aviones. Eran transportes sin insignias, con las ventanillas cubiertas con papel engomado. Nadie conocía, excepto los pilotos, a dónde se dirigían. A bordo, los hombres hacían conjeturas. Unos consideraban que la invasión se produciría desde la Base Naval de Estados

Unidos en Guantánamo; alguien aventuró que los dividirían para desembarcar por varios puntos. Poco a poco, las voces cesaron y la mayoría de los hombres se rindió por el cansancio. Varias horas después de haber alzado vuelo, la tripulación informó que aterrizarían en breve.

Eran las 2 de la madrugada y hacía frío en la base aérea de Puerto Cabezas, en la costa Atlántica de Nicaragua, desde donde zarparían los barcos hacia Cuba y elevarían vuelo los bombarderos B-26. Por esta razón, en la base había un gran movimiento, los camiones entraban y salían, mientras los guardias nicaragüenses, auxiliados por reflectores custodiaban la pista y los accesos a la base. La orden de subir a los camiones sorprendió al batallón a unos pocos minutos de haber descendido de los aviones. Poco después atravesaban el poblado de Puerto Cabezas. Los soldados descubrieron que la mayoría de las casas eran de dos pisos, hechas de madera, muy pequeñas, donde se podía apreciar una extrema pobreza. No había un alma en sus calles de tierra. Los habitantes se habían recogido temprano y ahora apenas podían conciliar el sueño debido al ruido de los vehículos. Pero no se atrevían a salir a la calle. Los más curiosos miraban a hurtadillas a través de las ventanas. Los soldados somocistas habían tomado el pueblo. Quince minutos después los camiones comenzaron a detenerse frente a la estación de trenes del pueblo. Dentro del edificio y en los alrededores, otros soldados nicaragüenses con armas largas montaban guardia. José Ramón comentó, mientras penetraba a un viejo vagón con las ventanillas clausuradas, que si alguien había pensado desertar a última hora que abandonara la idea. Ya se había corrido la voz. Estaban en Nicaragua y allí gobernaba el dictador Anastasio Somoza.

Para José Ramón, Somoza era lo mismo que Batista, pero él sabía que a muy pocos miembros de la brigada le importaría si Somoza, Stroessner o Trujillo se involucraban. El asunto era derrocar a Castro.

José Ramón y los demás integrantes de su compañía se acomodaron como pudieron en el vagón asignado. Se les advirtió que no podían fumar ni encender ninguna luz. Lentamente, el tren emprendió la marcha y a poco menos de 30 minutos se detuvo junto a un muelle que penetraba, como un brazo, en el mar. Era Puerto Cabezas. Las aguas

que bañaban esas costas eran del mar Caribe. Más allá, en la entrada del golfo, acariciaban las playas de la costa sur de Cuba.

Los hombres del batallón caminaron por el muelle hacia el último de los barcos. Dos grúas elevaban cajas pesadas hacia las bodegas. En ellas iban fusiles, explosivos, equipos de radio, medicinas, alimentos y agua potable. En sus bodegas se almacenaban también algunas excentricidades: sombreros-mosquiteros para protegerse la cabeza de las molestas picadas de esos insectos. Era una señal inequívoca de las características del terreno escogido para desembarcar. Por esa razón las cajas estaban herméticamente cerradas. La CIA había encargado confeccionar varios miles de estas peculiares mallas protectoras en el mayor secreto. José Ramón caminó hacia la proa. Quería conocer el nombre del barco que los llevaría hacia las costas cubanas: *Houston* —leyó—. "Debe ser americano" comentó a los compañeros a su alrededor. Pero José Ramón había errado, el *Houston* era propiedad de Eduardo García y sus hijos, dueños de la García Lines S.A., una firma naviera que realizaba viajes entre La Habana y los puertos de Estados Unidos y Centroamérica. La CIA había arrendado a Eduardo García los cinco barcos que transportarían a las tropas. Dos de ellos, el *Río Escondido* y el *Houston,* no regresarían de la aventura. Ambos se irían a pique frente a las costas de Bahía de Cochinos.

En la proa, babor y estribor, se habían emplazado sendas ametralladoras calibre 50, evidentemente para ser utilizadas contra eventuales ataques de la aviación enemiga, y en el ametrallamiento a la costa.

La escuadra de José Ramón recibió la orden de permanecer en el muelle. Él recostó la mochila sobre uno de los maderos del espigón y se acostó a lo largo luego de cerrarse el *jacket* hasta el cuello. La temperatura había descendido. De un tirón, se quedó dormido. Pasadas las tres de la madrugada se corrió la voz de subir a bordo. Cuando José Ramón llegó arriba, el espectáculo de cubierta lo impresionó. Los dos batallones, el dos y el cinco lo ocupaban todo, las bodegas de proa y popa, los botes salvavidas, bajo las escaleras. Casi no había sitio disponible. Le bastó una mirada para comprender que aquel mercante no era el adecuado para una operación militar como la que estaba a punto de desarrollarse. Los hombres tendrían que agolparse en la cubierta, a la intemperie, bajo el sol y

el sereno; los servicios sanitarios eran escasos para los casi 400 hombres. Los camarotes se habían reservado para la alta oficialidad de la brigada, la cual además, sería la única, junto a la tripulación, en disfrutar de la cocina a bordo. Los soldados tendrían que contentarse con raciones frías en cajas, comida enlatada y precocinada, azúcar, sal, chocolates y confituras. A lo anterior se adicionaba un problema con ribetes de tragedia: en las bodegas de proa y en casi toda la cubierta se agrupaban barriles de gasolina. Los hombres se movían en derredor de 45 000 galones de gasolina de alto octanaje.

Poco después del amanecer, José Ramón contemplaba el mar cuando un camarada le dijo que a la base aérea habían llegado unos americanos que ahora se hallaban reunidos con la plana mayor del batallón. La noticia era cierta.

Sentados en rústicos bancos de madera, el Estado Mayor de la brigada junto con los jefes de batallones, escucharon el plan de invasión. El coronel Jack Hawkins explicó: "La invasión que ha de comenzar esta tarde a las cinco con la salida de la brigada de este mismo muelle, se llama Operación Pluto, y consiste en que esta fuerza desembarque en tres puntos alrededor de la Bahía de Cochinos al sur de la provincia de Las Villas: Playa Azul (Girón); Playa Roja (Playa Larga); y Playa Verde (Caleta Buena), un punto situado a 10 kilómetros al este de Girón. Playa Girón será el centro de la operación y allí se establecerá la comandancia. Playa Larga será la avanzada de la infantería, a 34 kilómetros al noroeste. Los paracaidistas serán lanzados en Horquitas, cerca de Yaguaramas y Jocuma, cerca del central Covadonga, así como en la carretera del central Australia a Playa Larga. El deber de ustedes será el de asaltar, ocupar y defender estos lugares". Los presentes en la reunión observaban que a ratos uno de los visitantes enmendaba en algunos puntos a Hawkins, y durante el desarrollo del *breafing* este personaje demostró ser evidentemente el de mayor jerarquía entre los presentes. Estos detalles hicieron pensar con posterioridad que se trataba de Richard Mervin Bissell.

Cierto o no que estuviera en el *breafing* de despedida de la Brigada, el cerebro de la Operación Pluto tenía que sentirse eufórico

en aquella mañana. Estaba a punto de lograr el mayor triunfo de su vida. La más colosal operación de la CIA, desde sus mismos orígenes, era obra exclusivamente suya. Y para llegar hasta este instante había tenido que sortear no pocos escollos, el mayor, John F. Kennedy, y sus recelos sobre el plan de invasión a Cuba.

Al parecer Bissell comenzó a jugar sucio, aún antes de que el senador resultara electo presidente. Si no cómo entender que a solo días de las elecciones, el 31 de octubre de 1960, despachara un cable a la base Trax, ordenando una reducción del entrenamiento de guerrillas y la introducción de materias para la creación de una fuerza de asalto anfibia y aerotransportada con la finalidad de lanzarla a la conquista de un pedazo de territorio cubano. Sin siquiera consultar al presidente Eisenhower, quien daría su aprobación poco después, el Director de Planes de la CIA abandonaba la estrategia de liquidar la Revolución mediante una lucha insurgente, la cual por demás ya sabía fracasada, y creaba una nueva y más peligrosa estrategia: la invasión. El cambio, en lo político era de fondo. ¿Por qué no esperó unos días más para consultar al Presidente electo? ¿Temió que si Kennedy emergía presidente y no Richard Nixon, podría rechazar la idea de una nueva invasión a un país latinoamericano, cuando su prédica y formación política indicaban todo lo contrario a semejante aventura? Aún no se sabe si Dulles y Bissell, luego de electo Kennedy, le informaron de dicho cambio, o si por el contrario se le dio a entender que el proyecto desde sus inicios había sido el de una invasión frontal.

En más de una ocasión, en las reuniones sostenidas con posterioridad, el Presidente insistiría en la variante de lanzar los hombres, en grupos, sobre las montañas del país, lo cual sería menos espectacular y riesgoso para el prestigio de EE.UU. ante un eventual fracaso. Dulles y Bissell argumentaron una y otra vez contra tal idea. "Se considera que no es factible desde el punto de vista militar infiltrar en pequeñas unidades a una fuerza de esta magnitud a una zona única donde puedan reunirse, recibir suministros y emprender acciones militares coordinadas. [...] Las infiltraciones en menor escala no producirían el efecto psicológico suficiente para acelerar los levantamientos generales de amplia rebelión entre los elementos desafectos de las fuerzas armadas de Castro. [...] el Estado Mayor Conjunto ha evaluado los aspectos militares del plan para

un desembarco de la oposición cubana y ha declarado que este plan tiene bastantes posibilidades de lograr éxito (que es provocar una sublevación importante contra Castro que a la larga alcance sus objetivos), y que, de lograrlo, habría grandes probabilidades de que el desembarco sea la vía para establecer en terreno favorable una poderosa fuerza guerrillera que se pueda sostener de modo casi indefinido. El resultado final no sería (y no necesita parecer) una seria derrota. Sería la forma de ejercer presiones continuas sobre el régimen y una demostración sostenida de su incapacidad para establecer el orden. Crearía la oportunidad para una intervención de la OEA a fin de imponer un cese al fuego y celebrar elecciones".[2]

Las desinformaciones al Presidente saltan a la vista. Hasta poco más de un mes atrás, la CIA había contado en Cuba con una poderosa estación de espionaje en su embajada, y aún cuando la contrarrevolución interna se esforzara en torcer la realidad de lo que ocurría en el país, profesionales en el arte de obtener y evaluar información, con vasta experiencia para medir estados de opinión, realidades inobjetables, bastaba con presenciar una de aquellas descomunales concentraciones de apoyo a la Revolución, no podrían pronosticar una "sublevación importante". En ese mismo memorándum, y como prueba irrefutable de que se le mentía deliberadamente al Presidente, Bissell señala: "Cualquier evaluación de las posibilidades de éxito de las fuerzas de asalto será realista en lo tocante a la calidad combativa de las milicias. No se pueden adelantar conclusiones definitivas, pero es menester recordar que la mayoría de los miembros de las milicias no son combatientes por instinto ni formación, y no son milicianos por voluntad propia".[3]

¿Podrían "desconocer los oficiales de la CIA, el FBI, y los diplomáticos de carrera, que les servían como agentes, en la embajada norteamericana en La Habana —que superaban la cifra de 300— que los milicianos lo eran por voluntad propia, que eran sometidos

[2] Memorándum para el presidente de McGeorge Bundy (18 de febrero de 1961). Opinión de Richard Bissell, Biblioteca Kennedy, Bissell, Cuba, 17 de febrero 1961, NSF, caja 35.
[3] Ibídem.

a distintas pruebas para medir su voluntad y la firmeza de sus convicciones en defensa de la Revolución?

Todo indica que Bissell no se encontraba aquella mañana en el espigón de Puerto Cabezas, sino en su despacho en Quarter Eyes, donde recibiría poco después un informe del coronel Jack Hawkins, por cierto muy optimista sobre la Brigada. Pero, al igual que el Coronel del US Corp Marine, el director de Planes, ciertamente podía respirar más tranquilo. Además, a pesar de la negativa pública de Kennedy de que no se produciría una invasión de las fuerzas armadas a la isla, si las cosas salían mal, y él más que nadie sabía que podían salir mal, estaba confiado en que el Presidente, joven, inexperto, recién inaugurado, no podría negarse ante los halcones del Pentágono y la CIA, a tomar la única decisión posible para evitar la derrota: invadir Cuba. Bissell se contaba como uno de los admiradores de John Wayne.

José Ramón acababa de limpiar su carabina M-1 y contemplaba el mar. Muy cerca se hallaban los mercantes *Río Escondido* y *Lake Charles.* Un rato después bajó al muelle y comenzó a caminar lentamente entre el gentío. De pronto descubrió un movimiento de hombres vestidos de civil y de militares, todos con espejuelos oscuros y portando pistolas o subametralladoras. En el grupo se destacaba uno con traje blanco y sombrero de paño. Era Luis Somoza, jefe del ejército nicaragüense. La comitiva se detuvo y José Ramón quedó frente al vestido de blanco, con su M-1 en la mano. Otros brigadistas lo rodearon y Somoza improvisó un breve discurso. Deseó suerte a los invasores, y les aseguró que vencerían, pues iban bien pertrechados.

Los allí presentes aplaudieron. Un exmiembro del Ejército Rebelde, de regreso al *Houston* comentó visiblemente molesto: "Después de haber luchado contra un dictador, mira que tener que aplaudir a este". Las fricciones entre los exmilitares y los que habían combatido a la tiranía y ahora integraban la brigada se habían hecho evidentes desde los primeros momentos del entrenamiento. Unos y otros se evitaban.

Finalmente, a las 5 de la tarde zarpó el primer barco. Se trataba del *Atlantic.* Luego soltaron sus amarras el *Caribe,* el *Lake Charles* y el

Río Escondido. Casi al anochecer lo hizo el *Houston* seguido del *Bárbara J* y el *Blagar.* En este último viajaba la jefatura de la brigada de asalto. Los cinco barcos habían zarpado con 1 242 efectivos, y en sus bodegas transportaban miles de toneladas de material de guerra. Detrás partirían el *Opratava* y *La Playa,* ambos de United Fruit, que permanecerían en el Caribe sur y acudirían a Bahía de Cochino con una carga adicional de logística una vez consolidada la cabeza de playa. Algunos brigadistas se durmieron esa noche preocupados porque no habían visto ningún barco de guerra norteamericano. Como dijo después San Román a Haynes Johnson, los hombres que entrenaron en Guatemala, participarían en la invasión, únicamente por la presencia de los americanos. "No creían en mí o en otros jefes ni siquiera creían en ellos mismos, solo creían en los americanos".[4]

La duda se despejó al amanecer, cuando eufóricos, divisaron desde el *Houston* un destructor de la marina de Estados Unidos. Había detenido sus motores y era evidente que esperaba a que el *Houston* se acercase. José Ramón se agenció unos binoculares y observó la matrícula del buque de guerra. Era el destructor No. 701. Su presencia levantó el ánimo de la tropa y la ración para el día les pareció mejor que la de la jornada anterior.

A las 9 de la mañana los jefes de compañías fueron citados para una reunión. Tres horas después regresaban y se mezclaban con sus unidades de combate. De esa forma, un tanto informal, en medio del océano, donde ningún agente de Fidel Castro tendría posibilidad de correr a informar, les fue revelado el secreto hasta ese día tan celosamente guardado por la CIA: el lugar escogido para invadir a Cuba sería bahía de Cochinos, en la Ciénaga de Zapata, costa sur de Cuba. "¿En pantanos?" —preguntó Buttari, el jefe de la escuadra—: "No tendremos problemas" —contestó el jefe al mando de la compañía E—, "aquello prácticamente está despoblado y no hay fuerzas militares en la región. Girón, uno de los puntos de desembarco, es una playa donde están construyendo un centro turístico y cuenta con una pista. Una compañía tomará el aeropuerto y ayudará a la sección de ingenieros para ponerlo en condiciones operacionales cuanto antes. Entre tres y cinco días después de nuestro desembarco, cuando la

[4] Haynes Jonson: *The Bay of Pigs*. Norton, New York, 1964.

cabeza de playa esté consolidada, aterrizará un avión procedente de Miami con el Consejo Revolucionario Cubano, nuestro gobierno provisional. Y después, los americanos".

En el rostro de algunos se dibujó una sonrisa: —"¿Y nos tendremos que meter en los pantanos?" —"Nada de eso" —enfatizó el oficial—, "nosotros desembarcaremos en una de las tres playas de la costa en tierra firme y que abarcan unos 40 *km.* Repito, es tierra alta y firme. Quienes tendrán que meterse en los pantanos son los milicianos si quieren llegar adonde estamos nosotros, y esto no les va a ser fácil, porque los dos terraplenes que van desde los pueblos más cercanos hasta la costa, por encima de la ciénaga, serán tomados por los paracaidistas". —"¿Entonces ellos serán los primeros en entrar en combate?" —preguntó José Ramón. —"Es lo que está previsto, pero dicen los jefes americanos que nos irá tan bien que no pararemos hasta La Habana. Se espera que mucha gente se nos una".

—"¿Y la misión nuestra cuál es?" —"Nuestro batallón será el primero en desembarcar en Playa Larga, después seguirá el batallón cinco. La compañía E, la nuestra, se desplazará hacia la izquierda, hasta un entronque que va hacia el norte, avanzaremos cuatro kilómetros hasta un caserío llamado Pálpite y allí esperaremos a que lancen el pelotón de paracaidistas. Otro pelotón, del batallón cinco, avanzará por el flanco derecho hasta un caserío llamado Soplillar".

Fue en este instante que los cubanos conocieron a dónde iban y qué tenían que hacer. Todo había sido obra del gobierno de Estados Unidos. En una conferencia celebrada en 1996 en EE.UU., sobre la batalla de Girón, con la participación de académicos norteamericanos y cubano-norteamericanos, en un momento de la discusión, en que algunos de estos últimos se esforzaba por sentar la tesis de que la invasión había sido en cierta medida el resultado de la cooperación entre la llamada resistencia anticastrista y el gobierno de Estados Unidos, el profesor y académico Piero Gleijeses, de la Escuela de Estudios Internacionales Avanzados de la Universidad John Hopkins, intervino y dijo: —"Creo que lo que dicen el señor Fernández, el señor Durán y el señor Baloyra" —se refiere a Lino B. Fernández, Alfredo G. Durán y Enrique A. Baloyra—, "es muy interesante y estoy muy complacido de escucharlos pero, espero que no nos perdamos en cuanto a lo que realmente sucedió.

La operación de Bahía de Cochinos no fue un acuerdo de cooperación entre los EE.UU. y una resistencia cubana. Los cubanos que participaron en Bahía de Cochinos fueron una buena carta de los Estados Unidos. [...] Y lo que ellos pensaban no es ni siquiera pertinente. Los planes fueron hechos por los Estados Unidos. Los líderes fueron elegidos por los Estados Unidos. [...] Así que cuando hablamos de Bahía de Cochinos nos referimos a una agresión de los Estados Unidos contra Cuba [...]"[5]

Caía la tarde, en la cubierta de los barcos los hombres trataban de ocultarse como podían de los rayos solares. Los artilleros de las ametralladoras 50 se enfrascaban, unos en el mantenimiento y otros en la vigilancia del cielo. Poco después comenzó a caer la noche.

A las 5:30 de la mañana del sábado 15 de abril, la mayoría de los integrantes de los dos batallones ya estaban de pie. Hacía frío. A unas tres millas a estribor, navegando en la misma dirección, se divisaba el destructor 701. Algunos a bordo sintonizaron pequeños equipos de radios portátiles y escuchaban *Radio Swan.* Las noticias del primer boletín de la mañana daban fe de la supuesta crisis del régimen. *Radio Swan* informaba que el Che Guevara había sido purgado, y en una discusión con Fidel, Raúl, Martínez Sánchez y Núñez Jiménez, en las oficinas del Primer Ministro, el Che había sido herido por un disparo que le hiciera Martínez Sánchez. *Radio Swan* retaba al régimen para que presentara en público al Che. Los que no poseían radio fueron informados de la buena nueva; el ánimo se elevó. Nadie dudaba acerca de la veracidad de las noticias que desde hacia casi un año radiaba la emisora, Y por ellas se podía llegar a una fácil conclusión, el régimen se desmoronaba a pedazos, solamente faltaba el golpe final, y ese, se lo darían ellos.

Realmente, a esa hora, Che Guevara se encontraba en su puesto de mando en la Cueva de los Portales, provincia de Pinar del Río, de la cual había sido designado jefe militar. Fidel Castro se hallaba en el Punto Uno, el puesto de mando de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y las Milicias. Sin embargo, no sería esta la noticia de la mañana. Una hora después, un *flash* de última hora impactaba a la

[5] Memorias de la conferencia celebrada en Musgrove, Georgia, del 31 de mayo al 2 de junio de 1996, p. 119. Versión al español.

tropa en cubierta. La emisora anunciaba al mundo que "[...] aviones de la fuerza aérea de Castro habían bombardeado al amanecer los aeropuertos de Columbia, San Antonio de los Baños, y el Aeropuerto Internacional Antonio Maceo, de Santiago de Cuba. *Radio Swan* repitió la "noticia" varias veces y agregó que había muchos muertos y heridos y prácticamente las bases militares habían sido destruidas. En el *Houston,* al igual que en los restantes barcos la algarabía era intensa. A media mañana José Ramón volvió a sintonizar la emisora. Los boletines sobre el bombardeo a los aeródromos cubanos se repetían, pero ahora agregaban "que uno de los aviones de las FAR, luego de ametrallar Columbia, se había visto obligado a aterrizar .en el aeropuerto de la ciudad de Miami. Se trataba del B-26 marcado con el número 933, que presentaba numerosos impactos de bala en el fuselaje". La información insistía en que "habían sido pilotos de la Fuerza Aérea de Castro quienes realizaron el *raid* aéreo sobre los mencionados aeropuertos", y se anunciaba que en las próximas horas el piloto desertor haría importantes revelaciones.

Esa tarde, un funcionario del Servicio de Inmigración entregó a la prensa unas declaraciones del supuesto desertor. —"Soy uno de los 12 pilotos de B-26 que quedaron en la Fuerza Aérea de Castro después de la defección de Pedro Luis Díaz Lanz y las depuraciones que siguieron. Tres de mis compañeros y yo habíamos estado planeando por meses, la forma de escapar de la Cuba de Castro. [...] Ayer por la mañana se me asignó un patrullaje de rutina desde mi base, San Antonio de los Baños, sobre una sección de Pinar del Río y en torno a Isla de Pinos. Se lo dije a mis amigos de Campo Libertad y convinieron en que teníamos que actuar".[6]

La noticia era tan orgánica y los locutores tan enfáticos, que no pocos en el barco comentaron acerca de su posible veracidad. Otros ripostaron. Sencillamente no lo creían. Habían visto los B-26 en la pista de Happy Valley pintados con las insignias cubanas y ahora comprendían los motivos. Alguien sugirió sintonizar las emisoras cubanas. Las plantas estaban encadenadas. El gobierno cubano denunciaba la agresión, y señalaba que los aviones procedían de bases norteamericanas, y se alertaba a la población acerca de que

[6] Declaraciones de Mario Zúñiga, piloto de la Brigada 2506, 1961.

este ataque podría ser el preludio de la invasión. El país se movilizaba. También los organizadores de la Operación Pluto. La Hora H se acercaba a las costas cubanas pero aún el Presidente norteamericano podría suspender el desembarco.

"Los jefes del proyecto estuvieron de acuerdo en que, en caso de una decisión política de cancelar la invasión, ellos trasladarían las tropas a alta mar, les dirían que de acuerdo con nuevos informes de inteligencia era impracticable la invasión y desviarían la fuerza a la isla de Vieques para su desmovilización. En una reunión con el Presidente el 12 de abril, se decidió que Berle le diría a Miró Cardona" —presidente del Consejo Revolucionario Cubano— "que no abría un apoyo abierto de Estados Unidos a la invasión. El Presidente anunció públicamente que no habría intervención norteamericana en Cuba. El 13 de abril, todas las secciones de la WH/4 empezaron a trabajar 24 horas diarias. Se reunió al Consejo Revolucionario en Nueva York y se le dijo que sería informado por etapas en relación con los aspectos militares del proyecto. El 14 de abril" —mientras la Brigada se hacía a la mar—, "el Consejo estuvo de acuerdo en entrar en 'aislamiento' durante la fase de desembarco".[7]

A las 12 del día, luego de distribuir las cajas con las raciones, los oficiales del batallón fueron citados para una reunión en el comedor del barco. Lucían sombreros tejanos de copa alta y de alas anchas para díferenciarse de la tropa. Una verdadera molestia, un estorbo que apenas iniciados los combates demostró su inutilidad, aunque no pocos decidieron utilizarlos. Los oficiales no estarían en la primera línea de combate.

Los hombres se sentaron alrededor de una mesa rectangular que había en el salón y Hugo Sueiro, el jefe del batallón dos, con el plan de operaciones en las manos, comenzó a explicar detalladamente cuál era la misión de la Brigada a partir del desembarco y cuál sería la misión del batallón. Desdobló las fotos aéreas que habían sido ampliadas, y los jefes de compañías y escuadras estudiaron en detalle lo que tendrían que hacer después del desembarco.

Los tres terraplenes que se adentraban en la ciénaga, los canales, los bohíos, todo era extraordinariamente visible en aquella foto.

[7] Informe del inspector general de la CIA, Lyman Kirpatrik. Documento desclasificado por el gobierno de Estados Unidos.

El mapa se encontraba actualizado hasta en sus más mínimos detalles. Erneido Oliva y Hugo Sueiro, segundo jefe de la Brigada y del batallón 2, respectivamente, estaban muy lejos de imaginar que muy pronto este serviría a las fuerzas revolucionarias. "Después ocupé un mapa en Playa Larga que era el de Erneido Oliva, plasticado y actualizado con las fotos aéreas. Traía la carretera de Playa Larga-Playa Girón, que el mapa mío no la tenía. Mi mapa era viejo".[8]

Sueiro insistió en que no se podía maltratar a ningún prisionero y que estos serían presentados inmediatamente ante la jefatura para los interrogatorios; también hizo énfasis en el respeto a las mujeres y en el pago en efectivo, o en su defecto, con un documento firmado por el batallón, de todos los alimentos que se ocuparan.

Todos los vehículos de motor en funcionamiento serían requisados. El trato a la población civil era muy importante para ganar adeptos. El éxito solo sería posible con el apoyo de la población cubana. —"¿Y qué harán con los prisioneros?" —preguntó alguien en el salón: —"Eso es asunto del G-2 y de la gente de la Operación 40" —se apresuró a responder Hugo Sueiro, a lo que nadie más preguntó. Realmente muy poco sabían los allí reunidos acerca de la misteriosa Operación 40. Habían oído hablar de ella en los primeros días del mes de marzo cuando 63 hombres arribaron a la base Trax y fueron alojados en una barraca, alejados del resto de la tropa. Vicente León León, un excoronel del ejército, quien había sido ayudante del presidente Carlos Prío, venía al frente de ellos. Pronto, los reclutas conocieron que estos hombres habían sido los encargados de investigar a los inscriptos luego de acudir a las oficinas del Frente en Miami.

Su jefe principal, Joaquín Sanjenís, había quedado en esa ciudad. Él volaría directamente hacia los territorios liberados y se haría cargo de la Inteligencia civil. Durante su estancia en Trax, algo más de un mes, dos docenas de efectivos de la Operación 40 fueron transferidos a la sección G-2 que se encargaría de interrogar a los prisioneros durante los combates. El resto viajaría en el último barco del convoy, el *Atlantic.* Serían los últimos en desembarcar

[8] Testimonio de José Ramón Fernández, vicepresidente del Consejo de Ministros, 1990. Archivo del Autor.

cuando la cabeza de playa estuviera asegurada. Veintisiete de ellos actuarían divididos en nueve *teams* de tres hombres cada uno. Tendrían la misión de reconocer el terreno delante de las líneas de fuego, a fin de tratar de localizar dónde se encontraban las fuerzas revolucionarias, el armamento de que disponían, el número de efectivos, su moral, los abastecimientos, las vías de accesos que emplearían...

Para el cumplimiento de sus misiones, estos *teams* podrían vestir ropas de civil o de milicias, y llevarían equipos de radio para enlazar con la retaguardia. Otros 12 miembros de la operación efectuarían interrogatorios a la población civil, a fin de obtener información acerca de las ciudades cercanas al campo de batalla, individualizar a los jefes revolucionarios tanto militares como civiles, ubicar los cuarteles, estaciones de policías, locales de las compañías eléctricas y de teléfonos, así como las agencias bancarias.

Finalmente, otros 20 hombres, integrantes de 10 *teams* echarían a andar las ciudades en poder de la brigada. Ellos ocuparían los archivos públicos y de los cuerpos de la Seguridad cubana, se encargarían de los prisioneros militares y civiles adeptos al régimen y de su eliminación física teniendo en cuenta su grado de comprometimiento con el gobierno, luego de obtener de ellos la información necesaria.

Este último grupo selecto no desembarcó; se retiró en el *Atlantic.* En la mañana del 17, ante los ataques aéreos de las FAR, este barco levó anclas y puso proa mar afuera. La decisión del capitán fue inconsulta, pero prometió regresar al oscurecer. No lo hizo. Apareció en la tarde del 18 y muy lejos de las costas cubanas. Vicente León fue de los que desembarcó y murió durante la batalla. Los futuros integrantes de la Operación 40 habían integrado en sus inicios la Sección de Contrainteligencia que radicaba en la base operativa de Miami. Habían sido cuidadosamente seleccionados por la CIA, y entrenados como oficiales de caso para formar un futuro Servicio Cubano de Inteligencia. Ellos se encargaron de conseguir, entrenar y dirigir agentes.

Según el informe del inspector de la CIA, Lyman Kirpatrik, en el momento de la invasión, la Base de Miami tenía 31 agentes en Cuba, que informaban todos los días. Dirigieron operaciones dentro de la isla, algunas de ellas exitosas. "Uno de sus mejores servicios fue informar sobre las reuniones de los comités del FRD y otros

grupos anticastristas, así como las maniobras políticas dentro de la jerarquía del FRD. También ayudó al reclutamiento de la fuerza invasora en un momento en que los dirigentes políticos estaban saboteando este esfuerzo. Igualmente se entrenaron equipos de seguridad y contrainteligencia para su integración con la fuerza invasora —Operación 40—. "Estos tenían como su principal misión asegurar expedientes y documentos vitales durante la invasión y, como misión secundaria, ayudar en el establecimiento y mantenimiento de la ley marcial. El servicio también hizo seguimientos radiales e interrogatorios".[9]

Los integrantes de la Operación 40 que cayeron prisioneros se las arreglaron para ocultar el propósito de su verdadera misión. Solo un invasor, miembro de la jefatura de la brigada, relató casi todo acerca de la composición y las misiones; pero se guardó lo relativo a los interrogatorios de tercer grado y a la eliminación física de prisioneros.[10]

A punto de terminar la reunión, el jefe del batallón volvió a insistir en el trato a la población civil, y agregó que en los barcos venían alrededor de 3 000 fusiles que serían entregados a aquellos que se unieran a los invasores.

Al concluir la reunión, el S-4 (suministros) del batallón irrumpió con una caja de cerveza fría. A la tropa también se le repartió. —"La próxima nos la tomamos en La Habana" —comentó alguien en el salón y el grupo rió. Al salir a cubierta, reinaba la alegría entre la tropa.

En el horizonte, dos barcos de guerra norteamericanos navegaban en dirección a Cuba.

A la hora del almuerzo, los hombres comenzaron a protestar nuevamente por la comida precocinada y fría. Algunos se mostraron irritados y adujeron que los oficiales tenían comida caliente elaborada en el barco. Las quejas fueron tantas, que obligaron al

[9] Informe del inspector generar de la CIA, Lyman Kirpatrik. Documento des clasificado por el gobierno de Estados Unidos.

[10] José Raúl Varona González, jefe del G-2 de la Brigada 2506 hizo un extenso relato sobre la Operación 40. Archivos del Autor.

segundo jefe de la brigada, Erneido Oliva, y al capitán del *Hoston* Luis Morse, a dar indicaciones para que al siguiente día se cocinara para toda la tropa.

Se insistió en la orden de no fumar, la que se violaba constantemente. Al oscurecer, sonó un disparo y por un instante reinó la confusión. Resultó que a un integrante del batallón dos se le escapó un tiro mientras limpiaba el arma, y se hirió en una pierna. Rápidamente fue trasladado al comedor y atendido. Se insistió en el cuidado que debían tener al limpiar las armas. Pero la sospecha de que había sido intencional quedó en la mente de algunos. A pesar de la seguridad en la victoria, del apoyo norteamericano, del colapso inminente del régimen, la cercanía de Cuba, a la que casi todos habían abandonado en el transcurso de los dos últimos años en medio de una verdadera marea revoluciona ponía los nervios de punta a cualquiera.

No era este el primer accidente a bordo. En el *Atlantic,* durante un ejercicio, a uno de los artilleros se le disparó una ráfaga de ametralladora cal 50; un invasor resultó muerto instantáneamente y otro herido.

Cuando la normalidad regresó al *Houston* ya era de noche cerrada y todos se tiraron a dormir. De madrugada, José Ramón se despertó sobresaltado: el barco había detenido sus máquinas y en cubierta muchos miraban sorprendidos hacia el mar. Una potente luz los cegaba. Pasaron unos minutos y aquella luz dio la vuelta por la popa; luego se apagó y se perdió en la oscuridad de la madrugada. El *Houston* continuó su marcha mientras los hombres hacían conjeturas, pero muy pocos acertaron. Se trataba de un submarino de los que escoltaba a la flota invasora. Se había acercado para recoger al herido.

Al amanecer del domingo 16 de abril, los invasores del *Houston* se mantuvieron junto a los pequeños equipos de radio escuchando *Radio Swan.* Esa mañana oyeron noticias sobre rudos y victoriosos combates sostenidos por las guerrillas anticastristas en el Escambray, bombas que habían explotado en los últimos días en La Habana, sabotajes a lo largo de toda la isla, nuevos alzamientos en Oriente y Pinar del Río y sobre el elevado número de muertos en los bombardeos de la víspe-

ra, La emisora exhortaba una y otra vez a los cubanos a levantarse contra el régimen de Fidel Castro, y anunciaba que la liberación estaba cerca. "Señores, si nos demoramos en llegar, en lugar de la ciénaga, podremos desembarcar por el puerto de La Habana".

El comentario de aquel soldado no impresionó a quienes alcanzaron a oírlo. Muy pocos dudaban de la veracidad de aquellas noticias, pero ya había quienes estaban deseosos de escuchar que por algún otro lugar, lejos de la ciénaga, otra fuerza invasora había desembarcado. Se sentirían más tranquilos. Realmente, la CIA había organizado una operación de desembarco por Oriente para distraer fuerzas y confundir a Fidel Castro. A esa hora, ese batallón debía estar combatiendo en las proximidades de Baracoa. Pero invadir por Oriente resultaba en esos momentos una misión sumamente peligrosa.

Esa provincia, en aquella mañana del domingo 16 de abril, era defendida por una fuerza considerable de milicianos y soldados del Ejército Rebelde que se hallaban en máxima disposición combativa.

En los primeros días de abril, el ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, comandante Raúl Castro, se encontraba en Oriente. Había sido designado además, jefe militar de esa provincia. Con los oficiales de su estado mayor, ese día, revisó una vez más en detalle el plan defensivo del amplio territorio oriental. Los lugares más peligrosos eran la zona costera que va de Nicaro a Pilón y el área que rodea la Base Naval de Estados Unidos en Guantánamo.

Para la defensa de ese territorio había sido designado el comandante Eddy Suñol, y bajo su mando se situaron varias unidades reforzadas con artillería terrestre y antiaérea. Otro lugar factible para el desembarco era Baracoa, que fue reforzado con tres batallones. Un grupo de batallones dislocados en Mangos de Baraguá, bajo la dirección del capitán Senén Casas, se podría desplazar tanto al norte como al sur.

Fidel Castro, recordando la situación operativa existente en Oriente en aquellos días, señaló: "El 14 por la noche, Raúl estaba en Oriente. Ellos tienen distribuidas las tropas, tienen las regiones organizadas. Todo, incluso tienen algunos aviones en el aeropuerto de Santiago de Cuba [...] Entonces me llaman aquí a La Habana y me informan que en las inmediaciones de Baracoa se observa una agrupación de barcos y un posible desembarco [...] Con las fuerzas

de Baracoa se tomaron las medidas para rechazar el desembarco [...] Ahora, esa operación no habría movilizado un solo soldado de occidente a oriente. Porque en Oriente había suficientes hombres, en las zonas montañosas aquellas, campesinos organizados y armados. De manera que cualquier fuerza que hubiera desembarcado allí, habría fracasado y no tenía objetivo. Claro, un desembarco habría provocado nuestra atención, interés, pero no habría tenido ninguna consecuencia militar. Porque en Oriente estaban con los medios suficientes para derrotar una invasión".[11]

La referencia de Fidel Castro a la agrupación de barcos avistada en las inmediaciones de Baracoa resultaba fundada. Se trataba de la operación de la CIA, que bajo el criptónimo de Marte pretendía hacer creer al gobierno cubano que esa era finalmente la invasión. "Me dediqué a entrenarme para formar parte de las fuerzas invasoras que comandaba Nino Díaz [...] Nos habíamos entrenado en el campo norte del lago Pontchartrain hasta la segunda quincena de abril de 1961 que partimos en barco para Cuba. Salimos de la base naval de Algiers, en el río Mississipi, en New Orleans. Éramos unos 160 hombres. El barco se llamaba *Santa Ana* y navegamos bajo la bandera de Costa Rica".[12]

El 14 de abril, la misma tarde en que la Brigada de Asalto zarpaba de Puerto Cabezas, el *Santa Ana,* con 168 hombres, aguardaba la llegada de la noche para desembarcar al batallón en una playa en la región de Imías, a varias decenas de kilómetros de la Base Naval de Guantánamo. El peligro mayor que debían afrontar sería la agrupación de tropas que rodeaba la base naval norteamericana, aunque estas no podrían desplazarse de inmediato a la zona de desembarco por el peligro que representaba desguarnecer la defensa del territorio alrededor de la base. La misión más importante del batallón de invasores a bordo del *Santa Ana* sería entrar en combate desde los primeros momentos del desembarco. Hacer ruido suficiente para obligar a Fidel Castro a mover fuerzas hacia esa provincia. Entonces, dos días después, sería sorprendido por Bahía de Cochinos.

[11] Quintín Pino Machado: *La batalla de Playa a Girón,* Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1983, p. 284.
[12] Declaraciones de Enrique *Kike* Fernández Ruiz de la Torre. Archivo MININT.

Al llegar la media noche, el *Santa Ana* se acercó a cuatro millas del litoral. Una lancha rápida fue bajada y rápidamente se dirigió en silencio hacia la costa. "Íbamos vestidos de verde olivo, con uniformes iguales a los que usa el ejército cubano. [...] Nos aproximamos a la playa de Mocambo, pegado a Imías. Yo bajé la noche del 13 en la patrulla de reconocimiento".[13]

Comenzó entonces un intercambio de comunicaciones entre el oficial de la Agencia a cargo de la operación que se hallaba en la cabina de mando del barco, el jefe del batallón Higinio Díaz Ane y los hombres que exploraban la costa.

Una y otra vez, estos últimos señalaban que se observaban muchas luces y que presumían se trataba de fuerzas militares. Curly, seudónimo del oficial norteamericano, insistió en hallar un lugar apropiado. Poco después los exploradores regresaron y confirmaron la presencia de fuerzas militares. El jefe del batallón dijo que en ese caso había que suspender el desembarco. Curly se opuso airadamente (él no tendría que desembarcar), y luego de una discusión se decidió posponer el intento para la noche siguiente. Los exploradores tenían razón. La presencia del *Santa Ana* y de la embarcación que merodeó por la costa, no pasó inadvertida.

"Raúl le orientó" —al comandante Eddy Suñol— "que acercara a la costa una batería antiaérea, y que disparara con esas armas[14] en caso de desembarco. Recuerdo bien que Raúl advirtió a Suñol que no hiciera fuego hasta que los mercenarios hubieran desembarcado" Eso lo recalcó en dos o tres ocasiones".[15]

Los bombardeos a los aeropuertos al amanecer del siguiente día, no lograron disipar los temores de los soldados del *Santa Ana,* pero elevaron su estado de ánimo. Realmente, ninguno dudaba de la victoria y ansiaban participar en ella.

Nuevamente, esa noche, los exploradores enfilaron silenciosos rumbo a la costa. "La segunda noche se rompió la lancha intermedia que nos llevaba hacia la orilla. Al chocar contra los arrecifes se

[13] Ibídem.

[14] Batería antiaérea de ametralladoras múltiples, conocidas popularmente como cuatro bocas. Una batería tiene 6 piezas, o sea, serían en total 24 bocas de fuego de 12,7 *mm* de alta cadencia.

[15] Testimonio de Más Martín, Miguel A. Sánchez: *Girón no fue solo en abril,* Editoríal Orbe, Ciudad de La Habana, 1979, p. 107.

le estropeó la propela. Tuvo que venir otra lancha a recogernos. En medio de esta situación escuchábamos el paso de camiones y de *jeeps*".[16] "Nos están esperando" —comentó uno de los oficiales del batallón a Nino Díaz, quien se resistió a las presiones del oficial de la CIA para que desembarcara. Finalmente la embarcación puso proa a mar abierto".

A las 12 de la noche de aquel domingo 16 de abril, el *Houston* se adentraba, lentamente, en Bahía de Cochinos. A bordo reinaba un absoluto silencio, roto solamente por las máquinas que lo impulsaban y por el golpe de las olas. Se habían apagado todas las luces, excepto una pequeña en el puente de mando.

Poco después de la una de la madrugada se tendían las escalas, José Ramón revisó su equipamiento por última vez. Las ocho lanchas con motor fuera de borda fueron liberadas de sus amarras y las grúas de proa y popa izaron a las primeras hasta depositarlas sobre las tranquilas aguas. El barco se balanceaba lentamente y una suave brisa se filtraba en el tenso ambiente. Los artilleros de las ametralladoras antiaéreas se hallaban en sus puestos de combate, escrutando el cielo y la costa. En similar disposición estaban los artilleros de los cañones instalados en el barco escolta, *Bárbara J.* Un rato después, los primeros hombres del batallón dos descendían hasta las lanchas. José Ramón se acomodó en la proa y miró hacia la orilla mientras apretaba entre sus manos la subametralladora M-3. La oscuridad era impenetrable, pero a lo lejos, a una milla, hacia la costa, divisó una luz verde. Era la señal colocada por los hombres-rana. José Ramón pensó que tomarían la playa sin combatir. Aquello parecía desierto. No estaba errado. En Playa Larga no existían unidades de combate para su defensa.

En la primera semana de abril, el comandante Fidel Castro, junto con otros oficiales del Ejército Rebelde, había recorrido las obras en construcción en la Península de Zapata. En Playa Girón y mientras caminaba sobre el malecón de concreto que se adentra en el

[16] Declaraciones de Enrique *Kike* Fernández Ruiz de la Torre. Documento citado.

mar, expresó: "Este es un lugar ideal para el desembarco".[17] Fidel dio instrucciones para que trasladasen hacia el Central Australia, distante 30 kilómetros de Playa Larga y a 70 de Playa Girón, a un batallón de Cienfuegos. Esta unidad se responsabilizaría con la defensa de la costa entre Playa Larga y Caleta del Rosario, un punto situado entre Playa Larga Playa Girón. Ordenó situar otro batallón en Playa Girón. Debido a insuficiencias organizativas y de comunicaciones esta orden no se cumplió.

Fidel Castro, recordando aquellos días, dijo: "Había mandado a situar un Bon, tres o cuatro días antes, en el lugar del desembarco. Pero en aquellos días todo era muy incipiente, no teníamos todavía un estado mayor".

De tal suerte, la noche del desembarco Playa Girón disponía para su defensa con media docena de carboneros, milicianos del lugar que se encontraban de guardia. Tenían fusiles semiautomáticos M-52 de fabricación checoslovaca y 60 tiros cada uno. El jefe de la milicia, Mariano Mustelier, tenía una subametralladora checa y 90 tiros.

En Playa Larga, el otro punto de desembarco adonde estaba a punto de arribar la primera lancha del *Houston,* solamente existía esa noche un puesto de observación, cubierto por cinco hombres de una escuadra del Bon 339, al mando del miliciano José Ramón González Suco: "El batallón llegó al central Australia el 8 o el 10 de abril, y el 13, si mal no recuerdo, me envían con cuatro hombres de mi escuadra para Playa Larga. Me escogieron porque yo sabía manejar la microonda Motorola que había en el lugar. Yo había estado allí en enero, trabajando en las obras turísticas y por esa planta, que era del Ministerio de la Construcción, solicitaba, a requerimiento del jefe de la obra, arena, cemento, etc. Aquella playa era un paraíso. Cuando nos hicimos cargo de la planta, el operador, que se iba de pase junto con el resto de los obreros, me advirtió que no la tuviera encendida constantemente porque tenía defectuoso el voltaje. Entonces la encendíamos cada 30 minutos para comunicar con el batallón y darle el parte. Todo el armamento que poseíamos y el único que había por todo aquello eran cin-

[17] Testimonio de Abraham Maciques, quien fuera director de la zona de desarrollo Península de Zapata.

co subametralladoras checas con 80 tiros para cada una y una ametralladora bípode VZ con 200 tiros para peine o cinta. Nos gustaba más verla con la cinta, parecía una película [...] Ese domingo, por la tarde, llegó una compañía del batallón. Habían cortado caña quemada, y todos los hombres estaban tiznados, se bañaron en la playa y luego regresaron al central Australia. Si se hubieran quedado, esa gente no desembarca. Al menos, hubiéramos aguantado hasta que llegase el resto del batallón. Pero se fueron. Solamente habían venido a bañarse en la playa [...] La VZ la tenía Quintana, era un isleño muy fuerte, pero bruto. Le pregunté si sabía manejarla. Me respondió que sí, pero se puso a trastearla y se le escaparon unos tiros. Entonces llamé por la micro y le pedí al jefe del batallón que enviase a alguien a enseñarnos. Vino El Chino y nos dio la instrucción [...] Poco después de las 12 de la noche el que estaba de guardia en la playa vio un bulto y me avisó. Me habían dicho que vendría un yate de la Marina de Guerra que recalaba en el Caletón, ubicado un poco más a la derecha. La noche estaba muy oscura y no se veía nada. Entonces escuché el ruido de un motor. Le dije a mi gente que yo le daría el alto a la lancha y que ellos se mantuvieran detrás con la VZ. Unos minutos después la vi, y pude distinguir perfectamente a un hombre con el pie en la proa. Tenía un fusil en banderola. Monté la metralleta y grité: '¡Alto!' y disparé un tiro al aire. Me respondieron con una ráfaga de M-3. Figúrese, cuando volví a disparar con mi metralleta checa, de mucho menor calibre, parecía que estaba disparando con un juguete. La VZ abrió fuego, pero enseguida se encasquilló. Después de la batalla me enteré que las cintas de la VZ son una mierda. Eran más efectivas con el peine. Pero los muchachos querían que se pareciera a las películas".[18]

Desde el *Houston* abrieron fuego contra la costa. Entre las dos de la madrugada, aproximadamente, hasta las seis, se dispararon unas 5 000 balas de ametralladoras.

Los cinco milicianos no pudieron hacer resistencia, pero lograron comunicar a la jefatura del batallón que estaban siendo atacados.

[18] Testimonio de José Ramón González Suco, miliciano, 1991. Archivo del Autor.

Luego se refugiaron en una de las obras en construcción, donde a la mañana siguiente fueron hechos prisioneros.

Fidel Castro conocía que se preparaba una invasión. Los bombardeos a los aeródromos lo habían persuadido de su inminencia. Pero no sabía cuántos hombres desembarcarían, y lo más importante, desconocía por dónde. Realmente, la CIA había logrado mantener en secreto el lugar del desembarco. El testimonio de Suco resulta elocuente.

La CIA no engañó a Fidel Castro

El 7 de octubre, el canciller cubano Raúl Roa denunciaba en la ONU los preparativos de invasión: "[...] desde fines de agosto y principios de septiembre se ha venido concentrando tropas y barcazas del ejército de Guatemala en la costa Atlántica del país. En la finca Helvetia, ubicada en el municipio de El Palmar, colindante con los departamentos de Retalhuleu y Quetzaltenango, zona occidental del país, adquirida recientemente por Roberto Alejos, hermano del embajador de Guatemala en Estados Unidos, Carlos Alejos y miembros de la familia de premúnidos de la corte palaciega, están recibiendo entrenamiento especial numerosos exiliados y aventureros, bajo el mando de militares norteamericanos. El número total de extranjeros asciende a 185, de los cuales 45 son norteamericanos. En la citada finca se ha construido una pista de aterrizaje de concreto, con hangares subterráneos y se está construyendo una carretera hacia la costa del Pacífico. Se han instalado aparatos de detección. Las vías de acceso a la finca Helvetia están controladas por soldados del ejército guatemalteco. A los elementos extranjeros no se les permite relacionarse con la población local [...] En el aeropuerto de La Aurora se han visto aviones de bombardeo con insignias cubanas. Es rumor público que tienen la doble misión de servir para agredir a Cuba o para simular una agresión cubana contra Guatemala".

Esta denuncia de Roa en la ONU ha sido poco o nada recogida por los historiadores norteamericanos y cubanonorteamericanos que han abordado el tema, algunos de los cuales consideran que la

primera filtración acerca de los campamentos la ofreció el periodista Paúl P. Kennedy, en un extenso reportaje, con visos de aventura, acerca de la base Trax. Otros refieren que abrió fuego un artículo aparecido en el diario guatemalteco *La Hora*, el 30 de octubre de 1960, donde el periodista Clemente Barroquín denunciaba que un plan para invadir a Cuba se estaba desarrollando en las montañas de Retalhuleu, "Preparado no por nuestro país, que es tan pobre y está tan desorganizado, sino virtualmente por los Estados Unidos".

Cuando estos artículos vieron la luz, hacía varias semanas Cuba había formulado la denuncia en la ONU.

Para entonces, el secreto de la existencia de los campamentos de cubanos en Guatemala no constituía una prioridad para la CIA. La verdadera preocupación de la Agencia estaba en mantener a buen resguardo la participación del gobierno de Estados Unidos en el proyecto, así como la magnitud de la operación, el día, la hora y el lugar por donde se produciría la invasión. Aunque resultaba poco creíble, el Frente Revolucionario Democrático realizaba una vasta labor para aparecer ante la opinión pública internacional como el promotor y, aunque no pocos dudaban, nadie estaba en condiciones de demostrar lo contrario.

Realmente, la CIA no podría ocultar por mucho tiempo su participación. Se tornaba imposible mantener en secreto la existencia de los campamentos de entrenamiento con instructores y personal norteamericanos, custodiados por cientos de soldados del Ejército Nacional guatemalteco, el constante trasiego de hombres y equipos militares, aviones que aterrizaban y despegaban de la zona selvática, rodeados de miles de casas de campesinos. "No se puede ocultar un hipopótamo con un pañuelo" —reza una máxima de inteligencia. Ni resulta fácil ocultar un hipopótamo cuando debe moverse de un sitio a otro dentro de la ciudad de Miami, hacerse chequeos médicos, abandonar la familia, desaparecer una noche misteriosamente hasta que poco después comiencen a llegar cartas que, aunque censuradas, deslizan matices sobre los propósitos de la ausencia.

"Pero qué daño podía hacer el hablar de los cubanos en Miami o Nueva York, si es que existía, en comparación a lo que hablaban miles de trabajadores del café que rodeaban nuestro campamento en la montaña de Guatemala mientras llevaban a su casa unos

míseros 40 centavos al día por su labor. Esta base fue seleccionada por oficiales del gobierno americano solo una cordillera al oeste de la carretera Panamericana. ¿Dónde estaba la base aérea cubana? El lugar, al igual que todo lo demás no elegido por los cubanos, justamente en el pueblo de Retalhuleu, de unos 4 000 habitantes de dudosas inclinaciones políticas: una base secreta para una operación secreta [...] Y, además, ¿cuándo en la historia fue posible esconder del enemigo la preparación masiva de un ataque convencional frontal? ¿Es que pudo el general Eisenhower esconder de Hitler los preparativos para la invasión de Europa durante la Segunda Guerra Mundial?''[1]

Algunos invasores y escritores cubanoamericanos que han abordado el tema aseguran que en la base Trax hubo infiltrados de la Seguridad cubana. El más repetido señala a Benigno Pérez Vivanco, un recluta seleccionado posteriormente como jefe de uno de los *teams* de infiltración, como agente del G-2. Félix Rodríguez Mendigutía, en su libro *Guerrero en la sombra,* apunta: "Aunque se habían tomado todas las precauciones cuando se hicieron las primeras selecciones, al menos un agente de Castro, por ejemplo, penetró los *teams* Cray. Su nombre era Benigno Pérez. Conocíamos que fue teniente de las fuerzas armadas de Castro y como muchos de sus oficiales, había desertado hacia los Estados Unidos.

"Pérez era un rudo trabajador. Recuerdo que era un pequeño hombre que manejaba camiones y bulldozers, con un cigarro pendiendo permanentemente entre sus dientes. Pero una cosa de él me hacía desconfiar: El tipo nunca te miraba a la cara. Cuando le hablaba él esquivaba la mirada, como si se avergonzara de algo. Era mayor que la mayoría de nosotros, y yo me preguntaba por qué lo habían seleccionado para los Teams Gray. En aquel entonces suponía que ellos pensaban que él tenía buenos contactos en Cuba como antiguo oficial de Castro.

"Fui feliz cuando fue finalmente asignado a otra unidad —yo hubiera rehusado tenerlo en la mía porque sentía un escalofrío en

[1] José Pérez San Román: Ob. cit., p. 27.

los huevos cada vez que se mencionaba su nombre. Además, no era muy bueno para los que trabajaban con él, pues Pérez no tenía buenos contactos en Cuba, sino grandes contactos —muchos de ellos miembros de la policía secreta de Castro— y cada uno de los miembros de su *team* fue capturado.

"Hoy Benigno Pérez se da la buena vida en Cuba como un alto oficial de la DGI [...]"[2]

Benigno Pérez Vivanco había combatido al tirano Fulgencio Batista en el Segundo Frente Nacional del Escambray, lidereado por Eloy Gutiérrez Menoyo, y por su participación en ocho combates alcanzó los grados de capitán. Al triunfar la Revolución, Menoyo lo rebajó a primer teniente argumentándole que necesitaba el grado para otro compañero. Benigno se quejó ante el comandante Camilo Cienfuegos, quien al conocer que había sido operador de equipos pesados, lo destinó a la zona de desarrollo de la Isla de Pinos. En julio de 1960, debido a algunas discrepancias con su jefe, se marchó a Estados Unidos en compañía de varios amigos. Allí comenzó a trabajar en la United Fruit Company, manejando una grúa. En agosto fue reclutado por el FRD y partió hacia Guatemala, donde participó en la construcción de la pista de la base aérea Rayo, en Retalhuleu.

Pronto el coronel filipino Valeriano Vallejo y el norteamericano jefe de los instructores, Carl, lo tuvieron entre sus preferidos. "Yo andaba con Vallejo y con Carl para arriba y para abajo. Ellos me tenían mucha confianza. Me llevaba bien con todo el personal, excepto con los militares del ejército anterior y con los batistianos. No tuve problemas con ninguno de ellos, pero no eran mis amigos. Yo había luchado contra la tiranía y no me resultaba fácil entender cómo algunas de esas gentes eran ahora mis camaradas. Y en el campamento había muchos batistianos".[3]

A fines de noviembre, ya disueltos los *teams* originales y en proceso de creación la Brigada de Asalto 2506, fueron escogidos 82 hombres para continuar entrenamientos de guerra irregular y posteriormente ser introducidos en Cuba a fin de entrenar y coordinar acciones con los grupos de clandestinaje en apoyo a la invasión.

[2] Félix Rodríguez: Ob. cit., pp. 63-64.
[3] Testimonio de Benigno Pérez Vivanco. Archivo del Autor.

Benigno abandonó la base con el resto de los seleccionados y poco después reiniciaba un riguroso entrenamiento en las selvas panameñas.

Se infiltró en Cuba el 22 de marzo, al frente del *team* Inca, por una zona costera al norte de La Habana. Traían 17 toneladas de armas y explosivos para los grupos clandestinos. Y luego de algunas peripecias, Benigno Pérez y su radista fueron escondidos en el apartamento 6B del edificio Almar, en Miramar.

Durante el mes de abril entrenó a tres grupos clandestinos en el manejo de explosivos y asesoró varios sabotajes en la capital, los que se ejecutaron exitosamente. El 21 de abril, luego de una semana de intensas redadas de conspiradores y dos días después de la derrota de la brigada de bahía de Cochinos, Benigno y su radista, Rafael García Rubio, regresaban al apartamento donde se escondían. Eran aproximadamente las 6 de la mañana. Habían pasado la noche en una posada en compañía de dos mujeres para evitar ser sorprendidos durante la madrugada, las horas más peligrosas. Desconocían que sus movimientos habían llamado la atención de los vecinos integrados en el Comité de Defensa de la Revolución del propio edificio quienes, por indicaciones de la Seguridad, los estaban sometiendo a una estrecha vigilancia.

Poco después de las seis y advertidos de que los dos sospechosos habían regresado, cuatro agentes de la Seguridad se personaron en el inmueble. Dos de ellos permanecieron en la puerta y otros dos subieron al apartamento indicado. Estos hombres llevaban una semana de operaciones y estaban exhaustos. Antes de abrir la puerta, Marcial Arufe lanzó una mirada a través de la rejilla y distinguió un rostro desconocido, sin afeitar, con una gorra verde olivo en la cabeza. Pidió a Benigno y a García Rubio que huyeran por el ascensor de carga. Minutos más tarde los dos escucharon el tiroteo mientras descendían a la planta baja. No lograron alcanzar la calle. En la puerta fueron detenidos. En las oficinas de la Seguridad cubana Benigno se encontró con viejos compañeros de la lucha guerrillera contra Batista que se asombraron de verlo allí, preso por terrorista y contrarrevolucionario.

Condenado a la pena de muerte por fusilamiento, esta le fue conmutada por la de 30 años de privación de libertad; 14 años después le otorgaron la libertad condicional y contrajo matrimonio.

Actualmente, Benigno Pérez vive en la provincia de Matanzas y trabaja como operador de combinadas cañeras en una cooperativa de producción agropecuaria.

Realmente la Seguridad cubana no logró penetrar la operación de la CIA ni los campamentos en Guatemala.

Las primeras informaciones sobre la existencia de estas bases provienen de la prensa guatemalteca y de protestas públicas. Varias denuncias y declaraciones se formularon en fechas tan tempranas como junio de 1960 por el Partido Guatemalteco del Trabajo. Los estudiantes de derecho y del Círculo *Salvador Orozco,* de Quelzaltenango, hicieron pronunciamientos públicos que repercutieron en la Universidad Central de Ciudad Guatemala. El asunto fue llevado al parlamento y varios diputados interpelaron al gobierno e hicieron públicas cartas de denuncias. El asunto de los campamentos salió entonces a las calles. Una manifestación estudiantil de protesta por la presencia de cubanos antifidelistas entrenados en el país culminó en un mitin frente a la embajada norteamericana en la segunda mitad de octubre de 1960. La denuncia del coronel Carlos A. Paz Tejeda contra los campamentos y bases militares en territorio guatemalteco, distribuida y publicada en una página completa del periódico *Prensa Libre*, de Guatemala, con una tirada de 30 000 ejemplares diarios, llevaría el asunto a los cuarteles.

Mientras tanto, en las oficinas de la sección "M" (Inteligencia) en Cuba, se iban agolpando los reportes de prensa procedentes de Guatemala. Eran cartas de simpatizantes de la Revolución, e incluso de residentes en Miami y New York y algunos informes de agentes de la Seguridad Cubana. Todas tenían un elemento en común: denunciaban el proyecto de invasión, la existencia de los campamentos y lugares donde se hallaban. Nada más. Es evidente que entre estos se filtraban informaciones preparadas en Quarter Eyes por los oficiales de la CIA a cargo de las acciones de desinformación con el objetivo de confundir y desorientar a Fidel Castro.

Tan temprano como el 30 de septiembre, un agente de la Seguridad que se encontraba infiltrado en un ramal conspirativo del Movimiento de Recuperación Revolucionaria (MRR) en La Habana, informó al oficial que lo atendía: "Este informe es el más importan-

te de todos ya que debido a la magnitud de las cosas que en él plantearán depende la abortación del plan de la embajada yanqui. El día 15 de octubre vendrán todos los equipos por los siguientes puntos: Sagua de Tánamo; norte de Las Villas; Sierra de los Órganos. Estos serán traídos en aviones de la Fuerza Aérea yanqui, piloteados por 70 cubanos. Se tratará de reforzar y crear nuevos frentes. El ataque general o sea desembarco y bombardeo, hay 70 aviones, y el ataque comando será exactamente el 25 de octubre por la mañana. A partir del día 1ro de este mes que viene comenzarán los atentados y sabotajes".[4]

Nada ocurrió. Una sola misión aérea se ejecutó por la aviación de la Brigada 2506, durante el mes de octubre, y consistió en el lanzamiento de un cargamento de pertrechos al sur de Las Villas, sobre el Escambray.

Es evidente que la declaración de Raúl Roa en la ONU el 7 de octubre de 1960, fue minuciosamente analizada por Richard Bissell y sus principales colaboradores, y la aprovecharon para ejecutar nuevas medidas de desinformación.

Así, el 30 de octubre, a solo tres semanas de la denuncia del Canciller cubano en Naciones Unidas, la Inteligencia recibió un cable procedente de México, en el que se expresaba: "Nuestros amigos en Guatemala nos informan del traslado de 6 000 hombres de la finca Helvetia, a Nicaragua".[5] En otro informe dirigido a la jefatura de la Seguridad cubana con fecha 29 de diciembre de 1960, se señala: "Con relación a la pregunta que se nos hace sobre si tenemos un informe concreto de los mercenarios que salieron en 13 barcos el 27 de octubre/60, podemos decirles que en diciembre de 1960 recibimos en esta sección un informe que tiene fecha 26/11/60 que dice así: —Se ha verificado que los efectivos de alrededor de 6 000 hombres fueron movidos en la siguiente forma:

"a) Hacia Nicaragua fueron enviados el 27 de octubre solamente mercenarios extranjeros (particularmente cubanos, salvadoreños, hondureños, etc.).

[4] Archivo MININT.

[5] A finales de octubre en la base Trax, los efectivos de la futura brigada no alcanzaban la cifra de 600 reclutas. Es evidente que la CIA los multiplicó por diez. Archivo MININT.

”b) Otra parte fueron conducidos hacia un campamento en la pista de Chinajá, donde fueron vistos en días subsiguientes.

”c) En la finca Helvetia permanecen los efectivos del ejército de Guatemala que están incluidos en el total y después se envió a dicha finca otro contingente de tropas regulares de aproximadamente 500 hombres. También permanecen en Helvetia bastantes norteamericanos.

”d) Los trabajadores agrícolas y campesinos enrolados en ese ejército fueron desmovilizados, volviendo a las labores agrícolas, pero con una estrecha vigilancia sobre ellos. Se supone que transitoriamente han quedado en esa situación.

”Por lo demás, todo sigue igual en esa base de Helvetia y fincas inmediatas: Hay siempre un total de 150 aviones (sin especificar de qué clase); dato que coincide con lo que Idígoras dijo a los pilotos de la FAG, el 13 de octubre de 1960.

”Los que siguen acampando allí, solo están haciendo entrenamiento de descenso en paracaídas, utilizando un avión de transporte muy grande; pues dan por concluidos otros aspectos del entrenamiento.

”Además, el 30 de octubre del 60 se recibió un cable, procedente de México, en el que nuestros amigos de Guatemala nos informan del traslado de 6 000 hombres de la finca Helvetia a Nicaragua. Era seguro que este traslado se hizo partiendo de Puerto Barrios. Por informes anteriores teníamos conocimientos de la prensa de 13 embarcaciones sin matrícula ni banderas en Puerto Barrios”.[6]

La desinformación salta a la vista. Ningún movimiento se había efectuado, y los efectivos reales de la Brigada eran sensiblemente inferiores. En Cuba, la Seguridad analizaba todas las informaciones y llegaba a sus propias conclusiones. Los movimientos de tropas y las cifras de mercenarios, aviones y barcos se tomaban con reserva, mientras que la existencia de los campamentos y el plan de invasión se confirmaba aún más.

En enero de 1961, como respuesta a las denuncias públicas sobre la existencia de los campamentos y el conflicto que ello había creado en el parlamento guatemalteco, el gobierno de ese país ejecutó un ardid engañoso: invitó a la prensa y a varios parlamenta-

[6] Archivo MININT

rios de la oposición a visitar los supuestos centros de entrenamiento a fin de que comprobasen, *in situ*, la inexistencia de cubanos en ellos. El piloto de la Brigada, Eduardo Ferrer, recuerda así el día de la visita: "A principios de enero se nos dijo que un grupo de reporteros de América y Europa venían a Rayo. Su propósito era dar a conocer la verdad sobre la base a todo el mundo [...] El vuelo que traía los periodistas a Rayo debía llegar a las 11:00 en punto. A las 9:00 a.m. no había nadie en la base. Esa mañana muy temprano habíamos recibido órdenes de empacar nuestros sacos de dormir y las cantinas e internarnos tres kilómetros en la selva. Pasamos la mañana escondidos. Para justificar la existencia de la base se trajo un destacamento de soldados guatemaltecos.

"Cuatro horas después, un explorador nos encontró y reportó que la *Constelación,* con todos los periodistas a bordo, había partido en su viaje de regreso con una 'carga sin noticias'. Volvimos a Rayo dando tropezones, tras haber cubierto seis kilómetros de asfixiante selva centroamericana".[7]

Es evidente que la Agencia aprovechó la existencia aún de algunas sedes diplomáticas cubanas en el área, en particular la de Costa Rica, para su labor de engaño. Dentro de los verdaderos amigos de la Revolución Cubana que se acercaban por aquellos días a estas sedes se filtraron otros, sin duda pagados por la CIA. Al parecer uno de ellos penetró en la embajada cubana en Costa Rica en los primeros días de enero de 1961.

"Aquí se conocía que los centros vitales de este tipo de actividad eran Nicaragua y Guatemala, y como con ninguno de esos países teníamos relaciones, teníamos que situar un oficial en Costa Rica. Recuerdo que llegué el 24 de diciembre, me esperaron para cenar [...] Un día, en enero del 61, cuando llego a la embajada, entro por una esquina y veo que sale un tipo, que era el típico chuchero, vestido de blanco, con zapatos de dos tonos, bueno, y por su físico, se me parece a un maricón que había en mi pueblo. Entonces le pregunto a Wilfredo González, que era el agregado que trabajaba conmigo, ¿oye,

[7] Eduardo Ferrer *Operación Puma*. International Aviation Consultants, INC., 1975, p. 112.

quién es ese hombre? Me dice que traía una información sobre los planes de agresión contra Cuba y que quería ver al Embajador.

"Entonces le pregunté qué le había dicho al hombre. Le había dicho que el Embajador no estaba. ¡Ve a buscarlo y dile que lo va a atender el Encargado de negocios! —le dije—. Y entonces el hombre viene. Se me sentó delante y me dijo que a él le importaba poco el señor Kennedy, ni el señor Castro, ni quien sea, que a él lo que le importaba era la plata. Quería 500 dólares por la información. ¡Ah!, a todas estas, el embajador me había dicho que si venían a vender información que no diera ni un kilo.

"[...] El hombre me dice que él tenía una niña enferma, entonces le digo, oye, mira, yo no puedo darte los 500 dólares, toma estos 30 dólares para que le lleves alimentos a tu hija.. Entonces él se queda así y me dice: 'Yo también sé ser hombre y le voy a dar la información a cambio de nada'. Entonces fijamos el encuentro para el parque Morazán. Allí nos entregó un documento, un sobre blanco, sin ninguna rotulación por fuera y cuando regresamos a la casa, en una olla con agua, lo despegamos. Y cuando lo despegamos, estaba cifrado. Entonces yo le dije a Wilfredo: '¡Hay que ver a ese hombre otra vez!' [...] Cuando lo veo le digo: '¡Coño, compadre, no tengo el código! 'Entonces se fue y regresó con el código. Era el mismo código que existía en la época de Batista y que usaba la Secretaría del Estado, actual Ministerio de Relaciones Exteriores. ¿Cómo un enlace va a tener además de la información cifrada, el código para descifrar ese mensaje? La más elemental medida de seguridad indica que eso no puede ser así. En síntesis, la información decía: 'Equipo de desembarco... armas... recursos materiales... de guerra... fecha: 24 de febrero; y lugar de desembarco: Bahía de Cochinos'. Eso fue en enero de 1961. Llegó ese día y no sucedió nada [...] Hubo compañeros aquí que valoraron como ilógica la información a partir de que consideraban que no era propicio producir una invasión por una ciénaga. El informante volvió a hacer contacto en México y entregó otras informaciones. Después de Girón, el hombre se perdió, se desapareció [...]".[8]

[8] Testimonio del mayor (r) Héctor Gallo.

Hoy está fehacientemente confirmado que en enero de 1961, la invasión estaba fijada para la ciudad de Trinidad. Es evidente que en aquel momento se utilizó Bahía de Cochinos para desorientar a Fidel Castro. Pero este no cayó en la trampa.

El 24 de febrero, Bahía de Cochinos se encontraba desguarnecida, mientras una poderosa agrupación militar se mantenía en el Escambray, al norte de la ciudad de Trinidad, cuyas costas estaban fuertemente vigiladas. Bahía de Cochinos saldría nuevamente a relucir, esta vez en la prensa, señalada como el destino final para el desembarco de un grupo anticastrista en Costa Rica.

El 2 de marzo de 1961, cuando aún la CIA mantenía la ciudad de Trinidad como objetivo de la Brigada 2506, el *Diario de Costa Rica*, en su edición ordinaria, daba cuenta de la denuncia formulada en San José por los diputados costarricenses Marcial Aguiluz y Enrique Obregón Valverde. Los congresistas presentaron copias fotostáticas de una carta con fecha 24 de febrero, en la que los contrarrevolucionarios cubanos Orlando Núñez Pérez y José Miguel Tarafa, delegados del Frente Revolucionario Democrático, informaban sobre sus gestiones para organizar bases de entrenamientos en territorio tico. Aguiluz y Valverde agregaron que los cubanos disponían de tres fincas: Playa Hermosa, en la provincia de Limón; La Cañera, entre Guaipites y Rosanna; y otra cerca del río Sixacla, próximo a Panamá.

Un fragmento del artículo periodístico apuntaba: "Para estos días, un grupo de cubanos y costarricenses que se han entrenado en un lugar que está situado a 10 minutos del paradero de Matina, línea férrea Limón a San José, tienen preparado un embarcadero para dirigirse a la Bahía de Cochinos (Cuba). Para sus objetivos de invasión se les presenta la facilidad del río navegando en el barco *Don Fabio*. Para que se aprecie la autenticidad de este informe damos a conocer parcialmente los que tenemos de un mensaje enviado por uno de los jefes de San José, dirigido a quien se tiene en puerto Limón como jefe o comandante del grupo".

Poco después, un cable también procedente de Costa Rica, despejaba cualquier duda sobre la denuncia aparecida en el *Diario de Costa Rica*. "Fue a principios de marzo. El autor de *Mamita Yunai*, Carlos Luis Falla, *Carlufa*, como le decían sus amigos, era cazador.

Entonces hay una información en la prensa que dice que se están preparando en Tortuguero. Esa es un área de laguna y de caza. Entonces, este hombre va de casería a la laguna de Tortuguero, y él personalmente, hace actividad de inteligencia visual. Después a la embajada y me dice que puedo estar seguro que allí no hay nada de eso".[9]

No sería sino hasta el 14 de marzo que los expertos de la CIA y el pentágono seleccionaran a Bahía de Cochinos. De un punto en el mapa que según todo indica fue utilizado por la Agencia para desorientar a Fidel Castro, Bahía de Cochinos pasó a convertirse en el destino final de la Brigada de Asalto 2506. El resultado fue que aun sin proponérselo, la Agencia acababa de ejecutar una brillante operación de desinformación. Fidel Castro no se dejaría conducir hacia lo que hasta el 14 de marzo había constituido una trampa.

A finales de marzo y en las primeras semanas de abril, cuando la dirección revolucionaria decidió hacer regresar a sus puntos de origen a los más de 50 000 milicianos que se hallaban en el Escambray, uno solo de los más de 70 batallones, que contaba con armamento ligero y escasa preparación militar, fue movilizado a la defensa de la costa en Bahía de Cochinos, aunque solamente un pelotón y cinco hombres de una escuadra fueron dislocados en dos puntos del litoral, el grueso del batallón fue destinado al central Australia, a 29 y 67 *km* respectivamente de Playa Larga y Playa Girón. El puerto de Casilda y la zona limítrofe, en las proximidades de la ciudad de Trinidad, conservaron la máxima prioridad para la defensa de sus costas.

Un extenso informe confidencial elaborado por el G-2 y dirigido al jefe de la Revolución Cubana, sobre los campamentos y bases de mercenarios en Guatemala, Nicaragua y la Florida, era devuelto a las oficinas de la Seguridad, el 7 de abril de 1961. Había sido confeccionado el 12 de enero y en él se ratificaba la existencia de los campamentos en Guatemala y las cifras de efectivos militares, aun-

[9] Ibídem.

que multiplicados por 10 y en uno de sus párrafos, la fuente primaria se esfuerza, al parecer, en insistir en la autenticidad del dato. En uno de sus párrafos se señala: "En finca Helvetia había 600 tiendas de campaña divididas en dos campamentos de 300 tiendas cada una. Una persona que se encontraba en una de dichas tiendas informó que había un promedio de 10 hombres en cada tienda, lo que hacía un total de seis mil mercenarios".

Los reclutas en Trax no dormían en tiendas de campañas, sino en barracas. La vieja y repetida desinformación acerca del número de futuros invasores continuaba arribando a La Habana.

La aviación enemiga, según el mencionado informe, contaba con aviones jets y bombarderos B-29, superfortalezas volantes. Si bien la fuerza aérea de la brigada 2506 no contaba con bombarderos B-26, no quedaban dudas de que disponían de aviones para bombardear objetivos militares. El gobierno cubano, por su parte, preparaba aceleradamente los cursos de artillería antiaérea.

El informe además recogía una síntesis de las informaciones aparecidas en la prensa internacional, incluyendo Estados Unidos, sobre los campamentos y preparativos de la invasión, las cuales se añadían a las que por otras vías habían llegado a La Habana. Las informaciones aparecidas en estos reportajes de prensa, principalmente estadounidenses e ingleses, y que con los años se han convertido en fuentes de controversias entre quienes aducen que el proyecto de invasión le fue telegrafiado a Fidel Castro, y los que señalan, acertadamente que nada nuevo conoció el líder de la Revolución por la prensa norteamericana. En una de las páginas finales del largo informe se señala: "Como se habrá podido observar, estas informaciones de los corresponsales norteamericanos que provocaron un escándalo internacional aportan solamente escasos datos sobre las bases de mercenarios en Guatemala, cuya información completa ya tenía en su poder este Departamento de información G-2 y que se relaciona en la primera parte de este informe. Actividades que fueron denunciadas oportunamente por el gobierno y su representante en la ONU, doctor Raúl Roa".[10]

[10] Informe dirigido a Fidel Castro por la Seguridad del Estado, de fecha 12 de enero de 1961. Documento desclasificado durante la Conferencia Académica: Girón, 40 años después.

Las últimas palabras del informe se refieren a las actividades mercenarias en la Florida. Nuevamente, estas evidencian la labor de desinformación de la Agencia: "Es conocido el campamento que tiene el FRD de Tony Varona, en el cual hay 1 400 mercenarios [...]. En total se puede considerar que hay unos 5 000 mercenarios recibiendo entrenamiento en distintas partes de Estados Unidos [...] de estos campos de entrenamiento de la Florida se han venido trasladando mercenarios para Guatemala y para la isla Cisne en aviones de transporte del ejército norteamericano y en varios aviones civiles de carga. La isla Cisne es utilizada como estación de tránsito en la que permanecen algunos días y luego los mercenarios son trasladados a la base naval de Guantánamo [...] El primer grupo transportado a Guantánamo estaba constituido por 150 hombres que viajó el pasado 24 de octubre en el barco de guerra *Burman* de la marina de los Estados Unidos; a cargo del capitán Joseph Mc Donald. A partir de esta fecha todas las semanas se han embarcado grupos de 150 hombres con armas, parque, medicinas y víveres [...] Los mercenarios situados en Guantánamo camuflajeados con uniforme verde olivo con pintas carmelitas y blancas que fueron utilizados por la infantería de marina en la Segunda Guerra Mundial, son las mejores tropas y poseen las mejores armas".

En estas últimas páginas del informe confidencial se resume una de las prioridades desinformativas de la CIA: hacer creer a Fidel Castro que la invasión se produciría por varios puntos del país y no por uno solo: "El plan es lanzar pequeñas expediciones tipo comando a distintos puntos de la isla, sincronizándolas con atentados y actos de sabotajes en las ciudades. Estas expediciones partirán de la Florida, de algunos cayos adyacentes y posiblemente de la isla Cisne. Mientras se efectúen los desembarcos, los mercenarios acampados en la Base Naval de Guantánamo saldrán hacia la Sierra Maestra, desde la cual como centro de operaciones, proyectan atacar varias ciudades de la provincia de Oriente, apoyados por la invasión con base en la isla Cisne y en Guatemala".

Luego de confirmar la invasión por Bahía de Cochinos y del desembarco por Baracoa del batallón al mando de Higinio Díaz, la CIA esperaba que Fidel Castro vacilara antes de mover las mejores fuerzas y medios de que disponía para defensa de la capital. Con-

fiaba en que esperase los nuevos desembarcos. Quizá, por eso la Brigada 2506, se preparó para enfrentar a las fuerzas militares procedentes de Santa Clara, distante a más de 200 *km* de Bahía de Cochinos. El grueso de las fuerzas de la Brigada de Asalto 2506 se dislocó hacia el noroeste y este de Playa Girón, por donde convergían los caminos procedentes de Santa Clara y Cienfuegos.

Pero nada de eso sucedió. Cuentan los testigos presenciales en el Punto Uno, que la madrugada del 17, luego de los reportes del desembarco por Girón y Playa Larga, Fidel planteó a los oficiales allí reunidos que había que derrotar inmediatamente a los invasores y sin dudar un instante dispuso la movilización de las fuerzas para enfrentar al ataque. Estaba convencido de que ese era el desembarco principal.

La CIA había logrado ocultar el secreto acerca del lugar escogido para la invasión, pero no consiguió engañar a Fidel Castro.

Misión: paralizar La Habana

El largo timbre se dejó escuchar en los cinco pisos para anunciar el cierre inmediato de la tienda. Automáticamente, el equipo central del aire acondicionado dejó de funcionar y la temperatura en el interior del enorme edifico comenzó a ascender. El 59% del alumbrado interior se apagó y los ascensores detuvieron su marcha al arribar a la planta baja. Los porteros impidieron la entrada de nuevos clientes, mas, los que se hallaban en el interior, casi tres centenares, no fueron molestados. Los empleados que no estaban atendiendo a algún usuario se dispusieron a marcharse. Los que aún curioseaban por algunos de los 19 departamentos de la tienda, revisando telas, vajillas, canastillas, muebles, objetos de plata y oro, discos, útiles de cocina, zapatos y cientos de artículos más, de la más variada calidad y distintos precios, o esperaban su turno para sentarse en la cafetería, ya no podrían adquirir nada. En cinco minutos el establecimiento quedó prácticamente vacío. Eran las seis de la tarde del 13 de abril de 1961.

Carlos González Vidal despachó su última venta, abandonó el departamento de discos y se dirigió con pasos apresurados hacia el de telas. Tenía el rostro encendido y parecía violentamente contenido y concentrado. Se llevó la mano al pecho y con los dedos rozó la medalla dorada con la imagen de la Caridad del Cobre. Tres empleadas aún permanecían en el departamento de telas, uno de los más grandes de la tienda. La presencia de Carlos no llamó su atención. Era amistoso y jovial. Si algo empañaba su carácter era una creciente hostilidad hacia la Revolución. Pero con sus compañeras

era atento, locuaz y pacífico. En los últimos días las había ayudado a la hora del cierre. Colocó varias puertas de corredera que dividían los anaqueles de telas, para protegerlas del polvo, mientras comentaba sobre la venta de discos. "Cada día entran menos desde los Estados Unidos".

Luego de colocar una de las divisiones, Carlos quedó solo. Entonces extrajo del pequeño maletín personal una cajetilla de cigarrillos Edén, y oprimió con los dientes un extremo hasta sentir como la calamina en su interior se quebraba. Aquello era realmente una petaca incendiaria.

Una semana atrás, Mario Pombo Matamoros, jefe de la organización contrarrevolucionaria Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP) en el sector del comercio, se había reunido en la casa marcaba con el número 156 de la calle Paseo y ultimado los detalles del sabotaje más importante que realizaría la organización: destruir El Encanto. Poco después conversaba el asunto con Carlos González, quien aceptó ejecutarlo, pero puso como condición que lo sacaran inmediatamente hacia Estados Unidos.

En horas de la mañana del día 13 una llamada telefónica lo sacó de la cama. Poco después, su enlace con la organización, Arturo Martínez Pagalday le entregaba en la calle dos petacas incendiarias, con la indicación de colocarlas en algún punto vulnerable de la tienda. Por eso, Carlos se encontraba ahora en el departamento de telas, un sitio ideal para provocar un gran incendio.

Deslizó una de las petacas entre dos rollos de tela y regresó al pasillo, avanzó unos pasos y se introdujo en otra estantería; allí repitió la acción, se sentía seguro. Había preguntado a su enlace si esas bombas eran americanas y Mario Pombo había afirmado con la cabeza: "Me las entregó alguien que vino de allá. Tienen el poder combustible de 100 cocteles Molotov". Mario no mentía. Jorge *Cawy* Comellas, agente especial, miembro de los *teams* de infiltración le había entregado las petacas e instruido cómo colocarlas.

Minutos después, Carlos abandonaba la tienda. A 200 metros subió a un auto. "¿Y?" —preguntó el chofer. "Las puse" —respondió Carlos sin poder dominar una creciente sensación de ansiedad que comenzaba a adueñarse de él. Pensó que se le pasaría solo al siguiente día por la noche cuando estuviera muy lejos de Cuba. El auto enfiló rumbo al malecón, torció a la izquierda y se perdió en

busca de una de las playas del litoral norte, en las afueras de la ciudad.

En el interior de El Encanto, una explosión, seguida de otra, inició un incendio en los anaqueles de telas. El humo comenzó a salir por los intersticios de las puertas y ventanas. Los bomberos, auxiliados por cientos de voluntarios, vertieron hasta el amanecer toneladas de agua sobre el edificio en llamas, sosteniendo sobre sus cabezas las largas mangueras y auxiliaron a los asfixiados, mientras cientos de personas cargaban mercancías de los sótanos o lanzaban cubos de agua sobre los cristales de las tiendas vecinas para que no estallasen. Pero al despuntar el alba, la mayor tienda de Cuba ya no existía. El terreno donde hacía unas horas se levantaba, se había convertido en un amasijo de hierros, ladrillos y maderas carbonizadas. De los escombros, varios días después eran extraídos los restos de una empleada.

Ninguno de los allí presentes preguntó acerca de las causas del siniestro. Todos lo sabían. Se había cumplido una máxima que uno de los oficiales CIA en la Florida, a cargo de los envíos de explosivos a Cuba, solía decir a los agentes cubanos: "Un hombre solo, en posesión de uno de estos explosivos, puede causar una terrible conmoción en una gran ciudad". Y una de las prioridades de la estación de la CIA en Miami era el envío de armas y explosivos a la isla, y de agentes preparados para entrenar a otros en su uso.

"Aunque los preparativos de invasión estaban absorbiendo la mayor parte de las energías y los fondos del proyecto WH/4, todavía se estaba tratando de estimular a la oposición clandestina. En febrero se realizaron seis exitosas operaciones anfibias que transportaban armas y materiales[1] y 13 en marzo, así como dos exitosos lanzamientos en paracaídas también en marzo. Prosiguió la infiltración de agentes. A partir del 15 de febrero, la Base de Miami reportó el siguiente número y tipos de agentes en Cuba: contrainteligencia, 20; inteligencia positiva, 5; propaganda, 2; paramilitares, 4. Para el 15 de marzo, la Base reportó que esas cifras habían subido respectivamente a 21, 11, 9 y 6. Para la fecha de la invasión, el personal de la Base de Miami había aumentado a 160 personas. La intensidad de la actividad durante los últimos meses de la ope-

[1] Entiéndase explosivos como las petacas que redujeron a cenizas El Encanto.

ración está indicada por la de un día seleccionado al azar, como fue el 9 de febrero, cuando 21 oficiales de caso pasaron 140 horas en contacto personal con 125 cubanos".[2]

"El Encanto era muy bonito, muy elegante, pero antiguo. Había sido construido a fines del siglo pasado y remodelado y ampliado varias veces. Por eso se desplomó completamente. La tela produce mucho humo, y como estaba totalmente cerrado lo cubrió todo. Las pérdidas totales se calcularon en 20 millones de pesos. Era la tienda más grande del país, tenía 930 empleados. Al día siguiente fue que descubrimos que faltaba Fe del Valle. Yo llegué a la conclusión, luego de investigar el hecho, de que ella había subido al cuarto piso, donde estaban las oficinas de la Federación de Mujeres Cubanas, allí estaban los fondos de la organización. Tuvo que subir por la escalera eléctrica que estaba detenida. Cuando llegó arriba y trató de bajar nuevamente, el humo que comenzaba a invadir ese piso, le dificultó encontrar la escalera nuevamente. Quizá no la pudo encontrar en aquel piso lleno de estanterías y cada vez más inundado de humo. No se podía bajar por otro lugar; las escaleras de emergencia se encontraban detrás de los ascensores y esa zona se había cubierto de humo enseguida. De esta forma, Fe del Valle quedó atrapada.

"De inmediato comenzamos las investigaciones; en eso estábamos cuando se produjo el bombardeo a los aeropuertos. Entonces comienzan las detenciones de contrarrevolucionarios. Yo estaba en Operaciones de Seguridad. Entonces me entero que Carlos González estaba allí, detenido. Desde hacía muy poco yo había ingresado en la Seguridad. Yo antes había sido empleado de El Encanto y conocía a muchos allí, entre ellos a Carlos. Había tenido varias discusiones con él por asuntos de política. Bueno, pedí su tarjeta y así conocí que lo habían detenido en la playa Baracoa, como a las 12 de la noche, mientras hacía señas con una linterna hacia el mar. Se puso tan fatal que el jefe de la compañía de milicias que custodiaba esa zona de la costa, Pena, era también empleado de El Encanto y lo reconoció enseguida. Bueno, lo enviaron para 5ta y 14, donde quedó detenido sujeto a investigaciones. Se sorprendió cuando me vio. Él no sabía

[2] Informe del inspector general de la CIA, Lyman Kirkpatrick. Documento desclasificado por el gobierno de Estados Unidos.

que yo estaba en la Seguridad. Se le había ocupado el salario de la quincena y aún no era día de pago. Cuando le pregunté cómo era posible eso, me respondió que lo había pedido anticipado. Aquello no era usual ni muy lógico. Empecé a sospechar.

"A mi me habían dicho que en el Tikoa Club se habían ocupado 50 ametralladoras, y aunque todo aquello resultó ser mentira, yo sabía que el Tikoa era propiedad de un familiar de Carlos. Entonces le solté a boca de jarro: 'Tú estás enredado en el asunto de las ametralladoras que se ocuparon en el Tikoa'. 'En eso si que no' —me respondió rápidamente, sin pensarlo. Le pedí al otro compañero que tomaba notas que saliera de la habitación. Cuando nos quedamos solos, lo miré fijo a la cara y le dije: 'Con el fuego si tuviste que ver'. Se echó a llorar. Un rato después se compuso y confesó. Me dijo que las petacas se las habían dado a las dos de la tarde y me detalló cómo lo hizo.[3]

Es posible que Carlos González no saliera de su asombro. En la playa donde se ocultaba había sido detenido por un miliciano, empleado de El Encanto igual que él. En la Seguridad del Estado lo había interrogado otro obrero, también empleado de la tienda. Parecía que en Cuba todo el mundo se conocía.

Ese conocimiento que tenían la población y la Seguridad del Estado acerca de los contrarrevolucionarios, sería factor determinante en la paralización del clandestinaje en el país.

La destrucción de la tienda representó el punto más alto de la actividad subversiva, pero para entonces las organizaciones contrarrevolucionarias, debido a los golpes recibidos, no estaban en condiciones de brindar el apoyo esperado en la invasión.

Durante los tres últimos meses, el clandestinaje había realizado una intensa actividad para hacerse sentir. Un breve vistazo a la prensa de la época nos ofrece una muestra acerca de lo que ocurría, incluso, quizá, pálida.

El 5 de febrero, en el reparto Ciro Redondo, en la ciudad de Bayamo, había estallado una bomba en las manos del obrero que la había

[3] Testimonio del coronel Oscar Gámez 1994.

encontrado, hiriéndolo de gravedad y ocasionándoles heridas a 5 niños. Ese mismo día un avión volaba sobre La Habana y lanzaba volantes donde se incitaba a los estudiantes a una huelga. Al siguiente, cientos de estudiantes de las escuelas católicas privadas, integradas casi en su totalidad por hijos de la burguesía cubana iban a la huelga bajo la consigna divulgada por *Radio Swan,* "caigan los libros, hasta que caiga el tirano". Los estudiantes revolucionarios ripostaron y la huelga fracasó.

El 7 en la Plaza Cadenas de la Universidad de La Habana, el techo de un automóvil caía a más de 50 metros del lugar donde se hallaba estacionado. Una bomba había estallado en su interior. El 8 era remitido a los tribunales el autor material del sabotaje a los almacenes de tabaco en ramas situado en Dragones 108, en la capital, que había ocasionado cuantiosas pérdidas y 12 personas lesionadas. El 13, el contrarrevolucionario Bienvenido Infante Suárez era sorprendido por un grupo de vecinos en los instantes en que se disponía a colocar una bomba en el registro de Amistad y Barcelona; se le ocupó el explosivo, una granada y una pistola. Al día siguiente, 14 miembros del MRR, siete de ellos alzados en la región montañosa de Sagua la Grande eran detenidos. Se les ocuparon armas y brazaletes con las siglas MRRFRD.

El 19 de febrero, un avión desconocido dejaba caer miles de volantes sobre los populosos barrios de Marianao y Regla. En ellos se incitaba a la realización de sabotajes.

El 26, mientras en Washington se definían detalles para la invasión, y en la isla, la contrarrevolución hacía todo lo posible por hacerse sentir. Fidel Castro, sin perder el hilo de los acontecimientos, por tercer domingo consecutivo concurría al trabajo voluntario en el corte de caña, laborando más de seis horas. Después se sentó bajo un árbol a conversar con los cooperativistas sobre la diversificación de la producción y almorzó con ellos. Ese mismo día el *Miami News* publicaba en un cintillo de primera plana. "LOS RUSOS CONSTRUYEN UNA BASE EN CUBA". Y el periodista Hal Hendrix —quien trabajaba para David Atlee Phillip, a cargo en Quarter Eyes del programa de guerra psicológica— aseguraba que había recibido la información desde Cuba en un microfilme, añadiendo que habían sido asignados 300 soldados para su custodia y

que 15 de ellos habían sido ejecutados por protestar ante una visita de funcionarios rusos. Hendrix emulaba con *Radio Swan.*

El 28, un miliciano de 14 años, Pedro Morejón, era asesinado por la espalda por un grupo de contrarrevolucionarios. Su cuerpo apareció cerca del río que atravesaba el poblado de San Pedro de Mayabón. Cuatros días antes, otro miliciano, Lázaro García Granados también era ultimado. Cerca de las tres de la tarde del 28 de febrero, al terminar el receso, una bomba estalló en la Nobel Academy, una escuela privada de Secretariado Comercial. El impacto destruyó las paredes de tres aulas, así como puertas, sillas y ventanas. Siete alumnos resultaron heridos. Una de ellas, de solo 16 años perdió el ojo izquierdo. El primero de marzo, un avión dejaba caer millares de proclamas contrarrevolucionarias sobre Matanzas. Unas 5 000 personas se congregaron alrededor de hogueras y las quemaron. A 17 kilómetros de la ciudad, al parecer la misma avioneta lanzaba fósforo vivo sobre los campos de cañas que se extendían en la zona, mientras que en la capital estallaban tres bombas. El 7 de marzo, en el parqueo del lujoso hotel Habana Libre explotaba otra bomba.

José María Méndez Marrero, de 20 años de edad, se disponía a parquear su motocicleta frente al centro comercial Sumesa, en Altahabana, cuando una potente explosión lo lanzó por los aires. Al impactarse contra el pavimento ya era cadáver. En Campo Florido, otra bomba colocada en un transformador del tendido eléctrico dejaba a oscuras el poblado de Guanabo. En el Ministerio del Trabajo, una miliciana descubría una bomba en uno de los baños. Unos minutos después, otro trabajador lograba desactivarla. En Camagüey, Pinar del Río y Artemisa, avionetas procedentes del norte lanzaban octavillas contrarrevolucionarias. Los simpatizantes de la Revolución las recogían y quemaban públicamente.

Carlos Rodríguez Borbolla trabajaba en el almacén de papel situado en las calles Francos y Santa María. Carlos era miliciano y en la noche del 6 de marzo montaba guardia en el centro de trabajo cuando un auto se detuvo frente a la entrada. Uno de sus ocupantes le pidió una orientación, y cuando él se acercó lo suficiente, el hombre lo golpeó en la cabeza. Luego lo apuñalearon y le dieron candela al almacén.

El día 8 una bomba estallaba en las calles 12 y 19 en la populosa barriada del Vedado.

El 11, otra bomba en las torres de servicio eléctrico en Víbora Park, provocaba un apagón de varias horas en la Víbora, el Vedado, Marianao y Plaza de la Revolución. Ese mismo día moría, después de cuatro meses de agonía, Raúl Silvio Vega, quien había sido tiroteado desde un auto en marcha en los instantes en que se dirigía a la Escuela de Responsables de Milicias, en Matanzas.

A las 03:30 de la madrugada del 14 de marzo, una embarcación artillada abría fuego de ametralladoras y cañones contra la refinería de petróleo nacionalizada ubicada en Punta Gorda, a la entrada de la bahía de Santiago de Cuba.[4]

Ese mismo día, otra bomba dejaba sin luz a varias zonas del centro de la capital, mientras ardían dos de las tiendas más concurridas, los Ten Cents, ubicados en Monte y Suárez, y en la calle Obispo. Las dos acciones terroristas habían sido ejecutadas con petacas incendiarias y de forma sincronizada. "Semejan tabaqueras de bolsillos, las cuales se llenan con gelatina altamente inflamable. A ambos lados se adicionan dos fulminantes" —alertaba la prensa a la población.

El 21 de marzo a las 11 de la noche explotaba una potente bomba en un auto estacionado en la calle 15 entre 2 y 4, en el Vedado, frente a un local donde la Federación de Mujeres Cubanas celebraba un acto revolucionario. Dos personas resultaban destrozadas por la explosión. Otra bomba estallaba en San Lázaro y Malecón, provocando el pánico entre los caminantes.

Los sabotajes y terrorismo eran respondidos con improvisados actos de condena multitudinaria y exhortaciones a los Comité de Defensa de la Revolución para que redoblaran la vigilancia. La organización, estructurada a nivel de cada cuadra en las ciudades; y por fincas y cuartones en el campo, contaba a finales de marzo con 104 000 comités en todo el país.

El 31 de marzo el presidente Kennedy invitaba al senador James William Fulbright, presidente de la Comisión de Relaciones Exterio-

[4] Años después se conocería que el ataque había sido realizado desde la LCV *Blagar*, que semanas después brindaría protección a la flota naval de la brigada 2506. Sería el buque insignia.

res del Senado de Estados Unidos, a pasar con él las pascuas de resurrección en Palm Beach.

El presidente Kennedy también era católico. Al conocer la invitación, Fulbright redactó un memorándum que le entregó al presidente al abordar el avión que los llevaría al sur, cerca de Cuba. Después de analizar los pro y los contras —para Estados Unidos— de cada uno de los posibles cursos de acción respecto a Cuba, Fulbright afirmaba: "Debe también afrontarse la perspectiva de que una invasión a Cuba por exiliados encontraría una formidable resistencia que los exiliados. por sí solos, no serían capaces de vencer". [5]

Ese mismo día se desarticulaba un plan para asesinar al comandante Fidel Castro en los instantes en que este penetraba a las oficinas ubicadas en calle 11, en el Vedado.

El primero de abril, los diarios anunciaban la detención de un grupo de contrarrevolucionarios. Realmente habían sido apresados el 24 de marzo. La Seguridad había propinado un duro golpe a la Triple A, una de las organizaciones que en sus inicios había integrado el FRD. La Triple A había preparado un atentado contra el primer embajador de la URSS en Cuba, y era responsable de decenas de acciones de sabotajes y terrorismo, entre ellas el incendio contra una importante colchonería de la capital. Les fue ocupada una planta trasmisora.

Esa semana también resultaba desarticulado otro grupo subversivo dirigido por Roberto Herrera del Rial, propietario de la sastrería Diamar, ubicada en el centro de la capital. Herrera integraba la dirección del Movimiento Demócrata Cristiano y formaba parte del Frente Insurreccional Nacional (FIN), otro esfuerzo de la CIA para unificar organizaciones clandestinas de menor cuantía. En la sastrería propiedad de Herrera se confeccionaban camisas azules de mezclilla que identificaban a los milicianos, uniformes del Ejército Rebelde y de la policía, que proporcionaban a otras organizaciones clandestinas para utilizarlos en la ejecución de acciones subversivas.

[5] Karl E.Meyer. *El senador Fulbright*. Edit. Macsadden Book. New York. 1963. p. 198.

El 29 de marzo era ubicado en la calle 32 # 210 en la barriada de el Vedado, el almacén de armas y explosivos del Directorio Revolucionario Estudiantil (DRE): petacas, granadas, armas de diversos calibres, dinamita, mechas, espoletas y fulminantes. El abundante material formaba parte de los embarques que la CIA realizaba desde la Florida. El DRE, organización de escasa membresía —hay testimonios que señalan que no llegaban a los 500 hombres, pero de estos, casi un centenar ponían bombas—, lo integraban militantes religiosos con un fuerte dogmatismo anticomunista.

"[...]Que de los materiales que él retenía a su cuidado, servían a otros compañeros suyos, según lo ordenara el propio Damián. Que el sistema que empleaba era llevar el material necesario a algún lugar público y allí lo entregaba y cuando sobraba material le era devuelto y él lo guardaba para la próxima acción".[6]

El 17 de abril, mientras la brigada 2506 desembarcaba por Bahía de Cochinos, Hans G. Ebner, entonces coordinador nacional militar del DRE, escondía precipitadamente en la cisterna del edificio de Ingeniería Mecánica de la Universidad Católica de Santo Tomás de Villanueva, los últimos materiales en poder de la organización: seis relojes bombas, detonadores, fósforo vivo y varias decenas de explosivos C-4, así como media docenas de uniformes verde olivo. No pocos de los militantes del DRE habían sido formados y alentados a conspirar por los sacerdotes que dirigían las escuelas católicas.

El 3 de abril, Roberto Sierra Barrios, de 24 años, miliciano y trabajador de una pequeña carpintería, se disponía a tomar el ómnibus frente a los talleres de las revistas *Verde Olivo* y *Vanidades* cuando una explosión lo proyectó. Luego fallecía en el hospital. Al día siguiente, la madre y la esposa del muchacho declaraban a la prensa que a los terroristas debían fusilarlos.

Dos días después, a las cinco de la tarde se originaba un incendio en el almacén de azúcar del central Camilo Cienfuegos, antiguo Hershey. Las pérdidas se elevaban a 279 000 sacos de azúcar de 100 libras.

El 7 de abril, Carlos Manuel Calvo Martínez, miembro de Rescate, colocaba una bomba en los portales de El Encanto que destruyó las vidrieras de las tiendas cercanas. Calvo fue detenido.

[6] Declaraciones de Virgilio Campanería Ángel a la Seguridad del Estado. Archivo MININT.

El 11 de abril, por la denuncia de un ciudadano, fueron ocupadas en una casa ubicada en la Autopista, al noreste de la capital, una ametralladora calibre 30, una bazooka, cuatro M-3, seis Garand M-1, equipos de radio de campaña, explosivos y abundante parque; además fueron detenidos 20 contrarrevolucionarios.

El 12 de abril, otro terrorista, José Ramón Rodríguez Borges era detenido cerca de la mencionada tienda. En una bolsa ocultaba dos bombas con sus detonadores.

El 13 de abril mientras trataban de sofocar un incendio provocado por contrarrevolucionarios en un campo de caña, cuatro campesinos resultaban carbonizados. Esa misma noche en la capital, la contrarrevolución lograba reducir a cenizas la mayor tienda del país.

Uno de los golpes más duros propiciados a la CIA en el país ocurrió el 18 de marzo con la detención de varios de sus agentes más importantes.

> Esa tarde se celebró una reunión decisiva en una casa color amarillo pastel, en la tranquila calle 11 del reparto Miramar. Humberto Sorí Marín, Rafael [Díaz] Hanscom y Roger González se encorvaban sobre una mesa del comedor junto a otros seis. [...] Fumándose un Camel tras otro, como era habitual en él, Sorí Marín señaló con su huesudo dedo los objetivos situados en los mapas esparcidos sobre la mesa.
> Algunas cuadras más allá, una patrulla de la milicia en su recorrido de rutina se detuvo frente a una casa y tocó a la puerta. La nerviosa mujer que la ocupaba salió disparada por la puerta de atrás y corrió hacia la casa amarilla de la calle 11 que era propiedad de amigos de ella. Pero la patrulla la detectó e irrumpió en el lugar. Sorí Marín sacó su pistola, pero fue reducido por la metralleta checa recortada de un miliciano y herido gravemente. Los otros levantaron las manos.[7]

Realmente, no hubo casualidad ni rutina. "Me personé en la dirección citada con dos agentes más. En la precipitación me pusieron mal el número de la casa. En vez del 110, me dieron el 108.

[7] Huncle Warren y Turner William: *El pez rojo,* 1ra edición. Editora: Harper & Row Publishers, New York, 1981, pp. 72-73.

Llego y le indico a los dos que me acompañan que cubran por atrás. Cuando estoy tocando la puerta, miro hacia la casa vecina y veo a través de los cristales del comedor, un grupo de hombres reunidos alrededor de una mesa. Comprendo que esa es la gente. Entonces me abren la puerta en el número 108 y sale una mujer. Le pregunto quién vive al lado y me responde que unos amigos de ella y que casualmente ella va para allá; la dejo, pero sospecho que está en el asunto. Me sitúo detrás de ella y avanzo mientras le hago señas a mis dos compañeros para que se muevan hacia la casa vecina. Dejo que la mujer toque a la puerta y cuando le abren, la aparto, saco la pistola y entro en la casa. Realmente los sorprendí. Eran siete hombres, los conmino, y poco después llegan los otros dos agentes. Los registramos y desarmamos. Sorí Marín me decía una y otra vez que él era agente del G-2, y en un descuido huye corriendo. Lo persigo durante más de 200 metros, y casi llegando a la costa, después de efectuar varios disparos al aire, hago fuego sobre sus piernas y lo hiero en un glúteo".[8]

En la casa fueron detenidos 11 contrarrevolucionarios, entre ellos el organizador del clandestinaje en la isla, máximo representante del MRR y hombre fuerte de la CIA en Cuba, Rogelio González Corzo, quien venía operando desde hacía casi dos años bajo el seudónimo de Francisco, nombre que aparecía una y otra vez en cientos de informes de la Seguridad cubana. Al ser detenido mostró documentos falsos que lo identificaban como Harold Boves Castillo. Además fue detenido Rafael Díaz Hanscom, coordinador nacional del Frente Unido Revolucionario, una organización recién creada por la CIA con el objetivo de lograr la coordinación de las acciones entre las diversas agrupaciones contrarrevolucionarias. Esa noche, otros dos contrarrevolucionarios fueron apresados cuando tocaron a la puerta de la casa marcada con el 108. Un oficial del G-2 les abrió.

Varios días más tarde, el capitán Federico Mora y un grupo de combatientes registraban los alrededores de la playa Celimar, donde los complotados habían enterrado un alijo de armas y explosivos luego de infiltrarse en el país, procedentes de la Florida. Un vecino les informó que noches atrás las luces del club allí enclavado se apagaron y encendieron varias veces. Mora comprendió el

[8] Testimonio del coronel José Luis Domínguez. 1995.

significado de aquello. Inmediatamente detuvo al dueño del club. Poco después eran desenterrados 11 sacos de yute y 13 mochilas cargadas de nitroalmidón, un explosivo de alto poder; 16 latas llenas de fósforo de seguridad, 13 rollos de mecha detonante, 10 cajas con 160 granadas incendiarias, 25 granadas de fragmentación, 10 pistolas calibre 45, seis carabinas M-1, 8 ametralladoras M-3, apropiadas para el combate urbano y abundante parque. Uno de los sacos rebosaba de octavillas con exhortaciones e indicaciones para la realización de sabotajes. Otro contenía 120 petacas incendiarias que pasaban por simples cajetillas de cigarrillos. Dos similares a estas serían suficientes para reducir a cenizas la mayor tienda por departamentos de Cuba dos semanas después.

En los días que precedieron a la invasión, las diferentes organizaciones clandestinas habían logrado realizar actividades terroristas de cierta significación, aunque escasas en relación con el programa de acciones internas previsto por la Agencia. La destrucción de la tienda por departamentos El Encanto resultó ser la de mayor envergadura, el punto culminante; pero paradójicamente, señaló el comienzo del fin de cualquier resistencia organizada, al menos durante los días de la batalla. "Nuestra misión era paralizar La Habana".[9] Pero nada en Cuba se hacía demasiado tarde.

El 15 de abril, después de los bombardeos a los aeródromos, las fichas donde se hallaban los datos de un buena parte de los conspiradores en el país, eran entregadas a los agentes de la Seguridad encargados de su apresamiento. Hugh Thomas asegura, en su obra, *Cuba, for the persuit of freedom [Cuba por el camino de la libertad],* que unos 2 500 agentes de la CIA o colaboradores resultaron detenidos.

Realmente, la neutralización de la contrarrevolución interna resultó más abarcadora. Los contrarrevolucionarios más activos se encontraban individualizados. Los primeros detenidos llenaron en pocas horas los locales de la sede de Operaciones del G-2 cubano, 5ta y 14, y varias casas aledañas. Pronto hubo unos 1 000 conspiradores y colaboradores. Entonces se utilizó el teatro Blanquita,

[9] Testimonio de Bebo Acosta. Documental *Girón, ¿derrota o traición?*

que tenía una capacidad aproximada de 5 000 butacas, y posteriormente la Ciudad Deportiva, con una capacidad para 15 000, que no llegó a completarse. Se puso en claro para los organizadores de la operación que la medida se había desbordado debido a la iniciativa de aquellos que apoyaban la Revolución. Los detenidos sumaban más que los registrados en los casos de la Seguridad. El día 8 se comenzaron a tomar medidas para frenar esta situación. Solamente eran aceptados en los centros de retención aquellos que venían con la contraseña "Cuco" o "Cuca". Al clero católico comprometido con las actividades contrarrevolucionarias no se le molestó, y permanecieron en las iglesias y conventos, aunque sometidos a vigilancia. En total, la cantidad aproximada de detenidos en la capital fue de unas 20 000 personas. Estas se produjeron sin muertos ni heridos entre los contrarrevolucionarios, no así entre los agentes de los órganos de la seguridad que sufrieron un muerto y un herido. Mucho se ha escrito sobre estas masivas detenciones, que se produjeron en circunstancias excepcionales de peligro para la nación cubana. La medida no era injustificada ni nueva, aunque se cometieron errores. Cuando se produjo el ataque japonés a Pearl Harbor, el gobierno norteamericano detuvo y mantuvo en prisión preventiva, en campos fuertemente custodiados, a unos 100 000 japoneses y descendientes, que residían en Estados Unidos; y hoy está demostrado que casi ninguno de ellos, por no absolutizar, estaba conspirando a favor de Japón. Y los cubanos detenidos comenzaron a ser liberados después de liquidada la invasión.

Las declaraciones de algunos de los principales agentes de la contrarrevolución, hechas con posterioridad, corroboran la efectividad de la neutralización así como de los golpes propinados en vísperas de la invasión: "Cuando llegó Girón ya la Unidad estaba desorganizada y la huida en masa, tantos de los ejecutivos, como de los dirigentes de grupos y organizaciones terminó con todo, los pocos dirigentes que quedamos fueron siendo detenidos y estimo soy el último que quedaba del relato este". [10]

[10] Declaraciones de Octavio Barroso Gómez a la Seguridad del Estado, Archivo del MININT.

"Ya el día 17 no estábamos Omar y yo en casa de Aurora, sino en casa de Dinorah Cárdenas en la calle 6, donde caímos presos el día 20 por la mañana porque vino la milicia a registrar la casa. Estuvimos trece días en el G-2 y 6 más en La Cabaña, hasta que nos dieron la libertad en la mañana del 9 de mayo. Mientras estuvimos presos nos mantuvimos con las identificaciones falsas que teníamos [...] no nos interrogaron en ningún momento, solamente el preliminar en la Plaza Cívica al caer presos. Salimos el 9 de La Cabaña y el 11 nos asilamos en la embajada de Venezuela".[11]

Hay quienes argumenta que Girón brindó al gobierno el pretexto para liquidar la llamada resistencia interna y, para sustentarlo, exponen cifras sin escatimar ceros, hablan de 3 000 alzados en el Escambray, agregando que cada uno de ellos contaba con 100 colaboradores, lo que eleva la cifra a 300 000 solamente en esas montañas. Aseguran que los detenidos en los días de Girón se elevaron a 150 000; que luego hubo 200 000 asilados, hablan de 60 000 presos políticos (al señalar que 6 000 eran solamente del MRR y que representaban el 10%); de 50 000 conspiradores en la capital. Y para rematar adjudican algunas de estas cifras a supuestos reportes oficiales del Gobierno Revolucionario.

Los hay que citan cifras verdaderas de datos oficiales pero fuera de contexto, como quien señala que "el gobierno cubano se refiere a la existencia de 179 diferentes grupos rebeldes en las montañas, los llanos y las ciudades". Pero se guardan a buen resguardo la referencia a que tal número es el total de grupos que existió a lo largo de 5 años, aproximados, de contrarrevolución interna. Y no dicen que los grupos insurgentes en las montañas, a fin de eludir la persecución, se conformaron, a partir de julio de 1961 en partidas de entre 10 y 15 efectivos. No más. Ni señalan que en las ciudades proliferaron organizaciones cuya cantidad de miembros, como señala Howard Hunt en su libro *Give us this day,* quien estaba a cargo de los políticos cubanos en la operación contra Cuba, refiriéndose a una de las cinco organizaciones que integraban el FRD,

[11] Declaraciones de Juan Manuel Guillot Castellanos, Coordinador Militar Nacional del MRR, Archivo del MININT.

y por ello una de las principales, señala: "[...] cuyo movimiento Montecristi parecía estar limitado a sus familiares".[12]

Al respecto, refiriéndose a las potencialidades de la contrarrevolución interna, Wayne Smith, funcionario político y ayudante del embajador norteamericano en la isla hasta el rompimiento de relaciones el 3 de enero de 1961 ha declarado: "Como ya les dije, estábamos en contacto con la oposición, con la resistencia. Algunas de las organizaciones, en nuestra opinión, eran bastante coherentes y eficaces. Sin embargo, llegamos a la conclusión de que la resistencia interna nunca estuvo en condiciones de derrocar el gobierno y no era probable que estuviera en condiciones de derrocarlo, ni siquiera a largo plazo. En ese sentido, la conclusión a la que se llegó en la embajada era que el tiempo estaba a favor del gobierno, que estaba empezando a consolidar su poder y, como Jim acaba de decir, estaba estableciendo vínculos con la Unión Soviética —estaban empezando a recibir asistencia militar soviética y los milicianos estaban entrenándose. Y si se recorría la isla y se hablaba con la gente, como hacíamos nosotros e incluso hasta ayudamos a una decena de miembros de la oposición, alguien podría llevarse la impresión de que 'Caramba, aquí hay mucha gente, y quizás tengan la capacidad de afectar el curso del gobierno, incluso, con el tiempo, de derrotarlo'."[13]

La capital, donde la CIA se había propuesto crear una fuerte oposición a Fidel Castro con la finalidad de desestabilizar totalmente al gobierno mediante una ola de sabotajes y de terror, se mantuvo tranquila, alerta y fiel a la Revolución. La situación no era menos halagüeña en el resto del país.

El Escambray, luego de la Operación Jaula, concluida dos semanas atrás, estaba en calma, alterada solamente por alguna que otra escaramuza. Los alzados que habían logrado evadir los cercos, trataban por aquellos días de restablecer los contactos. El único hecho sobresaliente en apoyo a la invasión, ocurriría en la mañana del desembarco, cuando una docena de miembros de una

[12] Howard Hunt: Ob. cit.,pp. 61-62.

[13] Memorias de la conferencia celebrada en Musgrove, Georgia, del 31 de mayo al 2 de junio del 1996, p. 37. Versión en español.

cooperativa de la finca Las Delicias, en las estribaciones del Escambray, se alzaron con los fusiles de la milicia del lugar, a la cual casi todos pertenecían. Su jefe, Medardo León Jiménez, mantenía contactos secretos desde hacia varios meses con el principal cabecilla insurgente Osvaldo Ramírez, y a fin de conseguir las armas para el alzamiento, indicó a otros confabulados ingresar a la milicia.

En la Sierra Maestra no operaban fuerzas contrarrevolucionarias, excepto un reducido grupo lidereado por el joven Alberto Muller, principal dirigente de la organización Directorio Revolucionario Estudiantil (DRE). Dos semanas antes, el 4 de abril, Muller y dos docenas de estudiantes católicos se reunían en el santuario del Cobre, en las proximidades de Santiago de Cuba, y con la colaboración de los curas del lugar, días después se alzaban en la Sierra Maestra en la región de Manzanillo. Muller contaba con una planta de radio y un operador, a través de la cual coordinó, como estaba previsto, un lanzamiento aéreo de armas, parque y explosivos a su tropa. Este no se produjo. Muller desconocía que debido al traslado de la Fuerza Aérea de la Brigada hacia la base de Happy Valley, los DROPS aéreos habían sido suspendidos. Gracias a esto, se evitó un derramamiento de sangre, pues los alzados no contaban con preparación militar. El 21 de abril, dos días después de finalizada la batalla de Girón, se producía el primer choque con una patrulla del Ejército Rebelde. Varios alzados fueron capturados y el resto dispersado. En los días siguientes casi todo el grupo fue hecho prisionero, entre ellos su jefe, Alberto Muller. Se les ocuparon cuatro ametralladoras, igual número de granadas, la planta de radio, gran cantidad de medicinas, ropas y varias maletas con libros y propagandas, así como cientos de brazaletes para identificar a los supuestos integrantes de las cinco columnas que planeaban crear.

En el momento de su detención, Alberto Muller ostentaba el grado de comandante.

Al otro extremo de la isla, en la Cordillera de los Órganos, Pinar del Río, la realidad era bien distinta a la que divulgaba *Radio Swan* aquel domingo 16 de abril.

En Loma del Toro, una treintena de hombres bajo el mando de un desconocido exteniente del ejército anterior, Esteban Márquez Novo, trataba desesperadamente de romper el cerco de las milicias. Los encuentros se sucedían por aquellos días y a la semana de derrotada la invasión, serían definitivamente diezmados. Márquez Novo lograría burlar la persecución y finalmente asilarse en una embajada latinoamericana. Una año después, convertido en agente de la CIA, se infiltraría por la costa sur de Pinar del Río y lograría estructurar la mayor red de espionaje que operó en el territorio cubano: el Frente Unido Occidental (FUO).

Otro grupo de insurgentes de poca monta aún se mantenía en estas montañas dirigidos por organizaciones contrarrevolucionarias, más interesadas por lograr un espacio en lo que consideraban el futuro espectro político en el país, que en enfrentar a la Revolución.

Una de las más cerradas organizaciones clandestinas, Acción Cívica Anticomunista (ACA), integrada fundamentalmente por exmilitares batistianos, había sido liquidada hacía solo tres semanas, al ser penetrada por la Seguridad del Estado. En una carta interceptada, el oficial de la CIA y comandante de la Guardia Nacional de Estados Unidos, Howard Frederick Anderson, quien residía en Cuba desde hacia 13 años, señalaba a sus jefes en Washington que esta organización "si sabe lo que se trae entre manos y que de veras cuenta con un gran poder organizativo y de hombres". Al finalizar la carta, el autor enviaba saludos efusivos a Clarence —el oficial CIA a cargo—, a Jimmy y "un fuerte abrazo para Art". Luego de ser detenido, Anderson confesó que Art era el seudónimo de mister Avignon, un oficial de la Agencia que había radicado en la embajada de Estados Unidos en La Habana hasta la ruptura de relaciones diplomáticas.

Varias operaciones de introducción de armas y explosivos en el país habían sido coordinadas por Anderson con éxito en los meses previos a la invasión. Una de las últimas entregas se había producido en alta mar el 23 de febrero de 1961, y consistió en ocho toneladas de armas: 54 ametralladoras Thompson, 6 bazukas, 4 morteros de 61 *mm,* 2 cañones antitanque, 575 granadas, 16 fusiles ametralladoras BAR, tres ametralladoras cal 30 y 152 fusiles Springfield. Cinco barriles con dinamita gelatinosa, fósforo vivo y

otros materiales inflamables quedaron en el barco de la CIA *Rex*. No pudieron trasladarse a bordo del bonitero de la organización contrarrevolucionaria debido al exceso de peso.

El entonces jefe de la Seguridad del Estado en Pinar del Río, capitán del Ejército Rebelde, Antonio Llibre Artigas recuerda aquellos días: "Nosotros llevábamos varios casos muy importantes antes de la invasión; parece que la CIA priorizaba algunas provincias cercanas a La Habana. Pinar del Río tiene zonas costeras con muy buenas condiciones para el desembarco de tropas. Uno de aquellos casos, quizá el más importante, fue el de Acción Cívica Anticomunista, formado por exmilitares e integrado mayormente por este tipo de personas y en el cual desempeñó un papel importante el norteamericano Howard Frederick Anderson, al cual detectamos casi por casualidad y debido, en lo fundamental a que contábamos con un agente infiltrado que era una fiera, un hombre muy sagaz. Tenía una memoria fotográfica tremenda.

"El principal complotado lo llevó a realizar unos contactos y en un momento determinado lo dejan frente al parque de diversiones Coney Island y el conspirador cruza a conversar con un hombre. Nuestro agente lo vio de lejos y nos lo describió. Ese fue el principio. Después le entregaron una carta para que al hacer contacto con el barco *Rex* en alta mar, durante una operación de infiltración de armas, se la entregase al capitán. Por supuesto, nosotros fotografiamos la carta y nos llamó la atención dos cosas: la familiaridad con que el autor se dirigía a varios norteamericanos que evidentemente radicaban en Estados Unidos y lo otro, fue la firma, decía: *Lee*. Andersons se confió enormemente, bueno, razones tenía para ello; los conspiradores eran exmilitares, gente de confianza, habían realizado operaciones de recogida de armas en alta mar que luego se introdujeron por las costas de Pinar del Río y se hallaban enterradas en lugares seguros. Al menos, eso le habíamos hecho creer. Por esa razón el americano se confío demasiado y se arriesga a escribir la carta. Realmente, nosotros estábamos de lleno en la actividad, al extremo de que lo hombres que fueron al *Rex* a recoger el cargamento de armas eran todos nuestros. Pero nosotros no pudimos identificar al autor de las cartas. Claro, era un sobrenombre. Howard no aparecía involucrado. Pero estábamos

en la pista. Ellos tenían planes serios de alzamiento, evidentemente en apoyo a la invasión, incluso alzamientos fuera de Pinar del Río, en Las Villas y Oriente.

"Cuando operamos el caso detuvimos a Howard, porque lo habíamos visto en algunas relaciones con el principal encartado, pero no porque supiéramos que él era el más importante, porque excepto esas cartas, se cubrió muy bien. Por tratarse de un norteamericano y lo delicado que era eso, yo participo en el registro en su casa, recuerdo que revisando fotografías, veo fotos de un yate que se llama *Lee*. Para nosotros aquello fue concluyente. Después los principales encartados nos esclarecieron toda la participación dirigente de Howard en la conspiración. Ya detenido, conversamos con él y lo impusimos de su tremenda responsabilidad. Le pedimos que denunciara públicamente todo lo que la CIA estaba haciendo contra Cuba. Nos dijo que si lo hacía le haría mucho daño a su gobierno. Razonamos con él, siempre tratándolo con mucho respeto. Y llegó un momento en que parecía dispuesto; entonces vino la orden de que le facilitáramos una entrevista con un representante de su país. Después de aquella entrevista, que fue en privado, se cerró y no habló mas".[14]

En Pinar del Río, más que en ninguna otra provincia del país, la CIA ejecutó operaciones para la introducción de armas, parque y explosivos. Tres décadas después, no pocos de estos cargamentos aún permanecen ocultos bajo la tierra y lo más probable es que los agentes que las recibieron no recuerden los sitios donde las enterraron. Pero muchos otros, en particular en la capital, vísperas de Girón, estuvieron sentados sobre toneladas de C-4. Mas, la Seguridad cubana y los Comité de Defensa de la Revolución no les permitieron mayores libertades.

Resulta evidente que los agentes y activistas de la contrarrevolución interna inflaban los informes sobre las acciones que acometían: sabotajes, atentados. En las memorias de Richard Bissell, este ofrece una relación exagerada de cifras y resultados, donde se produjo un incendio de regulares proporciones habla de destrucción total. Y no hay una sola mención a la reacción ante tales hechos: mítines de repudio y condena a los crímenes, a los sabotajes, que-

[14] Howard Frederik Anderson fue encontrado culpable y condenado a la pena de muerte por el tribunal que lo juzgó.

ma pública de los volantes que lanzaban las avionetas, exaltación revolucionaria, mayor vigilancia, y reafirmación del apoyo al Gobierno Revolucionario. De igual forma, las organizaciones clandestinas ofrecían una imagen distorsionada acerca del apoyo popular a Fidel, las que encajaban como anillo al dedo para los planes de los principales organizadores de la operación contra Cuba.

Ya tenemos carretera

"Se mueren muchas mujeres de parto" —pensó Victorino sentado al pie de aquel árbol—. "Basilia Blanco empezó a dar a luz y se demoró. Perdió mucha sangre. Se fue a buscar al médico a Covadonga y no quiso venir. Entonces, el marido fue a la guardia rural y le trajeron al médico, pero ella ya estaba muerta. Pero también se mueren los niños después de nacidos". Victorino Sierra pensó en los dos hijos que se le habían muerto, uno por acidosis (gastroenteritis) y una niña de dos años. "El médico de Covadonga dijo que había sido la meningitis" —murmuró—. "A Quintina Sierra se le murió un hijo de dos años. El niño se trancó, ni arrojaba, ni cagaba. A Encarnación le entraron los dolores de parto y a los cuatro días la sacaron por Caleta Buena y de allí para Cienfuegos. Allí murió. Lo mismo le pasó a América. Cuando la sacaron pa' Aguada ya iba casi muerta y lo mismo a Palmira, pero a esa se le reventaron las venas de las piernas en el rancho y cuando el marido regresó con auxilio ya estaba muerta. La criatura se le murió en la barriga. Sí, se mueren muchas mujeres de parto".

Victorino detuvo bruscamente sus pensamientos y miró hacia el horno que se alzaba a unos metros. Creyó haber escuchado una pequeña explosión. De pronto su rostro se contrajo. Una nueva explosión, esta vez más potente le indicaba que en algún lugar, la tierra que cubría el cachimbo e impedía que el oxígeno avivara el fuego en su interior, había cedido. Victorino se incorporó y cogió la rústica escalera para cubrir el orificio con tierra. Con cuidado, ascendió por los peldaños de la escalera acostada sobre el horno. Un paso en falso y el pie, cubierto escasamente por una alpargata de

tela, se hundiría entre la fina capa de tierra que guardaba una temperatura de más de 100 grados. Segundos después se acomodaba nuevamente bajo el algarrobo. Victorino había comenzado a hacer el horno un mes atrás. Lo primero que hizo fue buscar el área del bosque donde lo levantaría; luego, él y su hijo de 11 años la chapearon y la limpiaron de piedras, y a aquellas semienterradas, les suprimieron las partes que se alzaban. Después cubrieron el suelo con ramajos y leña seca y le dieron candela. Finalmente regaron carbonilla, residuo de otros hornos. Hicieron trillos en distintas direcciones que morían en el plan. Ya tenían la base del horno. Entonces trocaron los machetes por las hachas cortas y comenzaron a cortar leña en el monte circundante, palos de un largo no menor de cinco pies ni mayor de seis, y a burrearlos hacia el plan. La leña en esa zona no era de primera, pero tampoco era el despreciable soplillo, leña de mala calidad.

Cuando Victorino era aún muy pequeño su padre le construyó un burro. Se trataba de una pieza de madera sobre la cual se acomodaban unos 30 kilogramos de leña. Estaba atada a una soga que se metía por debajo de los hombros, cruzaba las axilas y se cerraba en la cabeza a la altura de la frente. Así trasladaban la leña desde el monte hasta el horno, cada vez más distante. A eso le llamaban burrear leña. Pero no había burro. El burro era quien la cargaba. Y ese había sido el único juguete de Victorino en su niñez.

Así se iba levantando el horno, describiendo un círculo, una madera junto a la otra, ligeramente inclinadas, un piso sobre otro. Luego lo cubrían con una capa de ramas y otra de tierra. La boca en su extremo superior quedaba abierta. Por ahí introducían tizones al rojo vivo hasta cerciorarse de que la leña verde se había encendido. Entonces se cubría y le abrían los arreos, huecos por los alrededores para que el horno respirase. El color del humo que salía por ellos indicaba cómo se estaba quemando la leña. Si la candela se cargaba hacia el sur, había que tapar los arreos por ese lado y dejar abiertos los del norte. Comenzaba así una vigilia las 24 horas del día para evitar que el horno se volara. Si por descuido se abría la boca y no la cerraban a tiempo, el horno se transformaba en un volcán en erupción. Por esa razón, Victorino llevaba 12 días en el

monte, junto al horno, relevado a ratos por su hijo, en quien todavía no confiaba lo suficiente como para dejarlo toda la noche junto al cachimbo.

En época de lluvias, cuando las aguas de la ciénaga subían de nivel, Victorino y su hijo se levantaban a las cuatro de la madrugada, tomaban café, echaban en una lata una barra de guayaba, tocino y galletas de costa, también llamadas de barco, cogían una chalana esponjera o bongo (embarcación rectangular) e impulsándola con una pértiga como en los canales de Venecia se alejaban por la zanja, lejos, muy lejos, hacia los cayos donde aún se podían encontrar maderas preciosas y duras. Al llegar a la sabana, saltaban de la chalana y se colocaban en su parte posterior. Entonces la empujaban. El agua les daba por la cintura y el pecho. A menudo se hundían en las casimbas.

Varias horas después llegaban al cayo escogido. Solo entonces comenzaba la faena de leñador. Cuando un árbol caía, Victorino y su hijo se subían sobre él y le pasaban el hacha para emparejarle los costados. Si el destino del polín era para traviesa de vía férrea tenían que labrarlo por los cuatro costados como lo haría un carpintero con el auxilio de una sierra. Luego lo arrastraban hacia el bongo y regresaban a cortar otro. Así hasta tener 10 ó 15. Derribaban también bolos, que serían utilizados como horcones en la casa de curar tabaco, ocujes para soleras y otras maderas preciosas para la elaboración de muebles. Aunque estas últimas eran cada vez más escasas. Luego de varias horas de fatigosa faena, hacían un alto para comerse el "chiquitico": un pedazo de tocino con galletas y finalmente la guayaba para matar la repugnancia del tocino y evitar la revoltura.

Cuando el bongo quedaba bien cargado de madera, Victorino y su hijo comenzaban a empujar la pesada embarcación por la sabana, ahora de regreso, en busca de la zanja. Cuando llegaban a esta, se colocaba en la orilla, se terciaba una soga sobre el pecho cuyo extremo opuesto se hallaba amarrado a la boza de la chalupa, y tiraba de ella con fuerza hasta que la pesada embarcación empezaba a moverse lentamente. El hijo, situado a unos metros detrás de él con la pértiga mantenía separada la embarcación de la orilla. Casi al anochecer, desfallecidos, padre e hijo llegaban al rancho donde la mujer de Victorino tenía preparada la "cena".

Mientras engullía una magra ración de harina y agua con azúcar, Victorino sacaba cuenta de lo que cobraría por la carga. Sabía que esa noche no podría dormir a causa de los dolores. En una esquina del rancho, el hijo se sacaba las niguas enterradas bajo la piel de la planta de los pies. Si no lo hacía, allí anidarían y la picazón se haría insoportable.

Por cada polín, el dueño del chucho —lugar donde se comerciaban el carbón y la madera— le pagaría 50 centavos. El capataz le extendía un vale que él entregaba en la tienda del dueño de la tierra, del monte y del chucho y allí adquiriría lo suficiente para seguir sobreviviendo: sal, azúcar, café, manteca, tocino, galletas, guayaba, arroz y frijoles.

Victorino Sierra era carbonero y los carboneros son hombres de poco hablar. La soledad y la mudez que imponían la ruda faena y aquellos parajes de aguas densas y exuberante vegetación, hacían de la ciénaga el reino del silencio. A él le agradaba estar solo, sentado al pie de un árbol, velando el horno. Entonces daba rienda suelta a los pensamientos que atesoraban los recuerdos de su vida. "El ciclón del 52. Ese sí fue un ciclón. No dejó nada parado, aunque no hubo muertos porque fue de día. Nos metimos en un rancho y al rato el viento se lo llevó de a cuajo. Casillas cargadas de carbón y madera se las llevó el ciclón como si fueran hojas. Después de todo no fue tan peor porque el pueblo de Cuba demostró que no se olvidaba de la gente en desgracia. Recogieron comida y ropa y las mandaron pa' acá, aunque no toda llegó. Dicen que el alcalde de Aguada se aprovechó. A nosotros nos dieron una colcha. También un gesto que no fue del todo malo, el millonario Castellanos mandó alimentos, que los tiraron en su avioneta. ¡Bah!, a lo mejor hizo eso en un arranque, porque cuando se hizo dueño del batey de San Blas botó a todas las familias, que eran como 40. Toda esa gente tuvo que ir para la costa. Allí se vive todavía peor. Y eso es mucho decir. ¿Qué será peor, aquí o allá? Yo creo que en toda la Ciénaga se vive peor". Victorino Sierra tenía razón. Cualquier lugar de la Ciénaga era peor.

El padre de Victorino había sido un emigrante gallego que arribó a Cuba sin documentación. Debido a ello se fue a vivir a la Ciénaga de Zapata, el lugar más inhóspito de la isla, cuya vegetación parecía haber muerto en los umbrales de la civilización. Allí nadie iría a buscarlo.

"El origen de la Ciénaga parece deberse a la desmembración de ríos que, como el Hanábana, corrían hacia el sur y otros que, como el Hatiguanico, dirigían sus cursos hacia el oeste. Tales ríos se deslizaban sobre un manto de roca caliza donde sumideros, casimbas y cavernas fungían como punto de desagüe para las aguas de las lluvias y otros ríos. Al tupirse los sumideros por exceso de sedimentos, el drenaje comenzó a dificultarse, las aguas se estancaron y se crearon así enormes lagunas como la del Tesoro y otras. El río Hanábana en vez de desembocar en el seno de la Bahía de Cochinos regó sus aguas sobre la Ciénaga, y el curso superior del río Hatiguanico fue cubierto de lodo".[1]

Ubicada al sur de la provincia de Matanzas, próxima a la región central de Cuba, en ella se encuentra la Bahía de Cochinos. Al este, la Bahía de Cienfuegos; al norte, la Llanura de La Habana-Matanzas y al oeste, la Ensenada de la Broa y el Golfo de Batabanó. Sobre la Ciénaga se extienden como brazos, largos canalizos que la atraviesan. Han sido abiertos por los carboneros para poder extraer la madera y el carbón. Esta región está formada por tres zonas: la Ciénaga de Zapata propiamente dicha, la Ciénaga Occidental de Zapata, que comprende el sur de la provincia de Matanzas y parte de La Habana, y la Ciénaga Oriental, que abarca el área al este de la Bahía de Cochinos.

En la ensenada de Bahía de Cochinos, la zona cenagosa, cubierta de mangle y bosques, se retira, emergiendo una franja coralina con hermosas playas y escasa vegetación. Esta franja de tierra firme, separada del resto de la isla por una zona pantanosa que se extiende hacia el norte 12 kilómetros, y hacia el este 6, sería el lugar escogido por los estrategas de la CIA y el Pentágono para la invasión. Esa franja de tierra firme pegada al mar y con una ciénaga delante, constituía una magnífica cabeza de playa. Pero no fueron los expertos de la CIA los primeros en descubrir sus cualidades naturales excepcionales. Estas costas fueron refugios seguros para los piratas. El más conocido, Gilberto Girón estableció su campamento en la playa que hoy lleva su nombre.

[1] Antonio Núñez Jiménez: Ob. cit., p. 123.

La flora y vegetación silvestre de la Ciénaga de Zapata contempla más de 900 especies de plantas autóctonas, de ellas un centenar endémicas cubanas. Allí habita una fauna que impacta por su diversidad y carácter autóctono. Mamíferos como la jutía conga, la carabalí y la enana; aves endémicas locales como la ferminia, la gallinuela de Santo Tomás y el cabrerito de la Ciénaga enriquecen el soberbio paisaje de aquel vasto territorio de 4 520 km^2.

Pero sin duda alguna, la máxima expresión del misterioso encanto de sus parajes, la tiene el cocodrilo. Él es el rey de los pantanos. Temible y silencioso como su rival más poderoso: el carbonero. El cocodrilo cubano *(crocodylus rhombifer)* es endémico de la isla y habita en las aguas dulces. Pero en la Ciénaga también se encuentra el cocodrilo americano, que prefiere la costa, el agua salobre.

El cocodrilo es un animal paciente, como el carbonero. Durante horas acecha, inmóvil, a su presa. Cuando finalmente la jutía baja del árbol a tomar agua y se acerca a la orilla del estero, él con sorprendente agilidad la atrapa con sus potentes dientes. El carbonero siempre ha sido una presa codiciada para el cocodrilo, y no pocos han terminado su vida entre sus fauces.

El cocodrilo cubano es tozudo y caprichoso. El cocodrilo americano es cobarde, huye cuando se le enfrenta. Para cazarlos, el hombre aprendió de sus mañas. Amarra un pedazo de jutía o mejor aún, de puerco, a un poste que se entierra bajo el suelo cenagoso. La posta de carne bien sujeta al palo, a un metro sobre el nivel del agua. El animal viene a buscarla, se detiene, se apoya en la cola y brinca. El cocodrilero, que permanece al acecho, lo enlaza con una soga sujeta a una vara. Lo sube a la chalana y lo amarra. Ya en tierra lo voltea boca arriba y se lo coloca en la espalda. Si el cocodrilo logra escapar con la presa, el cazador sigue su rastro por el junquillo aplastado y las hojas torcidas que emergen de las densas aguas. Así lo sigue hasta llegar a su cueva, entonces hunde la pértiga con la que ha empujado la chalupa, hasta pincharlo. Si el cocodrilo no se mueve, entonces el cazador sumerge el brazo en el agua hasta tocarlo. Así sabe de qué lado se encuentra la cabeza y espera pacientemente a que el animal la saque para respirar. Y lo enlaza. Aunque los hay que prefieren ahogarse antes que sacar la cabeza y ser capturados.

La faena del cocodrilero precisa de mucha sangre fría, paciencia, arrojo y valentía. Núñez Jiménez relata así el primer encuentro de un cocodrilero con Fidel, en 1959: "En una de las frecuentes marchas con Fidel entre la ciénaga y el diente de perro, al sur de la Laguna del Tesoro, conocemos al cienaguero Francisco Alzugaray, más conocido por Kico.

"Entre el lodo, con una soga, Kico hala con tal fuerza que parece reventar.

"Al vernos, y sin soltar la soga, saluda al Primer Ministro y expresa:

"—Aquí, jalando este animal.

"—¿Y qué animal es ese? —inquiere Fidel.

"—Óigame, este es un cocodrilo que mete miedo, pero lo voy a sacar. Aquí todo el mundo dona su dinero para la Reforma Agraria. Yo no tengo dinero pero voy a regalarle este cocodrilo al INRA.

"Minutos después, Kico logra que la cabeza del saurio sobresalga del fango. Ya le tiene la soga amarrada al cuello y poco después le ata la boca con un lazo y vemos cómo aquel hombre echa al cocodrilo sobre el fondo de un bote. Fidel se interesa por Kico y su oficio: 'Sería una buena idea que el futuro Centro Turístico de la Laguna del Tesoro poseyera un criadero de cocodrilo... ¿Usted cree, Kico, que pudiera ayudamos en capturar algunos cocodrilos para comenzar el criadero?' —Y sin dejar que aquel hombre le contestara, agrega—: 'Es cierto que los cocodrilos se han ido acabando en la ciénaga, pero no es menos cierto que construyendo un criadero pudiéramos salvar esa especie cubana, sacarle provecho turístico y también utilizar la piel'.

"Kico se entusiasma con la idea y desde aquel día comienza por toda la ciénaga a buscar cocodrilos para el criadero.[2]

"Algún tiempo después, cuando ya el criadero está casi terminado, volvimos con Fidel a la ciénaga. Allí nos recibe Rolando Escardó, que de poeta devino jefe de la Zona de Desarrollo Agrario de la Región de Zapata. Escardó se queja de la conducta de Kico que a

[2] Hoy, a la entrada del canal que conduce al Centro Turístico de la Laguna del Tesoro, se levanta el criadero donde viven cerca de 4 000 cocodrilos.

veces se emborracha. Fidel, muy cansado de las inagotables jornadas realizadas en La Habana solo atina a decirle: '—¿Y cómo quieres tú que se comporte un hombre que nunca ha salido de estos pantanos y tiene por oficio cazar cocodrilos?'"[3]

Quizás sea la Laguna del Tesoro el tesoro natural más preciado de la Ciénaga de Zapata. Sus 16 kilómetros cuadrados podrían llamar la atención y extasiar al más citadino. Patos, corúas, cocos, y garzas aletean en arbustos y esteros. El loto y el nelumbio flotan sobre sus aguas generalmente mansas. Las clavellinas y las exuberantes orquídeas florecen en este gigantesco hábitat natural. En las lagunas y esteros de la Ciénaga, reinan los cocodrilos junto a jicoteas, truchas, biajacas, y uno de los peces más antiguos de la fauna terrestre: el manjuarí. Su cuerpo nos retrotrae a épocas primitivas de la tierra, cuando los peces y los reptiles no habían establecido suficientemente sus límites respectivos. El hocico del manjuarí semeja el de un cocodrilo, mientras que su cuerpo está cubierto por un escudo fortísimo a manera de escamas.

Pero el 25 de mayo de 1959, sentado al pie de su horno, Victorino Sierra tenía una preocupación adicional. Los dueños de la tierra, de los chuchos y de las tiendas, habían suspendido el corte de la madera. Victorino desconocía la razón y estaba preocupado, porque era la primera vez en toda su vida, que los dueños suspendían los cortes que les daban la riqueza que poseían. Y aunque él no conocía a los dueños porque vivían en la capital o en Cienfuegos, nadie dudaba de la decisión porque lo habían dicho los capataces, que eran sus representantes.

Victorino Sierra había escuchado hacia varios meses, primero un rumor y luego la noticia en un radiecito de pilas en el batey, que Batista había huido y que Fidel era ahora quien gobernaba. Luego, Alejo, El Moro, que había salido a Aguada de Pasajeros, trajo un periódico y así Victorino y la gente le vio el rostro al barbudo de la Sierra. Pero para Victorino, aquel barbudo no significaba nada, aunque Alejo, que era un hombre de muy pocas palabras, ahora, cuando alguien mencionaba a Fidel, hablaba de

[3] Antonio Núñez Jiménez: Ob. cit., p. 142.

él sin parar. Victorino se limitaba a escuchar. Nada en la Ciénaga había cambiado, aunque algunos decían que habían visto al hombre en vuelta de la Laguna del Tesoro en un helicóptero. Pero si los dueños paraban los cortes, nada podría hacer el Comandante, porque los dueños habían sido siempre los que mandaban en Cuba.

En eso pensaba Victorino, y en el hambre que estaba pasando, cuando escuchó un ruido desconocido. Primero miró al horno y luego al cielo. Sí, aquel bicho era el helicóptero que había visto dos o tres veces cruzando el cielo de la Ciénaga. "Se va a tirar en Cayo Ramona" —dijo Victorino, y en un acceso de energía, corrió hacia el batey.

"En mayo, los patronos paralizaron todos los trabajos. Lo hicieron con el objetivo de enfrentar a los carboneros contra la Revolución, que le echaran la culpa. Había hambre, porque al no comprar los palos ni el carbón, no había vales. Fui para Aguada y hablé allí con las autoridades revolucionarias. En una avioneta me llevaron para Santa Clara, donde expliqué lo que había y regresé a la Ciénaga. Una semana después, aquel 25 de mayo, vi un helicóptero dando vueltas por encima del batey. Salí corriendo, descalzo y sin camisa. Entonces lo vi. Era Fidel. Todavía no se había bajado y lo abracé. Fidel me preguntó: '¡Tú conoces a Alejo El Moro?' Soy yo. '¿Qué es lo que pasa aquí?' Caí en la cuenta de que le habían pasado el aviso de lo que yo había dicho en Santa Clara. Bueno, le conté la situación. Recuerdo que al terminar le dije que no había nada que comer. 'Vamos a resolver' —me respondió. Yo me mantenía a su lado, pero toda la gente del batey lo rodeaba, hombres, mujeres y niños. ¡Aquello fue tremendo! Nos explicó que nos iban a dar 100 pesos a cada familia para resolver el problema de inmediato, que yo hiciera un censo y fuera para La Habana a buscar el dinero. Allí mismo organizó la primera cooperativa. El saco de carbón siempre había pesado 13 arrobas y los patronos lo pagaban a 95 centavos. La leña a 25 centavos el ciento de arrobas y a 30 si era leña de júcaro o llana, y había que traer el viaje de leña para ir a comprar a la bodega. De todo eso le hablé a Fidel aquel día. Recuerdo que le dije que ni los curas se metían en la Ciénaga. Iba un sacerdote una vez al año a bautizar en masa a toda la gente y luego se iba.

”Fidel me dijo que quería ir a Girón y me pidió ayuda. Resolví un viejo camioncito Chevrolet del 46 y partimos para la playa. Con él estaba Pedrito Miret, así le llamaba Fidel y Núñez Jiménez. El piloto Díaz Lanz, que después traicionó, regresó en el helicóptero al central Australia para echar gasolina. Fidel le había dicho que lo recogiera a las cinco de la tarde en playa Girón. Llegamos a la playa y entre los pocos carboneros de por allí reunimos un poco de comida”.[4]

Manuel Alvariño, cienaguero de aquellos alrededores, estuvo con Fidel en aquella jornada, su relato, repetido y perfilado muchas veces después, constituye una pieza de buen cuentero, tan abundante en los campos de Cuba. “Almorzó en el rancho de Aniceto. Se le hizo frijoles blancos con la única patica de puerco que apareció. Cuando se puso el plato con los frijoles sobre la mesa, la patica de puerco apuntaba para Fidel. Entonces Pedrito Miret dijo: ‘Mira Fidel, nosotros tenemos que ir tratando de arreglar el mundo’ y le dio vuelta al plato y la patica apuntó para él. Entonces Fidel giró el plato y puso la patica nuevamente apuntando hacia él y dijo: ‘Mira Pedrito, vale más que dejes el mundo como está’.”

Una de las hijas de Alvariño, Xiomara, contemplaba la escena desde una ventana sin comprender realmente quién era aquel hombre por el que inusitadamente comenzaba a sentir una desconocida admiración. Lo vería una vez más, pero en La Habana, un año después. Sería durante su graduación como costurera. Cientos de hijas de cienagueros cursarían en esos años estudios en la capital.

“A eso de las cinco de la tarde comenzó a mirar para el cielo” —continúa relatando Alejo *El Moro*—, “y al rato me dice: ‘Moro, en caso de que el helicóptero haya sufrido un accidente, ¿en qué tú me sacas de aquí?’ En el mismo camión —le respondí. ‘No, yo no te digo que para Cayo Ramona, sino para fuera, para Covadonga’. Comandante, yo voy a Covadonga a buscar la chispa de línea”.

Se quedó a dormir porque el helicóptero había sufrido un accidente. Yo organicé la vigilancia de Fidel. Le dije a los carboneros

[4] Testimonio de Alejo, *El Moro,* carbonero, 1990. Archivo del Autor.

que estaban allí: los que tienen machetes, le cortan un tolete a los que no lo tienen y todos cuidan al Comandante. Rodeen la casa y por ahí no puede pasar ni un ratón. Allí no durmió nadie, con machetes y palos, cuidando a Fidel".

En Cayo Ramona, aquella noche, Victorino Sierra sacaba cuenta en voz alta: "De 13 arrobas a 10 arrobas el saco, Fidel dijo que para humanizar el trabajo. De 95 centavos el saco a tres pesos". Victorino continuó toda la madrugada sacando cuentas. Había sido elegido por los carboneros del batey, administrador de la primera cooperativa de la Ciénaga. A esta hora de la noche, su hijo velaba el horno. Victorino sonrió.

En Girón, Fidel había dicho algo que a no pocos de los carboneros que lo escuchaban con atención, les pareció una locura. Girón sería el punto final de una carretera que, partiendo del central Covadonga, al otro lado de la Ciénaga, serviría para trasladar más fácilmente el carbón y la madera y mejorar las condiciones de vida de los cienagueros. Esas carreteras sustituirían al único medio de transporte en toda la región: un carrito de línea de vía estrecha, construido para extraer la caña que se sembraba en las fincas de la zona de tierra firme y que partía de los centrales Covadonga y Australia. El carrito entraba una vez al día. Cuando crecía la ciénaga, en época de lluvia, era el único medio de comunicación, aunque frecuentemente se descarrilaba, lo que inutilizaba la vía durante varios días. Entonces la única forma de sacar un enfermo era en camilla, hasta el central, situado a más de 30 kilómetros.

Esta carretera, primera evidencia del progreso, sería además, el fin de casi un siglo de aislamiento, soledad, dolor y muerte. Pero además, sin proponérselo, con esa decisión Fidel acababa de propinar un golpe mortal a la invasión que aún no se había concebido en la mente de los gobernantes de Estados Unidos. Por esos terraplenes, tres en total, que atravesarían la ciénaga desde el noroeste y el noreste hacia el litoral sur, y otro que correría junto a la costa, avanzarían los batallones de milicia, los blindados y la artillería terrestre y antiaérea. De no haber estado allí, el traslado

hacia la cabeza de playa a través de la ciénaga habría sido sumamente difícil. Al respecto, años después, Fidel señaló al cineasta Gaetano Pagano, realizador para la televisión sueca del largometraje *La historia me absolverá.* "Ellos desembarcaron en un lugar donde podían sostenerse un tiempo, porque era un lugar muy difícil de recuperar, puesto que las carreteras de acceso tienen que atravesar varios kilómetros de ciénagas, sin ninguna posibilidad de maniobra militar. Eso se convertía en una especie de Paso de las Termópilas".

La Revolución no se limitó a construir los mencionados terraplenes; ellos fueron la base para el desarrollo ulterior de una obra que parecía, más que un sueño, el despertar de una pesadilla. Se crearon 14 cooperativas, y se aumentaron rápidamente los precios del carbón, de la madera y del cocodrilo. De un peso como promedio diario que ganaba un carbonero, empezó a devengar diez. A los cooperativistas se les otorgó el derecho a recibir los beneficios de la Asociación de Tiendas del Pueblo, que a precio de costo y con créditos, les vendía alimentos y ropas. El INRA atiborró estas tiendas de mercancías. Por vez primera los carboneros se calzaron, vistieron y alimentaron como seres humanos. Se estableció el descanso semanal y anual y otros derechos laborales y sociales. El hambre y la miseria, compañeras inseparables y que parecían insuperables para los carboneros, desaparecieron de golpe y porrazo.

El único hospital de la región, ubicado en el batey de Cayo Ramona, se había comenzado a construir en 1952, luego del ciclón, y fue anunciado en la prensa con bombos y platillos, por ser una iniciativa de la primera dama de la república. En 1959 servía de cochiquera, pero a los pocos meses concluyó su edificación. Durante la invasión sería ocupado por los invasores y utilizado como hospital de campaña. Más de treinta años después, ese hospital, enclavado en plena Ciénaga de Zapata, brinda atenciones de medicina general, cirugía menor, acupuntura y dispone de un hogar materno para las madres embarazadas. La región cuenta además con 12 consultorios del médico de la familia. La mortalidad infantil en la Ciénaga de Zapata es cero.

Tres meses antes de la invasión, un contingente de maestros voluntarios fue dispersado por la Ciénaga. En casi todos los bateyes se abrieron escuelas de piso de tierra, techo y paredes de guano y bancos con tablas de palma. Por primera vez, los miles de niños que habitaban en la Península de Zapata comenzaron a recibir instrucción primaria, mientras conocían del valor de la enseña patria que veían ondear sobre el asta junto a la escuela. Filtros para el agua, instrucciones sanitarias para prevenir enfermedades, otorgamiento de becas, transporte rural, servicios de salud, constituyeron vocablos nuevos que rápidamente se insertaron en el paisaje de la Ciénaga. Aquella otra Ciénaga, la que había dado origen a los relatos más dramáticos de la narrativa e inspirado el primer largometraje cubano, Mégano, quedaba enterrada para siempre en los pantanos.

Cuando se produjo la invasión, 300 hijos de campesinos de la Ciénaga de Zapata se encontraban estudiando en la capital, y otra cantidad de jóvenes de la ciudad se habían internado en esos parajes para enseñar a leer y a escribir a los adultos. Varias docenas de hijos de campesinos obtuvieron becas para estudiar artesanía.

En uno de los bateyes próximos a Girón, Soplillar, la niña Nemesia Rodríguez iba con su madre a la nueva tienda del pueblo. Quedó deslumbrada con unos zapatos blancos. La madre le dijo que allí no tenían utilidad debido al fango. Finalmente y luego de algunos ruegos, la madre, que por vez primera tenía dinero suficiente, se los compró.

A Nemesia le gustaba escuchar los cuentos que sobre los pájaros hacía Pelao, un vecino del batey. Pelao era de los carboneros más pobres de la región, quizás por eso se refugiaba en los montes para contemplar los pájaros. Luego hablaba de ellos con la gente del batey: "El pato de Florida emigra huyéndole a los frentes fríos, por eso se va antes de diciembre, los más son los flamencos, hay miles, es un pájaro grande con patas largas, ese siempre está aquí; el carpintero churroso siempre está revolcándose en el fango, por eso tiene bien ganado el nombre. Hay cuatro especies de pájaros carpinteros en la Ciénaga: el carpintero verde, el churroso, el escapulario y el jabao. Quien te diga otra cosa no sabe nada de pájaros

de la Ciénaga. ¡Ah! La ferminia no es el pájaro más pequeño, eso es mentira. El más pequeño es el zunzún mosca. Aunque el gavilán colilargo es también muy chiquitico y es el más bonito".

Muy lejos estaba Pelao de sospechar aquel 24 de diciembre de 1959, día de la Nochebuena, que el Primer Ministro de su país cenaría con él. Pero no sería en el Palacio Presidencial ni en una mansión de la capital. El jefe de gobierno cenaría con él y su familia, sin ningún protocolo, en su destartalado bohío. "Yo estaba afeitándome a la orilla de una mata —recuerda Pelao— y en eso veo el helicóptero, volando bajito y veo que se tira. Yo con mi cuchillita de afeitar en la mano. Venía Núñez Jiménez. Yo no lo conocía. Me preguntó si se podía cenar en mi casa, que eran 14. Le dije que sí. No me dijo que vendría Fidel. Cuando poco después llegó Fidel en el helicóptero, yo estaba buscando un saco de carbón. Me hizo mil preguntas, si ganaba poco o mucho. Ya estaba creada la cooperativa y la Ciénaga había empezado a cambiar. Me preguntó si había trabajado mucho en el otro gobierno. Yo le dije que sí. Me dijo que venía a pasar la Nochebuena conmigo. Él trajo puerco y medio, pero ese no se tocó, solo se comió el rabito y fue Fidel, porque le gusta mucho el rabito del puerco. Trajo cervezas, maltinas y refrescos para los muchachos. Estaba de lo más contento. Recuerdo que me dijo: 'Ustedes van a ver que aquí van a entrar las guaguas de La Habana?. Yo pensé que se había vuelto loco. Pero quién te dice a ti que en la Nochebuena del 60 ya estaba tirada la carretera y entraban las guaguas de La Habana. Cuando la invasión yo tenía un hijo estudiando cerámica en La Habana. Algunos de los buenos ceramistas que hay hoy en el taller de la Boca de la Laguna del Tesoro fueron de aquellos muchachos que Fidel mandó a estudiar a La Habana. Quien les enseñó cerámica fue Rita Longa".

La hija más pequeña de Pelao recordará mientras viva aquella Nochebuena con Fidel: "Yo era niña, pero lo recuerdo muy bien. Me senté al lado de Fidel y tomé maltinas y refrescos. La esposa de Núñez Jiménez me regaló unas medias blancas. Después de cenar, vino un guajiro de los alrededores tocando guitarra. Todavía recuerdo la décima que le cantó aquella noche a Fidel:

Ya tenemos carretera
gracias a Dios y a Fidel,
ya no muere la mujer
de parto por donde quiera.

Con tu valor sin igual
Gracia, Fidel, Comandante,
tú fuiste quien nos libraste
de aquel látigo infernal.

A escasos kilómetros de aquel bohío en el batey de Soplillar, desembarcaría la Brigada de Asalto 2506.

¡Señores, ha llegado la hora!

La noticia de una sesión de instrucciones premisión se esparció rápidamente por todo Happy Valley. Las emociones se hallaban en el pico. Todos estaban tensos. Eran las 10:00 horas en la mañana del 13 cuando Gar, el nuevo supervisor de la base, junto con Ried Doster[1] y los otros supervisores, llamaron a los pilotos del escuadrón de B-26 a operaciones de vuelo. Los pilotos se sentaron expectantes, silenciosos y a la espera. Al fin, con una voz que llenó el edificio de madera, Gar anunció: "¡Señores, ha llegado la hora!"[2]

Dos horas después, los pilotos del escuadrón de bombarderos de ataque B-26 pasaban al aislamiento de seguridad, luego de la minuciosa y detallada explicación acerca de la misión que acometerían: destruir en tierra los aparatos de combate de la Fuerza Aérea Revolucionaria. La tarea no se presentaba difícil ni imposible debido a la precaria situación por la que atravesaba la aviación de guerra del gobierno cubano.

La CIA preparó y proporcionó una detallada información de Inteligencia al respecto. Era el resultado de la labor de espionaje técnico que realizaban los aviones U-2 y de los agentes infiltrados en la isla. El informe fue leído por Gar a los pilotos que participarían en la operación:

"La fuerza aérea está completamente desorganizada y tiene sumamente poca capacidad operacional. Desde la purga drástica llevada a cabo por Castro, en junio de 1959, se ha quedado la

[1] General George *(Ried)* Doster.
[2] Eduardo Ferrer: Ob. cit., p. 138.

fuerza aérea sin pilotos capacitados y sin especialistas entrenados en la manutención y las comunicaciones. La fuerza aérea no tiene escuadrones organizados, ni vuelos ni unidades convencionales, dependiendo, por el contrario, de salidas individuales, controladas y despachadas desde el cuartel general de La Habana. La mayor parte de los aviones son anticuados e inoperativos, debido a la manutención inadecuada y a la falta de piezas de repuesto. Los pocos aviones que son operacionales se consideran como capables (sic) para alzar vuelo, pero no enteramente en condiciones de combate. La eficacia de combate de la fuerza aérea es casi inexistente; posee una capacidad de aviso de prevención limitada para oponer unidades marítimas y aéreas y podría librar ataques de acosamiento en contra de invasores levemente armados, pero en términos está limitada al transporte de tropas y materiales, ataques de ametralladoras por aviones en vuelo y a patrullas oculares".[3]

El informe era bastante exacto. Sin duda la Agencia contaba con buenos informantes con acceso a esta fuerza, además de los desertores que habían llegado a Estados Unidos en los últimos tiempos. Poca capacidad operacional, escasez de pilotos y de mecánicos capacitados, inexistencia de escuadrones, aviones anticuados carentes de piezas de repuesto.

Los pocos que podrían alzar vuelo, no estaban aptos plenamente para enfrentarse al enemigo. Solo un aspecto habían omitido los analistas de la CIA: la moral combativa de los escasos pilotos revolucionarios. La omisión no era de detalle, sino de fondo. El olvido, descuido o incapacidad para apreciarla era un error incalificable en aquellos expertos habituados a brindar estimados de las fuerzas enemigas. El factor humano en la guerra es sumamente importante. En no pocas ocasiones, determinante. Ello se pondría de manifiesto durante las 70 misiones cumplidas por los 10 pilotos de las FAR (16 por ciento de los pilotos de la fuerza aérea de la Brigada 2506), algunos de ellos con escasa instrucción, durante los tres días de batalla.

Sin duda alguna, la Fuerza Aérea de la Brigada 2506 era superior a la de Cuba. Tenían tres veces más aviones de combate, sin incluir los medios de transporte de dos y cuatro motores, todos en

[3] Plan de la Operación Pluto. Archivo MININT.

perfecto estado técnico, con suficientes piezas de repuesto, armamento de variado tipo y parque abundante. La proporción en cuanto a los pilotos era de 6 a 1, sin incluir un aspecto tan vital como la capacitación. Esta desventajosa situación para las FAR de Cuba se agudizaría con los bombardeos del sábado 15, que destruyeron en tierra a tres de los aviones de combate.

En el *briefing* de aquella mañana, el general Doster insistió en otros dos aspectos de suma importancia: el primero de ellos era el factor sorpresa, que debía *ser* aprovechado de manera óptima, pues no contaría con él para los posteriores ataques; y segundo, volarían en aviones pintados idénticamente a los de la Fuerza Aérea Revolucionaria. Ello posibilitaría que la sorpresa se mantuviera hasta el último momento antes de abrir fuego. Los pilotos del escuadrón de B-26 se regocijaron. Sabían que cometían un acto criminal, pero les aseguraba el éxito; aunque tal vez alguno de ellos desconociera que el gobierno de Estados Unidos, con tal argucia, cometía una de las más grotescas violaciones de las leyes de la guerra, establecidas en la Convención de Ginebra. De ser capturados, podrían *ser* ejecutados en el acto.

A los militares de la CIA y las fuerzas armadas norteamericanas no les eran ajenos tales procedimientos. En la Segunda Guerra Mundial, durante la batalla de las Ardenas, ellos habían capturado a varias decenas de alemanes vestidos con uniformes del ejército americano y que hablaban perfectamente el inglés. Se habían infiltrado en la retaguardia de las tropas norteamericanas y causado daños materiales y humanos. Todos, sin excepción, fueron fusilados.

Muy pronto se conmemorarían 20 años del sorpresivo ataque de los japoneses a Pearl Harbor, que tanta indignación causó en el gobierno y en el pueblo norteamericanos. Los gobernantes de ese país no solo parecían haber olvidado estos hechos, sino que los superaban. Allí los atacantes volaron en naves con sus propias insignias. Fidel Castro, al día siguiente de los bombardeos, durante el entierro de las víctimas, se los recordaría: "Si el ataque a Pearl Harbor fue considerado por el pueblo de Estados Unidos como un crimen y como un acto traicionero y cobarde, nuestro pueblo tiene derecho a considerar el ataque imperialista de ayer como un hecho dos veces criminal, dos veces artero, dos veces traidor".[4]

[4] Fidel Castro: Discurso del 16 de abril de 1961, en las calles 12 y 23, Vedado.

La superioridad en aviones, pilotos y recursos de la fuerza aérea de la Brigada compensaba la dificultad que suponía operar desde una base distante, Happy Valley ubicada en Puerto Cabezas, Nicaragua, en la costa del Mar Caribe, distante unas 580 millas del lugar del desembarco, a unas dos horas cincuenta minutos de vuelo en un B-26. Estos, no obstante, podían realizar la misión con su carga completa de ametralladoras, bombas y *rokets,* y sobrevolar una hora o más el territorio cubano, en dependencia de la potencia empleada. A fin de alargar la permanencia sobre la zona de combate, se suprimieron los artilleros de cola y en su lugar se colocaron tanques auxiliares de combustible. "Extraoficialmente" y para emergencias, utilizarían la pista de Gran Caimán, territorio inglés que ofrecía además varias facilidades, entre ellas, un radiofaro en medio de la ruta hacia Cuba.

Antes de informar la selección de las tripulaciones que darían el golpe aéreo sobre los aeródromos cubanos, Gar solicitó un voluntario para una misión muy importante. Poco después, Mario Zúñiga abandonaba el salón en compañía de un supervisor americano. Su misión sería solitaria.

Dos días más tarde, a las dos de la madrugada del 15 de abril, ocho bombarderos B-26, que constituían la mitad del escuadrón, alzaban vuelo en Happy Valley. Caerían sobre las instalaciones militares cubanas con el peso demoledor de 20 800 libras de TNT, 64 cohetes de 5 pulgadas y 23 040 balas cal 50. Todo eso para destruir algo más de una docena de aviones de combate.

Al aproximarse a la isla tomaron tres rumbos diferentes: la escuadrilla *Puma,* integrada por tres naves, atacó el aeródromo de Ciudad Libertad, al este de La Habana, donde según las fotografías de los U-2, se encontraban numerosos vehículos cargados con bombas y armamentos, incluyendo municiones para las piezas de artillería antiaérea de cuatro cañones conocidas popularmente como cuatro bocas. *Linda,* también integrada por tres bombarderos, se dirigió al sur de La Habana, a la base aérea de San Antonio de los Baños, donde reposaban cinco B-26, tres T-33, y tres Sea Fury, varios de ellos de baja. La formación *Gorila* atacaría el puerto Antonio Maceo en la ciudad de Santiago de Cuba, en el extremo oriental de la isla. La Inteligencia informa-

ba que allí había un T-33, un B-26, dos Sean Fury y el único PBY en Cuba (hidroavión).

Unos minutos antes de las 06:00 de la mañana se produjo el ataque de manera simultánea. En Ciudad Libertad, el *Puma II,* piloteado por Daniel Fernández Mon y Gastón Pérez como navegante, fue alcanzado por las baterías antiaéreas y se retiró con el motor izquierdo echando humo. Ya en la costa, explotó en una bola de fuego y se precipitó al mar. *Puma I* recibió impactos en su motor derecho, pero logró abandonar la zona de combate y fue directamente a la estación aeronaval de Boca Chica, en Cayo Hueso, Florida, donde realizó un aterrizaje de emergencia. *Gorila II* llegó a Happy Valley con serias averías.

Sin esperar los primeros informes acerca de los resultados de la misión, David Atlee Phillips transmitió la orden a *Radio Swan* de radiar las primeras noticias acerca de los bombardeos. Su tono, al estilo de la emisora, era triunfalista.

A pesar de la sorpresa total, debido a lo inesperado del ataque y a las insignias pintadas en los B-26 atacantes, la pieza de ametralladora múltiples de guardia en San Antonio, comenzó a disparar contra el primer B-26 cuando este lanzó los primeros *rockets*. Su dotación había estado siguiendo a través de los puntos de la mira, la maniobra de la formación enemiga. Pero pensaron que se trataba de aviones procedentes de Santiago.

Aun cuando algunos pilotos dormían en sus casas y otros en barracas algo distantes de las pistas, dos de ellos lograron alzar vuelo en sus aviones de combate.

En Ciudad Libertad, el fuego desde tierra fue tan nutrido que algunos pilotos descargaron las cintas de sus ametralladoras en áreas cercanas a la base. Varias decenas de vecinos en los alrededores fueron testigos de ello e incluso, 53 resultaron heridos y siete muertos, entre estos últimos el miliciano Eduardo García Delgado, quien al sentir que se le escapaba la vida, con su propia sangre escribió en una puerta el nombre de Fidel.

Fue en el aeropuerto de Santiago de Cuba donde la sorpresa resultó mayor. Ello se debió a que inexplicablemente, solo la pieza de guardia de la artillería antiaérea pudo entrar en acción. Las restantes ametralladoras pesadas se encontraban a esa hora desar-

madas, en proceso de mantenimiento. Ese error no se cometería ante un segundo ataque.

Los daños materiales a las instalaciones militares fueron relativamente pocos, y ninguno de los aeródromos perdió su capacidad operacional.

Las pérdidas en aviones, objetivo principal del ataque, fueron:

T-33	1
B-26	2
F-47	1 (estaba de baja)
C-47	1
AT-6	1
DC-3	1
PBY (Catalina)	1
Beechcraft	1

En el documento No. 19 Secuencia de los hechos. Tomás Diez, *La guerra encubierta* (D-2 hasta D+2), desclasificado por la CIA, se señala: "Los informes iniciales de los pilotos indicaron que el 50% de la capacidad aérea de Castro quedó destruida en Ciudad Libertad, de un 75% a un 80% en San Antonio de los Baños, y la destrucción en Santiago de Cuba incluyó dos B-26, un DC-3, un Lodestar, y un T-33 o Sea Fury. Los estudios de las fotografías aéreas y las interpretaciones posteriores indicaron que los daños fueron mucho menores".

El reporte que aparece en el libro de Eduardo Ferrer, piloto de la Brigada 2506, no dista mucho del ofrecido por las autoridades cubanas:

T-33	1
B-26	3 (dos de ellos parcialmente desactivados en San Antonio)
Sea Fury	1
F-47	2
C-47	2
T-6	1
DC-3	1
PBY (Catalina)	1[5]

[5] Eduardo Ferrer: Ob. cit., p 161.

Se ha podido comprobar que los pilotos de la brigada no destruyeron ninguno de los cazas Sea Fury. Ferrer señala en su libro, "un Sea Fury que estaba en el hangar de la Compañía Minera de la Bahía de Moa". Evidentemente no lo vio, porque no existió tal avión. De igual forma, los B-26 destruidos fueron dos y no tres.

Si nos remitimos a los aviones que volaron durante los tres días de la batalla, la Fuerza Aérea Revolucionaria, luego del ataque del 15 de abril dispuso de 11 aviones de combate: 3 T -33, 4 Sea Fury y 4 B-26, aunque en ningún momento estuvieron de alta simultáneamente. Se disponía de otros aparatos, pero en condiciones de vuelo se mantuvieron 11. Ello representa un 22% de bajas en aviones de combate como consecuencia de los ataques del 15 de abril. Para lograr el completo dominio del aire resultaba imprescindible destruir el 78% restante.

Tanto se ha escrito y polemizado en torno a la suspensión de los sucesivos ataques aéreos, previstos según unos para el amanecer del D-1, mientras otros señalan que para el día D y otros para ambos días, y se omiten tantos hechos, que vale la pena detenernos en el asunto.

Primero, algunas reflexiones en cuanto a los aviones participantes en el ataque del 15, acometido por 8 bombarderos B-26. "A la pequeña fuerza aérea de los brigadistas no se le permitió usar todo su poderío aéreo contra los aeropuertos de Castro en el ataque sorpresivo de abril 15".[6]

Si llamamos "pequeña" a la Fuerza Aérea de la Brigada, ¿cómo denominar a la cubana, aquella mañana del 15 de abril? El escuadrón de bombarderos B-26 de la Brigada contaba con 16 aviones en perfecto estado. Algunos escritores señalan 17, y un instructor norteamericano, en sus memorias, refiere 23.

La versión original de la operación del 15 de abril contemplaba ataques a otros dos aeropuertos que a última hora fueron desechados por comprobarse que no existían en ellos aviones de combate: la base aérea de San Julián, en Pinar del Río, y el campamento militar de Managua. De haber sido incluidos en la operación, hu-

[6] Enrique Ros: *Playa Girón, la verdadera historia.* Ediciones Universal, Miami, Florida, 1994.

biera implicado la participación de no menos de otros 6 aviones, los que sumados a los 8 comprometidos finalmente, harían un total de 14. De tal suerte, solo dos quedarían en la base. Es evidente que los oficiales norteamericanos que prepararon esta operación y que habían previsto atacar cinco aeródromos, consideraron que con tal cantidad de aparatos por objetivo, la misión sería cumplida exitosamente.

Por otra parte, una formación de 3 B-26 en el aire, podría confundir a los artilleros cubanos, los cuales podrían suponer que se trataba de aviones de la Fuerza Aérea Revolucionaria. Así sucedió. Esto trajo como resultado que comenzaran a disparar después de iniciado el ataque. Por el contrario, una formación de cinco o seis aviones acercándose a la base los hubiera alertado desde el primer instante; sencillamente, porque todos ellos sabían que la Fuerza Aérea Revolucionaria no estaba en condiciones de poner tal número de aparatos en el aire. El factor sorpresa hubiera disminuido considerablemente. El operador de la torre de control de San Antonio de los Baños, Diocles Bello Rosabal, releía una revista *Bohemia* cuando divisó los aviones. No le dio importancia y continuó en su lectura. Solo hizo sonar la alarma de combate cuando el ataque ya estaba desencadenado. Según confiesa, "[...] de haber visto un número mayor de aparatos hubiera saltado del asiento como un resorte".[7]

Esa diferencia de tiempo hubiera permitido que los dos pilotos, Bourzac y Fernández, que lograron alzar vuelo en un Sea Fury y en un T-33, lo hubieran hecho unos minutos antes, cuando aún los atacantes no habían emprendido la huida.

Por otro lado, de haber participado en los ataques a los tres aeropuertos los 16 aviones de la brigada, se corría el riesgo de anular o disminuir considerablemente la protección aérea que tendrían que brindar a los batallones próximos a desembarcar. Si de 8 aviones atacantes, tres fueron alcanzados por la artillería antiaérea (uno derribado y dos averiados), lo que representa el 37% de pérdidas, de

[7] Testimonio de Diocles Bello Rosabal. Archivo MININT.

haber participado todo el escuadrón las pérdidas podrían haber sido mayores, y se habría puesto en peligro la siguiente misión. Hay que tener en cuenta que para brindar protección aérea a la brigada desembarcada, la Fuerza Aérea Táctica tenía que enviar hacia la zona de combate, dos aviones cada una hora aproximadamente, los que regresaban casi siete horas después. Resultaba pues imprescindible disponer de la mayor cantidad de aparatos posibles.

Pero sin duda, el aspecto más debatible es el de la suspensión de los restantes bombardeos. No pretendemos negar la importancia que tenía para los planes de la CIA, la destrucción total de la Fuerza Aérea Revolucionaria. "Si un solo avión de combate cubano escapa de ser destruido y obstrucciona la pista, la operación pudiera verse afectada seriamente".[8]

"Más adelante señalaba el general Lemnitzer en el punto 9 del mencionado memorándum: "Si no se logra la sorpresa es muy posible que fracase la misión aérea. Como consecuencia, si uno o más de los aviones de combate de Castro estuviese disponible para usarse contra las fuerzas invasoras, un solo avión armado con ametralladoras cal 50 pudiera hundir a toda o la mayor parte de la fuerza invasora".[9] Esto resulta una exageración a posteriori de Lemnitzer, puesto que los barcos se hunden con cohetes o con bombas, no con ametralladoras. En la reunión 17 de la Comisión Taylor, el general Lemnitzer expuso otras valoraciones: "Los ataques aéreos del día 17 estaban considerados esenciales. Yo he visto la acción del napalm en los campos de aviación cuando los aparatos están estacionado cerca uno de los otros y el efecto de las bombas fragmentarias".

No dudo que el general Lemnitzer haya visto los efectos de tales ataques. Pero eso no hubiera sido lo que habría sucedido el día 17 de haberse producido el segundo bombardeo. Desde mucho antes del 15 de abril, Fidel Castro se preparaba para evitar tal desastre. "En el mes de marzo recibimos la visita del Comandante en Jefe en la Base de San Antonio, y él citó una reunión ahí, en la rampa de la base, con todos los pilotos y técnicos, y dio personalmente a todos nosotros la orden de que mantuviéramos *dispersos*[10] los pocos avio-

[8] Memorándum JCSM-146-61 (punto 3) del general Lyman L. Lemnitzer, jefe del Estado Mayor Conjunto de fecha 14 de marzo de 1961.
[9] Ibídem.
[10] El destaque es del Autor.

nes que teníamos y que cuidáramos de ellos, porque seguro tendríamos que usarlos en combate".[11]

Esta dispersión de los aviones de combate, entre otras medidas adoptadas para la protección de los aeródromos, influyó decisivamente en los escasos daños ocasionados el 15 de abril a la técnica de combate. De haberse producido un segundo ataque aéreo al amanecer del 17, ese famoso bombardeo, que al suspenderse —según no pocos escritores norteamericanos y cubanonorteamericanos— determinó el fracaso de la brigada, los daños a la Fuerza Aérea Revolucionaria hubiesen sido menores y sí muy superiores los infligidos a la fuerza aérea táctica de la Brigada.

Veamos:

En la misma mañana del 15 de abril, el comandante Fidel Castro observó los daños causados en Ciudad Libertad y San Antonio de los Baños. Había presenciado el ataque a la primera de las dos bases al amanecer de ese día desde el Punto Uno, sede del estado mayor de la agrupación de tropas que defendía la capital: "Nosotros estábamos allí, en el Estado Mayor, esperando noticias [de Oriente] cuando a las seis de la mañana pasa volando un B-26 bastante cerca, e inmediatamente, a los pocos minutos, ya sentimos el estampido de las bombas y el fuego de las antiaéreas. Nos asomamos y vimos que, efectivamente, se trataba de un ataque ya con bombas, de carácter militar, sobre Ciudad Libertad, la parte donde está la escuela de artillería, las pistas de aviación. Otro B-26 se aproximó inmediatamente".[12]

Al personarse esa mañana en San Antonio de los Baños, Fidel sostuvo un intercambio con los pilotos. "Bueno chico, ven acá, le dijo al capitán Carreras, y los pilotos, ¿qué hicieron? ¿Se escondieron?" El Capitán le respondió que dos aviones "Patria o Muerte" habían despegado. Explicó que "Patria o Muerte" significaba que eran aviones capaces de alzar vuelo. No eran ni de alta ni de baja, sencillamente volaban mal o peor, volaban.[13]

[11] Testimonio de Enrique Carreras Rolás a la revista *Verde Olivo,* número 16 de 1976.

[12] Fidel Castro: Comparecencia ante la radio y la televisión cubana, 23 de abril de 1961.

[13] Testimonio de Enrique Carreras Rolás a la revista *Verde Olivo,* 1973.

Fidel coincidió con Carreras en que los pilotos dormían demasiado lejos de los aviones, y estuvo conforme en que se establecieran con sus respectivos mecánicos, debajo de las alas de cada aparato.

Ese mismo día 15, dos nuevas baterías de artillería antiaérea cuádruples de 12.5 *mm* entraban a la base de San Antonio. Cada una estaba compuesta por seis piezas de cuatro ametralladoras pesadas. O sea, el refuerzo representa 48 nuevas ametralladoras pesadas antiaéreas.

Otras dos unidades del mismo tipo penetraban en Ciudad Libertad. Esa noche, para la defensa de la base de San Antonio, se adicionaba una nueva batería de cañones de 37 milímetros. Sencillamente, estaban esperando el segundo ataque aéreo.

Pensábamos, sobre todo, en la variante del combate aéreo y casi todo el tiempo rastreábamos el cielo en busca del primer avión enemigo para dar la alarma y que nuestros aviones pudieran despegar lo más rápido posible. Los compañeros que compartían conmigo aquellos momentos me aconsejaban que durmiera tranquilo y no me preocupara. Me decían: 'Capitán, duerma, acuérdese que debe descansar; mañana a lo mejor tiene que entrar en acción'. Pero la tensión no me dejaba dormir, creía que si llegaban los aviones enemigos iba a perder tiempo en despertarme, subirme a la cabina y arrancar el motor. Cerca de la cabecera de la pista 05 situamos el Sea Fury que yo tripulaba como piloto de guardia. A poca distancia de él preparamos un T-33. Esto se hizo así ya que si ocurría un ataque aéreo, yo debía despegar en el T-33 con sus dos ametralladoras M-3 cal 50, para interceptar y combatir en el aire. Si se producía un desembarco, despegaría en el Sea Fury, que llevaba más carga de cohetes y bombas y estaban construidos para los combates aeronavales. En la pista 11 colocamos otro avión Sea Fury de guardia, con el teniente Gustavo Bourzac y, entre ambas cabeceras, ubicamos un bombardero B-26 con el capitán Silva Tablada y su tripulación".[14]

Pero esto no era todo. De haberse aprobado un segundo ataque aéreo para el amanecer del Día-D, otro factor no menos importante

[14] Enrique Carreras Rolás: *Por el dominio del aire,* Editora Política, 1995, p. 104.

se hubiera adicionado a los preparativos para recibir a los B-26 de la brigada. Varias horas antes del amanecer del 17 de abril, Fidel Castro había confirmado el desembarco por la Ciénaga de Zapata. "Mandamos a comprobar, a ratificar, porque luego llegan las noticias de que hay barcos por tal punto, hay barcos por otro punto, y entonces, el hecho es que ya, de una manera cierta, total, y con los primeros heridos en los combates llega la noticia de que una fuerza invasora está cañoneando fuertemente con bazucas, con cañones sin retrocesos, con ametralladoras 50 y con cañones de barcos, en la Ciénaga de Zapata, están atacando fuertemente Playa Girón y Playa Larga".[15]

Eran las 03.30 de la madrugada. A esa hora aproximada, de haberse autorizado el segundo ataque aéreo, estarían despegando los B-26 de su base de Puerto Cabezas para llegar a San Antonio de los Baños al despuntar el alba. De hecho Fidel Castro disponía de una ventaja de más de dos horas.

Mientras esto ocurría, Enrique Carreras dormía bajo el ala del Sea Fury 542 y muy cerca de un T-33 cuando se le comunicó que Fidel había llamado para ordenar que dos Sea Fury y un B-26 bombardeasen los barcos en Bahía de Cochinos en cuanto amaneciera. Poco después despertaban a Bourzac que dormía bajo el ala del Sea Fury 580 y en otro extremo de una de las pistas se alertaba a Jacques Lagás, que tenía su camastro bajo la mole de aluminio del B-26 número 937. Acostados dentro del avión se encontraban el artillero y el mecánico. Otros pilotos se mantenían bajo las alas de sus aparatos de combate. Para despegar, solamente necesitaban unos minutos. Y lo harían al escuchar la alarma o la primera descarga de algunas de las piezas de artillería antiaérea.

A las 04:45 de la madrugada, Fidel volvió a llamar a la base aérea. En las notas taquigráficas tomadas en el Punto Uno, quedaron recogidas las instrucciones del Comandante en Jefe: "Ordena Fidel a Silva" —se refiere al piloto Silva Tablada—, "de la base aérea de Antonio de los Baños, cumplir misión con dos Sea Fury y un B-26 y un chorro; este debe estar listo para que defienda la base [...] En Punta Perdiz hay tres barcos de fuerzas enemigas [...] Despe-

[15] Comparecencia de Fidel Castro el 23 de abril de 1962.

gar a las *05:20.*[16] Atacar: primero barcos y después regresar a La Habana para informar. *Chorro listo para defender la base* [...] Silva ir hasta el fondo de la Bahía de Cochinos; todo lo que está en la playa es enemigo".

A las 05:20 de la mañana, el B-26 piloteado por Silva Tablada alzó vuelo y se dirigió a Bahía de Cochinos, mientras otros dos cazas Sea Fury despegaron, uno por la pista 05 y otro por la 11. La misión inicial asignada a Bourzac, que piloteaba uno de estos aviones de combate, sería defender el aeropuerto hasta el amanecer. "El comandante Curbelo nos mandó a buscar a Operaciones. Allí nos enseñó el mapa, nos dijo la situación que había y que teníamos que hundir los barcos. Pero que la misión mía, al amanecer, iba a ser, primero, darle cobertura a la Base. [...] Nosotros volábamos en este anillo alrededor del círculo de la Base. Por el anillo, alrededor. De ahí para adentro ni nosotros mismos podíamos entrar. Todo el que entrara, fuego con él. Nosotros esperábamos mientras, en este anillo. Cuando supiéramos que los aviones venían, ya los estábamos esperando en esta zona, lejos de la Base. Si no podíamos interceptarlos de aquí a aquí, teníamos que dejar que entraran solos. Y entonces, si salían" —era difícil, pero bueno—, "los estábamos esperando aquí otra vez".[17]

Esta y no otra hubiera sido la situación en la que se hubieran encontrado los B-26 de la Brigada 2506 de haberse autorizado el segundo ataque aéreo. Todas las baterías antiaéreas reforzadas con 48 ametralladoras pesadas 12.5 y una batería de 37 *mm;* dos aviones Caza Sea Fury mucho más veloces y maniobrables que los pesados B-26, en el aire, con sus cañones, ametralladoras y dispositivos de cohetes listos para abrir fuego y otros cinco pilotos bajo las alas de sus aviones de combate, prestos a despegar. ¿Qué hubiera sucedido de haberse autorizado el segundo ataque aéreo? Ni tres, ni cinco aviones B-26 hubiesen conseguido ni siquiera sobrevolar la base, y si no todos, la casi totalidad de ellos hubieran sido derribados, unos por el fuego antiaéreo, y otros, por las descargas de los Sea Fury y los jets T-33.

Pero hay algo más. Se autorizó un segundo ataque aéreo y este se ejecutó. Estuvo dirigido sobre la base de San Antonio de los

[16] El destaque es del Autor.

[17] Víctor Casaus: *Girón en la memoria.* "Testimonio de Gustavo Bourzac". Editorial Letras Cubanas La Habana, 1982. pp. 56 y 57

Baños, donde los aviones U-2 reportaban que se habían dislocado todos los aviones de combate de la Fuerza Aérea Revolucionaria. Se produjo en la noche del lunes 17 (Día-D) la mejor hora, teniendo en cuenta que durante el día, la flotilla de la brigada habría encontrado aviones de las FAR en el aire. Por la noche estos no podían volar debido a la inexistencia de radares en la isla.

En los libros publicados en Estados Unidos sobre la invasión, ciertos autores se esfuerzan por disminuir el alcance de este segundo bombardeo a la base aérea cubana; otros le pasan por encima como para que el lector no pueda advertir su significación verdadera, y algunos dan explicaciones inverosímiles para justificar su fracaso, mientras los menos escrupulosos lo omiten, como si no hubiera existido.

"JFK comprendió que las noticias del frente presagiaban desastres a menos que liquidara a las FAR. Dio su conformidad para un ataque aire a tierra. Los informes de la Inteligencia indicaban que la base de los peligrosos T-33 era ahora San Antonio de los Baños, mucho más cerca del frente que Santiago.

"Al amanecer del martes, seis B-26 procedentes de Happy Valley volaban sobre San Antonio. Pero no se veía el terreno debido a una nube espesa y a una neblina que lo cubría, Los aviones no tenían combustible suficiente para dar vueltas hasta que la cortina de neblina se dispara. Regresaron a Happy Valle.[18]

Por su parte, en *El gobierno Invisible,* David Wise y Thomas B. Ross, sus autores, expresan al respecto: "Exactamente tres B-26 despegaron de Happy Valley a las 8:00 p.m. del lunes 17 de abril. Su objetivo era el campo de aviación de San Antonio de los Baños. El ataque fue dirigido por Joaquín Varela, a pesar del hecho de que él y su copiloto, Tomás Afont, habían volado aquella mañana, Varela no pudo encontrar a San Antonio en la oscuridad. Teniendo órdenes de solo atacar objetivos militares, no lanzó bomba alguna y regresó a Happy Valley. El segundo avión, piloteado por Ignacio Rojas y Esteban Bovo Caras, tuvo una avería en el motor y regresó

[18] Huncle Warren-Turner William: *El pez es rojo,* 1ra edición. Harper & Row Publishers, New York, 1981, pp. 90-91.

antes de llegar al objetivo. Y lo mismo sucedió al tercer avión, piloteado por Miguel A. Carro y Eduardo Barea Guinea. Dos horas más tarde, a las 10:00 p.m., dos B-26 más despegaron de Happy Valley. Sus tripulantes también habían volado aquel día temprano. Mario Álvarez Cortina y Salvador Miralles en el otro. No tuvieron más éxito que los tres primeros aviones.

"Cinco B-26 habían salido el lunes por la noche. Todos regresaron, pero no causaron daño alguno a sus objetivos.[19]

Eduardo Ferrer fue uno de los pilotos de la Brigada 2506. Sobre el segundo ataque a la base de San Antonio de los Baños señaló: "Justo antes de la media noche del 17 dos vuelos de dos B-26 despegaron. Joaquín *Pupy* Varela e Ignacio Rojas capitaneaban las naves aéreas de la primera formación, con Tomás Afont y Esteban Bovo Caras, como navegantes. Los comandantes del segundo vuelo eran Gonzalo Herrera y Mario Cortina, con Ángel López y Salvador Miralles como navegantes.

"Había entrado un mal tiempo y se había impuesto un corte de electricidad en la zona aledaña a San Antonio. Esto trajo como resultado que las tripulaciones no pudieran localizar los objetivos y se abortó la misión.[20]

Ferrer, en un afán por restarle importancia al hecho, ni siquiera refiere al lector que se trataba finalmente del segundo ataque aéreo, y hace verdaderos malabarismos para justificar la precipitada retirada de los aviones atacantes.

Como se puede apreciar, los autores norteamericanos no se ponen de acuerdo en las causas del fracaso de la operación en la que participaron cinco aviones, un tercio del escuadrón de B-26. Solamente coinciden en tres cosas: un segundo bombardeo aéreo fue autorizado; se ejecutó y resultó un total fracaso.

Incuestionablemente, la hora escogida fue la más acertada. De haberse producido al amanecer, ya sabemos a lo que se exponían. Es evidente que al llegar a la base aérea cubana de noche,

[19] David Wise y Thomas B. Ross: *El gobierno invisible,* Ediciones Venceremos, 1966, p. 75.
[20] Eduardo Ferrer: Ob. cit., p. 205.

los aparatos de las FAR estarían en tierra, pues no realizaban vuelos nocturnos. De hecho, la proximidad de los aviones atacantes sorprendió a los pilotos en la base. Veamos cómo lo recuerdan cuatro de los principales de ellos: "Estábamos en el comedor" —afirma Bourzac—, "recuerdo lo primero que traen, un bisté que no cabía en dos platos, era más grande que una sábana. El que tenga más hambre que empiece, dice Carreras. 'Yo mismo' —contesta Bourzac, sirviéndose. 'Silencio, compañeros, silencio. ¿No oyen? ¿Qué te pasa, Prendes?' —responde Carreras. 'Silencio compañeros' —repitió Prendes".

Eran ruidos de motores y ninguno de ellos estaba en el aire. Inmediatamente oyeron la alarma de ataque aéreo. Cuenta Del Pino: "Ya se dejaban escuchar los cañones de nuestra artillería antiaérea. Los que habíamos permanecido dentro del edificio al no encontrar los interruptores donde se apagaban las luces, comenzamos a hacerlo con las armas que teníamos arriba. Aquello parecía una película del Oeste". Por su parte, Bourzac relata: "El tiroteo andando y quedaba una luz encendida. Todo el mundo tirado debajo de las mesas y el tiro andando".[21]

"Pienso que la base está bajo ataque nocturno de la aviación mercenaria; ya creía oír los cohetes explotando contra la placa del techo, sin saber que era, una calibre 50 antiaérea que estaba en la azotea y cuyos disparos sentía yo en medio de la cabeza".[22]

"Se oyó la alarma de ataque aéreo y a viva voz los compañeros repetían: ¡Avión! Inmediatamente comenzó la artillería antiaérea a disparar sus ametralladoras y sus nuevos cañones de 37 *mm* [...] El cielo estaba cuajado de miles de balas trazadoras de distintos calibres, pasaron varios minutos de intenso fuego graneado en medio del cual casi todo el personal buscó protección en las trincheras.

"Cuando se dejó de oír el ruido de los aviones, cesó el fuego antiaéreo de nuestras baterías, la gente se calmó y empezaron los comentarios sobre lo que habla ocurrido."[23]

[21] Testimonio de Enrique Carreras, Álvaro Prendes, Rafael del Pino y Gustavo Bourzac: en Quintín Pino Machado: Ob. cit., p. 105.
[22] Álvaro Prendes: *En el punto rojo de mi kolimador,* Ediciones Huracán, 1976, p.120.
[23] Enrique Carrera Rolás: Ob. cit., p. 120.

Ni mal tiempo, ni nube espesa, ni neblina, ni una oscuridad que impidiera encontrar la base (algunos pilotos participantes la conocían perfectamente, pues habían servido en ella y sin duda, por eso habían sido seleccionados para esa misión). El verdadero y lógico motivo luego del reforzamiento a esta base fue el barraje de metralla que cubrió el cielo de San Antonio de los Baños y que aconsejó a los pilotos regresar a Happy Valley. Varios pobladores de San Antonio recuerdan que algunas bombas de los aviones atacantes cayeron sobre fincas de los alrededores de la base, y una de ellas estalló sobre una granja avícola.

El segundo ataque aéreo, perdido el factor sorpresa, no podría llevarse a cabo sino a un elevado costo de aparatos atacantes y con muy pobres resultados. "Ahora bien, el primero de los dos ataques aéreos, que debía ser el fundamental resultó ser sumamente ineficaz, y no hay razón para creer que la aviación castrista, habiendo sobrevivido y oculta, pudo haber sido destruida durante el segundo".[24]

Hay también quienes señalan que los bombardeos del D-2 (15 de abril) fueron un error, ya que alertaron a Fidel Castro; y advierten que las bases aéreas debieron atacarse sorpresivamente al amanecer del día del desembarco.

Es bueno señalar que los bombardeos del día 15 no pusieron sobreaviso al Gobierno Revolucionario sobre la inminencia de la invasión. En todo caso, le confirmaron sus sospechas acerca de la inminencia de esta. Pongamos como ejemplo que la defensa de las bases aéreas estaba instrumentada en lo fundamental, desde hacía varias semanas. El batallón 339 se encontraba dislocado en el central Australia desde finales de la primera semana de abril, y antes del día 15 una escuadra había ocupado la planta de radio existente en Playa Larga, desde donde reportaba a su jefatura cada treinta minutos. La milicia campesina de Playa Girón hacía guardia cada noche, y Fidel Castro había presenciado desde el Punto Uno el bombardeo a Ciudad Libertad. Esta misma sería la situación de haberse llevado a cabo los bombardeos el 17, aunque con una diferencia: a las 03:30 de la madrugada de ese día, Fidel Castro había confirmado el desembarco y tomaba todas las medidas para

[24] Theodoro C Sorensen: *Kennedy, el hombre, el presidente.*

enfrentarlo, entre ellas, las órdenes a los pilotos referidas anteriormente. De haberse producido los ataques aéreos el 17 y no el 15, la fuerza aérea de la brigada no podría contar con el factor sorpresa, pues al llegar a las bases, al amanecer, se hubieran encontrado varios aviones en el aire y el resto de los pilotos en máxima alerta. Además, no hubiesen podido utilizar los 16 B-26, pues ello implicaba dejar sin protección a los batallones desembarcados.

Un hecho adicional y no menos importante. De haber ocurrido el primer ataque el 17, los dos B-26 y el jet T-33, dañados o destruidos el sábado 15, se hubieran sumado a los efectivos aéreos de las FAR.

Una vez más, de haberse producido el primer golpe aéreo contra los aeródromos cubanos al amanecer del día del desembarco, los aviones atacantes se hubieran encontrado a la Fuerza Aérea Revolucionaria, desde 03:30 de la madrugada, en máxima alerta de combate. En definitiva, esas son reglas comunes de la guerra.

Decir y repetir hasta la saciedad que a la brigada se le garantizó que tendría el cielo limpio, no se ajusta a las instrucciones ni al equipamiento que poseían los invasores.

Ninguno de los expertos de la CIA y el Pentágono, profesionales en el arte de la guerra, hubieran podido sostener semejante cosa. Ello no excluye que algún oficial, en su afán por entusiasmar a los jefes de la brigada, les haya afirmado que el cielo sería azul. En el Plan de la Operación Pluto, que recoge todas las acciones a ejecutar por la brigada y varias de cuyas copias fueron entregadas a la plana mayor de la brigada de asalto, se expresa textualmente en una de sus partes:

"Anexo E (Apoyo Aéreo Táctico) al Plan de la Operación Pluto.

I.- Situación

a. Fuerzas enemigas. (ver anexo A)

b. Fuerzas amigas. Al efectuarse la toma del campo de aterrizaje en a zona objetivo de la Fuerza Aérea Táctica comienza los ataques con el propósito de destruir o *neutralizar las fuerzas aéreas,*[25] navales y terrestres enemigas".[26]

[25] El destaque es del Autor.

[26] Plan de la Operación Pluto: Archivo MININT. p. 26.

De habérseles asegurado que ningún avión de las FAR volaría sobre ellos, la mencionada orden en el plan de operaciones a ejecutar una vez desembarcado estaría de más.

Este aspecto del plan de operaciones no se cumplimentó; más adelante analizaremos las causas.

Otro argumento esgrimido entre los tantos para justificar la derrota, es que al no destruir los aviones de Castro, la Brigada quedó indefensa. Ello no es rigurosamente cierto. Los buques escoltas *Blagar* y *Bárbara J.* estaban fuertemente artillados. El *Bárbara J.* tenía un cañón de 75 *mm* sin retroceso; dos cañones de 57 *mm* s/r; cañones de 20 *mm* dobles, antiaéreos; 6 ametralladoras cal 50. Poseía además, un radar de; 40 millas. Los dos barcos debían proteger a la brigada contra eventuales ataques aéreos. De hecho, lo hicieron duramente la mañana del desembarco.

"Llegamos, y cuál no sería nuestra sorpresa ante el movimiento de un convoy compuesto por cuatro buques de carga, barcazas de desembarco, medios de asalto LCU, LCVP, un buque LSD y lanchas menores que trasladaban personal a la costa. Integraban la agrupación dos barcazas LCI de escolta, las cuales, tan pronto nos divisaron, abrieron fuego nutrido contra nuestra escuadrilla, empleando sus torretas giratorias con cañones dobles enlazados a los lados de las naves y seis ametralladoras calibre 50 [...]

"Continué subiendo, seguido de miles de trazadoras. Una de ellas hizo blanco; el avión se estremeció y el motor comenzó a fallar y emanar humo. [...]

"[...] Prendes siempre había demostrado gran pericia, dominio y habilidad en los aviones de chorro. Tan pronto llegó al área se orientó y localizó a los barcos a varias millas de la costa. Cerca de ellos, atacó con los cohetes al último de la formación, averiando un LCT, el cual quedó a la deriva. El enemigo, repuesto de la sorpresa, abrió fuego antiaéreo contra el jet en su segundo ataque y logró tocarlo durante su vertiginosa trepada".[27]

"[...] Pico la máquina y esta vez veo subir hasta mí las líneas de fuego de las trazadoras enemigas, que parece que se dirigen hacia mí y por una ilusión óptica en el último momento se apartan violen-

[27] Enrique Carreras Rolás: Ob. cit. pp. 113-115.

tamente: mientras más violentamente, más cerca me han pasado. Veo también explosiones a mi altura, lo cual me indica que hay cañones tirando también [...] entonces siento el impacto, un golpe seco que hizo vibrar todo el avión".[28]

"[...] En ese momento, Bourzac sintió una explosión y, de inmediato, el Sea Fury comenzó a fallar. El piloto vio las llamas azules y rojas que salían del fuselaje [...] De regreso a la base le recomendaron que se lanzara en paracaídas. Bourzac pensó, ¿y en qué vuelo después?, "ni en una escoba iba a poder volar". A riesgo de su vida decidió salvar el avión. Su aterrizaje fue el más dramático de aquellos días. [...] Un tropel de combatientes corrió hacia el aparato. Los mecánicos dieron rápidamente su dictamen cuanto escudriñaron el Sea Fury: un proyectil de cañón se había llevado completa la caja del breke, así como la sección del fuselaje".[29]

En la mañana del 17 de abril resultaron impactados cinco de los ocho aviones de las FAR en alta. Álvaro Prendes, Gustavo Bourzac y Enrique Carreras, regresaron a la base en una de sus misiones, esa mañana, en emergencia. Luis Silva Tablada, volando un B-26 resultaró derribado por el fuego de las antiaéreas de los buques escoltas *Bárbara* J. y *Blagar.*

La efectividad del fuego antiaéreo de la Brigada salta a la vista. No venían indefensos. Con lo que no contaron en sus cálculos los especialistas de la operación, fue con la reacción de los pilotos cubanos que, aun a riesgo de sus vidas, llevaron sus aviones averiados de regreso a la base. Y poco después volvían a despegar en dirección a la zona de combate.

En cambio, los buques escoltas de la brigada, luego del hundimiento del *Río Escondido* y de haber sido averiado el *Houston,* pusieron proa a mar abierto, a toda máquina. Si existiera alguna duda sobre la precipitada fuga de los buques escoltas, el testimonio autorizado y muy poco divulgado del comandante José Pérez San Román, jefe militar de la Brigada de Asalto 2506, resulta demoledor: "Número uno: el oficial norteamericano, capitán del buque insignia *Blagar,* fue forzado a retirarse ante el ataque aéreo enemigo, después que dos de los barcos de la pequeña flota fueron hundidos.

[28] Álvaro Prendes: Ob. cit., pp. 105-106.
[29] Ibídem, p. 113.

"Este oficial realizó esta retirada en contra de mis órdenes de mantener su posición y pelear (Es un principio militar que el Comandante de las fuerzas de apoyo recibe órdenes del Comandante de las fuerzas apoyadas). 'Autoridad superior', fue su respuesta a mi orden, 'me ha ordenado lo contrario' y los barcos tomaron rumbo sur para nunca regresar. Debido a esta retirada de nuestra flota, la Brigada perdió el apoyo de fuego de los cañones de 75 *mm* sin retroceso y las ametralladoras calibre 50 montadas en todos los barcos. Pero aún más, con la flota se iban, para no regresar, miles de toneladas de suministro, armas, equipos de comunicación principal, hospital, drogas, y ayudas médicas indispensables, etc. Pero por si esto fuera poco, en aquellos barcos se iba combustible para avión, bombas aéreas de todo tipo y municiones para los cañones de nuestros B-26 que nos hubiesen dado la capacidad prevista en el plan de operar nuestros aviones desde la cabeza de playa, en lugar de tener que hacerlo desde Nicaragua".[30]

Algo que también pudieron haber hecho fue darle inmediata utilización al aeropuerto de Playa Girón, el cual ocuparon apenas desembarcaron. En uno o dos vuelos de los transportes C-54 pudieron traer a Girón, al oscurecer del día 17, la carga suficiente para mantener en el aire algunos B-26 que operasen desde la pista en la cabeza de playa.

El primer y único avión de la Brigada que aterrizó en el aeropuerto de Girón lo hizo al amanecer del miércoles 19, cuando prácticamente ya se encontraban cercados. Traía suministros en municiones.

Algunos investigadores aseguran que la pista de Girón no estaba en condiciones operacionales al producirse el desembarco, y que ello fue causa de que no se utilizara. Nada más falso.

Nuevamente, el comandante José Pérez San Román resulta elocuente: "Segundo: Otra crítica a la CIA es lo incorrecto de la información sobre el área objetiva, que nos fue entregada a mí y a mis oficiales subalternos de la Brigada procedentes de sus archivos de Inteligencia. Tan incorrecta que incluía fotos de U-2 que nos mostraban la pista aérea de Playa Girón no terminada, aún bajo construcción. Esto nos obligó a llevar docenas de sierras de gasolina

[30] José Pérez San Román: Ob. cit., p. 29.

para cortar los árboles a lo largo de la carretera, de manera de poder usar esta para aterrizar nuestros B-26 y C-46. [...] Cuando llegamos allí encontramos que el aeropuerto estaba completamente terminado hasta el último detalle de su torre de control. La carretera no tenía árboles que pudiesen impedir el aterrizaje de aviones pequeños y medianos".[31]

Si se hubiera destruido la aviación de Castro; si el gobierno norteamericano no los hubiera abandonado a su suerte; si los exiliados cubanos hubieran tenido una mayor participación; si hubiera sido por Trinidad; si se hubiera avisado al clandestinaje; si se hubiera producido el desembarco de distracción por Baracoa; si se hubiera brindado cobertura aérea; si la brigada hubiera estado mejor equipada; si se hubiera producido la intervención directa...

Parece como si cualquier cosa que se hubiera hecho, diferente a lo que se hizo, les habría asegurado el éxito. Se niegan a aceptar las verdaderas razones de la derrota, las cuales se pueden encontrar en el estudio mismo de la reacción del Gobierno Revolucionario tras los bombardeos a los aeropuertos, y en el desarrollo de la batalla.

Aún no se habían extinguido los incendios del día 15 cuando el Comandante en Jefe hizo una alocución al pueblo. Luego de informar sobre el ataque expresaba:

"Nuestro país ha sido víctima de una criminal agresión imperialista que viola todas las normas del Derecho Internacional. La delegación cubana ante la ONU, ha recibido instrucciones de acusar directamente al gobierno de los Estados Unidos como culpable de esta agresión a Cuba. Se ha dado la orden de movilización a todas las unidades del Ejército Rebelde y de las Milicias Nacionales Revolucionarias. Todos los mandos han sido puestos en alerta. Si este ataque aéreo fuese el preludio de una invasión, el país en pie de guerra resistirá con mano de hierro cualquier fuerza que intente desembarcar en nuestra tierra. El pueblo será ampliamente informado de todo. Cada cubano debe ocupar el puesto que le corresponde en las unidades militares y centros de trabajo, sin interrumpir

[31] Ibídem, p. 32.

la producción, ni la Campaña de Alfabetización, ni una sola obra revolucionaria. La patria resistirá a pie firme y serenamente cualquier ataque enemigo segura de la victoria. Patria o Muerte. Venceremos. Fidel Castro Ruz".

Al día siguiente durante el entierro de las víctimas del ataque aéreo y cuando la flota invasora se acercaba a nuestras costas, Fidel finalizaba su discurso con estas palabras: "Compañeros obreros y campesinos: el ataque de ayer fue el preludio de la agresión... Vamos a cantar el Himno Nacional... Compañeros, todas las unidades deben dirigirse hacia la sede de sus respectivos batallones de acuerdo con la movilización ordenada para mantener el país en estado de alerta..." Como se aprecia, las razones de la victoria están en la movilización total del pueblo cubano, en los miles de soldados del Ejército Rebelde, en los más de medio millón de milicianos, y los varios millones de miembros de los Comités de Defensa de la Revolución, entre unas y otras fuerzas, la mayoría abrumadora de la población cubana.

Es indiscutible que el pueblo cubano vivía momentos cumbres de patriotismo y de fervor revolucionario, y el apoyo a la Revolución y a su líder Fidel Castro mostraba una espiga como nunca antes la había logrado ningún gobernante en el hemisferio. Y esto sería decisivo.

Un artillero en Naciones Unidas

DEPARTAMENTO DE ESTADO
Telegrama recibido el 16 de abril de 1961
Control: 9871
Recibido: 16 de abril 1961
7: 33 p.m.

De: Nueva York
A: Secretario de Estado
No. 2892, 16 de abril, 6 PM
PARA EL SECRETARIO Y DULLES DE STEVENSON

1. Muy inquieto por los claros indicios recibidos durante el día. En proceso de elaboración el material que refuta que los incidentes de bombardeos en Cuba el sábado hayan sido lanzados, en parte al menos, desde fuera de Cuba.
2. Tuve impresión definitiva, a partir de lo que me informó Barnes[1] cuando estuvo aquí, de que no se llevarían a cabo acciones que pudieran traernos dificultades políticas durante el presente debate en las Naciones Unidas. De ser denunciada esta incursión, si así ocurrió, alterará gravemente la atmósfera completa de la Asamblea General. Si Cuba demuestra que cualquiera de los aviones o pilotos llegó del exterior; nosotros enfrentaremos una atmósfera de hostilidad creciente. Nadie creerá que los ataques y bombardeos sobre Cuba, proceden-

[1] Se refiere a Tracy Barnes, adjunto de Bissell.

tes del exterior, pudieran haber sido organizados sin complicidad nuestra.

3. No entiendo cómo pudimos dejar que se produjeran esos ataques dos días antes del debate sobre el tema de Cuba en la Asamblea General. Tampoco puedo entender que si no podíamos evitar que esos ataques se produjeran desde afuera en este momento, por qué no se me advirtió y no se me suministró material preelaborado con el cual defendernos. Las respuestas que di a los pronunciamientos de Roa con relación al incidente del sábado fueron preparadas precipitadamente en el Departamento y revisadas por mí en el último minuto, suponiendo que se trataba de un caso claro de ataque llevado a cabo por desertores dentro de Cuba.
4. Existe el mayor riesgo de que se produzca otro desastre como el del U-2 en esas acciones tan carentes de coordinación.

Stevenson[2]

El telegrama del representante de Estados Unidos en la ONU provocó alarma y desasosiego en el Departamento de Estado, en particular en el secretario Dean Rusk, quien no las tenía todas con el proyecto de invasión, aunque se abstenía de declararlo. Doce días antes, el 4 de abril, en una reunión donde se daban los últimos toques a la invasión, el presidente pidió a los presentes que votaran, uno a uno, a favor de seguir adelante o en contra y cancelar la invasión, Rusk, como todos los demás miembros del equipo de gobierno envueltos en el proyecto votó a favor. Y es que por encima de toda duda con relación al éxito de la empresa, lo que primaba en las mentes de aquellos hombres, era la necesidad de deshacerse de Fidel Castro. Obcecados con ese pensamiento no eran capaces de razonar con objetividad. El señor Dean Rusk y sus más cercanos colaboradores no escapaban a tal influjo. Por eso nadie en el Departamento de Estado imaginó que tan temprano como el mismo día de los bombardeos a los aeropuertos el asunto de la agresión a Cuba se pondría en la agenda de Naciones Unidas.

[2] Biblioteca Kennedy, Telegram of Stevenson, April 16, 1961. NSF OF, caja 40, [Documento desclasificado por el gobierno de Estados Unidos.]

Y realmente tal discusión no se hubiera producido en la tarde del sábado 15 de abril de haberse ajustado el canciller cubano a las rigurosas normas de procedimiento establecidas en el magno recinto. Cuba había solicitado desde hacía varias semanas un punto en la agenda de la Asamblea General para discutir una denuncia cubana sobre las últimas agresiones de Estados Unidos a la isla. La palabra a Raúl Roa le sería concedida en la mañana del lunes 17 de abril. El sábado había un solo punto en el orden del día de la Asamblea General: la situación en la República del Congo. Un obstáculo procesal y formal que impediría discutir cualquier otro asunto. Luego habría un fin de semana de descanso por el medio. Y en la mañana del lunes, el tema en toda la prensa sería el desembarco de "patriotas cubanos, que con recursos y esfuerzo propio, se hallaban en suelo patrio para librar a Cuba del comunismo internacional". El desembarco sería un hecho. Y del ataque a los aeropuertos solo quedaría el recuerdo. Para entonces poco podría hacer Cuba en la esfera diplomática.

Eso calcularon los expertos del Departamento de Estado, pero descuidaron un detalle: el hombre que ahora, en la mañana del sábado 15, penetraba con pasos rápidos y decididos en Naciones Unidas, si bien usaba cuello y corbata, no era un diplomático a la usanza. Más bien parecía un artillero bien vestido, sosteniendo un cañón en sus manos, y en los labios, su eterno cigarrillo. A las 10:30 se inició la sesión. El presidente de turno —el irlandés Frederik H. Boland— anunció que daba la palabra al representante de Cuba para una cuestión de orden.

Roa se incorporó y avanzó decidido hacia el podium, mientras los delegados norteamericanos quedaban perplejos. "No puede tocar el tema de los bombardeos, eso no es una cuestión de orden, sino de fondo", pensarían para mitigar la corazonada. Sin perder tiempo Roa denunció los bombardeos a los aeropuertos de La Habana, San Antonio de los Baños y Santiago de Cuba, por aviones de fabricación norteamericana, procedentes de Estados Unidos o de países centroamericanos satélites del mismo. "La delegación cubana acusa...", en ese instante el Presidente de la Asamblea golpeó la mesa y exclamó: ¡Orden!, y advirtió al representante de la Revolución que el punto que tocaba no era una cuestión de orden,

sino de fondo y, por tanto, no podía hacerlo de esa forma. Roa le dio las gracias, y volvió a arremeter, agregando que no le era posible retirarse de ese foro sin acusar de manera formal y solemne al gobierno imperialista de Estados Unidos de esos hechos "que ponen en gravísimo riesgo la paz y la seguridad internacionales". El Presidente de la Asamblea General volvió a golpear con el mazo sobre la mesa y le pidió que regresase a su asiento. Roa se acercó nuevamente al micrófono y exclamó: "Ya lo he dicho y me retiro".

Los delegados norteamericanos deben haber quedado con la boca abierta. En lo adelante todo sucedió tan aprisa que sin salir del asombro se vieron obligados, como refiere Adlai Stevenson, a preparar documentos con urgencia para responder a la denuncia cubana.

Cuando Roa regresó a su asiento, el delegado soviético Valerian Zorín pidió la palabra, también por una cuestión de orden. Planteó que lo expresado por el Canciller cubano resultaba muy grave y que era necesario entrar a discutir el tema sin perder tiempo. Boland señaló que se debía esperar al lunes donde en la Primera Comisión —Política y Seguridad— había un punto para discutir el tema cubano. El representante de la URSS retomó la palabra y propuso una reunión urgente de esa Primera Comisión, y no esperar al lunes. Según las normas establecidas para citar esa Comisión con carácter urgente se requería la aprobación del presidente de dicha Comisión —se trataba del Representante checo, quien estaba presente y la dio de inmediato— y, después someterla a votación, pues era imprescindible que dicha proposición tuviera el apoyo de las dos terceras partes de los presentes en la Asamblea. Se llevó a votación y más de las dos terceras partes votaron a favor.

La reunión donde se discutiría la denuncia de Cuba fue fijada para las tres de la tarde de ese sábado 15 de abril. Roa se retiró satisfecho. Había disparado el primer cañonazo de la batalla que estaba por comenzar. Aún la Brigada 2506 no había desembarcado y ya sobre el Departamento de Estado se cernía la sombra de la derrota.

A las tres de la tarde comenzó la reunión. El primer orador fue el Canciller cubano. Señaló los artículos de la *Carta* de *las Naciones Unidas* que Estados Unidos había violado al ordenar los bombar-

deos contra Cuba. A continuación expresó: "Este es, sin duda, el prólogo de la invasión en gran escala, urdida, organizada, avituallada, armada y financiada por el gobierno de Estados Unidos de Norteamérica, con la complicidad de las dictaduras satélites del hemisferio occidental y el concurso de cubanos traidores y mercenarios de toda laya, entrenados en territorio norteamericano y en Guatemala por técnicos del Pentágono y de la Agencia Central de Inteligencia. El Gobierno Revolucionario de Cuba acusa solemnemente al gobierno de Estados Unidos de Norteamérica, ante la Comisión Política y de Seguridad y la opinión pública mundial, de haber recurrido al uso de la fuerza para dirimir diferencias con un Estado miembro de la Organización. Llamo la atención de los representantes sobre los cínicos esfuerzos de la propaganda oficial norteamericana para presentar una versión distorsionada de los sucesos[...]".

"El representante de Estados Unidos Adlai Stevenson pidió la palabra: "Mucho me satisface que el doctor Roa se haya recuperado súbitamente de su enfermedad.[3] Esta es la primera oportunidad que tengo de escuchar al doctor Roa sobre los pecados de los Estados Unidos y las virtudes de la Cuba de Fidel Castro, y debo decir que es una experiencia notable. [...] Yo tengo aquí una fotografía de uno de esos aviones. En la cola tiene las marcas de la Fuerza Aérea de Castro, y ustedes podrán verlos por sí mismos. La estrella cubana y las iniciales FAR, Fuerza Aérea Revolucionaria están claramente visibles. Tendré mucha satisfacción en exhibir estas fotos a los miembros de la Comisión después de estas manifestaciones".

Entonces se dispuso a leer las declaraciones del piloto que había aterrizado en Miami y ocultaba su rostro a la prensa, negándose a dar su nombre "por temor a supuestas represalias del gobierno cubano contra su familia en la isla". Realmente se trataba del piloto de la Brigada, Mario Zúñiga, el que había dado un paso al frente cuando Gar Teegan —el jefe de Operaciones— solicitó un voluntario durante la reunión preparatoria para los bombardeos a los aeropuertos. Stevenson leyó sin saber que todo aquello era una farsa, bastante burda por cierto, elaborada con cierto apuro para ocultar

[3] Roa había estado aquejado de un fuerte estado gripal.

la mano de los Estados Unidos en la operación de ataque a los aeropuertos.

"Yo soy uno de los 12 pilotos de B-26 que permanecieron en la Fuerza Aérea de Castro después de la defección de Díaz Lanz, y de las purgas que siguieron. Tres de mis compañeros pilotos y yo, veníamos planeando desde hace tiempo cómo escapar de la Cuba de Castro. Antes de ayer yo escuché que uno de los tres, el teniente Álvaro Galo, piloto del B-26 No. FAR 915, había sido visto conversando con un agente de Ramiro Valdés, el jefe del G-2. Yo alerté a los otros dos y decidimos que probablemente Álvaro Galo, que siempre había actuado algo así como un cobarde, nos había traicionado. Decidimos tomar acción inmediatamente. Ayer de mañana yo estaba asignado a una patrulla de rutina desde mi base en San Antonio de los Baños sobre una sección de Pinar del Río y alrededor de Isla de Pinos. Se lo dije a mis amigos de Ciudad Libertad, y ellos estuvieron de acuerdo en que debíamos actuar. Uno de ellos iba a volar a Santiago. El otro presentó la excusa de que deseaba verificar su altímetro y ellos despegaron de Ciudad Libertad a las seis de la mañana. Yo despegué a las seis y cinco. Debido a la traición de Álvaro Galo, decidimos darle una lección, y entonces volé a San Antonio donde su avión estaba estacionado e hice dos descargas de metralla a su avión así como a otros tres estacionados en las cercanías... Mis compañeros habían partido más temprano para atacar los aeropuertos que habíamos acordado atacar. Como me quedaba poco combustible tuve que ir a Miami, ya que no podía llegar al destino convenido [...]"

Luego de Stevenson tomó la palabra el representante de Guatemala quien afirmó de forma categórica que era falso que su país se hubiese prestado para entrenar fuerzas dispuestas a atacar al gobierno cubano.

Roa no perdió tiempo. Alzó la mano pidiendo la palabra. Era un polemista sobresaliente y mordaz. "Debo agradecer al representante de Estados Unidos su complacencia por la 'súbita' recuperación de mi salud", añadiendo que era la primera vez que oía a Stevenson en la ONU; que había leído con anterioridad sus libros y que ahora le constaba que existían dos Stevenson: antes y después de ser parte del gobierno del presidente Kennedy. Señaló que cualquiera podía pintar un avión con los colores de Cuba, y que eso era un truco habitual en la piratería internacional.

La operación de engaño comenzó a cuestionarse el mismo sábado, luego de las declaraciones de Zúñiga; quien se negaba a dar su nombre y se dejaba fotografiar luciendo una gorra de pelotero tras la cual ocultaba su rostro. El detalle no pasaba inadvertido para algún que otro periodista sagaz. Tad Szulc, uno de estos, señalaba en un despacho publicado en el *The New York Times* que resultaba ingenuo suponer que al gobierno de Castro le fuera difícil conocer de inmediato el nombre de cualquier piloto que hubiera desertado.

Agregaba ciertos detalles del avión que ponían en evidencia la torpeza de los que habían ideado la maniobra de desinformación, entre otras: que en el aparato no existían señales de que hubiera disparado recientemente. Para rematar, concluía con el comentario de que los "aviones que en verdad bombardearon las bases cubanas no los vimos ninguno de nosotros". Otras preguntas incómodas para el gobierno hacían los periodistas sobre los otros dos pilotos que mencionaba Zúñiga como participantes en la defección y los bombardeos y que no aparecían por ninguna parte.

En La Habana, mientras despedía el duelo a las víctimas de los bombardeos, Fidel leía algunos cables que recogían la historia del piloto Zúñiga. Al finalizar la lectura dijo que ni siquiera Hollywood habría llegado a tanto. Retó a Estados Unidos a que presentaran a los supuestos pilotos desertores en las Naciones Unidas. Para entonces Adlai Stevenson sabía que había desempeñado un sucio papel en la trama orquestada por la CIA. Por eso, en una de las partes del mensaje enviado a Dean Rusk, al atardecer del domingo 16 decía: "Las respuestas que di a los pronunciamientos de Roa con relación al incidente del sábado fueron preparadas precipitadamente en el Departamento y revisadas por mí en el último minuto, suponiendo que se trataba de un caso claro de ataque llevado a cabo por desertores dentro de Cuba".

De alguna forma los debates en Naciones Unidas aquel sábado 16 debieron influir en las decisiones posteriores, en particular en la desaprobación de un segundo ataque aéreo a las bases cubanas, al amanecer del día D, luego que las fotografías tomadas por los avio-

nes espías U-2 desmentían los informes inflados de los pilotos acerca de los daños causados a la aviación revolucionaria. Cuando el general Charles P. Cabell, subdirector de la CIA, quien actuaba en nombre de Dulles por encontrarse este en Puerto Rico, al parecer para desvirtuar sospechas, habló a Rusk de un segundo bombardeo, este no estuvo de acuerdo, señalando, entre otros argumentos, la situación creada en Naciones Unidas, donde la credibilidad de los Estados Unidos comenzaba a quedar en entredicho. Un segundo ataque aéreo sería fatal, sobre todo porque no habría forma de justificar que se trataba de otra nueva defección. ¿Quién la creería? Posteriormente, en la tarde de ese aciago domingo, Rusk, en presencia de Cabell y de Bissell llamó por teléfono a Kennedy, quien se encontraba en su casa de descanso de fin de semana en Gleen Ora. Para entonces, el Presidente había leído la prensa y se sentía molesto por los comentarios sarcásticos sobre Zúñiga y los otros dos pilotos fantasmas. Escuchó la solicitud de la CIA para un segundo bombardeo. Se negó. Ni Cabell ni Bissell aceptaron ponerse al habla con el Presidente. De haberse autorizado, la posición en la ONU se hubiera complicado aún más para los Estados Unidos, y con seguridad, sin el factor sorpresa, con las medidas de reforzamiento a las bases aéreas cubanas, preparadas luego del bombardeo del 15, que se sumaban a las anteriores, y a las órdenes impartidas por Fidel a los pilotos para alzar vuelo antes del amanecer, además de custodiar la base en un anillo protector, el descalabro de los aviones de la Fuerza Aérea de la Brigada 2506, de haberse introducido en el espacio aéreo cubano, sería un hecho.

El lunes 17 de abril, a las 10:30 de la mañana se reanudaron los debates en la Comisión Política y de Seguridad. Sin pérdida de tiempo Roa arremetió, hizo un recuento de las veces que Cuba había acudido a los Organismos Internacionales para denunciar las agresiones de Estados Unidos. Recordó que el mismo día en que Kennedy tomó posesión de su cargo, Fidel Castro, en un discurso había dicho: "Hoy ha hablado el nuevo Presidente. Su discurso tuvo algunos aspectos positivos. Nosotros, los cubanos, no queremos prejuzgar, ni queremos juzgar... sabremos esperar con calma. A nosotros no nos invadió nunca el odio, a nosotros no nos

invadió nunca la histeria, ni cuando sobre nosotros se cernía el tremendo peligro que implicaba el golpe de un enemigo poderoso. ¿Qué decir ante la perspectiva de hallar paz para nuestro país y para el mundo? Bienvenida sea esa oportunidad y bienvenida sea esa paz. Nosotros sabemos lo que tiene por delante el nuevo Presidente de los Estados Unidos. Si emprende un sendero honesto en bien del mundo y del propio país, le deseamos éxito. Mientras, esperaremos por los hechos que son más elocuentes que sus palabras".

Pero, aclaró el canciller Roa en su discurso, "la esperanza se evaporó". Luego de brindar otros argumentos finalizó diciendo: "Un clamor unánime estremece hoy a toda Cuba, resuena en nuestra América y repercute en Asia, África y Europa. Mi pequeña y heroica patria está reeditando la clásica pugna entre David y Goliat. Soldado de esa noble causa en el frente de batalla de las relaciones internacionales, permitidme que yo difunda ese clamor en el severo areópago de las Naciones Unidas: ¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!"

En las siguientes sesiones de trabajo intervinieron: Stevenson, para ripostar las acusaciones de Roa; el Representante soviético, quien apuntó que sin los barcos, sin los aviones, sin las armas, sin los destructores norteamericanos, esa invasión no hubiera podido organizarse; el de Guinea, quien calificó de cobarde ataque contra el pueblo cubano la invasión desencadenada; el representante de Rumania quien fustigó la posición de Estados Unidos; luego solicitó nuevamente la palabra el doctor Roa, quien replicó con dureza las palabras de Stevenson y anunció que se encontraba en Cuba el expresidente mexicano Lázaro Cárdenas, quien había llegado esa mañana a La Habana para jugarse la vida junto al pueblo cubano. La noticia creó una conmoción en la sala. En las siguientes sesiones hicieron uso de la palabra el representante de Rumania, el de la Unión Soviética, nuevamente, para leer un mensaje del Jefe de gobierno; el de Yugoslavia, el de Ecuador, quien señaló que su gobierno mantenía, de modo irrevocable, el respeto a la libre determinación de los pueblos para darse el sistema político que estimase más conveniente y agregó que la agresión a Cuba no había brotado en territorio cubano, sino desde otro lugar de la Tierra; le siguió

el representante checo; a continuación el de la República Árabe Unida, quien denunció categóricamente la agresión iniciada contra el pueblo cubano; luego fue el de Mali, a quien siguió el de México.

Nadie mejor que el propio representante de Estados Unidos para resumir lo que ocurrió en Naciones Unidas en aquellos días mientras en la Ciénaga de Zapata se libraba la batalla militar:

Telegrama recibido el 19 de abril de 1961
Control: 12110
Recibido: 19 abril 1961 1:35 p.m.
De: Nueva York
A: Secretario de Estado
No. 2937, 19 de abril, mediodía
PARA EL PRESIDENTE Y EL SECRETARIO DE ESTADO DE STEVENSON
CUBA

1. El ambiente en las Naciones Unidas entre nuestros amigos y neutrales es muy insatisfactorio y extremadamente peligroso para la posición estadounidense en el mundo. Los soviéticos y los cubanos de Castro han sido capaces de captar y mantener hasta ahora la iniciativa moral.

[...]

3. Hasta ahora apenas hemos recibido apoyo en los discursos. Es necesario que se hagan contactos inmediatos en las capitales si el Departamento desea que haya discursos favorables. La situación es tan difícil que, sin instrucciones definidas sobre la política de sus gobiernos, nadie hablará aquí excepto aquellos que nos son hostiles.

[...]

5. Por supuesto, todos, amigos y enemigos, creen que nosotros hemos diseñado esta revolución [*manera muy eufemística de calificar a la invasión,*] y por mucho que lo neguemos no cambiaran su modo de pensar. Nuestro prestigio está pues, comprometido, principalmente en América Latina. Algunos estados comunistas y "neutrales positivos" se muestran muy hostiles. Otros se sienten incómodos. Y los que están con nosotros, en especial los de América Latina, tienen temor a pronunciarse

porque temen las repercusiones internas de la lucha en Cuba en sus propios países, ruegan porque esta revuelta [Otra manera particular de calificar a la invasión] triunfe en cuestión de horas, repito, en cuestión de horas. También necesito con urgencia, de ser posible, una frase que se oponga, en cuestiones de derecho internacional e interamericano, a la opinión universal de que ayudar, instigar y organizar desde el exterior; es tan culpable como, intervenir.

[...]

6. Ocurra lo que ocurra, entramos en un periodo de graves problemas políticos. ...Desde el punto de vista de la posición de Estados Unidos en el mundo, según se refleja en Naciones Unidas, la intervención abierta de Estados Unidos en Cuba, después de todo lo que hemos dicho, probablemente sea peor que el fracaso del intento actual.

[...]

Stevenson[4]

No fue Naciones Unidas el único escenario fuera de la isla donde los cubanos combatieron y dieron respuesta a la agresión norteamericana. Justo por aquellos días se celebró en Costa Rica un campeonato regional de pelota, Vísperas del encuentro entre los equipos de Cuba y Guatemala, el presidente Idígoras Fuentes, el mismo que había autorizado a la CIA la utilización del territorio de su país para organizar la Brigada 2506, envió un telegrama a los peloteros guatemaltecos:

"A LOS CUBANOS DENLE DURO PUNTO"

Resultó que el delegado de ese equipo era amigo del jefe de la delegación cubana, Manuel González Guerra, y le mostró el mensaje. Este se reunió con los peloteros cubanos, trasmitiéndoles el pedido del jefe de gobierno de Guatemala. Y al finalizar el partido envió un telegrama respuesta al palacio de gobierno de ese país centroamericano:

"GENERAL IDÍGORAS FUENTES PUNTO CUBA 25 GUATEMALA CERO PUNTO SERVIDO PUNTO MANUEL GONZÁLEZ GUERRA PUNTO"

[4] Biblioteca Kennedy, Telegram of Stevenson, April 19, 1961. NSF OF, CUBA, caja 40.

La batalla inevitable

Jesús Villafuerte Vázquez regresó con un ramo de flores. Las había tomado de los jardines de las casas que se alzaban en los alrededores del central. Entró al cuarto donde dormían los milicianos de su escuadra y las colocó junto al retrato de su novia; luego llenó un vaso con guarapo y lo situó sobre la pequeña mesita frente al rostro sonriente de la joven. La novia de Jesús había muerto el 17 de abril de 1960, justo un año atrás, luego de caer de una escalera y golpearse la cabeza. Además, el día de la tragedia la muchacha cumplía 18 años. Las flores eran para recordar su muerte y el guarapo, para celebrar el cumpleaños. Él la recordaba con mucho amor y desde que el batallón había sido movilizado el 5 de enero, cuatro meses atrás, su retrato le acompañaba siempre.

Jesús era jefe de escuadra y entre sus subordinados se encontraba su padre, Ángel Villafuerte. Ambos habían participado en las operaciones de la Limpia del Escambray.

En los primeros días de abril de 1961, el batallón 339, integrado por 528 obreros y estudiantes de la ciudad de Cienfuegos, recibió la orden de abandonar esas montañas. Para entonces, la insurgencia había sido derrotada. En la finca La Campana entregaron los fusiles automáticos FAL, de fabricación belga, muy superiores a los que usaba el ejército norteamericano. En el aeropuerto, donde se concentraron para salir hacia su nuevo destino recibieron M-52, de fabricación checa, que no disparaban ráfagas, muy inferiores a los FAL. El cambio reducía considerablemente el poder de fuego del batallón y muchos lo maldecirían en la madrugada del 17 de abril.

Nueve días antes de aquella noche, que sería la última en la vida de Jesús Villafuerte, y después de una semana de descanso, los efectivos del batallón fueron citados para el club asturiano. "—Pipo, ¡qué bueno!, otra vez juntos" —le dijo Jesús cuando conoció que estaría nuevamente al mando de la escuadra.

El 10 de abril llegaron al central Australia, y dos días después, se enviaron a cinco milicianos hacia Playa Larga, distante 29 kilómetros del central, con la misión de montar un puesto de observación y custodiar la microonda que había en la playa. José Ramón González Suco marchó al frente de estos hombres. Fue él quien en la madrugada del 17 comunicó que se observaban luces y movimientos en el mar. Néstor Ortiz, el operador de guardia, entregó el mensaje al capitán Cordero, jefe del batallón; un rato después recibía otro de Suco: "Una lancha está desembarcando y dispara hacia la playa. Tenemos esta gente encima. Vamos a romper la planta y nos vamos para la trinchera".

El mensaje no dejaba lugar a duda y Cordero ordenó formar el batallón.

Jesús salió del cuarto, y antes de cerrar la puerta, lanzó una última mirada al retrato de su novia. La vela que lo iluminaba estaba a punto de consumirse.

"Mí hijo Jesús era jefe de escuadra del tercer pelotón de la tercera compañía, que fue la designada por Cordero para moverse para Playa Larga. No había transporte para el resto de la tropa. Habíamos adelantado como 20 kilómetros cuando el chofer del camión, que era civil, de esos que tiran azúcar, se acobardó. Nos dijo que el petróleo se le estaba acabando y que no podía llegar allá. En una de esas, detuvo el camión. Entonces Jesús le dijo: 'Mira, si tú no puedes seguir, mi papá sabe manejar camiones y él nos lleva hasta la playa'. Entonces el hombre siguió. Cuando llegamos a una curva, muy cerca de la playa, nos apeamos, nos desplegamos".[1] El parque que llevaban estos hombres era sumamente escaso: 60 y 80 cartuchos para cada fusil M-52; 90 para las subametralladoras checas y 200 para las 3 ametralladoras BZ. Algunos milicianos llevaban cargas inferiores.

[1] Testimonio de Ángel Villafuerte Ayala, miliciano, 1990. Archivo del Autor.

"El pelotón agazapado. 'Cuéntame la gente, Solís'. 'Veintisiete y tú veintiocho'. Le digo a la gente de las tres BZ que le quiten las cintas y le pongan los peines. Teníamos 200 tiros para cada BZ y 80 por cada fusil, una mierda en comparación con lo que nos pusieron ellos. Por último le digo a la gente que no tire si yo no lo hago. Empezamos a avanzar en medio de aquella noche por el terraplén. Habíamos avanzado poco, cuando uno de los hombres me dice, bajito: 'Teniente —yo no era teniente, parece que el hombre estaba nervioso—, por ahí viene gente'. Al colocar la BZ al suelo, las paticas sonaron. Entonces oímos a uno de los que venía. '¡Alto ahí! ¿Quiénes son ustedes?' 'El 339 de Cienfuegos —le respondí—, ¿y ustedes?' 'La compañía E del segundo batallón'. 'Eso no existe en Cuba'. Entonces un mercenario por el otro flanco nos grita: 'Somos del Ejército de Liberación, no vinimos a pelear contra ustedes. ¡Ríndanse!' '¡Fuego!' —grité.

"Se formó un volumen de fuego del carajo. Un rato después ellos dejaron de disparar y nosotros también. Se hizo tremendo silencio. Entonces escuché claramente cuando uno de ellos le decía a otro: 'Oye, tengo un ruido de teléfonos en el oído'. 'Y yo sed'. Escucho que dicen que uno está herido y se lo llevan. Entonces volvieron a disparar, ahora con ametralladoras pesadas y nosotros con lo que teníamos. Nos habíamos replegado al otro lado de la cuneta y desde allí ripostábamos, pero la diferencia era mucha. Los fusiles checos eran tiro a tiro. Yo sabía que si nos venían para arriba, nos acababan, pero ellos no se atrevieron. Escuchábamos las señas y contraseñas que se daban: 'Águila, Águila:', y el otro respondía: 'Águila negra','si no me dices la contraseña rápido, te disparo'. Se notaban nerviosos. Otro habló, al parecer por un equipo de radio y decía: 'Señor oficial: —porque ellos se trataban de usted—, desde que estoy aquí, en la pieza, no nos han mandado agua ni municiones ni relevo. Si no me manda el relevo, abandono la pieza'. Al menos, ese podía pedir. Nosotros no teníamos equipos de comunicaciones, ni agua y las municiones se nos estaban agotando".[2] Jesús Villafuerte Vázquez había ordenado a sus hombres separarse entre sí varios metros. Él se había situado al centro, junto al operador de la BZ. El padre se había corrido y al clarear, Jesús descubrió que lo tenía a

[2] Testimonio de Luis Clemente Carralero, *Oriente,* miliciano. 1990, Archivo del Autor.

su lado. No le llamó la atención por haber abandonado su puesto, sabía que el viejo no se iría de allí. A la BZ se le había acabado el parque y ahora los hombres disparaban esporádicamente hacia las líneas enemigas, más bien para decirles que seguían ahí, que no se habían retirado. Pero ahora, con la claridad, en medio de aquella tierra desbrozada por las bulldozers, los milicianos del 339 ofrecían un fácil blanco.

Edgar Butari, el jefe de la escuadra de la compañía E donde se encontraba José Ramón Pérez Peña, el exempleado del Ten Cents de Camagüey, se colocó su Garand de precisión al hombro y comenzó a cazar a los milicianos que se aplastaban contra la tierra, 80 metros más allá, al pie del terraplén. "Jesús cambiaba al personal de un lugar para otro, tratando de ofrecer un menor blanco. En eso escuchamos el motor de un camión, venía derecho hacia las posiciones de los mercenarios. La parte de atrás estaba sin barandas y desde nuestra posición pudimos ver a varias mujeres. En ese instante le dispararon con un cañón o con una bazuca. El camión saltó por los aires".[3]

"Gritamos 'Águila' de nuevo, pero no hubo contestación. El camión se acercaba cada vez más, por lo que todo el mundo tomó sus armas y comenzó a disparar al enemigo cuando aquello hizo explosión, así, ¡POW! Saltó en el aire y cayó envuelto en llamas. Entonces vimos que había tres mujeres y dos niñitas. Eso era todo en el camión, y un par de milicianos. No sé cómo sucedió aquello, pero eso fue lo que sacamos: tres mujeres y dos niñas muertas".[4]

Resulta difícil si no imposible imaginar cómo podrían los ocupantes de aquel camión escuchar esa rara contraseña, desde varias decenas de metros de distancia donde se hallaban ocultos los hombres de la compañía E. El viejo camión, con el motor encendido, haría un ruido que impediría escuchar cualquier voz. Por otra parte, en él no viajaba ningún miliciano; se trataba de civiles, perfec-

[3] Testimonio de Ángel Villafuerte Ayala, miliciano, 1990, Archivo del Autor.
[4] Testimonio del invasor Mario Abril a los periodistas David Wise y Thomas B. Ross, *El gobierno invisible,* p. 68.

tamente visibles. Los sobrevivientes del bárbaro e injustificado ataque, a pesar de los años transcurridos, no han podido olvidar aquellos terribles instantes.

"A media noche comenzó el tiroteo. Al clarear, nos sacaron en un camión. Iban la tía Amparo Ortiz y su esposo, su hermana María Ortiz y el marido de esta, Cira María García y su familia, Dulce María, que era mi hermana y yo. De pronto, allá por donde está el cartel del INRA comenzaron a disparar. El camión se levantó y se fue contra la cuneta. Dulce María cayó en mis piernas; echaba sangre por la boca y por la nariz. Miro para allá gritando y veo a Cira María García tendida sobre el terraplén y al esposo a su lado, y un poco más allá a María Ortiz gritando por las quemadas".[5]

"Víctor Caballero sacó a mi hermana, que ya estaba muerta, y la puso en el suelo. Yo estaba buscando a la gente. No veía a Cira María, porque su esposo la había llevado unos metros para dentro del monte. Cuando la vi, fue horrible, porque la pobre estaba muy quemada y herida. Seguí buscando a mi sobrina, Dulce María Martín, que la mataron allí mismo; ella tenía 14 años. Otra sobrina se golpeó al caerse del camión, pero no la hirieron. Continué mi carrera y busqué a mi hermana, que también estaba muerta. Yo seguía caminando entre los muertos y los heridos, pero no encontraba a mi esposo [...] Entonces lo encontré, estaba muerto. Como a los 15 minutos llegó un camión con mercenarios y nos llevaron para Playa Larga. Yo estaba un poco atolondrada, recuerdo que lo único que repetía era que no podía dejar a mis muertos allí".[6]

"¡Miren lo que han hecho a mi hermana! —grité a los mercenarios cuando me subían al camión. ¡Traigan a mi hermana! Uno de ellos me dijo: 'Lo siento, ella está muerta, estamos en guerra' Entonces comencé a llorar. Yo quería mucho a mi hermana, ella iba a cumplir los 15 años. Era joven rebelde y estaba ya en sexto grado. Un mercenario de los que iba en el camión, cuando me vio llorando y gritando, me quiso dar 10 pesos. No sé por qué lo hizo. '¡Yo no quiero dinero, lo que quiero es a mi hermana' —le grité. Nos metieron en una de las obras en construcción allí en Playa Larga. Me pidieron que cocinara y me negué. Amparo fue más dócil. Se puso a pelar cebollas. María Ortiz estaba allí, tirada so-

[5] Testimonio de Nora Martín, de Jagüey Grande, 1990, Archivo del Autor.
[6] Testimonio de Amparo Ortiz, carbonera en Miguel A. Sánchez: *Girón no fue solo en abril,* p. 145.

bre el piso. Se estaba muriendo. Nos dijeron que allí no tenían nada para curarla, que el hospital de ellos estaba en Girón. Pero no la llevaron para allá".[7]

En Girón, 39 kilómetros al este, el sacerdote Ismael de Lugo, repasaba la alocución que en breve leería a través de la planta de radio de la brigada, dirigida al pueblo cubano. Ella decía:

"El jefe de los Servicios Eclesiásticos de la Brigada de Asalto, reverendo padre Ismael de Lugo; capuchino, se dirige en nombre propio y en el de sus capellanes, al pueblo católico de Cuba. ¡Atención! ¡Atención! ¡Católicos cubanos! Las fuerzas liberadoras han desembarcado en las playas cubanas. Venimos en nombre de Dios, de la justicia y de la democracia a restablecer el derecho conculcado, la libertad pisoteada y la religión metodizada y calumniada. Venimos, no por odio, sino por amor. Venimos a traer la paz, aun cuando por conseguirla tengamos que hacer la guerra. La Brigada de Asalto está constituida por miles de cubanos que son en su totalidad cristianos y católicos. Su moral es la moral de los cruzados. Vienen a restablecer los principios que en un día el maestro legisló en el monte de las Bienaventuranzas.

"Antes de desembarcar todos han oído la santa misa y han recibido los santos sacramentos. Saben por qué luchan y para qué luchan. Quieren que la Virgen Morena, la patrona de la Caridad del Cobre, no sufra más al contemplar desde su santuario tanta impiedad, tanto laicismo, y tanto comunismo. En estos momentos necesitamos la colaboración de todos los católicos de Cuba. Pedimos oraciones por nuestro triunfo, protección divina para nuestros soldados, cooperación cívica no saliendo de sus hogares, y rogando al Dios de los ejércitos que la lucha sea breve para que se derrame la menor cantidad posible de sangre fraterna y cubana. Nuestra lucha es la de los que creen en Dios contra los ateos. La de los valores espirituales contra el materialismo. La lucha de la democracia contra el comunismo. Las ideologías solo se derrotan con otra ideología superior. Y la única ideología capaz de derrotar la ideología comunista es la ideología cristiana. Para eso venimos y por eso luchamos.

[7] Testimonio de Nora Martín. Archivo del Autor.

"¡Católicos cubanos! Nuestra fuerza militar es arrolladora e invencible, pero mayor es la fuerza de nuestra moral y nuestra fe en Dios y en su protección y ayuda. ¡Católicos cubanos! Os envío un abrazo del Ejército Libertador para todos los familiares, parientes y amigos. Pronto podréis estar juntos. Tened fe que la victoria es nuestra, porque Dios está con nosotros y la Virgen de la Caridad no puede abandonar a sus hijos. ¡Católicos! ¡Viva Cuba libre, democrática y católica! ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva nuestra gloriosa Patrona! Os bendice. Padre Ismael de Lugo. Jefe de los Servicios Eclesiásticos de la Brigada".[8]

Unos metros más allá del lugar donde aún ardía el camión, Ángel y Jesús Villafuerte buscaban algún abrigo en aquel claro. No veían a los hombres de la compañía E, pero estos sí a ellos. Se habían posesionado de una pequeña elevación donde existían varios hoyos, pues en el lugar se construía una gasolinera y desde allí divisaban perfectamente la carretera a ambos lados. Los hombres de la escuadra de José Ramón Peña continuaban cazando milicianos. "Después que había aclarado, las balas nos picaban muy cerca y habían matado y herido a varios del batallón. Fue entonces que Jesús dijo: 'Pipo estoy herido'; me acerqué a él y lo toqué pero no le vi ninguna herida. Entonces le hablé y no me respondió. Se había desplomado. Lo volteé y la bala le había entrado por el otro costado. Le di un poco de agua y le corrió por la cara. Estaba muerto. Entonces me quedé allí, mirándolo, sin saber qué hacer. Me dio por ponerle la gorra. No lo quería creer. Un compañero me dice: 'No te muevas que nos están cazando'."[9]

Poco después, Ángel era herido a sedal y retirado hacia el pueblo de Jagüey Grande. "Después que me curan en el hospital fui para la funeraria a buscar el cadáver de mi hijo. Pero allí no estaba. Me dijeron que como era de Cienfuegos lo habían mandado para allá.

[8] Ismael de Lugo se llamaba realmente Fermín Asla Polo y era natural de la región de Lugo, en España. Había servido en la guerra civil española al lado de las tropas falangistas. Se le ocupó una libreta de notas con la referida alocución.
[9] Testimonio de Ángel Villafuerte Ayala. Archivo del Autor.

Al llegar a la ciudad, fui derecho a la funeraria Pujol, donde yo trabajaba, pero tampoco estaba allí. Entonces fui a mi casa. Cuando mi mujer me vio sin el muchacho, se asustó. No tuve el valor de decirle la verdad. Le dije que estaba herido. Entonces fui para Aguada de Pasajeros y allí tampoco estaba. Todo este recorrido fue pidiéndole a la gente que me llevara. Nuevamente regresé para Jagüey. Jesús estaba tendido en la funeraria. Llamé a mi patrón y me mandó el coche fúnebre. Le eché hielo seco en la caja y salimos para Cienfuegos. Por el camino iba pensando cómo le iba a decir a mi mujer que al muchacho nos lo habían matado. Poco tiempo después ella murió. No se repuso".[10]

Para Ángel Villa fuerte Ayala, la guerra acabó allí, en aquel instante. Sin saberlo, su resistencia, la de su hijo y sus compañeros, desde la madrugada, había deshecho una parte del plan de la Brigada de Asalto. Habían impedido que la compañía E avanzara hacia el norte, cuatro kilómetros, hasta el poblado de Pálpite, justo donde se iniciaba la Ciénaga, en el extremo de la cabeza de playa, lugar donde se unirían con los paracaidistas. Los efectivos del batallón dos detuvieron su avance apenas establecieron combate con los milicianos de 339. Se les había asegurado que la mayoría de las milicias se les unirían. Por eso quedaron sorprendidos con aquel "¡Fuego!" como respuesta a la proposición de rendirse.

En Girón, el encuentro con los escasos milicianos tampoco había sido el esperado. El primero en divisar una luz en el mar fue Mariano Mustelier, jefe de la milicia del lugar, que esa noche estaba recorriendo en un *jeep* la zona turística en construcción. Le acompañaba Valerio Rodríguez, un alfabetizador de 13 años de edad.

Algo raro sucedía con aquella luz roja que no cesaba de pestañear. Mariano pensó que se trataba de un barco que iba rumbo a Cienfuegos y se había extraviado dentro de la bahía. Montó en el *jeep* y se dirigió rumbo al este, para estacionarse frente a la embarcación y hacerle señales con las luces del equipo. El alfabetizador, quien desde que había llegado a la Ciénaga dos meses atrás creía estar viviendo una gran aventura, saltó rápidamente al vehículo.

[10] Ibídem.

Cerca de 100 yardas a lo largo de la costa habían sido marcadas con luces rojas, cuando una luz comenzó a parpadear repentinamente.[11] Algunos hombres se confundieron con aquello. Gray llegó primero, la cubrió y palpó a tientas el conmutador. Había sido cuidadosamente colocado en off. El pestañeo, provocado por un corte, se detuvo [...] A 50 yardas de la costa, escuchó que se acercaba un *jeep*. Gray supo más tarde que el vehículo había salido alertado por el pestañeo rojo de las luces de desembarco. [...] Gray nunca olvidó los ruidosos y largos crujidos de los frenos. Levantó su cabeza para mirar. En ese momento el *jeep* giró hacia el mar, bañando la "fiesta" del desembarco con sus faroles. Al mismo tiempo, Gray comenzó a disparar directamente sobre ellos. Aquellos fueron los primeros disparos en Bahía de Cochinos".[12]

Los faroles del *jeep* saltaron por los aires y algunos fragmentos hirieron a sedal en un ojo a Valerio Rodríguez. Simbólica paradoja. Los primeros disparos efectuados en la invasión que se proponía liquidar la Revolución Cubana habían sido efectuados por un oficial norteamericano; y el primer herido era un alfabetizador que se encontraba allí enseñando a leer y a escribir a los carboneros del lugar.

Una importante decisión tomó Mariano Mustelier. Envió a uno de los trabajadores del lugar hacia el central Covadonga, 30 kilómetros al norte, a avisar. Allí se encontraba el teléfono más cercano. La planta de radio de Girón se hallaba fuera de servicio. En la playa existía un pequeño destacamento de milicianos, conformado por 23 lugareños, en su mayoría carboneros, armados con fusiles M-52 y viejos Sprindfield. Esa noche, como de costumbre, seis de estos hombres hacían guardia en los puntos más importantes: planta eléctrica, acueducto, un pequeño muelle para embarcaciones pequeñas, aeropuerto, taller de carpintería, y en la rotonda, al norte, a la entrada de la playa.

Apenas se percataron del peligro, uno de ellos apagó la planta eléctrica, otros huyeron a los montes, evitando caer prisioneros. En

[11] Las luces de posición colocadas por los hombres ranas al mando de Grayston Lynch solamente podían ser visibles desde el mar si funcionaban correctamente.
[12] Peter Wyden: Ob. cit.

el intento resultó muerto Eugenio B. Palma. La cabaña que servía de cuartel de milicias, y que se hallaba en las proximidades del club turístico en construcción, fue rápidamente tomada por los invasores, los que ocuparon el listado de milicianos de Girón, así como algunas armas. Todas las cabañas fueron registradas.

"Estábamos haciendo un censo de analfabetos en una de las cabañas cuando sentimos el tiroteo. Me asomé por la ventana y vi una bola de candela que venía del mar. Unos minutos después llegaron algunos brigadistas, entre ellos Valerio, que estaba herido en un ojo. 'Es un desembarco' —nos dijeron. Nos quedamos en la cabaña y un rato después entran unos hombres con uniformes raros y nos hacen prisioneros. Al amanecer nos trasladan para el comedor. Allí había muchos carboneros prisioneros, como 300. Separaron a los hombres de las mujeres y comenzaron a interrogarnos. Lo hacían en un cuartico que estaba al lado del comedor. '¿De dónde tú eres?' —me preguntaron. 'De Bolondrón'. '¿Y qué haces aquí?' 'Estoy alfabetizando'. '¿Para eso Fidel te trajo aquí?' 'No, no, Fidel no nos trajo, nosotros vinimos porque quisimos'. Ellos tomaron notas de todas mis respuestas, me propusieron que me pasara a su lado. Les dije que no 'Yo soy maestra, me gusta enseñar, no me gusta el ejército'."[13]

Con una respuesta también poco convincente, Manuel Alvariño, el carbonero que había cuidado a Fidel aquel 25 de mayo de 1959 y que se deleitaba con el relato de la patica de puerco, lograba sortear el interrogatorio de los miembros del G-2 de la Brigada. "Me dijeron que me darían 5 pesos por cada miembro de la familia y que si ingresaba en su ejército podría llegar a ser desde soldado hasta comandante. 'No, a mí no me gusta el ejército' —les respondí. 'Y tenemos aquí su planilla de miliciano'. Y me muestran la planilla. Entonces les dije: 'Sí, soy miliciano, pero para cuidar mi centro de trabajo'."[14]

En el comedor aún sin terminar se encontraban cerca de 400 prisioneros, en su mayoría pobladores de la zona y unos pocos

[13] Testimonio de Ana María Hernández Bravo, responsable de los alfabetizadores en Playa Girón, 1990. Archivo del Autor

[14] Testimonio de Manuel Alvariño, carbonero, 1989. Archivo del Autor.

obreros de la construcción. Solamente seis de ellos se pasaron a las filas de la brigada, cuatro excapataces y Antonio Blanco, padre e hijo, dueños de un bar que había en Girón.

Alrededor de la 01:00 de la madrugada, un mecánico de Girón llegaba al central Covadonga con el aviso del desembarco. El telefonista de guardia en la oficina del ingenio comunicó el aviso de inmediato al cuartel del Ejército Rebelde en Cienfuegos y este a su vez a la jefatura de la Seguridad del Estado en la provincia de Las Villas. Por esta y otras vías, la información llegó a la capital, al Punto Uno, solo a tres horas de iniciado el desembarco.

"Como a las 02:00 de la madrugada, la clase de guardia me despertó, diciéndome que el Comandante en Jefe me llamaba por la micro [...] Inicialmente no entendí bien la conversación. Percibí que Fidel me decía que si me había enterado de lo que había sucedido; yo no sabía absolutamente nada, estaba medio dormido. Entonces me dijo que vinieron, pero no entendí bien, pero vinieron ¿qué cosa? Entonces fue que comprendí que habían desembarcado [...] Fidel me indicó que tomara un vehículo. Recuerdo perfectamente que me dijo: "Sal a toda velocidad para Matanzas y dirígete con la Escuela a combatir el desembarco. [...]

"Por disposición del compañero Fidel se había organizado la Escuela de Responsables de Milicias de Matanzas para dar cursos a un grupo de trabajadores, especialmente dirigentes sindicales seleccionados, para prepararlos como oficiales, para dirigir las Milicias Nacionales Revolucionarias. [...] Muchos de estos oficiales de milicias son hoy coroneles y algunos, generales de las F AR. [...] Recuerdo que llegamos a Matanzas entre dos luces. Todavía más oscuro que claro. A la entrada de la Escuela estaban requisando los camiones que pasaban por la carretera, cargados con los más increíbles productos y frutos, entre ellos había uno cargado de pollos. [...] La escuela estaba levantada y no se me olvida la impresión de la gente que salía del comedor con los jarros en la mano acabados de desayunar.

"[…] La escuela tenía buen estado disciplinario y moral. Creo que la mejor unidad de combate que había en Cuba en ese momento era la escuela. Eso sin lugar a duda. […] Yo me marché y dejé la escuela organizándose. Yo me fui delante. [...] Yo recuerdo nítidamente ver la gente, un guajiro con la vaca, el otro chapean-

do a la orilla de la carretera, el otro que iba a trabajar, la gente ignoraba lo que sucedía [...]".[15]

"El capitán José Ramón Fernández desconocía que una fuerza enemiga había desembarcado. Estaba lejos de sospechar que no pocos de los cuadros de mando de la Brigada 2506, contra los cuales combatiría en breve, habían sido alumnos suyos. El capitán Fernández se había graduado como primer expediente en la Escuela de Cadetes, en 1947. Cinco años después culminaba estudios superiores de artillería y más tarde los perfeccionaba en la Escuela de Artillería de Fort Sill, en Estados Unidos. Entonces ocupó la cátedra de profesor en la Escuela de cadetes; pero el 10 de marzo, sin abandonar el uniforme, comenzó a conspirar contra el dictador Fulgencio Batista. Cuatro años después, el 3 de abril de 1956, era detenido. Juzgado por el delito de Conspiración para la Rebelión, perdía todos los atributos como oficial, además de ser condenado a más de cuatro años de prisión; la que sería interrumpida por el triunfo revolucionario del 1ro de enero de 1959.

"A los tres días del triunfo de la Revolución, José Ramón Fernández, después de regresar de Isla de Pinos y detener al general Eulogio Cantillo, a quien Batista había dejado a cargo del gobierno, entregó toda responsabilidad y se retiró para su casa. El 12 de enero, Fidel lo citó a su oficina junto a otros oficiales que estuvieron presos por causa de la conspiración contra Batista. En la reunión, Fidel asignó algunos destinos y a Fernández le encargó la dirección de la Escuela de Cadetes. Él no contestó. Al finalizar el encuentro, le explicó a Fidel que no tenía nada en contra de la Revolución, a la cual veía con total simpatía y creía en sus proyectos de cambios para el país, pero que su movimiento había fracasado y él no se sentía con méritos; que quienes habían hecho la Revolución debían conducirla. Además, agregó, ya tenía un trabajo en la vida civil como administrador de un central.

—"¿Cuánto tú ganas en ese puesto? —le preguntó Fidel.

—"Mil cien pesos mensuales.

—"Eso es mucho más de lo que yo puedo pagarte. —Fidel caminó de un lado a otro y agregó:

[15] Testimonio del General José Ramón Fernández. Archivo del Autor.

—"Tú te vas para tu central, yo me dedico a escribir un libro sobre la Sierra y la Revolución que se vaya al carajo".

"Fernández pensó unos instantes y respondió: "¿A dónde usted quería que yo fuera?".

"En Jagüey ya estaba habilitada la Casa de Socorros, había gente en buen estado de ánimo, había bastante movimiento de gente, todos con muy buena actitud, vestidos de milicianos, todo el mundo movilizado. [...] Más palpable aún fue en el central Australia. Cuando llego al central veo al administrador y le pregunto cuántos milicianos tiene: 'Siete'. Voy a1 teléfono y reportó al Comandante en Jefe. Creo que eran las 08:00 de la mañana. '¿Qué es lo que hay por ahí?' —me pregunta Fidel. —'Nada, no sé nada, acabo de llegar' —le dije.

"Entonces corre el rumor de que habían paracaidistas delante y detrás del central. Empieza a concentrarse gente, para el lado que da al tanque de agua, hacia el este, pidiendo armas, como 200 personas".[16]

Rumbo a Yaguaramas y Covadonga, dos puntos al noreste y norte de Girón, comenzaban a moverse las primeras fuerzas. El jefe del ejército del centro, radicado en Santa Clara, comandante Juan Almeida, había recibido instrucciones de Fidel para que moviera el batallón 117 hacia el central Covadonga y allí lo subordinara al comandante Filiberto Olivera Moya. Almeida instruyó, además, al comandante René de los Santos, para que atacara desde el poblado de Yaguaramas en dirección a Playa Girón. —"¿Cuál es mi misión, jefe?" —preguntó René de los Santos. —"Coge a la gente y métete hasta la misma playa".[17]

Poco después, Fidel ordenaba que una fuerza avanzara hacia la costa, en la dirección Cienfuegos-Juraguá-Girón. De hecho, las principales directrices de la ofensiva para envolver la cabeza de playa quedaron establecidas y en ejecución en las primeras horas de la mañana del día 17.

[16] Ibídem.
[17] Testimonio de René de los Santos, en Quintín Pino: Ob. cit., p. 78.

A fin de tener una mejor comprensión del escenario donde se desarrollaría la batalla, ofrecemos la distancia entre los puntos fundamentales envueltos en ella:

Australia-Pálpite:	25 *km*
Australia-Playa Larga:	29 *km*
Playa Larga-Playa Girón:	34 *km*
Australia-Playa Girón:	68 *km*
Covadonga-Playa Girón:	30 *km*
Covadonga-San Blas:	15 *km*
Yaguaramas-Playa Girón:	44 *km*
Yaguaramas-San Blas:	29 *km*

Al amanecer del 17 la Brigada 2506 había completado el desembarco del 88 por ciento de sus efectivos. En Playa Girón habían desembarcado los batallones tres, cuatro y seis, así como la compañía de tanques. Habían ocupado el aeropuerto, que para sorpresa y regocijo de los invasores y en particular del estado mayor de la brigada, se encontraba operacional; el batallón tres de infantería, reforzado, ahora se desplazaba al este, hacia Caleta Buena, en la dirección de Juraguá. Hacia el norte, en la dirección de Covadonga y Yaguaramas, la compañía A del batallón de paracaidistas ocupaba las Posiciones previstas. Al oeste en Playa Larga, había desembarcado el batallón dos de infantería. El batallón cinco, todavía en el barco Houston, había interrumpido el desembarco cuando el capitán de la nave decidió salir mar afuera y esperar la noche para regresar a la bahía, debido a la presencia de aviones de la Fuerza Aérea Revolucionaria. Pero ahora regresaba a Playa Larga, luego de recibir una contraorden por radio desde Happy Valley, al parecer del jefe militar norteamericano coronel Jack Hawkins o desde Quarter Eyes. La orden sería fatal para el batallón, pero no para la brigada. Esta fuerza estaba integrada por reclutas llegados a la base Trax en los últimos 60 días, por ello no tenían una buena instrucción.

Una seria dificultad al amanecer del 17, era que la compañía E del segundo batallón en Playa Larga no había podido avanzar y ocupar el poblado de Pálpite, debido a la resistencia de un grupo de milicianos a la salida de la playa.

En ningún otro frente de la extensa cabeza de playa —cerca de 400 kilómetros cuadrados— se combatía en las primeras horas de la mañana del desembarco. Sin embargo, José Pérez San Román,

el jefe cubano de la Brigada de Asalto, a las 11:30 horas enviaba un mensaje a Quarter Eyes indicando que solo le quedaban municiones "para 4 horas".[18] Estos mensajes que adulteraban la realidad y que al parecer perseguían el objetivo de forzar un involucramiento mayor de las fuerzas armadas de Estados Unidos se repetirían durante el desarrollo de la batalla. Y este no era el primero. A las 03:00 horas había radiado uno donde informaba sobre el desembarco de las tropas que venían en el buque *Atlántico,* agregando que había sido realizado "bajo fuego". Cuando en realidad, en Playa Girón, el desembarco de las fuerzas y los medios de combate de la brigada había transcurrido sin mayores contratiempos, y sin ninguna oposición armada, porque sencillamente no había fuerzas revolucionarias destacadas. El peligro mayor era la actividad de la aviación revolucionaria, aunque las defensas antiaéreas de la fuerza naval se mostraban activas.

Poco antes de las 06:00 de la mañana, el escuadrón de seis C-46 y un C-54 surcó el aire en dirección al norte; llevaban las tropas paracaidistas.

Los paracaidistas descenderían con un armamento variado y suficiente parque para ocupar y defender las posiciones asaltadas. Cada pelotón de 24 hombres llevaba una ametralladora cal 30; una bazuca, un mortero de 60 *mm*, un cañón de 57 *mm* s/r; tres fusiles automáticos Browning. Los auxiliares de la ametralladora cal 30 y de la bazuca portaban subametralladoras M-3. Los restantes, fusiles Garand M-l; algunos de ellos adecuados para francotiradores. Cada grupo llevaba 10 cajas con 2 500 tiros para la cal 30; 12 granadas de morteros; 6 proyectiles de bazuca; 8 proyectiles de 57 *mm*. Cada paracaidista 270 tiros.

"Sobrevolamos el pueblo de Girón, dirigiéndonos al nordeste a lo largo del camino a San Blas. Apreté el botón rojo activando la luz en la cabina trasera que alertaba a los paracaidistas para que se prepararan para el salto. Alrededor de ocho millas más allá en el camino, divisé un *jeep* con tres pasajeros. Cuando pasamos sobre ellos, pararon y comenzaron a dispararnos con rifles y pistolas. Al-

[18] Tomás Diez Acosta. *La guerra encubierta.* Documento 19. Secuencia de los hechos (D-2 hasta D+2). Desclasificado por el gobierno de EE.UU.

gunas de las balas alcanzaron al avión pero hicieron poco daño. Yo quería poner la mayor distancia posible entre el *jeep*, así que decidí lanzar las tropas directamente sobre el empalme y no un par de millas antes de él, como había sido planeado. Cuando llegamos al punto, apreté el botón que encendía la luz verde y soné el timbre. En menos de 15 segundos los 30 hombres estaban en el aire. Giré hacia el este, dando a los PDOS (oficiales para el lanzamiento de paracaidas), Alberto Pérez y Chiqui Ginebra, tiempo para recoger las líneas estáticas y enganchar las nuevas para descargar los suministros que luego lanzamos a los hombres. Habíamos terminado la primera parte de nuestra misión sin calamidades. Descendí a 50 pies y me dirigí nuevamente camino abajo, planeando tratar de asustar los hombres del *jeep*. Nos sorprendió verlo volteado y lleno de humo, sus ocupantes aparentemente muertos [...]".[19]

Abajo, por otro terraplén más el oeste, un camión se dirigía hacia Jagüey Grande. Al igual que Eduardo Ferrer, los pilotos del B-26 que escoltaban a las dos aeronaves de transporte, tenían una excelente visibilidad para reconocer en los pasajeros que se sujetaban a las barandas del vehículo, a civiles.

"El avión lanzó los paracaidistas en una sabana, antes de llegar a San Isidro. En eso vimos otro avión que venía bajito, casi rozando la carretera, detrás de nosotros. Entonces mi papá le dijo a mi mamá: 'Tócale duro al chofer para que se pare'. A continuación empujó a mi hermano y le gritó: 'Tírate en el piso, que ese avión va a aterrizar en la carretera'. Yo iba sentada sobre una caja de madera con latas de leche condensada y llevaba cargado a mi sobrinito de seis meses. Entonces el avión comenzó a disparar. Mi mamá cayó, la habían herido en el vientre y en un brazo. A mi abuela una bala la hirió en la columna, quedó inválida. A mi hermano le atravesaron una pierna y un brazo. Me agaché y mi mamá abrió los ojos. Le pregunté si estaba herida. Ella alzó el brazo y quiso tocarme pero se desmadejo. Entonces mi papá me bajó del camión. 'Si no bajan a mi mamá, yo no me voy, ella está viva'. Mi papá le había puesto una sábana y no se le veía la herida de la cintura. Por eso yo creía que estaba viva. Entonces el viento levantó la sábana y

[19] Eduardo Ferrer: Ob. cit., pp. 176-177.

vi la herida. Tenía todo afuera. Mi papá me puso debajo de un júcaro. Mi hermano nos decía: 'si yo me muero, no me dejen botado como a mamá'. Poco después un responsable de la milicia del pueblo nos sacó para la carretera y luego nos mandó para Jagüey. A mi mamá ya se la habían llevado para Jagüey. Yo quería verla y me llevaron a la funeraria. Seguía recordando cuando el viento levantó la sábana y le vi aquella herida. Yo vi a mi mamá por dentro".[20]

El camión donde viajaba la familia de Nemesia siguió rodando durante algunos años más. Era un Ford 51, con barandas de madera y sogas, las puertas pintadas de azul y en letras amarillas la palabra INRA. No existía posibilidad alguna de confundirlo con un vehículo militar.

Debido a un error de navegación, uno de los pelotones de la compañía B de paracaidistas fue lanzado en una zona apartada, algo distante de su objetivo, en las proximidades de la carretera, entre Pálpite y el central Australia. "Nos lanzaron lejos del lugar donde debíamos caer. Yo llevaba un Garand y una pistola 45. Caímos como a dos ó tres kilómetros del central Australia. Un grupo de unos 27 hombres de este grupo nos reunimos en un monte donde dejamos casi todas las armas preparadas para que explotaran al cogerlas. Del cayo salimos y tropezamos con las postas en una finca, hieren a un invasor. Nos dispersamos. Al ser capturados confesamos a un teniente en el central Australia cómo dejamos las armas con cazabobos y el mismo que las preparó deshizo los mecanismos para que explotaran".[21]

El otro pelotón que debía ocupar Pálpite, vio un movimiento de personas en este batey y de dos vehículos por la carretera, y decidió esperar en el monte cercano. Los dos camiones transportaban tres decenas de civiles de Jagüey Grande que al mando del jefe del puesto militar se dirigían hacia Playa Larga. Un poco más alante fueron interceptados por Abraham Maciques —director del plan de desarrollo de la península de Zapata— quien les dijo que Playa

[20] Testimonio de Nemesia Rodríguez Montalvo, 1990. Archivo del Autor.
[21] Declaraciones de Galo Astor García, invasor. Archivo MININT.

Larga estaba tomada por los invasores y que Fidel decía que estos no podían tomar Pálpite. Entonces se decidió que 10 hombres quedaran en este batey.

"Nos situamos detrás de los hornos de carbón que había allí y de los sacos. Casi al amanecer viene un avión, primero creíamos que era nuestro, pero entonces disparó un rocket que voló el quiosco de Cotilo Morejón. El avión pasó tres veces, empezamos a llamar a la gente, y como nadie respondía dije: 'Aquí han matado a todo el mundo'. Entonces vimos a los paracaidistas tirarse en Sicotes, ahí fue donde se tiró el grupo que iba a coger Pálpite. Después tiran una caja grande. En total contamos 24 paracaidistas. Se quedaron ocultos por allí".[22]

Mejor suerte corría la compañía lanzada en las proximidades del central Covadonga. Inmediatamente ocuparon los caseríos y bateyes a lo largo del camino hacia Girón y situaron un puesto de avanzada en un punto muy próximo al central Covadonga, pero no se aventuraron a avanzar sobre este:

"Como a las 6:00 de la mañana sonó distancia, un timbre largo y descuelgo:

"—Mire, de acuerdo con lo que está sucediendo ahí, vamos a establecer una línea directa con el Punto Uno. La seña es 'Muerte al invasor' y la contraseña 'Venceremos'. Entonces oigo la voz inconfundible de Fidel.

"—Oye, ¿qué cosa tú eres ahí?

"—Yo, el telefonista, Comandante.

"—Pero, ¿qué más, cojones?

"—Yo soy miliciano aquí.

"—Bueno, ¿qué está pasando por ahí?

"—Que están invadiendo por Playa Girón, son gente con trajes pintorreteados. Fidel, lo que nosotros necesitamos es que nos mandes armas para acá, chico.

"—¿Y cuántos milicianos son ustedes?

"—En el central tenemos 180 milicianos, pero sin armas. Necesitamos armas.

[22] Testimonio de Julio Somoza, poblador de Jagüey Grande, 1990. Archivo del Autor.

”En eso me dicen que están tirando paracaidistas. Se lo digo a Fidel y voy a verificar. Salgo al portal de la oficina en el central y alcanzo a ver a algunos todavía en el aire. Alguien me grita que contó 24. Regreso al teléfono. Lo levanto.

”—¡Muerte al invasor! —era Fidel.

”—¡Venceremos! —respondo, los que se han tirado son 24.

”—¿A qué distancia?

”—A dos kilómetros.

”—Deja ver —parece que estaba frente a un mapa—. ¿A qué distancia de Covadonga y en qué lugar?

”—¿Usted ha estado en Covadonga?

”—Sí.

”—Saliendo de Covadonga, por la carretera que va para Playa Girón, en una curva donde hay un molino de viento, ahí, en ese limpio que hay ahí, se tiraron.

”—¿Tú sabes si ellos están avanzando o se repliegan?

”—No sé, parece que no avanzan porque con los pocos fusiles que nosotros tenemos aquí, hay unos compañeros regados que les están haciendo disparos esporádicos. Fidel, ¿por qué tú no nos mandas armas?

”—¿Y cuántas armas tienen ahí?

”—Tenemos 11 armas, tenemos ocho fusiles M-52, dos Springfields y una carabina brasileña.

”—¡Cojones!, con esas armas me paro yo ahí y no dejo caminar a esa gente. Ustedes lo que están es apendejados.

”—No, chico, no; si estamos pidiendo armas cómo vamos a estar apendejados.

”—Oye, no me plantees más problemas de armas, ármense ahí con machetes, con palos y con piedras, pero no se dejen coger el central, ¡cojones!

”De inmediato le dije a la gente lo que decía Fidel. Entonces los compañeros de las Organizaciones Revolucionarias Integradas dudaron de que yo estuviese hablando con Fidel y vienen a verme. ‘Hoy Chelé, ¿tú estás seguro que ese que está hablando contigo es Fidel?’ Me puse cabrón. Levanté el teléfono, sale Fidel.

”—¡Muerte al Invasor!

”—¡Venceremos! Oye Fidel, aquí los compañeros de las organizaciones dudan que sea usted el que me está dando orientaciones.

”—Pónmelos ahí.

”Escucho el de las ORI decir: ‘Sí, Comandante; sí Comandante; sí Comandante’, Y colgó. ‘Es Fidel, hay que armarse con machetes pero no pueden coger el central’ y salió disparado.

”Como a las nueve de la mañana ya la gente del central se había posesionado con lo que tenía. Había mucha efervescencia y la población estaba enardecida. Hubo gente que fue a Cienfuegos a buscar un arma y regresó. El pueblo pedía armas. A los contrarrevolucionarios del pueblo que eran como 40 los habían recogido y se los llevaron para Rodas.

”A las 12:30 o la 01:00 aproximadamente, pasan varios camiones con milicianos. Cojo el teléfono.

”— Punto Uno, ¡Muerte al invasor!

”— ¡Venceremos!

”— Fidel ya se jodieron estos cabrones.

”— ¿Por qué?,¿que pasó ahora?

”— Están pasando las tropas.

”Es bueno que Fidel oiga esto porque eso lo vivió él”.[23]

El Bon 117 se había subordinado al comandante Filiberto Olivera Moya, jefe del Frente de Covadonga; el batallón no venía completo. Los efectivos que llegaron a Covadonga estaban compuestos por dos compañías y una batería de mortero de 85 *mm*. El comandante Filiberto Olivera dispuso la tropa para desalojar al enemigo de la curva de Jocuma, situada a unos cuatro kilómetros del central. Por su flanco izquierdo, desde Yaguaramas, dos compañías de este batallón avanzaban en dirección a San Blas.

En Girón, aquella mañana, Manuel Alvariño, subido sobre una silla en el comedor donde se encontraban prisioneros, miraba a través de una ventana y relataba a los carboneros la batalla aérea que tenía lugar sobre el cielo de Girón: “El avión chiquitico le va para arriba al barco. El barco explotó y la candela casi coge al avión chiquitico que ahora va patas arriba, derecho como una puya. Uno de los aviones grandes está echando humo. Tony Blanco, el del bar,

[23] Testimonio de Gonzalo Rodríguez Mantilla, *Chelé,* obrero del central Covadonga, 1990. Archivo del Autor.

que se había unido a ellos se asomó por la ventana y dijo: '¿Cómo están los comunistas?' Ya por la tardecita estaban cambiados. Llegaron varios al comedor y nos dijeron: 'Aquí, ustedes corren peligro y no tienen por qué perecer, mañana, a las seis de la mañana, todos aquí a trabajar'. Cuando salí, uno de ellos me dice a mí y a mis muchachos: 'Mañana ustedes pueden mudarse para una de las cabañas, porque ahora estas casas sí serán para ustedesi' Pa' la madre que te parió —pensé yo".[24]

"A la una llegó uno de ellos y nos dijo que nos pusiéramos de pie que nos iba a contar para traernos el almuerzo, pero no trajeron nada. Por las bombas de los aviones a los barcos, los cristales se rompieron. Después nos soltaron. A la salida de Girón, otra vez caímos presos. 'No tenemos orden de soltar a nadie'. Uno se fue a buscar orientación y regresó y dijo que sí. 'Es un permiso nada más. Mañana regresan a las seis de la mañana. La señal nuestra es Águila, y ustedes deben responder Imperial'. Algunos mercenarios no estaban de acuerdo y decían 'Estos se van ahora y mañana no van a venir, sino con la milicia'."[25]

El carbonero Manuel Alvariño había visto desde su peculiar puesto de observación al Sea Fury piloteado por Enrique Carreras. Minutos antes, este había estado a punto de ser sorprendido por el fuego de un B-26 enemigo que se le pegó a la cola, a tiempo hizo un giro cerrado y se colocó detrás del avión enemigo. Abrió fuego haciendo impacto en uno de los motores del B-26 que se alejó rápidamente internándose en el mar. No llegaría a Happy Valley, ni a ninguna otra parte. El Sea Fury ganó altura. A 5 000 pies de altura y seguro de que no tenía ningún avión en la cola, Carreras miró abajo y descubrió un barco que se movía frente a Playa Girón. Entonces descendió como una puya. Desde el buque escolta Blagar, fuertemente artillado, un barrage de metralla salió en busca del fuselaje del Sea Fury; Carreras logró atravesar la barrera de fuego antiaéreo y cuando aseguró al barco en su mira, por cierto defectuosa, lanzó sus cohetes. El Río

[24] Testimonio de Manuel Alvariño. Archivo del Autor.
[25] Testimonio de Pedro Flores, carbonero, 1990. Archivo del Autor.

Escondido estalló. Al parecer impactado en la santabárbara. En una misión anterior Carreras había hecho blanco en la popa de otro barco de la brigada, el Houston, que ahora se hallaba encallado frente a Punta Cazones, sobre una barrera de coral, y ardía.

Con el *Río Escondido* se habían perdido 145 toneladas de municiones, 38 000 galones de combustible para vehículos; 3 000 galones de combustible para aviones. El Houston, por su parte, en sus bodegas traía 24 160 libras de alimentos; agua potable; 150 galones de gasolina para vehículos; 5 toneladas de municiones para armas individuales; 8 toneladas de altos explosivos; una tonelada y media de fósforo blanco, más algunas pequeñas cantidades de explosivos pirotécnicos y químicos.[26]

Nada del cargamento perdido resultaba imprescindible para el sostenimiento de la Brigada durante los primeros días de combate, una vez asegurada la cabeza de playa. Todo lo necesario para su conquista y defensa estaba en tierra.

En Playa Larga, Erneido Oliva decidía mantener prisioneros a los cerca de 150 civiles y dos decenas de milicianos del batallón 339.

"Un alfabetizador tenía la cabeza recostada a mí —recuerda Suco, el jefe de la escuadra del 339 quien custodiaba la planta de radio en Playa Larga—, cuando un mercenario se acerca y le dice:

"—'¿De qué es ese uniforme?'

"—'De la alfabetización'.

"—'¿Tú eres comunista?'

"—'Yo soy fidelista' —le respondió el muchachito que no tenía ni quince años.

"Y el mercenario le replicó:

"—'Tú sabes que todos los fidelistas son comunistas'.

"—'Ah, entonces yo soy comunista'.

"—'¡Cabrón!' —dijo el mercenario y se marchó.

"Así a cada rato entraba uno y decía algo. Uno de ellos nos dijo que esa noche nos mataría a los milicianos porque habíamos matado a su hermano. El que le respondió fue Guasasa. Ese era un tipo famoso allí, obrero en la construcción, que siempre estaba borracho y era muy ocurrente. Bueno allí se comentaba que los mercenarios

[26] Plan de la Operación Pluto ocupado a José Pérez San Román, Archivo MININT.

lo habían cogido prisionero en la arena, durmiendo una de sus borracheras. Y se pasó casi todo el día despertándose y volviéndose a dormir. En un momento se despierta, cuando el mercenario nos está diciendo aquello y Guasasa dirigiéndose a otro carbonero le dijo, creyendo que la amenaza era para él: 'Guajiro, olvídate de eso, que ahorita llega el Comandante y se acaba esto'. Todos nos miramos. El mercenario aquel lo quería fulminar con la mirada.

"Yo recuerdo una bronca de un mercenario con un oficial. La escuché desde el comedor.

"—'Es muy rico esto aquí'. '¡Repórtese!' 'Yo desde que llegué estoy batido allá y no me han relevado, digo Águila, Águila y nada, y ustedes aquí' '¡Repórtese, repórtese!' —le repetía el oficial".[27]

En el central Australia, el capitán José Ramón Fernández, luego de comprobar que no había paracaidistas en los alrededores del ingenio, esperaba impaciente la llegada del batallón de la Escuela de Responsables de Milicias de Matanzas. "Había un *jeep* todo destartalado con un capitán que resultó ser el jefe del batallón 339. Me acuerdo que estaba sentado en *jeep* con una o dos personas más con él. Entonces me aproximé a él y le pregunté:

"—'¿Y tú quién eres?'

"—'Soy el jefe del batallón 339' —me respondió.

"Entonces le digo:

"—'¿Y dónde está tu gente?'

"Me respondió:

"—'Nosotros combatimos el desembarco desde el amanecer'.

"—'Pero, ¿dónde está tu gente?'

"—'Toda mi gente está prisionera o muerta' —me dice.

"Le preguntó:

"—'¿Qué fuerzas hay entre los mercenarios y nosotros que estamos aquí?'

"—'No hay nada'.

"—'Pero bueno, ve a buscar a tu gente'.

"—'No, no' —me contestó—, 'a mí solo me quedan estos tres que tengo aquí'."[28]

[27] Testimonio de José Ramón Gonzáles Suco, miliciano, 1990. Archivo del Autor.
[28] Testimonio de José Ramón Fernández. Archivo del Autor.

La información del jefe del batallón 339 resultaba exagerada. Al amanecer, los efectivos de esa unidad que desde la madrugada habían combatido en las cercanías de la entrada de Playa Larga, no más de una compañía, se retiraron luego de agotar el escaso parque de que disponían y comenzar a ser cazados por los francotiradores de la Compañía E del batallón dos. Habían sufrido 6 muertos y 13 heridos.

Los hombres comenzaron a retroceder por dentro del monte y por los bordes de terraplén. Unos 50 se corrieron hacia el Caletón de Buenaventura, a unos 500 metros al oeste de la playa, donde se unieron a los marinos del servicio de vigilancia SV-3, que habían trasladado la ametralladora cal 50 de la embarcación hacia un frigorífico en construcción; más tarde, junto a las familias carboneras de la cooperativa de Buenaventura se retiraron hacia otro batey, Santo Tomás, distante unos 15 kilómetros, en la zona occidental de la Ciénaga de Zapata. Otras dos compañías de este batallón, luego de conseguir transporte se trasladaban casi al amanecer, con el jefe del batallón al frente, hacia las zonas de combates. Poco después se fragmentaban luego de sufrir un ataque aéreo, instantes antes de ser lanzados los paracaidistas. Unos se adentraron en el monte y salieron a Soplillar donde permanecieron, otros se retiraron hacia los puntos de concentración: el central y la granja Los Alpes, en las cercanías de Jagüey. Otro grupo reducido quedó con el segundo al mando.

Abraham Maciques, el director del plan de desarrollo que se ejecutaba en la Ciénaga había hablado poco antes del amanecer con Fidel. Maciques le informó que el Bon 339 se encontraba en la Ciénaga. Fidel, consciente de la importancia de evitar que el enemigo se posesionara de Pálpite, le dijo que trasladara al jefe del batallón la orden de no dejar pasar de Pálpite a los invasores. Maciques montó en su *jeep* y se adentró en la carretera hacia Playa Larga. "No tengo balas" le dijo Cordero cuando se encontraron. Ambos montaron en el *jeep* y regresaron al central. Antes de llegar, encontraron a unos milicianos de Jagüey Grande. Al frente el teniente del Ejército Rebelde y jefe del cuartel de Jagüey, Antero Fernández. Maciques les dijo que habían lanzado paracaidistas y que en la playa se combatía fuerte. Dejaron una decena de hombres en Pálpite y siguieron para Australia. Antero continuó en otro vehículo que se encontró en el lugar, mientras Maciques y el jefe del Bon 339 se

adelantaban para avisar de la envergadura de la invasión y buscar refuerzos.

Al llegar a la salida de la ciénaga se produjo un tiroteo. Se trataba del pelotón de paracaidistas que debió descender en el extremo norte de la carretera para cortarla e impedir el paso por sobre la ciénaga hacia Pálpite, y que debido a un error de navegación habían caído separado de esta unos cientos de metros, en una zona baja, y ahora se hallaban ocultos en un cayo de monte, desde donde podían observar el movimiento por el terraplén. Antero cayó abatido, al parecer por el fuego de los paracaidistas, o de uno de ellos, francotirador. Al llegar al central Australia, se produjo el encuentro con el jefe del Bon 339 que recuerda el capitán José Ramón Fernández.

Julián Morejón, el segundo al mando del batallón presenció el lanzamiento de paracaidistas en un potrero, a unos cientos de metros de Pálpite, él se retiraba con algunos milicianos, sin parque, y estuvo a punto de caer prisionero de los invasores que acababan de descender.

Una situación peculiar se había creado a esa hora de la mañana en la carretera que conduce del central Australia a Playa Larga: en la playa, el batallón dos, bien posesionado, con armamento pesado y en espera de un refuerzo que incluía tanques. Entre la playa y Pálpite —unos 4 *km*—, pequeños grupos dispersos de milicianos del 339 que se retiraban por el terraplén o buscaban resguardo en el monte, otros en Buenaventura, cortados del resto de su unidad. Otros en Soplillar, al este de Pálpite. Los que habían sido situados en Caleta del Rosario —al confundir un tanque enemigo con los nuestros—, cayeron prisioneros luego de sufrir 2 bajas mortales y 3 heridos.

En los alrededores de Pálpite, un pelotón de paracaidistas con todo su armamento. Pálpite, tierra de nadie, aunque a tiro de fusil, ametralladoras y morteros, de los paracaidistas. Entre Pálpite y la Boca de la Laguna del Tesoro, otros grupos de milicianos del 339 y de civiles de Jagüey que se retiraban. A la salida de la ciénaga, el otro pelotón de paracaidistas, en un cayo de monte desde donde podían controlar la carretera; sobre esta, el cadáver de Antero Fernández. Ninguna de las reducidas fuerzas revolucionarias que se movían por la carretera al amanecer del día del desembarco, ya

por falta de parque, de mando, estaban en condiciones de enfrentar a los invasores de Playa Larga, ni de desalojar a los paracaidistas de los alrededores de Pálpite, ni de posesionarse de la estratégica carretera y asegurarla. Pero la resistencia que habían hecho a la salida de Playa Larga, por espacio de unas tres horas, hasta el amanecer, y la viril respuesta cuando les gritaron que se rindieran, impidió el completamiento de la ocupación de la cabeza de playa, y sembró la incertidumbre en la mente de los invasores. Los milicianos no los estaban esperando para unirse a ellos como les habían asegurado.

Fue en esos momentos que al central Australia llegó una fuerza de unos 300 hombres integrantes de los batallones 219 —de Calimete, Amarilla, Manguito y Zona rural— y 223 —de Colón—,[29] con muy escasa preparación militar. Portaban fusiles M-52, semiautomáticos, y solamente 20 cartuchos por arma. El capitán Fernández le ordenó al jefe de esta tropa, capitán Conrado Benítez Lores, avanzar por la carretera a toda prisa y tomar Pálpite. El batallón se desplazó pero no llegó a Pálpite, en el camino fue atacado por la aviación enemiga que les ocasionó 6 muertos y logró dispersarlos. Con posterioridad, Fernández modificó la orden. Debido a la importancia de esta vía y a la posibilidad de que los invasores dinamitaran las alcantarillas para obstruir el paso, ordenó al batallón proteger este estratégico camino. Poco después fue reforzado por el Bon 227.

Aproximadamente a las nueve de la mañana llegó el batallón de la Escuela de Milicias. "Yo les digo que no se bajen de los camiones, me encaramo arriba de la caseta de uno de los camiones. Recuerdo que les dije que los mercenarios habían desembarcado, que los que querían destruir la Revolución estaban en tierras cubanas, que Fidel nos había dado la misión de luchar contra el desembarco, que ellos constituían una unidad con preparación, que tenían posibilidades y les ordeno avanzar hacia Pálpite. [...] En Pálpite, pare-

[29] Los batallones de la provincia de Matanzas comenzaban su numeración con el digito 2, los de Las Villas con el 3, y los de La Habana con el 1.

ce que algo dispersos había caído un grupo de mercenarios de los paracaidistas. La unidad de la Escuela de Responsables de Milicias tomó Pálpite. [...] Eran aproximadamente las 12:00 del día. En el mapa aparecía, en Soplillar, una pistica de aviación; inmediatamente yo ordeno que la quinta compañía avance hacia Soplillar, lo tome y bloquee la pista [...] Entonces llamo a Fidel y le digo que ya tomamos Pálpite. Entonces me dice: '¡Ya ganamos la guerra!' Y él tenía razón. La toma de Pálpite fue decisiva porque aseguraba la entrada a la cabeza de playa. Es decir, habíamos situado una cabeza de playa dentro del territorio enemigo'.[30]

Mientras el pelotón de paracaidistas se mantenía oculto en un bosque y observaba el desplazamiento del batallón de la Escuela de Milicias hacia Pálpite, unos 10 *km* más al sur, el otro pelotón que se había mantenido en los alrededores de este batey sin ocuparlo, se retiraba ante la llegada de esta tropa, luego de un breve intercambio de disparos.

"Al amanecer, los aviones tirotearon el camión donde íbamos, que era de Carmelo Hernández. Éramos 13 de familia y todos cogimos el monte. Yo llevaba a mi mujer y a mis dos hijos, de seis y ocho años. Entonces nos tropezamos con tres paracaidistas:

"—Ustedes, ¿para dónde van? —nos preguntaron.

"—A nosotros nos dijeron que saliéramos del batey —yo fui quien le respondí.

"Entonces nos dejaron seguir, quizá por el cuadro que vieron en nosotros y después de preguntar si había milicianos por ahí. Iban en dirección a Girón. Parece que venían huyendo.

"Estas son gente mala —le dije a mis hijos—, pero eso no se puede decir. La pasamos todo el día en el monte. Vimos que venía un avión y salimos para cruzar el terraplén. Entonces vimos un camión que venía en primera, el chofer no sabía manejarlo, pensamos que era alguien conocido, pero no, eran cinco mercenarios, paracaidistas. Uno en el capó con una ametralladora de dos paticas. Uno de ellos me dijo: 'Necesito que me des tu ropa'. Mi papá lo miró y le dijo: 'Cómo no, se la damos'. Pero otro de ellos que parecía ser el jefe le dijo al que me había pedido la ropa: '¿Y para qué tu

[30] Testimonio de José Ramón Fernández. Archivo del Autor.

quieres su ropa?' Sigan su camino'. Otra vez nos preguntaron si habíamos visto milicianos. Volvimos a metemos en el monte. Hicimos un campamento y preparamos varias latas de leche con agua de casimba. Es lo más rico que hay. Nunca la olvidaré, no sé si era el hambre. La más fuerte se la preparé a los dos niños".[31]

Poco después del mediodía del lunes 17, el capitán Fernández recibió la orden de avanzar y tomar Playa Larga. Rápidamente, envió un mensajero hacia Pálpite. "Todos los mensajes eran personales, en autos *jeep*, motocicletas, no había radio, ni teléfonos, no había nada [...] Entonces a la tropa de Calimete y Colón, le ratifico la misión de no avanzar ni retroceder, sino cuidar, a ambos lados, toda la carretera de Australia a Pálpite, todas las alcantarillas, por la importancia que tiene esa carretera. Yo pensaba realmente que los invasores iban a ser más agresivos, y yo me los imaginé con grupos con cargas de dinamita, volando lugares, tratando de introducirse en nuestra retaguardia, con todas las posibilidades que tenían. Y tenía temor que volaran algunas de estas alcantarillas, todas son relleno, e interrumpieran el tránsito durante un buen rato. En todo ese tiempo no llega nada de refuerzo ni armamento pesado. Yo estoy en el puesto de mando del central Australia, es el local donde está el teléfono. Los mapas en la pared y una puerta oscilante. Entra y sale la gente, uno llega y trae una información, otro una alarma [...] Fidel me había indicado que no me moviera de ahí, del central Australia, al pie del teléfono".[32]

El batallón de la Escuela de Responsables de Milicias, algo menos de 800 efectivos, comenzó su marcha sobre Playa Larga, cuatro kilómetros al sur, a pie, en dos columnas, a ambos lados de la carretera. Eran aproximadamente las dos de la tarde. Nuevamente iban sin protección de la artillería antiaérea, pues esta aún no había llegado. Poco después de iniciado el avance dos B-26 aparecieron sobre ellos. Luego de tres pases consecutivos, los aviones se retiraron.

[31] Testimonio de Oscar Hernández, carbonero, 1990. Archivo del Autor.
[32] Testimonio de José Ramón Fernández. Archivo del Autor

Uno de los primeros milicianos en caer en aquel ataque sería Claudio Argüelles. Dos semanas atrás, el Sindicato Telefónico, al cual pertenecía, lo había incluido en una delegación que estaba invitada a visitar la URSS. A pesar de estar en el curso de Matanzas, obtuvo el permiso para ausentarse dos semanas. Claudio era jefe de compañía y su graduación estaba asegurada. La salida del vuelo que lo llevaría a Europa estaba fijada para el amanecer del día 17 de abril. Enterado de la invasión, cambió el traje de cuello y corbata por el de las milicias y se dirigió hacia Matanzas. Al llegar a la escuela, el batallón se había marchado para el central Australia. Por el camino alcanzó la caravana y asumió el mando de su compañía.

"Íbamos por la carretera cuando vimos dos B-26. Realmente había mucho patriotismo. Imagínese cómo se puso la tropa cuando pasamos por Jagüey Grande y vimos al pueblo en la calle, gritando, cantando himnos. Nos decían: '¡Delen duro, acaben con ellos!' Eso fue por la mañana, ahora íbamos por esa carretera con unos deseos de caerles arriba. Entonces los aviones pasan y todos les dijimos adiós. Tenían la bandera cubana en la cola. En el segundo pase, abrieron fuego arriba de nosotros. En aquel terraplén había alcantarillas y ese fue el refugio. Les tirábamos cuando pasaban, con los FAL y las ametralladoras 7,92. Cuando el avión venía, porque hicieron varios pases, nos tirábamos en las alcantarillas y cuando pasaban salíamos y tirábamos. Allí mataron a Claudio Argüelles. Un rocket le dio de lleno. Matan también a Félix Edén Aguada, tenía 19 años. Cuando se fueron, la gente se reagrupó y seguimos el avance a pie, todavía no teníamos artillería antiaérea y aquellos aviones se banquetearon, pero seguimos para alante".[33]

La presencia de estos aviones en la zona fue comunicada a la base aérea de San Antonio de los Baños, y dos T-33 que se encontraban aproximándose a Girón fueron alertados. Uno de ellos abatió un B-26 y el otro, perseguido finalmente por un Sea Fury, logró escapar, protegido por un avión a reacción de la marina de Estados Unidos.

El batallón sufrió una docena de bajas entre muertos y heridos, pero se hizo evidente que sin protección aérea resultaba difícil el avance, y se sabía que la artillería antiaérea estaba al arribar. La

[33] Testimonio de Héctor Argilés, miliciano, 1990. Archivo del Autor.

ofensiva fue pospuesta. Eduardo Ferrer, exagerando hasta el paroxismo, reflejó así aquel ataque aéreo: "Los bombarderos dieron tres recorridos sobre el convoy, lanzando napalm, disparando cohetes, bombardeando con exactitud mortal. Las bajas comunistas excedieron las 500 y el camino quedó sembrado de cadáveres —una escena del Apocalipsis".[34]

Según el mismo autor, otro bombardeo ocasionó 900 bajas al Bon 123. Es tan inescrupuloso que apuntala el dato señalando que la cifra de bajas la tomó de un "parte publicado por el enemigo".

José Pérez San Román, jefe de la brigada, no se quedó atrás cuando afirmó: "De acuerdo con fuentes de Inteligencia del gobierno de Estados Unidos, las tropas comunistas sufrieron 1 800 muertos y entre 3 000 y 4 000 heridos".[35]

No solamente han sido prolíferos en tesis para hallar culpables del fracaso, sino también para imaginar legiones de milicianos liquidados, carreteras sembradas de cadáveres, el Apocalipsis. Pareciera como si la aplastante derrota sufrida, con los años y una buena dosis de papel y tinta, terminase por emular con las más espectaculares ediciones de Rambo .

Las bajas de las fuerzas revolucionarias en las 66 horas de batalla fueron 156 muertos y aproximadamente 300 heridos.

Luego del ataque aéreo, Erneido Oliva, segundo jefe de la Brigada 2506, que dirigía la defensa en Playa Larga, no tuvo dudas. Las fuerzas revolucionarias se proponían sacarlo de la playa. Comunicó la situación a San Román y le fueron enviadas como refuerzo las compañías 2 y 3 del batallón cuatro, dos tanques, la escuadra de mortero y dos camiones artillados con ametralladoras pesadas, así como varias bazucas. Oliva sabía que podía emplazar toda su artillería, los tanques, las bazucas y los cañones sin retroceso sobre la carretera que venía del central Australia y Pálpite. Las posiciones que ocupaba para la defensa eran excelentes. El enemigo tendría que avanzar por el estrecho terraplén y debido a ello, solamente podría entrar en combate la vanguardia. Estaba convencido de que al liquidar a esta, los demás retrocederían. Al menos eso indicaba la lógica militar.

[34] Eduardo Ferrer: Ob. cit., p. 189.
[35] José Pérez San Román: Ob. cit., p. 41.

En aquellas posiciones, los hombres de la compañía E que habían enfrentado a los milicianos del Bon 339 desde la madrugada, se encontraban molestos debido, entre otras cosas, a que los oficiales al mando no se habían acercado a las líneas de combate.

Realmente, otra cosa sucedía en los batallones de milicianos. Los oficiales al mando en los cuatro frentes se habían situado delante de sus hombres durante el avance. A esto se sumaria un hecho que contribuiría decisivamente a enardecer más los ánimos de las gentes: Fidel Castro había llegado al escenario de la batalla.

"En Jagüey se apeó del automóvil frente a una cafetería y se tomó un café. El pueblo decía: 'Ahora sí se acabó esto, llegó Fidel'. Luego vino para aquí, para el central. Cuando estaba haciendo un recorrido me le acerqué y le pregunté: 'Comandante, ¿cómo está la cosa?' Y él me dice 'No te preocupes viejo, esto lo terminamos ahorita'."[36]

"Fidel llega entre tres y cuatro de la tarde; Me empieza a preguntar por la situación [...] en eso llega el capitán Álvarez Bravo con la artillería antiaérea. Pasan una o dos baterías de cañones de 85. Y los tanques venían detrás. Damos una vuelta por el central, mirando el lugar, es esa foto que yo digo que le ha dado la vuelta al mundo que salió en primera página en los periódicos. Hay pobladores, en buena actitud revolucionaria. Él le da indicaciones a la artillería. Yo le digo: 'Bueno Comandante, yo quiero irme con mi gente'. [...] En Pálpite había buen estado de ánimo aunque poco orden. Llega la artillería y empiezo a discutir cómo emplazar la artillería al otro lado del caserío. El caserío estaba desolado y nunca se me olvida: de Australia hacia Playa Larga, a mano izquierda, había una casa que se quemó. Lo único que le quedó fue el esqueleto de una cama de hierro. [...] Yo estaba viendo el modo de preparar la ofensiva. Estaba próximo a oscurecer y en ese instante, entre dos luces llegó Fidel con sus automóviles. Ahí estaba cayendo cada ocho o nueve o diez minutos, una granada del enemigo [...] No era un fuego nutrido de baterías de artillería, pero caían. Empezamos a discutir con Fidel. Al rato él seleccionó al comandante

[36] Testimonio de Dámaso Rodríguez Valdés, Secretario General del sindicato del central Australia, 1990. Archivo del Autor.

Borges, el dentista, para que con el batallón 111 entrara por Soplillar y saliera a San Blas[37] [...] y decidimos organizar el ataque a Playa Larga para las 12:00 de la noche. Y mientras tanto decidimos organizar el fuego artillero. Fidel permanece ahí unos 40 minutos, creo que no llega a una hora, había mucha presión de todos nosotros para que se fuera, por su segundad".[38]

Los batallones de milicias, las unidades de artillería terrestre y antiaérea, entre otras fuerzas militares, se habían organizado hacía apenas poco más de seis meses. Aún no tenían entrenamiento suficiente, los batallones de infantería habían pasado un curso breve de 15 días, la artillería otro tanto, y ni unos ni otros contaban con los ejercicios prácticos necesarios para enfrentar una batalla. Estando en Pálpite preparando el tiro artillero sobre las posiciones de la Brigada en Playa Larga, Fernández pudo corroborar lo anterior: "Había una batería de morteros 120 que la mandaba un oficial de milicias graduado del primer curso, bueno, le digo: '¡Empieza a tirar!' El hombre se demoraba, se demoraba, en definitiva, después que emplaza me dice: 'Si tiro aquí, se me va a romper el sistema de retroceso'. Yo, un poco me asombré y le dije: 'Qué tú esperas, que el enemigo te lo coja si no tiras' Pero bueno, sigue la lucha esa, él emplaza el mortero y tira. Bueno, yo deseoso de oír que sonara allá, porque suena a cuatro kilómetros y pico. Pero no oigo, pasa como un minuto y medio que es el tiempo de vuelo de una granada. Y nada. '¡Oye, vuelve a tirar otra vez!', le ordeno. Y de nuevo no escucho nada. Entonces le digo: '¿Para dónde tu estas tirando?', y me dice: 'Es que esto cuando cae en el mar no se oye. Yo le digo que sí se oye'. Y él me dice: 'Yo soy artillero'. Entonces me encabrono y le digo: 'Oye, cuando tu andabas chupando chupetes, yo ya estaba cansado de tirar con estos cacharros'. Y descubro que el hombre estaba tirando los proyectiles sin ponerle las espoletas. Imagínate tú, en la guerra tirando sin espoletas. Lo más que podía hacer era que al que le cayera en la cabeza se la escachaba. Pero quien te dice que cuando dos días después yo entraba en Girón, veo al te-

[37] Esto significaba atravesar la ciénaga por el borde norte de la cabeza de playa, de oeste a este, unos 24 *km* hasta las proximidades del entronque de la carretera que une Girón con San Blas.

[38] Testimonio de José Ramón Fernández. El teniente del Ejército Rebelde Roberto Milián —hoy general de brigada (r)— venía al frente de estas unidades artilleras. Archivo del Autor.

niente con un mortero y me dice, orgulloso, no se me olvidará jamás: 'iMe queda uno solo pero estoy tirando, y con espoletas!'."[39]

En la dirección Cienfuegos-Playa Girón, por la costa, al atardecer de ese lunes 17, con la mayor discreción que permite el desplazamiento de una unidad de combate, avanzaba el Bon 326, integrado por obreros, estudiantes y campesinos de esa región. Lo comandaba el capitán Orlando Pupo. Tenía la misión de Fidel de acercarse a varios kilómetros de Girón y detenerse.

"EI batallón estaba integrado por cerca de 400 hombres. No teníamos morteros ni bazucas. Nuestro convoy, que eran más de 10 camiones, cogió por Cienfuegos hasta el entronque de Abreu. Desde allí bajamos hasta el central Constancia, donde nos cogió la noche. Seguimos bajando hacia el sur, en busca de la costa. Pasamos Las Charcas, Encrucijada y Juraguá. Desde ese lugar, y por trillos de diente de perro, nos fuimos acercando lentamente a Girón desde el lado este, por un lado por donde no nos esperaban".[40]

Al anochecer del 17, las fuerzas revolucionarias, tanto al norte de Playa Larga, como de Playa Girón, sin artillería, armamento pesado ni aviación, habían logrado expulsar hacia el sur a las tropas de paracaidistas en los puntos avanzados, reduciendo así la cabeza de playa.

En la región del central Covadonga, dos compañías del Bon 11, apoyadas por militares y civiles que se incorporaron a la tropa por decisión propia, expulsaban de sus posiciones en la curva de Jocuma a la avanzada del Bon de paracaidistas. Los invasores se retiraron hacia un punto denominado Canal de Muñoz, donde se hicieron fuertes luego de ser reforzados. En lo adelante, los milicianos, para continuar el avance; tendrían que atravesar seis kilómetros de terraplén rodeado de pantanos. Debido a ello no podrían apartarse de la estrecha carretera. Al amanecer, Filiberto Olivera Moya enviaría un grupo de exploración; y durante la noche, hostigaría al enemigo con fuego de morteros.

[39] Testimonio de José Ramón Fernández.
[40] Testimonio del coronel Orlando Pupo. Miguel Ángel Sánchez: Ob. cit., p. 189.

En el frente de Yaguaramas, al nordeste de Covadonga, la retirada de los paracaidistas se había producido al mediodía. El capitán Víctor Dreke, que desde temprano en la mañana había pasado en un automóvil hacia la zona del desembarco, ahora marchaba a la vanguardia de las dos compañías del Bon 117 que avanzaban por esa carretera en dirección a San Blas. Al anochecer detuvo la tropa y un poco más tarde recibió un importante refuerzo: el batallón 113. Con la llegada de esa fuerza, el jefe de esa dirección de combate, comandante René de los Santos, pudo disponer por vez primera desde el amanecer, de una fuerza aceptable para seguir adelante en tan difíciles circunstancias.

En el flanco oeste, en la dirección Australia-Pálpite-Playa Larga, esa madrugada se iba a desarrollar un dramático combate.

En Australia, en las primeras horas de la madrugada, Fidel era informado acerca de otro desembarco al noroeste de la provincia de La Habana. Dudó que fuera cierto, pero ante la seguridad que le ofrecieron decidió regresar nuevamente a la capital. Sin duda se alejaba del escenario de la batalla disgustado, pero decidido a enfrentar al enemigo en ese otro punto de desembarco. Fidel Castro había demostrado desde sus primeros pasos en las luchas revolucionarias, un ímpetu impresionante, y de una extraordinaria valentía personal.

Charles de Gaulle, un estadista tan distante al escenario geográfico donde Fidel Castro patentizaba sus condiciones de líder, en cierta ocasión, ante la sublevación de un grupo de generales en Argel opuestos a su política de negociación con el FLN argelino, cuando fue informado de que el general Challé, el principal complotado, estaría en París de un momento a otro con sus paracaidistas, respondió: "Sí, si fuera Fidel Castro ya estaría aquí, pero Challé no".[41]

Realmente no existía un segundo desembarco. Se trató de una operación de la CIA. Acercaron embarcaciones a la costa y con medios sofisticados, sonoros y lumínicos que incluían explosiones de diversos calibres, simularon la existencia de un desembarco con todas las reglas. No consiguieron desviar ninguna fuerza de las que

[41] Nicolai Molchánov: *General De Gaulle.* Editorial de Ciencias Sociales, 1990, p. 346.

ya estaban comprometidas en la Ciénaga de Zapata. Quizá el éxito más notable, fue alejar físicamente al líder de la Revolución de la zona de combate.

A las 12 de la noche, el batallón de la Escuela de Responsables de Milicias fue formado en la carretera de Pálpite. Marcharía sobre el enemigo en el primer escalón seguido de la columna número uno del Ejército Rebelde.

"La primera en avanzar fue la compañía 3, al mando del profesor Díaz. El propio capitán Fernández le dice a la tropa en Pálpite: 'Izquierda, izquierda, de frente hasta chocar con el enemigo, marchen!' Empezamos a avanzar por la parte izquierda del terraplén. Nos habían dicho que a cuatro kilómetros estaban Playa Larga y el enemigo. Al rato pasan la voz, bajito: 'Suelten todas las cosas lumínicas y que hagan ruido'. Los obuses de morteros pasaban por arriba de nosotros en dirección a las posiciones del enemigo. Luego supimos que casi todos caían en el mar".[42]

La situación para el batallón dos de la Brigada 2506 era excepcionalmente ventajosa. Ocupaban posiciones en forma de cuña invertida, a fin de abrir fuego luego de que la columna de miliciano se encontrase dentro de su flanco. Oliva dispuso en el flanco izquierdo de su posición la concentración de cinco bazuqueros. Desde el ángulo en que estaban situados tenían una amplia ventaja sobre cualquier carro blindado que apareciera. El camino hasta allí estaba descampado. Los cañones de 75 *mm* con retroceso los habían situado en un montecito de tierra; y cerca de allí, bien camuflageado, uno de los tanques. Dispuso morteros y ametralladoras pesadas y colocó la infantería en disposición de hacer fuego.

Por otro lado, la carretera de Pálpite a Playa Larga era tan recta que el ajuste del tiro de las armas de la Brigada batiría a las fuerzas revolucionarias que marchaban por la carretera aun a uno o dos kilómetros atrás sin que se pudiera evitar, porque el avance era frontal. De tal forma que el fuego, si no alcanzaba a la vanguardia de la columna, cogía el centro o a la retaguardia. Y eso mismo sucedió.

[42] Testimonio de Emérito Hernández, miliciano, 1990. Archivo del Autor.

El capitán Fernández había ordenado detener el fuego de la artillería; cuatro tanques salieron de la espesura y con las luces apagadas comenzaron la marcha. En la curva, Oliva ordenaba abrir fuego.

"Cuando comenzaron a tirar, nos lanzamos en la cuneta. Ellos tenían emplazadas las ametralladoras 50 a nueve pulgadas del suelo. Por esa razón muchos compañeros fueron heridos en la espalda y las nalgas. Otros murieron por este tiro rasante".[43] "Benito Garay me había dicho esa tarde, '¿Héctor, tú crees que yo pueda ver a mi hija?' Su mujer estaba en estado y ya tenía los nueve meses. Aquella noche mientras avanzaba sobre Playa Larga le dieron un bazukazo y lo volaron por el aire. Cuando regresamos para la Escuela, varios días después, veo el telegrama de que la mujer había parido una hembra".[44]

Cuando llegaron los tanques a la punta de vanguardia, el profesor Díaz ordenó a sus hombres situarse detrás y reinició el avance. Ya se habían introducido en el terreno angosto que conducía directamente a las trincheras enemigas. Detrás habían quedado decenas de muertos y heridos. Oliva ordenó a los artilleros de los cañones de 75 *mm* abrir fuego contra los tanques que se aproximaban. El jefe de estos blindados, que marchaba en el primer tanque, había visto venir desde lo lejos, las luces rojas de los proyectiles. El teniente Néstor López Cuba se encontraba exactamente en el mismo lugar donde 24 horas antes, los milicianos del Bon 339 habían entablado combate con la compañía E.

"Salíamos a aquella zona sin vegetación cuando el tanque comenzó a girar hacia la derecha; pensé que era el borde arenoso de la cuneta y le dije al conductor que diera más potencia, para libramos de aquel declive; pero mientras más insistíamos, más nos tiraba hacia aquel lado. Acabé comprendiendo que nos habían dado en una estera. Ordené cargar con proyectil de fragmentación. También teníamos proyectiles perforantes, pero yo no veía ningún tanque de ellos, por eso, para tirarle a la infantería, pedí uno de fragmentación. Intentábamos meterlo en la recámara del cañón, pero no entraba".[45]

El tanque no solamente había recibido un cañonazo en la estera, sino que un cohete de bazuca había atravesado el cañón. Si

[43] Testimonio de Emérito Hernández. Archivo del Autor.
[44] Testimonio de Héctor Argilés. Archivo del Autor.
[45] Testimonio del general de división Néstor López Cuba. Miguel Ángel Sánchez: Ob. cit., p.185.

hubiera logrado introducir el cartucho en la recámara el tanque hubiera volado. "El teniente Díaz avanzaba detrás de un tanque y cuando lo inutilizan, siguió alentando a sus hombres; les gritaba: 'Adelante, yo no he mandado nunca una tropa más cojonuda que esta'. Un poco después caía fulminado".[46]

"En medio de aquella oscuridad y con el fuego de flancos, los hombres se confundieron unos con otros; se perdió el sentido de vanguardia, de pelotones, de todo. Los jefes dejaron de tener contacto con sus hombres. Cada uno de nosotros avanzaba con un pequeño grupo alrededor, pero estos grupos no eran unidades ni mucho menos. En esa situación tan difícil, la más difícil que recuerde de una batalla, comenzaron a bombardeamos con fósforo blanco. Los pequeños incendios que se declaraban en el monte alumbraban nuestras posiciones y nos hacían blancos fáciles de los tiradores emboscados".[47]

Poco después eran batidos otros dos tanques y se ordenaba detener la ofensiva. Los hombres comenzaron a regresar a Pálpite.

El capitán Fernández envió una comunicación urgente donde informaba al Comandante en Jefe que la ofensiva estaba detenida y que existía un número no determinado de muertos y heridos. De inmediato Fidel impartió nuevas instrucciones al capitán Fernández. La orden la elaboró el comandante Augusto Martínez Sánchez, quien permanecía en el puesto de mando del central Australia, en comunicación telefónica con el Punto Uno, donde se encontraba Fidel al amanecer del 18:

4:40 am..

De Augusto a Fernández
Fidel recibió tu mensaje, y me informa que te dé las siguientes instrucciones:
1.- Que emplaces todas las antiaéreas para que protejan a nuestra gente.

[46] Testimonio de Emérito Hernández. Archivo del Autor.
[47] Testimonio del general de brigada Harold Ferrer. Miguel Ángel Sánchez: Ob. cit., p. 186.

2.- Que los tanques sigan atacando y que vuelvas a emplazar las .piezas (obuses de 122 *mm)*.
3.- Que no debes dejar de instalar una sola AA.
4.- Que te recomienda que mandes una tropa, bien del Bon 180 ó del 144 para que avances por Soplillar para salir a la caleta del Rosario para cortarles la carretera y cortar así al enemigo en dos.
5.- Que si es necesario se te pueden enviar los diez tanques que están al llegar de Jovellanos.
6.- Esos diez tanques puedes dividirlos en dos grupos: por la carretera y por Buenaventura.
7.- Que si es necesario mover los tanques durante el día se te puede mandar una fuerte protección AA.
8.- Por último, dice Fidel que hay que tomar Playa Larga sin excusas.

Augusto.[48]

De esta orden resaltan varios aspectos, Fidel Castro acaba de ser informado sobre el rechazo de la ofensiva en ese frente, De inmediato imparte órdenes para reanudarla; esta vez agregando nuevos elementos: realizar un movimiento envolvente con varios tanques conducidos a través del monte hasta el batey de Buenaventura, para luego girar y atacar las posiciones enemigas por el flanco izquierdo mientras, simultáneamente, se atacaba de nuevo por el terraplén. Otro aspecto significativo y que evidencia la seguridad de Fidel en la derrota de los invasores es la orden de enviar un batallón para cortarles la retirada hacia Girón. Esta misión la cumplimentó el batallón 144, pero cuando llegó a su destino —Caleta del Rosario—, un punto próximo a Playa Larga, en la carretera hacia Girón, el batallón dos y los refuerzos ya habían pasado. Realmente el Bon 144 se demoró en salir de Pálpite debido a que el guía se había acobardado. "Fidel siempre criticó que esa gente se nos escapó y es verdad, pero el batallón que debía cumplir esa misión estuvo corno una hora encima de los camio-

[48] Archivo del Ministerio de las Fuerzas Armadas. Documentos de Girón.

nes esperando por el guía, que se nos perdió. Entonces salieron a la Caleta del Rosario sin guía y llegaron".[49]

Los milicianos y soldados en Pálpite creían que la retirada significaba la derrota, pero estaban equivocados. Habían mostrado tal coraje en el avance, que los invasores, a pesar de las excelentes posiciones que ocupaban, no lograban serenarse.

"Un tanque de el1os regresa con algunos muertos y heridos. Los heridos tienen que trasladarlos para Girón porque no hay médicos. Los que han peleado y son relevados hablan mal de los oficiales. En eso traen un tanquista nuestro prisionero. Venía cabrón. Un oficial de los mercenarios le pregunta delante de nosotros:

"—'¿Usted venía manejando un 'tanque?'

"—'Sí, señor'.

"—'¿Y vienen otros tanques allá atrás?'

"—'Allá atrás viene un batallón de 100 tanques y como 10 000 milicianos'."[50]

La información del tanquista era falsa, pero se sumó a otras preocupaciones que invadían la cabeza de Erneido Oliva. A las 05:00 de la mañana comunicó al jefe de la Brigada que su situación era desesperada. Una hora después, un mensajero trajo la respuesta: "Resistir hasta el último momento". A pesar del reforzamiento y las buenas posiciones que ocupaban, Oliva consideraba que era poco. Se comunicó entonces con el jefe del batallón cinco, Montero Duque, quien luego de haber sido atacado con cohetes el barco que los transportaba, logró llegar a la costa y reagrupar a la casi totalidad de su batallón. Estaban a unos cuatro kilómetros de Playa Larga, por la costa, y para llegar a ella tendrían que atravesar el caserío de Buenaventura, que no era defendido por fuerza militar alguna, solo por unas dos docenas de milicianos del 339 que se habían separado de su tropa, y varios carboneros del lugar. Una lancha de la Marina de Guerra Revolucionaria se mantenía amarrada al pequeño muelle de Buenaventura, a unos cientos de metros de Playa Larga. Su tripulación había desmontado una ametralladora calibre 50 y la había emplazado

[49] Testimonio de José Ramón Fernández, ídem.
[50] Testimonio de José Ramón Suco, miliciano.

en tierra. Pero durante la madrugada del desembarco habían consumido el escaso parque y ahora se hallaba silenciada. No existía pues, ningún impedimento serio para que este batallón, una vez reorganizado, se dirigiera hacia Playa Larga. "Él me dijo que su batallón estaba siendo atacado, que tenía muchos problemas y que la tropa se hallaba dispersa y desorganizada, y que esta era la razón por la cual ellos no podían apoyamos en la lucha".[51]

Uno de los integrantes del batallón cinco, escribió años después, un artículo donde asegura que a pesar de las dificultades marcharon hacia Playa Larga, pero que una tropa de milicianos se había posesionado en Buenaventura y ello les impidió cumplir la misión. "A eso del mediodía llegamos muy cerca del pueblo de Buenaventura, e inmediatamente Montero ordenó el alto y exigió que se hiciera silencio absoluto. Organizó una patrulla de cinco hombres y la puso al mando de Portuondo —un negro valiente y decidido, veterano en la base Trax—. El resto de los hombres ocupó posiciones, principalmente aquellos que iban armados, listos a enfrentarse a las milicias que debían estar atrincheradas arriba *en la loma*[52] [...] porque ocupábamos un plano inferior en aquella loma con el mar a la derecha y los pantanos a la izquierda; pero no se podía esperar más: Había que cruzar a toda costa..."[53]

Lalondry comete no pocas imprecisiones y falsea la historia de tal manera, que arremete contra el relieve geográfico terrestre, sin darse cuenta de que este no cambia a la velocidad del discurso de los seudohistoriadores. El poblado de Buenaventura y todos sus contornos se asientan sobre el nivel del mar. Parece que Lalondry olvidó que aquello era la Ciénaga o quizá, en la lejanía, allá frente al Houston de donde seguramente no se movió, vio en su imaginación, una legión de milicianos en la cima de una montaña que no existía.

[51] Haynes Johnson: *The Bay of ping*. "Testimonio de Erneido Oliva" Norton, New York, 1964.
[52] El destacado es del Autor.
[53] Julio González Lalondry: *Sangre en Bahía de Cochinos*. Vanguardia Publishing Corporation. N. York. 1965.

En Playa Larga, Oliva no lo volvió a pensar. Otro ataque como el de la madrugada y sus hombres no lo aguantarían. La víspera, a pesar de todas las ventajas, sus fuerzas habían tenido entre "40 ó 50 heridos y 10 ó 20 muertos".[54]

Un hecho acontecido en aquellos momentos refleja el estado moral de los invasores de Playa Larga. Luego de ser capturado por las milicias, varios días después, un invasor relató lo siguiente al interrogador: "[...] declara que en ocasión de estar efectuándose un interrogatorio por parte del segundo jefe de la Brigada, el mercenario Oliva, a un miliciano prisionero y herido, del cual trataba de obtener algunos datos como el número de las fuerzas cubanas que combatían y al terminar este interrogatorio y cuando el tal Oliva se alejaba del lugar fue alcanzado por Pedro González, ayudante del primero, y del cual no tiene otros antecedentes, pero que hemos podido saber que perteneció al Buró de Investigaciones de la policía de la tiranía de Batista el cual le pidió autorización para rematar al prisionero herido alegando que este resultaría un estorbo para ellos en estos momentos. A esa petición, Oliva no hizo ningún tipo de resistencia dejando que Pedro González decidiera por su cuenta, el cual inmediatamente se dirigió al prisionero herido rematándolo con su pistola. Eric Fernández declara que todo lo expuesto ocurrió en su presencia y que disgustado por este procedimiento protestó ante Oliva el cual trató de apaciguarlo [...], esto provocó un disgusto con el tal Pedro González que lo amenazó a él, Eric, de matarlo con su ametralladora".[55]

Esta actitud criminal, no generalizada entre los brigadistas, contrasta con la asumida por la fuerza revolucionaria ante los vencidos.

Durante la conferencia académica Girón 40 años después, Fidel Castro relató a los presentes:

"Nosotros llegamos con nuestros tanques y los emplazamos en la orilla; no se nos ocurrió disparar ni nada, pero teníamos los tanques emplazados en la orilla. Todos los tanques iban llegando allí,

[54] Según manifiesta Oliva a Peter Wydem, autor de *Bay of Ping.* Ob. cit.

[55] Eric Fernández del Valle llegó a ostentar el grado de teniente coronel del ejército norteamericano. Pedro González Fernández, por su parte, ha sido mencionado por investigadores norteamericanos vinculados al complot contra el presidente Kennedy.

delante estaban los barcos norteamericanos. Una lucecita se encendió una sola vez, se vio una lucecita y nada más. Y entonces, una historia triste, humana y a la vez triste. Empiezo a recorrer a ver si veíamos alguna gente y llego a un lugar, casi en una de las últimas casas, esa no era del turismo, y al entrar al lugar veo a un hombre quejándose y diciendo: 'Mátenme, mátenme' Está tirado en un camastro allí. Era linterna y eso lo que teníamos nosotros. Digo: 'Nosotros no matamos a nadie, ¿Qué es lo que te pasa a ti?' Tenía una úlcera sangrante, entonces pedía eso, que lo mataran. Le digo: 'Nosotros no matamos prisioneros. ¿Qué es lo que te pasa?' Cuando vimos eso, buscamos un carro a toda velocidad, en Cayo Ramona estaba nuestro hospital

"—*Fidel Castro:* ¿Quién estaba allí, algunos de los que está aquí?

"—*Abraham Maciques:* Yo estaba allí.

"—*Fidel Castro:* ¿Y quién te llevó?

"—*Abraham Maciques:* Usted dio instrucciones.

"—Eso era una cabañita que estaba al lado de la casa principal, y cuando nosotros estábamos dando vuelta, usted estaba revisándolo todo, sentimos el quejido y no sabíamos quién era el que estaba herido, y entonces usted entra en la cabaña, él estaba tirado arriba de un catre con las manos en el estómago y constantemente decía: 'Mátenme, mátenme'. Usted lo mira, incluso lo toca, dijo lo que tenía: 'Este hombre, si no se opera, se muere, porque tiene una úlcera perforada'. Y ahí usted dio indicaciones. Había un teniente y le dijo: 'Te hago responsable de que este hombre llegue al hospital'. Y se llevó y se salvó la vida de ese hombre, lo operaron, incluso después que lo operaron se mandó a un centro...

"*Fidel Castro:* La otra historia la voy a hacer yo.

"El hombre se lleva allí, era uno más, y cuántos heridos no había por allí, y no tengo noticias de él en ese tiempo; yo después me reuní mucho con los prisioneros. Me había reunido con ellos antes en el Palacio de los Deportes, después en las prisiones, y un día que voy a hablar no sé con cuál de los jefes, si San Román u Oliva, buscando datos, en el Príncipe, entro allí, y veo a un jovencito rosado, que se acerca a mí y me dice: 'Gracias, gracias'. Digo: '¿Pero gracias, por qué?' Dice: 'Yo soy aquel que estaba en la cabaña aquella, que usted mandó para el hospital'. Digo: 'Caramba!, ¿cómo te sientes?, ¿estás bien?'Eso debe haber sido como

dos o tres semanas o cuatro, no podría precisar, después de los sucesos.

"Entonces me quedo pensando, el hombre aquel llegó con una cara buena, aparentemente agradecido, y la verdad es que a lo mejor lo estaba, y como allí por Matanzas había un centro de aguas minerales, San Miguel de los Baños, que tenía prestigio, y entonces yo me puse a hacer una prueba, y dije: Me parece que este es un muchacho decente. Y arreglo con la gente de las prisiones, con los compañeros del Ministerio y digo: '¿Por qué no hacemos una prueba con este muchacho? ¿Por qué no lo mandamos al balneario de San Miguel, que esté allí libre?' Estaba libre, Yo pensaba que con lo que había ocurrido y la actitud que tendría aquel hombre se iba a portar bien.

"Después me contaron, lo supe como a los 20 días, que se había asilado en una embajada. Es la única crítica que quiero hacer, la única queja que dar, porque para mí fue algo muy decepcionante. Ya que habían ocurrido esas cosas y que me lo encuentro por casualidad.

"El nombre ahora no me acuerdo, pero debe constar ahí en las prisiones y en San Miguel de los Baños.

"—*Luis Tornés:* Eso que usted dice lo conocemos nosotros, y le criticamos la actitud de ir a la embajada, Lo conocemos, a él se le dice, 'Azuquita'.

"—*Fidel Castro:* Se asiló, Yo no le puse ninguna condición elemental.

"—*Luis Tornés:* Pero todos los que estábamos presos criticamos la actitud de él, porque la conocemos a plenitud.

"—*Fidel Castro:* Si aquel muchacho se porta bien, hubiera sido un elemento…, se habría podido amnistiar, indultar, cualquier cosa, no habría tenido ningún problema. Pero yo decidí hacer una prueba, porque uno tiene la idea de que el adversario es así, de esta forma, de la otra, y cuando se presentó con aquel gesto, aquella cara, se veía jovencito, rozagante, rosado, comparado con la imagen de aquel que me había dicho: 'mátenme, mátenme'. Esa es la parte humana... Háganle una crítica. ¿Ya se la hicieron? Pero es un recuerdo triste de eso, actuó mal absolutamente".[56]

[56] Tomado de Versiones Taquigráficas del Consejo de Estado.

"Sobre las seis de la mañana hay movimiento. Los camiones llenos de mercenarios se van, patinan en la arena; se ven apurados por irse. En eso escuchamos aviones, no sabemos de quiénes son y la gente trae una sábana blanca y la pone en la tierra. Con esa misma sábana salimos poco después rumbo al entronque. Allí había muchos muertos".[57]

Cerca de las siete, la avanzada del batallón 180 con su jefe al frente, el teniente del primer curso de la Escuela de Responsables de Milicias de Matanzas, Jacinto Vázquez de la Garza, se aproximó al entronque donde en la madrugada anterior se había combatido fieramente: "Me encontré un escenario dantesco. Heridos y muertos nuestros —los mercenarios contaban con todo para aguantar—, un camino estrecho, pelado y parapetados muy bien en una ligera curva dentro de una hondonada, bohíos quemados, un camión también quemado y, junto a él, varios muertos, entre ellos una mujer. Ver aquella mujer muerta hizo crecer la indignación sobremanera [...] había un hueco con una cincuenta y detrás varios mercenarios muertos. A unos metros del parapeto, estaba, también muerto, el teniente Díaz, profesor de la Escuela de Matanzas y sobre el parapeto mismo, varios compañeros de la Escuela [...] ¡A pesar de lo angosto del camino y de la cincuenta habían llegado hasta allí! [...] Después he pensado muy a menudo que la guerra se decidió en la mente de los mercenarios allí en Playa Larga, por el heroísmo de los combatientes del segundo curso de la Escuela de Responsables de Milicia y de sus profesores".[58]

Uno de los argumentos que se esgrimen en Estados Unidos para justificar la retirada del batallón dos y la derrota de los invasores, es que se quedaron sin parque. Es evidente que la Brigada confrontó dificultades con los suministros bélicos, debido en lo fundamental a la huida de los barcos Caribe y Atlantic, y al hundimiento de Río Escondido. Por su parte el Houston había sido dejado fuera de combate. Pero ello no incapacitó a la Brigada. En particular el batallón dos fue suministrado y reforzado durante el lunes 17 en Playa Larga.

[57] Testimonio de José Ramón González Suco, miliciano. Archivo del Autor.
[58] Testimonio de Jacinto Vázquez de la Garza, jefe Bon. 180, en, Quintín Pino: Ob. cit., p. 118.

”El Capt. Hugo Sueiro, jefe del BN, que llegó a tener un máximo de 370 hombres al agregársele refuerzos del BN 4 del Capt. Bacallao, destruyó ataque tras contraataque del enemigo. Estas fuerzas, apoyadas por un tanque primero y tres más tarde, más morteros de 60 y 81 *mm* aniquilaron el BN 339 de Castro [...] En ayuda de Sueiro y sus valientes combatieron dos B-26 de la brigada, los cuales después de ocasionar innumerables bajas fueron derribados en combate”.[59]

Dejando a un lado las exageraciones del jefe de la brigada José Pérez San Román, tales como “destruyó ataque tras contraataque del enemigo”, cuando en realidad luego de la ofensiva nocturna, las tropas revolucionarias se retiraron, y no fue hasta unas horas después, al amanecer, cuando avanzaron nuevamente, descubriendo que Oliva y sus fuerzas se habían retirado de la playa; y la afirmación “aniquilaron el Bon 339 de Castro”, siendo la realidad de lo ocurrido muy diferente: solamente una compañía de este Bon, y dentro de esta su vanguardia, entró en combate, y detuvo el avance de la Brigada impidiendo que tomara Pálpite, y con ello el cierre de la cabeza de playa.

Lo cierto es que Oliva se retiró, y no precisamente por haberse quedado sin parque. Durante las pocas horas que permaneció en Playa Larga en ningún momento solicitó ni se quejó al estado mayor de la Brigada por falta de municiones. “Cerca de las 07:30, el segundo batallón en Playa Roja [clave para identificar a Playa Larga] informó por primera vez en un parte emitido que no podía mantener su posición por más de 30 minutos sin apoyo aéreo”.[60] Como se puede apreciar, era la primera vez que Oliva hablaba en términos apremiantes desde el desembarco, ocurrido 30 horas antes, y solicitaba apoyo aéreo, no municiones, ni siquiera refuerzos, pues estos le habían sido enviados. Algunos señalan que San Román le ordenó resistir y desobedeció. Se retiró, llevando consigo una fuerza considerable, como señala el propio San Román, y ni siquiera lo hizo ofreciendo resistencia a lo largo de los 39 kilómetros entre Playa Larga y Playa Girón, tal y como hiciera el jefe del Bon de para-

[59] José Pérez San Román: Ob. cit., p.24.

[60] Tomás Diez Acosta. *La guerra encubierta*. Documento 19, secuencia de los hechos (D-2 hasta D+2). Desclasificado por el gobierno de EE.UU.

caidistas Alejandro del Valle en el frente noreste, desde las proximidades de Covadonga hasta Girón. Sin duda, Oliva temía se repitiera la ofensiva de la madrugada, y no resistir el empuje. Un tanquista prisionero le había dicho que en Pálpite se encontraban Fidel y el capitán José Ramón Fernández. Suficiente para perder el sueño. Tal vez, incluso, pensó en quedar cercado. Si lo pensó no se equivocaba. De haber tardado un par de horas más en ordenar la retirada, el Bon 144, en cumplimiento de una orden de Fidel habría arribado a Caleta del Rosario, un punto intermedio entre Playa Larga y Playa Girón, más cerca del primero, y cortado la retirada. Sin las fuerzas del Bon 2, reforzadas, es muy probable que Girón hubiera caído esa misma tarde.

La brigada fue abastecida por aire durante los tres días de combate, lo cual representó un apoyo en suministros. "En la tarde, tres C-54 de transporte se prepararon para cargar urgentemente suministros a las playas de Girón. [...] Al acercarnos al aeropuerto de Girón, comenzamos el lanzamiento como estaba programado. Después supimos que la mitad de las armas habían caído al mar. Afortunadamente, algunas fueron recuperadas por miembros de la Brigada. El resto sí cayó en los alrededores del campo de aviación. [...] El capitán Manuel Navarro despegó en un C-46 inmediatamente después de Goodwin y Herrera. [...] Ellos debían aterrizar en Girón y distribuir 8 500 libras de suministros. Justo antes de la salida del sol, Navarro terminó su misión. Después de descargar el avión, recogió al herido Matías Farías, que había sido derribado dos días antes".[61]

Tres días después de finalizada la batalla, la oficina del Departamento de Información G-2 de Las Villas elaboró un informe donde relacionaba el armamento y el parque ocupados a los invasores en Playa Girón. Algunas de esas cifras resultan elocuentes: 672 proyectiles para cañones de 75 *mm*, 413 granadas de mano de fragmentación; 464 rockets de bazucas; 416 proyectiles para morteros de 60 *mm*; 130 005 balas cal 30.[62]

No fue pues, la carencia de suministros bélicos lo que determinó el abandono de las posiciones en Playa Larga.

[61] Eduardo Ferrer. Ob. cit., pp. 209-214. En la reseña de Ferrer no se recoge el lanzamiento de los otros dos C-54 que despegaron con idéntica misión.
[62] Archivo de las FAR. Fondo Girón.

Después de posesionarse de la playa, el capitán Fernández envió al central Australia una nota urgente:

Comandante Augusto:
1.- El enemigo se retiró de Playa Larga, que está siendo ocupada por nuestras tropas. El enemigo se movió hacia Girón.
2.- Estoy trasladando artillería antiaérea a Playa Larga y artillería de campaña, preparándome para atacar Girón.
3.- Espero poder atacar en horas del día.
[...]

En el frente Covadonga-San Blas-Girón, al norte, con los primeros claros, las tropas revolucionarias comenzaron a avanzar en dirección a San Blas. Sería el tramo más peligroso, pues a ambos lados del terraplén solamente había ciénega. Ello le confería una ventaja adicional al batallón de paracaidistas, que había sido reforzado con artillería de campaña. Empezaron a bombardear la carretera con obuses de mortero. "Cuenta Arteaga, un miliciano: 'Yo llevaba la bazuka, mi bazuka americana y además un M-3 que había cogido en el camino [...] Iba con todos esos andariveles: mochila, bazuka, M-3, parecía un circo yo solo, avanzaba por la carretera [...] y entonces siento cómo silba un morterazo a mi izquierda. Silba a mi izquierda el muy cabrón, luego otro más, a la derecha. Me viro y veo el espectáculo. El morterazo ha caído en medio de un grupo. Hay tres en el suelo. Los conozco a los tres. Está Enrique. De aquí de la cintura para abajo está trozado en claro, y cuando lo vi así, Enrique ¿qué te pasó? Coño me han desgraciado. Los otros dos estaban más graves todavía"[63]

El avance no se detenía y los morteros, obuses y cañones de las tropas revolucionarias también batían sobre las líneas de defensa del batallón de paracaidistas. Néstor Pino, segundo al mandó de la compañía A, que se encontraba en el borde delantero, solicitó por radio a su jefe, Alejandro del Valle, el apoyo de más armas pesadas para contener el avance. Alrededor de las 11:00 de la mañana, San Román recibió el informe. Poco después, el batallón tres, que estaba en el flanco derecho de la brigada (al este de Girón), recibió la orden de moverse hacia San Blas y subordinarse al jefe de los pa-

[63] Quintín Pino Machado: Ob. cit., pp. 119-120.

racaidistas. Las posiciones de esta unidad fueron ocupadas por varias unidades menores del batallón cuatro y por un tanque, que permanecía en la reserva.

En la salida de Girón, en dirección a Playa Larga, fueron situados efectivos del batallón seis apoyados por varios blindados. El batallón dos pasó a la reserva. A pesar de la calma reinante en Playa Girón, donde no se combatía, ni la presencia de tropas a lo largo de la carretera hasta Playa Larga, pues a esa hora temprana de la mañana las fuerzas bajo el mando de José Ramón Fernández la estaban ocupando, San Román vuelve a mentir. Envía un mensaje a Quarter Eyes, en tono dramático. "08:24 El jefe de brigada informó que Playa Azul era atacada por 12 tanques y 4 aviones de reacción. Se solicitaron suministros y municiones".[64]

A esa hora de la mañana el tanque más cercano se encontraba a 34 kilómetros, entrando a Playa Larga. Poco después San Román radiaba otro informe alarmista: "12:00 Se informó del ataque a Playa Azul con aviones MIG-15 y T-33, así como el agotamiento de las municiones de los tanques, y el casi agotamiento de municiones de armas ligeras".[65]

El primer avión MIG-15 que recibiría Cuba se encontraba a esa hora en alguna base aérea de la Unión Soviética, y el piloto cubano que se elevaría en él, sentado en el aula o en prácticas, aprendiendo aún como tripularlo.

José Ramón Pérez Peña había visto, desde el camión donde se retiraba de Playa Larga, al grupo de campesinos con una tela blanca caminando en busca de los milicianos. Por eso al llegar a Girón preguntó si allí había campesinos. Le respondieron que en la tarde del día anterior los habían soltado con la orden de presentarse a las seis de la mañana del día siguiente. "¿Y dónde están?" "Ninguno se presentó —fue la respuesta—. Solamente tenemos cinco maestros comunistas en una cabaña".

Ana María Hernández, la responsable de los alfabetizadores en la playa; Valerio Rodríguez; Patria Silva; Yoyi y Gerardo; los

[64] Tomás Diez: *La guerra encubierta.* Documento 19. Secuencia de los hechos (0-2 hasta D+2) Desclasificado por el gobierno de EE.UU.
[65] Ibídem.

alfabetizadores, se mantenían dentro de la cabaña, custodiados ahora por Antonio Blanco, el hijo del dueño del bar de Girón, quienes se habían unido a los invasores. Tony vestía el uniforme de camuflaje. A través de la ventana, los brigadistas lo habían reconocido; quizá por eso, este había eludido hablar con ellos.

"Por los alrededores de la cabaña había muchos mercenarios. Ya se escuchaban cañonazos a lo lejos y ellos se veían nerviosos. Pusieron un tanque frente a nuestra cabaña y aquello nos asustó. 'Vamos a escribir el nombre y el lugar de donde somos, por si nos matan, que nos puedan identificar' —propuso Patria Silva. Cada uno escribió eso en un papel y lo guardó en el bolsillo. Yo lo hice también".[66]

Hacia el este de Girón, próximo a Caleta Buena, el carbonero Manuel Alvariño y uno de sus hijos escucharon voces. Dieron un rodeo y entonces los vieron, eran milicianos. "Le expliqué al capitán Pupo las armas que había visto en Girón mientras estuve preso de los mercenarios. Pero yo no sabía cómo se llamaban. Entonces le dije: 'Mira, hay una bulldozer, con cinco ruedas a cada lado, sin gomas, con esteras como los tractores y tienen un tubón largo que en la punta tiene una porra'. 'Son tanques' —me dijo él. ¡Algunos de ellos tienen una mochila en el hombro, con un rabo larguísimo'. 'Esos son los de comunicaciones, ojalá yo tuviera uno' —dijo el capitán. 'Hay otros tubos que son dos pedazos que los empatan y se los ponen en el hombro'. 'Son bazukas'. Luego fuimos hasta el rancho, allá en la trocha mía. Ahi estaba mi familia".[67] "Cuando llegó Pupo a la casa, me dijo: 'Hazme esta libra de café para la tropa'. Y yo en vez de azúcar, le eché detergente. Aquello hizo espuma. Cuando el capitán lo vio me dijo: '¿Qué tú has hecho?' Entonces yo me eché a llorar. Él me abrazó y yo llorando. Entonces me dijo: 'No llores, bastante bien estás para tu edad y para lo que has pasado. Vamos a colarlo y cuando se le quite la espuma, nos lo tomamos'."[68]

Poco después, el batallón 326 continuó acercándose a Girón. El capitán Pupo tenía instrucciones de Fidel de permanecer a unos

[66] Testimonio de Ana María Hernández Bravo. Archivo del Autor.
[67] Testimonio de Manuel Alvariño. Archivo del Autor.
[68] Testimonio de Xiomara Alvariño, carbonera, 1990. Archivo del Autor.

cuatro kilómetros de Girón, y posesionarse sin hacer ruido. Fidel no dudaba que los invasores, una vez derrotados, intentarían retirarse en esa dirección, pensando que no habría tropas.

En el puesto de mando de la brigada, esa mañana del martes, parte de la plana mayor lograba reunirse. Se encontraban Manuel Artime, Erneido Oliva y Ramón J. Ferrer, jefe del Estado Mayor. San Román presidió el encuentro. Luego de intercambiar sobre la situación en los frentes de combate y de que Oliva informara sobre las fuerzas revolucionarias que al parecer vendrían desde Playa Larga, este propuso reunir toda la fuerza en Girón y abrirse paso hacia el este, a través del camino de la costa, en dirección a la región de Cienfuegos desde cuyas inmediaciones podrían alcanzar el Escambray.

"Le dije a Oliva que el camino era muy largo y que era natural que nos atacaran desde Cienfuegos, una ciudad muy grande y muy importante para que no existiera una fuerte concentración enemiga allí. [...] Y estaba seguro que pronto recibiríamos ayuda. Estaba convencido de eso. [...][69]

"Dos semanas más tarde, sentados en el suelo de mi celda, Fidel Castro y yo discutimos este punto táctico. Sonriendo, me dijo que mi decisión había sido correcta y usó la cubanísima expresión: 'Te estaba esperando con todos los hierros'."[70]

En el lado opuesto, en la dirección hacia Playa Larga, los invasores que ocupaban las defensas, comprendieron que si algo no sucedía pronto entrarían en combate. Durante la madrugada habían pasado vehículos con invasores muertos y heridos, y al amanecer habían presenciado la llegada de la caravana con cerca de 400 hombres, tanques, morteros, cañones y camiones artillados que se habían retirado de aquella playa. Por eso durante todo el día se mantuvieron alertas, sin quitar la vista de la carretera.

[69] Haynes Jonson: Ob. cit. (Testimonio de José Pérez San Román), p. 142.
[70] José Pérez San Román: Ob. cit., pág. 51.

Veinte kilómetros más allá, una docena de ómnibus de transporte urbano, de la marca Leyland, avanzaban velozmente hacia Girón. Los oficiales al mando, subordinados al capitán Fernández, conocían que por el tramo por donde transitaban no había tropas enemigas. Ellos mismos lo habían comprobado una hora antes. La orden que traían era avanzar unos 20 kilómetros, que era aproximadamente el tramo de la carretera recién explorada, luego de-tener los ómnibus y continuar a pie hasta hacer contacto con el enemigo.

El movimiento de esta tropa era descubierto por los jest de la marina de EE.UU. que se habían mantenido activos sobre la cabeza de playa en labores de observación. De inmediato lo comunicaron al portaaviones *Essex* [norteamericano]. Informó que una extensa caravana de tanques y camiones se acercaba a Playa Azul por el oeste".[71]

En el interior de las guaguas, los milicianos del Bon 123 sostenían en sus manos los fusiles FAL mientras unos miraban al bosque y otros al mar. El batallón estaba compuesto por hombres de todas las profesiones —excepto la militar— y edades: albañiles, carpinteros, maestros de escuelas, dependientes, tenderos, trabajadores portuarios, de bancos y oficinas, telefónicos, músicos, artistas y escritores, santeros, topógrafos, médicos, arquitectos, pintores de brocha gorda, entre otros. Eran trabajadores de la capital. A muy pocos les gustaba la vida militar. Tenían un arma y vestían de uniforme por los mismos motivos que tenían otros 600 mil cubanos que integraban las Milicias Nacionales Revolucionarias.

Quizá por esa carencia de cualidades para la guerra, no le dieron mucha importancia a la formación de tres aviones que con colores de la bandera cubana se les venían encima. De pronto, una lluvia de cohetes y balas cal 50 comenzó a caer sobre los ómnibus. Los chóferes aplicaron los frenos mientras veían con horror cómo los parabrisas saltaban en pedazos y las carrocerías se llenaban de agujeros. Dentro, los milicianos atrapados, pugnaban por salir.

"[...] Yo recibo la indicación de que la aviación nuestra va a atacar a los mercenarios en Girón y de que asaltáramos Girón.

[71] Documento 19. Secuencia de los hechos (0-2 hasta D+2). Desclasificado por el gobierno de EE.UU.

Decido enviarles los ómnibus para que la infantería suba y avance más rápido. A pie era imposible; la distancia entre Playa Larga y Girón es de 34 kilómetros. Caminando, la hubieran cubierto en no menos de ocho-nueve horas, eso, sin encontrar enemigo, a buen paso [...] Estaban tan confiados en que eran aviones nuestros, que los oficiales míos, que iban al frente de la caravana, al ver los aviones, le dieron la orden a los chóferes de los ómnibus de continuar, porque ellos sabían que a las tres, nuestros aviones atacarían Girón y creyeron que eran esos".[72]

Nuevamente, aquella violación grotesca de las regulaciones de la guerra hacía estragos en las filas de los combatientes cubanos. "Salimos como pudimos de las guaguas, hacia la costa, otros hacia el monte [...] Nos sorprendieron. En medio de la carretera, sin nada con qué tirarles. La artillería estaba atrás".[73] Luego del segundo pase, los B-26 comenzaron a lanzar napalm "No conocía el napalm [...] Pensamos que era una bomba expansiva, y por la idea de uno, por lo que uno ha leído la cosa era tirarse lo más cerca posible para que hiciera menos efecto. Pero era una bomba de napalm y nos envolvió en la candela. Me tapé la cara con el fusil y las manos [...] el napalm no se apaga. Los que estaban ardiendo se tiraron al agua o se revolcaron en la tierra, pero el napalm no se apaga, cuando sopla un poquito de viento, la candela se aviva otra vez".[74]

La escuadrilla de aviones que atacó los ómnibus había despegado a las 2:00 de la tarde, de Happy Valley y estaba compuesta por seis B-26. Próximos a Bahía de Cochinos, tres de ellos se dirigieron hacia San Blas, al norte de Girón, a fin de brindar apoyo a las fuerzas que allí combatían. Los otros tres, luego de la información del *Essex,* giraron a la izquierda, sobre la carretera hacia Playa Larga. Dos de los pilotos eran norteamericanos, Billy Goodwing y otro de los entrenadores que se hacía llamar Doug. Cada avión había despegado con las cargas completas de cohetes y de balas para las ametralladoras. Se les había proveído, además, de seis mil libras de bombas de napalm. Cuando los pilotos americanos regre-

[72] Testimonio de José Ramón Fernández. Archivo del Autor.
[73] Testimonio de Humberto Valdés, miliciano. Archivo del Autor.
[74] Testimonio de Humberto Valdés, ídem.

saron a la base, relataron el éxito de la misión. Se sentían eufóricos. Algunos de ellos creyeron estar reeditando la guerra en Corea. A la mañana siguiente, otros cuatro pilotos norteamericanos volarían hacia Bahía de Cochinos. Ninguno regresó.

En el pueblo de Jagüey Grande se produjo una conmoción. El Bon 123 había sufrido casi un centenar de bajas entre muertos, heridos y shoqueados por el ataque con napalm. "Fue un momento muy duro, no querían acostarse en las camas por las quemaduras; les echamos una pomada por todas las lesiones. Después se fueron trasladando para Colón, Jovellanos y Matanzas. Las compañeras iban con ellos porque llevaban puestos sueros y transfusiones".[75] "Yo lloré porque creí que estaban perdiendo y que los mercenarios pronto estarían en Jagüey".[76] "Trajeron un mercenario herido en una mano, era el hijo de García Serra. Traía una medalla de la Caridad del Cobre. Yo le llevé un jugo. ¿Cómo es posible que usted, que es un hombre que cree en una santa venga a matar a sus hermanos? —le dije. 'Si a mí me hubieran hablado de esto. Yo vine por esta santa'. 'No, tú viniste a matar' Aquel hombre se me abrazó. Si aún está vivo y es honesto, se acordará de aquel día".[77]

Realmente, aquel invasor no podía comprender lo que estaba viendo. En aquel pueblo nadie lo quería. Pero aun así, curaban sus heridas. El pueblo de Jagüey Grande no tenía condiciones para atender tantos heridos ni evacuados. Sin embargo, lo estaba haciendo desde el amanecer del día del desembarco.

A las seis y treinta del 17 de abril, un camión con altoparlante recorrió el pueblo solicitando voluntarios para donar sangre, pues ya habían llegado a la comunidad los primeros heridos; pedían además vituallas para improvisar hospitales, pues el único existente, con solo diez capacidades, no daba abasto. La respuesta de la gente no dejó lugar a duda acerca del masivo apoyo a la Revolución. Salían al encuentro del camión y entregaban colchones, sá-

[75] Testimonio de Caridad González, Jagüey Grande.
[76] Testimonio de Carmen Cavadilla, Jagüey Grande.
[77] Testimonio de Bambi Martínez Díaz, Jagüey Grande, 1990. Archivo del Autor.

banas, fundas, camas. La operación se repitió varias veces durante el primer día del combate, y en la mañana del siguiente, el pueblo de Jagüey había improvisado ocho hospitales con aproximadamente 400 camas.

Cuando las sábanas ensangrentadas comenzaron a acumularse; una mujer tomó un bulto y se lo llevó a su casa. "Llamé a las vecinas —recuerda María Carmen Cavadilla—, cogimos dos raíles de línea, conseguimos seis latones grandes y organizamos las bateas. Como había que buscar leña para hervir la ropa, el hijo mío más chiquito, José Luis, que tenía 8 años, con otros amiguitos, fueron y nos trajeron leña. Estuvimos hirviendo, lavando y planchando ropa de cama durante cinco días sin parar, pero a los heridos no les faltó ropa limpia".

Cerca de mil cienagueros evacuados de la zona de combate, afectados por la batalla, la muerte de algún familiar o conocido, o por la pérdida de sus casas o pertenencias, comenzaron a agolparse en el ayuntamiento local. Alguien del pueblo dijo: "Yo me llevo una familia para mi casa". Fue suficiente para que otros imitaran el gesto, Se estima que de unos mil evacuados, cerca de 800 fueron instalados en casas particulares. El resto recibió hospedaje en locales sociales, incluyendo la iglesia, que abrió sus puertas.

De manera espontánea se organizaron 11 cocinas populares. Prácticamente no hubo casa de familia que no entregara parte de sus alimentos para los combatientes y heridos.

"El batallón 123, luego del ataque de la aviación enemiga, fue reorganizado personalmente por mí, allí en el lugar de los hechos; y se le ordenó avanzar. A la mañana siguiente llegaría a unos cinco kilómetros de Girón; entonces se le ordenó girar hacia el norte, adentrarse en el bosque y formar columnas de pelotones. Eran como treinta pelotones para contener a los mercenarios que yo sabía que iban a huir de seguro; no tenía dudas. Realmente este batallón se supo sobreponer muy rápido al golpe de la aviación. Nosotros, luego del ataque seguimos avanzando y llegamos a Punta Perdices —a 11 kilómetros de Playa Girón— sin hacer contacto con el enemigo [...] Llega el batallón de la policía [...] Se organiza la ofensiva para el día siguiente".[78]

[78] Testimonio de José Ramón Fernández, 1990. Archivo del Autor.

21:00 horas
Comandante Augusto

1.- Pensamos avanzar hasta hacer contacto con el enemigo en Girón. Creemos poder hacer llegar nuestras líneas a unos 2-3 kilómetros de Girón.
2.- Estamos situando en posición a los 122, también los morteros. Le ruego me envíe dos baterías más de morteros 120 ahora, para poder usarlas, con todo ello haré un fuego sobre el enemigo durante la noche.
3.- Al amanecer pensamos atacar con artillería, infantería, tanques y avance de la infantería sobre Girón.
4.- En vista de la experiencia pensamos en la necesidad de una grúa para sacar tanques averiados. Pedir urgente esteras de tanques de Managua.

Fernández

En la tarde de ese día, martes 18 de abril, en la dirección Covadonga-San Blas-Girón, Néstor Pino, el exoficial del ejército constitucional cubano y ahora jefe de una de las compañías de paracaidistas, solicitaba a Alejandro del Valle, jefe del batallón, apoyo en armas pesadas para contener el avance de las fuerzas revolucionarias. Un refuerzo en ametralladoras pesadas y morteros de 81 *mm* fue enviado hacia La Ceiba, un punto cercano a San Blas, batey que todavía se encontraba en poder de la brigada. Ciertamente, allí se combatía duro.

"En una curva de la carretera que nosotros la identificamos como La Ceiba, nos encontramos un foco de resistencia, este de mucho más poder de fuego que el del Canal de Muñoz [...] Allí sufrimos las pérdidas más serias hasta ese momento. [...] Nosotros realmente hicimos tres intentos de tomar a San Blas, dos de ellos fallidos".[79]

Al mediodía del martes 18 había llegado al central Covadonga el comandante Pedro Miret al frente de varias baterías de cañones de 122 *mm*. "Me dijo, '¿tú tienes una aspirina ahí?' Se le dio y se le hizo cocimiento. 'Oye, ¿dónde hay aquí un salón para tirar unos

[79] Testimonio de Félix Duque. En Elio Carré: *Girón, una estocada a fondo,* p. 134.

mapas?' [...] Entonces uno de aquellos hombres que vino con Miret se quitó los zapatos y se subió en el buró con un cartabón, y medía y pasaba rayitas y le hablaba al otro que vino con él '¿Pedrito, que están haciendo esta gente?' 'Mira, están tomando los puntos de referencia para los emplazamientos de un arma que no ha tirado nunca aquí, que son los cañones de 122'. Entonces llegó el comandante Filiberto Olivera y Pedrito le dijo: 'Oye, Filiberto, ¿a qué hora tú me puedes retirar la infantería?' Yo dije: ¡coño, se van a retirar! Cuando se va Filiberto, yo le digo a Pedrito: 'Pedrito, ¿cómo es eso que van a retirar las tropas?' 'Mira, tú eres miliciano, pero no has dado clases de guerra. Nosotros tenemos la infantería muy encimada al enemigo y le vamos a tirar con un arma poderosa que es el cañón de 122 y puede ser que con los disparos nuestros le hagamos daño a nuestras tropas'. '¡Ah ahora entiendo!'."[80]

Durante la noche, las baterías de cañones dispararon sobre las posiciones de la brigada en Bermeja, Helechal, Cayo Ramona y San Blas.

Al terminar el segundo día de la batalla, martes 18 de abril, la cabeza de playa de la brigada se había reducido sensiblemente. Por el oeste, luego de haber ocupado Playa Larga, las tropas revolucionarias habían avanzado a pesar del ataque aéreo, y se hallaban en Punta Perdices, a 11 kilómetros de Girón.

El batallón cinco había quedado definitivamente separado del resto de la Brigada y sus efectivos se mantenían ocultos en Punta Cazones, frente a donde se encontraba encallado el barco *Houston*. La casi totalidad de sus efectivos se rendirían sin hacer resistencia. Por el norte, el batallón de paracaidistas había retrocedido hasta San Blas, donde era atacado con cañones de 122 *mm*. Las fuerzas revolucionarias habían atravesado la parte cenagosa, tanto por Yaguaramas como por Covadonga y se disponían a asaltar San Blas, ubicado a 15 kilómetros de Girón. Por el oeste, por el camino de la costa, en el flanco derecho de la brigada, un batallón de milicias aguardaba su retirada o su desbandada.

[80] Testimonio de Gonzalo Rodríguez Mantilla. *Chelé*. Archivo del Autor.

Todo estaba preparado para concluir la batalla al día siguiente, antes de las 72 horas luego del desembarco. Por vez primera, las milicias y los soldados del Ejército Rebelde, contarían en los dos frentes de combate fundamentales: Playa Larga-Playa Girón y Covadonga-Yaguaramas-San Blas-Girón, con un equipamiento similar al de la Brigada invasora: tanques, morteros, cañones, ametralladoras pesadas y artillería antiaérea. Pero aún no poseían algo muy importante en la guerra: los medios de comunicación. Los avisos, órdenes, partes, solicitudes, continuaban enviándose personalmente, en cualquier vehículo.

El primer combate del último día de la batalla se libraría en el aire. En Happy Valley se había decidido el envío de 5 B-26 para atacar a las fuerzas que prácticamente tenían cercadas a la Brigada por el norte y el oeste. Aún desconocían que al este, un batallón de milicias se había aproximado a unos cuatro kilómetros de Girón y se hallaba silencioso esperando el desenlace final. Fidel les había dicho que se prepararan "para hacer zafra" pues por ahí huirían. A los aviones de la brigada se les prometió cobertura aérea durante algo más de una hora. La misión de estos *jets* sería interponerse entre los B-26 y los aviones de las FAR, y si recibían fuego, atacarlos. Un error de coordinación entre el jefe de la operación en Happy Valley y la marina, motivó que los *jets* cubrieran cielo una hora después de la llegada de los B-26, cuando todo había terminado.

El coronel Gar Teegan, jefe de operaciones de la fuerza aérea táctica de la Brigada reunió a los pilotos y les anunció la misión y la protección de la fuerza aérea. Algunos cubanos se mostraron pesimistas.

"Yo le dije que no iría si ellos no garantizaban la escolta. Entonces el jefe norteamericano de las operaciones me dio su palabra de honor de que tendríamos esa escolta y que, justamente, había recibido la confirmación desde Washington. Le dije: Voy a ir, pero si en Gran Caimán no aparecen los cazas, regresaré. Me dijo: OK".[81]

A la altura de Gran Caimán, Vega no divisó a ningún *jet,* de la marina, hizo un giro y regresó a la base en Nicaragua.

[81] Haynes Jonson: Ob. cit. Testimonio de Oscar Vega. p.154.

Otros cinco aviones, volando en dos alas se acercaban a las costas cubanas. Encabezaba la primera el asesor Thomas Willard Ray y como navegante Leo Francis Berliss. Su misión sería bombardear el central Australia donde habían ubicado el puesto de mando de las FAR. Cuando los dos B-26 que cerraban la formación volaban sobre el mar en las proximidades de Cienfuegos, fueron avistados por los T-33 que piloteaban Álvaro Prendes y Enrique Carreras. Sin perder un instante se lanzaron tras ellos. Poco después el B-26 piloteado por Riley Shamburger y Wade Gray caían al mar convertido en una bola de candela. El otro conducido por Joe Shannon y Nick Sedano hizo un giro violento a la izquierda, al tiempo que presionaba los aceleradores y los controles impulsores completamente hacia delante, buscando desesperadamente el sol. Logró regresar a la base. Billy Goodwin y Gonzalo Herrera, que se acercaban a la zona de San Blas, comenzaron a recibir fuego antiaéreo y su nave resultó impactada. Botaron la carga de bombas y napalm sobre los montes, hicieron un giro, mientras aceleraban en busca del mar. Minutos antes habían escuchado la llamada de auxilio *"!May day! "!May day!"* Era Shamburger. Dos horas después, Billy Goodwin aterrizaba con un cohete que colgaba suspendido de su ala con la punta hacia abajo. El cohete se arrastró por la pista, chispeó como un fósforo, pero no llegó a explotar.

"Estamos bajo un ataque aéreo de un B-26, recuerda el comandante Augusto Martínez que le dijo a Fidel por teléfono en los instantes en que el B-26 piloteado por Thomas Willard Ray y Leo Francis Berliss, realizaba el primer pase sobre el central Australia. —Y las antiaéreas?, preguntó Fidel, ¿le están tirando? Sí, comandante. ¿Están bien situadas las antiaéreas? En emplazamientos en el suelo, y sobre camiones planchas situados dentro de los cañaverales, seis piezas antiaéreas de cuatro vectores de fuego cada una hacían fuego contra el avión enemigo. La conversación continuó, mientras el B-26 realizaba el segundo pase. Fidel seguía preguntando si las antiaéreas le estaban tirando. En un momento de la conversación le asegura a Augusto que lo pueden derribar. No se equivocó. El avión, acribillado, perdió altura y se deslizó sobre un cañaveral. Una explosión arrancó el motor derecho que rodó violentamente y mató un buey de labranza cerca de un bohío.

Los dos pilotos abandonaron la nave sin mayores heridas y corrieron hacia las cañas altas, en diferentes direcciones. Un grupo de milicianos cercó la zona y se dispuso a localizarlos. El jefe al mando les repitió mientras corrían que no fueran a disparar. Se trataba del comandante Oscar Fernández Mell. Sabía la importancia de tomarlos prisioneros. La batalla estaba al terminar y ningún piloto derribado había sido capturado. Los que habían logrado saltar antes de caer al mar habían sido rescatados por los barcos de la flota americana que se movía cerca de las playas donde se combatía. Pero los pilotos del B-26 dispararon sobre los milicianos que los descubrieron y les instaron a rendirse. El desenlace resultó fatal. Tal vez, conscientes de la gravedad del acto en que habían incurrido —ni Eisenhówer ni Kennedy habían autorizado la participación directa de norteamericanos en las acciones combativas—, decidieron escapar a como diera lugar. O perecer en el intento. Solo así se explica la actitud de disparar contra sus captores. Así terminaba el primer combate aquella mañana del último día de la batalla. Esta se decidiría en tierra, en las próximas horas, luego de encarnizados encuentros.

Al amanecer de ese día 19, comenzó el avance. Por Covadonga se situó a la cabeza de los efectivos el comandante Félix Duque; poco después una andanada de obuses de morteros comenzó a caer sobre la tropa que avanzaba. "Nos estaban castigando duro. Yo estaba tirado cerca del Gallego, uno que yo conocía de la Plaza Cívica y estábamos juntos y nos estaban sonando duro, no nos dejaban ni sacar la cabeza. Por arriba, a cada rato silbaba un morterazo".[82]

El batallón tres, apoyados por dos blindados, inició una contraofensiva a fin de detener a las milicias, y por unos instantes las contuvieron. Luego de un breve ataque de la artillería de 122, las milicias prosiguieron el avance y el batallón tres emprendió la retirada de manera desorganizada. Alejandro del Valle destituyó al jefe de este batallón, Noelio Montero, y lo sustituyó por Roberto San Román.

[82] Víctor Casaus: *Girón en la memoria,* Editorial Letras Cubanas, 1982, p. 149.

"Iniciamos una ofensiva que fue parada en seco".[83]

"Avanzamos sobre San Blas bajo los morteros, pasa una compañía y luego otra, ocupamos el kilómetro 14 y seguimos avanzando sobre San Blas".[84]

Al este de Covadonga, por la carretera de Yaguaramas, que también convergía en el poblado de San Blas, se preparaba una fuerte ofensiva con 8 tanques, más una compañía en camiones y la infantería detrás. Esa fuerza, comandada por el capitán Emilio Aragonés, se hallaba a 3 kilómetros de San Blas. Los invasores no esperaban tal ataque por allí. La ofensiva se fijó para las 09:00 de la mañana.

En el camino de la costa se producía el primer y único combate entre las fuerzas contendientes. Protegidos por un tanque, una compañía del Bon 3 de la brigada hizo contacto con una avanzada de 20 hombres de Pupo. Le tiraron con una bazuka al tanque y el disparo dio en la estera. La compañía que avanzaba detrás del blindado se detuvo y después de un intercambio de disparos se retiró. "Yo iba a ordenar que volvieran a tirarle con la bazuka. Ahora eso era una tarea fácil, porque al retirarse la protección de infantería podríamos rodearlo. Pero no, el tanque estaba allí, inmovilizado, sin dar señales de vida [...] Los compañeros nuestros corrieron por el lado izquierdo, pegado al mar, y subieron encima del blindado, abrieron las escotillas y apuntando hacia adentro, gritaron '¡Ríndanse, que están perdidos!' Nadie respondió. No, no era un tanque con tripulación fantasma: es que tenía una escotilla en el piso y por ahí huyó la tripulación, sin que nos diéramos cuenta".[85]

También, al amanecer de ese día, por la carretera de Playa Larga a Playa Girón, se iniciaba el avance. El comandante Samuel Rodiles colocó en el primer escalón a la compañía ligera de combate del

[83] Declaraciones de Julio Mario Alonso Fernández, invasor, Archivos MININT.
[84] Testimonio de Filiberto Olivera Moya, comandante del Ejército Rebelde, 1990. Archivo del Autor.
[85] Testimonio de Orlando Pupo. En Miguel A. Sánchez: Ob. cit., p. 225.

batallón 116, que en la noche anterior había llegado a Punta Perdices como parte del batallón de la Policía Nacional Revolucionaria. Esta compañía tendría la misión de explorar y hacer contacto con las fuerzas invasoras que defendían la salida oeste de Girón. Fue dividida en dos grupos, por la izquierda, pegada al bosque, una tropa a cuyo frente se situó a Sandino, capitán rebelde de la policía; y por la derecha, pegada al mar, otra fuerza al mando del capitán Carbó, otro oficial rebelde, también del batallón de la policía.

El capitán Fernández había situado la artillería de campaña y disparaba sobre Girón. "Así las cosas nos trasladamos a las posiciones de la artillería que se encontraba a unos 4 *km* de Girón. Allí teníamos 4 baterías de obuses de 122, una batería de morteros de 120 que estaba incompleta y una batería de cañones de 85 y otra que se sumó un poco después.

"Ordenamos situar observadores en las primeras líneas, al propio tiempo que la artillería terminaba su emplazamiento, en terreno rocoso y difícil. No obstante todos los recursos que empleamos, no fue posible que los observadores pudieran divisar y localizar las posiciones enemigas dadas las dificultades del terreno y abundante vegetación.

"A tal efecto ordenamos que los morteros de 120 comenzaran a disparar, considerando que el enemigo se encontraba a 4,2 *km*. Un poco detrás estaba la artillería. Las piezas estaban emplazadas a unos 40 metros una de la otra; en vista de la falta de información y siendo necesario un fuego de saturación que batiera por igual a toda la zona, ordenamos que poniendo las 4 baterías la elevación correspondiente a 3,8 *km* comenzaran a tirar, haciendo 3 salvas con la misma elevación y aumentando a continuación 100 metros. Esto traía como resultado que en la primera posición caían los 18 disparos de la primera batería, pero inmediatamente la que estaba detrás iba a tirar 18 disparos en esa posición y así sucesivamente, cada 100 metros, hasta llegar a unos 4 800 metros.

"De ahí todas las baterías cambiarían su deriva, disparando 300 metros a la derecha y retrocediendo la barrera de fuego en la misma forma que la habían lanzado hacia adelante. Cuando volvieran a llegar a la posición más corta, o sea 3 800 metros, volverían a variar su deriva disparando 600 metros a la izquierda, avanzando la barrera otra vez hasta llegar a la distancia máxima.

”Consideramos que todas las armas enemigas y todas sus posiciones estarían dentro de este rectángulo que formábamos y que estaba saturado por nuestro fuego.

”Los resultados fueron efectivos y después que el enemigo fue destruido, ocupamos numerosas armas pesadas, morteros, cañones sin retroceso, que tenían impactos directos de nuestra artillería y algunos mercenarios prisioneros se interesaban en saber que procedimiento utilizamos para ajustar el fuego, de manera que les cayese encima continuadamente”.[86]

Poco después de iniciado el ataque artillero, a las 09: 14 horas, José San Román, jefe de la Brigada, comunicaba al *Blagar:* “Playa Azul bajo ataque de dos T-33 y de artillería”.

La suerte de los policías y milicianos que avanzaban sobre Girón, obligados a desplazarse por sobre los arrecifes, entre el terraplén y la costa, entre unos 20-40 metros de espacio operativo, y desde el terraplén hacia el monte, por el linde, no era nada halagüeña aquella mañana. Apenas tenían posibilidades de protegerse. Y el avance cobraba su precio.

“Cuando ya estábamos en el flanco izquierdo del terraplén, el compañero Sandino comienza a avanzar por el flanco opuesto. Durante el avance nos llegó una noticia desagradable, que los compañeros milicianos, con poca experiencia en el combate, al avanzar por el flanco derecho, no se percataron que estaban a la altura de una trinchera de piedra que tenían los mercenarios, entre el terraplén y el mar. Allí nos mataron a varios compañeros milicianos, los dejaron acercarse, y casi a boca de jarro les dispararon [...] Después nosotros pudimos comprobar por qué en esa curva nos hicieron tantas bajas, y era que ellos tenían emplazados un tanque y piezas de artillería. Allí, en un tramo de unos 500 ó 600 metros de largo, nos hicieron muchas bajas; pues nosotros no podíamos hacer trincheras, no teníamos donde guarecemos. En total tuvimos, creo que alrededor de 32 muertos y un centenar de heridos”.[87]

[86] Informe sobre las operaciones de Playa Girón, del comandante José Ramón Fernández, septiembre 18, 1961. Documento desclasificado por el gobierno cubano durante la Conferencia Académica Girón 40 años después.

[87] Testimonio del general de división Samuel Rodiles. En Elio Carré. Ob. cit., p. 177.

Esa situación se prolongó durante algunas angustiosas horas, pero la compañía ligera del 116 y la vanguardia del batallón de la policía no retrocedieron ni suspendieron la ofensiva. "Detengo los carros junto a los tanques y avanzamos a pie. Caemos en el centro de una balacera. Nos parapetamos en la cuneta. Avanzamos, había otro tanque que nos quedaba cerca. Vemos el fuego que viene cruzando desde la costa, y otro fuego también cruzando, pero del flanco izquierdo de la carretera, donde solamente se ve el bosque. Indiscutiblemente que han preparado una buena defensa, que va desde la costa, pasando por las dos carreteras de Girón, que en ese lugar se bifurca y hace una circunvalación para bordear Girón y se empata con la que va a San Blas. La de la costa es la que entra al poblado. Allí está combatiendo el comandante Samuel junto al mar".[88]

José San Román, jefe de la brigada, había enviado a Emeido Oliva para que asumiera el mando en esa zona y lo reforzó con el batallón dos y otro tanque.

Por esa razón, las escuadras que comandaba el capitán Carbó y que avanzaron pegadas al mar, habían recibido un fuego mortífero al salir a la bifurcación del camino. Fueron batidas desde el centro y por el flanco izquierdo. Para aumentar las dificultades, solamente el grupo de vanguardia podía ripostar al enemigo, en tanto que el resto quedaba detrás, en la zona que la curva ocultaba.

Los invasores, al percatarse de que otra fuerza avanzaba por dentro del monte, giraron parte de su flanco hacia allá. Un tanque se situó a la salida de los arbustos. En ese momento aparecieron varios tanques T-34. Entonces estalló un feroz combate. Al ver los tanques, el capitán Garbó ordenó a su gente situarse detrás y avanzar.

Una tempestad de plomo fue concentrada sobre los hombres que venían protegiéndose detrás de los blindados. "Carbó se encontraba unos metros detrás de mí y le dio la orden a los compañeros y comenzó a exhortarlos con más brío y andar de un lado para

[88] Testimonio del general de brigada Efigenio Ameijeiras. Revista *Bohemia,* julio 1989.

otro de pie, arriesgándose constantemente. Unos compañeros que estaban allí, nos contaron que le dijeron varias veces que tuviera más cuidado, que no se emocionara tanto porque podía ser herido y además él era el único capitán que se encontraba en ese momento en dicho lugar. Y efectivamente, a los pocos minutos al cruzar el terraplén del lado del tanque hacia la uva caleta, en un montecito que había allí, fue herido en el hombro izquierdo, y aún continuó exhortando a los compañeros y disparando con su FAL. Tan mala suerte tuvo que a los pocos minutos de esta actividad, le dieron un tiro en la frente; cayó mortalmente herido. Y de verdad, sin que esto parezca un drama, no soltó el FAL. Murió de frente al enemigo y empuñando en su mano derecha el FAL; fue el más destacado de nuestros compañeros, el más decidido al igual que en la Sierra Maestra".[89]

Un proyectil perforante atravesó el pesado blindaje del tanque tras el cual se protegían los policías y milicianos del 116., Tres tripulantes salieron con sus overoles envueltos en llamas, uno de ellos, el conductor, lo había conducido desde Managua, por la carretera, durante cerca de 300 kilómetros. No habían podido localizar medios adecuados para el transporte de los blindados. Al llegar a la zona de combate, otro tanquista se percató del cansancio de su compañero y le propuso relevarlo. "Si he llegado hasta aquí, sigo para la pelea". —fue la respuesta. Poco después moriría a la entrada de Girón.

El segundo T-34 que alcanzó la curva, también fue abatido. "Nos pareció que un proyectil estalló en nuestras propias cabezas. Fui lanzado hacia atrás y me di un golpe tremendo contra el compartimiento que divide el tanque. Una bola roja daba vueltas adentro. Uno de mis compañeros quedó con las vísceras afuera, desfigurado[90]

Bajo el fuego enemigo las fuerzas al mando del comandante Samuel Rodiles continuaron su avance, palmo a palmo: Un mo-

[89] Testimonio del general de división Samuel Rodiles Plana. Elio Carré: Ob. cit., p.182.
[90] Testimonio de Roldán Anglada. Tanquista. Miguel A. Sánchez: Ob. cit., p. 227.

mento crucial en la batalla de la rotonda la protagonizó la dotación de un cañón autopropulsado Sau-100, al comenzar a disparar en directo contra las posiciones enemigas. Hizo impacto en el tanque M-41 que tripulaba el Segundo jefe de la compañía de tanques de la Brigada. Alemán y su tripulación perecieron y el tanque quedó fuera de combate. Entonces los milicianos y policías concentraron el fuego de su fusilería sobre el triángulo de defensa del batallón dos de la Brigada, ocasionándole algunas bajas, entre ellas las de los tiradores de las ametralladoras que encima de las torretas de los camiones multipropósitos estaban barriendo el perímetro defensivo de Girón.

Erneido Oliva había concentrado el fuego de seis bazuqueros en la curva, donde nacía la bifurcación que daba acceso a Girón. Situó además tres camiones con ametralladoras pesadas multipropósitos y ordenó al jefe de los, morteros, Julio Díaz, realizar, fuego graneado sobre el terraplén del litoral. "Viene el morterazo y da en una piedra, es tan grande la explosión que mata a cinco compañeros de la policía que están al lado mío, hombro con hombro conmigo, me quedo quieto, quieto, pienso que estoy reventado, tengo gusto a pólvora y a sangre [...] entonces veo a otro compañero de la policía con una herida muy grande detrás del brazo".[91]

Oliva adoptaba esas medidas pues sabía que si no detenía el avance de las fuerzas revolucionarias, estas romperían el frente y se adentrarían en el centro turístico, última posición en poder de la Brigada. Según Peter Wyden: "Oliva colocó siete bazucas a lo largo de una curva defendida por soldados del sexto batallón; con el segundo batallón de reserva; enfiló tres tanques de la Brigada hacia la curva... Un pelotón armado con morteros de 81 *mm* disparaba con tal rapidez que las bocas de los morteros comenzaron a derretirse".[92]

Oliva dio órdenes, además, al jefe de la compañía G del segundo batallón para que avanzara y empujara hacia atrás a los policías y milicianos que marchaban pegados al mar. Uno de los tanques salió en apoyo de la compañía. "El tanque estaba emplazado,

[91] Testimonio de Jorge Travieso. Miguel A. Sánchez. Ob. cit.. p. 228.

[92] En opinión de José Ramón Fernández, la aseveración acerca del derretimiento de las bocas de los morteros, resulta exagerada.

comenzó a avanzar hacia nosotros. En ese momento, el único compañero que tenía una granada antitanque era el teniente Sosa. Se podía decir que nos encontrábamos a la intemperie; el tanque se adelantó y se situó a unos 30 metros de nosotros, entre las uvas caletas y el pequeño montecito. Ellos no nos veían, pero nosotros sí veíamos la parte superior de la torreta y la antena del tanque. Se le dio entonces la orden al teniente Sosa".[93]

La explosión sacudió la tierra sin impactar el tanque, pero asustó lo suficiente a su dotación, quienes seguramente pensaron que detrás vendrían otros disparos más certeros. Hicieron girar el tanque y emprendieron la retirada. Realmente, los policías no disponían de otras granadas. Su mayor apoyo lo recibían de los proyectiles de los obuses de 122.

Erneido Oliva observó como el tanque se retiraba y junto con este, la segunda compañía del batallón que él comandaba. Ordenó a Ruiz William del batallón de armas pesadas que fuera a buscar municiones a la jefatura. Pero este no pudo llegar. El fuego que la artillería, al mando del teniente Milián y bajo las indicaciones del capitán Fernández caía sobre los invasores, se lo impidió:

"Regresábamos por el medio de la carretera que hay allí en Girón cuando el guajiro, de pronto, me dijo: '¡Mira, son obuses!' Dos o tres explosiones se escucharon muy cerca de nosotros, muy cerca. Cuando yo me asomé, otra granada explotó y me vi por el aire y detrás de mi la calibre 50 del camión. Al caer sobre la tierra comencé a buscar al guajiro. Pensé que estaba muerto, pero vi que hacia algunos movimientos y me acerqué a él. Me dijo que estaba bien. Ninguno de los dos, sin embargo, podíamos caminar.[94]

"Milián había guiado el *jeep* hasta pocos metros de la línea de combate, siendo alcanzado el vehículo por numerosas balas y saliendo ilesos nosotros milagrosamente, ya que el enemigo, al ver el vehículo, trataba de inutilizarlo. Milián se subió a un árbol y desde allí presenciaba el tiro de las piezas de artillería que dirigía desde el

[93] Testimonio de general de división Samuel Rodiles Plana en Elio Carré: Ob. cit., p. 184.
[94] Haynes Hohnson: Ob. cit., p. 193.

amanecer bajo las órdenes del capitán Fernández. A cada disparo, bajaba del árbol y corregía el tiro a través de la radio del *jeep*".[95]

La decisión de seguir avanzando, aprovechada luego de la retirada del tanque y de la compañía G, determinó el desenlace del combate en favor de las fuerzas revolucionarias. "Poco tiempo después le habíamos arrebatado al enemigo otra trinchera. Allí encontramos algunos milicianos muertos, unos dentro de las trincheras de piedra y otros en el terraplén, pegados a las trincheras".[96]

Al filo del mediodía, el capitán Fernández recibía una comunicación del Puesto de Mando, ubicado en el central Australia:

> Fernández:
> Ast: Te envío una batería de morteros de 120 al mando del teniente Eduardo Rodríguez para que se ponga a tus órdenes. Te remito dos copias de comunicaciones del Estado Mayo:
> Mandaron una co. del Bon 120 para Buenaventura donde se dice han cogido dos prisioneros y hay unos treinta más.
> Tomamos San Blas..
> Te van a tomar los otros compañeros Girón si no te apuras.
> Un helicóptero nuestro va a Australia y Yaguaramas, arriba urgente.
> Nota: El parque de obús 122 no lo tengo, lo he pedido.

Ciertamente, San Blas había caído alrededor de las 11 a.m. en poder de las tropas que avanzaban desde Covadonga. Poco después se le unieron las fuerzas que avanzaban por la carretera de Yaguaramas.

El tercer batallón de la Brigada de Asalto se retiraba hacia Girón y Alejandro del Valle colocaba las defensas cuando algo, totalmente inesperado, ocurría ante sus ojos.

Un *jeep* con un comandante del Ejército Rebelde se detuvo ante ellos. El comandante estaba sereno. "Los paracaidistas estaban preparando sus posiciones [...] quedaron perplejos al ver que *un*

[95] Testimonio de Orlando Pérez Díaz. En: *Playa Girón: derrota del imperialismo.* Ediciones Revolución, La Habana, 1962, tomo 1, p.224.

[96] Testimonio del general de división Samuel Rodiles Plana. Elio Carré: Ob. cit., p. 184.

jeep, manejado por un capitán del ejército de Castro se introducía como un disparo en sus filas. Sentado al lado del capitán estaba el comandante Félix Duque, uno de los más altos jefes enemigos. El comandante Duque, creyendo que las tropas avanzaban delante, cayó en el regazo de la Brigada [...] 'A estos comunistas, hay que cortarles la cabeza'. Duque gritó: 'Lo mejor que hacen ustedes es rendirse. Ustedes no saben lo que viene por ahí enfrente. Yo tengo 500 hombres y 14 tanques'."[97]

El gesto del comandante Duque no dejaba lugar a dudas acerca de la alta moral y del empuje de las fuerzas que enfrentaban a los invasores.

Realmente, la vanguardia de las fuerzas al mando de Duque venía avanzando desde San Blas, dirigida por el capitán Víctor Dreke. "Nuestra vanguardia tenía la orden de no detenerse. Al llegar a una curva grande que hace la carretera, mandé a parar. No observé ningún movimiento extraño y di la orden de continuar la marcha. Había avanzado unos 20 pasos cuando se abrió un fuego enorme sobre nosotros".[98]

Dreke resultó herido y fue retirado mientras los milicianos ripostaban el fuego. Dos blindados avanzaron por el terraplén y un tercero por un potrero cercano.

Uno de los tanques fue inutilizado por el impacto de un cañón sin retroceso, y otro resultó impactado en medio de un drama que se desarrolló en su interior. El conductor pedía al artillero a través del equipo de comunicación que disparara, pero este no lo oía. Habían confundido la llave del sistema y su voz se escuchaba nítidamente en el exterior, como si hablase por un altavoz. "Le era imposible por tanto al artillero poderlo oír y en eso lo escucho nuevamente, desde mi tanque, cuando le decía al artillero: 'Tú ves c... me hirieron por no tirar' [...] En realidad, en aquel tiempo nosotros no teníamos casi ninguna experiencia en lo que era el dominio de la técnica de los tanques, hacía poco que los habíamos recibido e incluso estábamos pasando escuelas en los momentos de producirse el ataque'."[99]

[97] Haynes Johnson: Ob. cit., p. 193.
[98] Testimonio del capitán Víctor Dreke. Miguel A. Sánchez: Ob. cit., p. 235.
[99] Testimonio de Ramón Martínez, tanquista. Elio Carré: Ob. cit., p. 190.

Por ambos flancos las columnas de milicianos continuaron el avance bajo la metralla enemiga. Desde el foso de una cuneta, un combatiente lanzó una granada que voló un nido de ametralladoras del otro lado y unos minutos después uno de los camiones artillados con que contaba el batallón tres para defender ese punto, hacía explosión.

"Paso, a paso los paracaidistas, el tercer batallón y los dos tanques eran abatidos. A las dos de la tarde, los blindados de Castro se hallaban consolidados y su fuego caía con precisión dentro de las posiciones de la brigada".[100]

Roberto Pérez San Román, jefe del batallón de armas pesadas, que había sustituido al jefe del batallón tres, destituido por Alejandro del Valle, recordaría años después aquel combate. "Muchos hombres que yo conocía cayeron en aquel combate. Muchos fueron hacia los montes. Yo tenía nada mas que 40 soldados alrededor mío. Decidí retirarme".[101]

A las cinco de la tarde aproximadamente, los tanques y las tropas de milicianos y el Ejército Rebelde se posesionaron de un pequeño batey llamado Helechal, a unos escasos seis kilómetros de Girón. Estaba cayendo la tarde, y en la medianoche de ese día se cumplirían 72 horas del desembarco de la Brigada 2506. Derrotarlos totalmente antes de ese plazo constituía un reto para el gobierno cubano. Y a aquel punto tan cercano a Playa Girón, justo antes de oscurecer, llegó el Comandante Fidel Castro.

Después de intercambiar con los oficiales allí presentes y de conocer detalles sobre las tropas, se subió a un tanque y les dirigió la palabra. Según el capitán Ángel Fernández Vila, sus palabras fueron: "El enemigo trata de reembarcar y simular ante el mundo que el ataque ha sido una comedia de nuestra parte. ¡No permitamos que escape uno solo de ellos! ¡Adelante! ¡No nos detengamos hasta llegar a la playa! Si cae el primero, llega el segundo, si cae el segundo, llega el tercero, pero se llega a la playa ahora mismo. Que no se detengan los tanques hasta que las esteras se mojen con el agua de

[100] Haynes Johnson: Ob. cit., p. 159.
[101] Ibidem.

la playa, porque cada minuto que esos mercenarios estén sobre nuestro suelo entraña una afrenta contra nuestra patria".

Un combatiente de la Columna Uno de la Sierra Maestra recuerda así aquel momento: "Dijo que el primer tanque iría a toda máquina tirando cañonazos, detrás el segundo, y luego el tercero y así, disparando. Si rompían al primero, el segundo seguía avanzando y tirando y así, hasta Girón. Y ustedes —se refería a nosotros, la infantería—, tienen que entrar detrás del último tanque, haciendo una línea de tiro. Asignó para cada tanque a un comandante, pienso que por aquello del ejemplo y él se fue a meter en el tercero. Entonces la gente saltó como un resorte.

"¡Tú no, Fidel, tú no vas! ¡Yo sí voy, aquí mando yo!"

"¡Tú no, Fidel, tú no!"

Mientras discutían, el teniente Joel Pardo, que se encontraba en su tanque y venía combatiendo desde el amanecer, le dijo: "'Bueno comandante, yo me voy'. Lo hice con el objetivo de ganar tiempo, por si él decidía irse, yo ya haber alcanzado bastante terreno, haber llegado a la playa o haber tenido contacto con el enemigo". Maciques recuerda el final de aquella discusión entre Fidel y la tropa:

"Y la respuesta de Fidel fue una respuesta que nos dejó impactados a todos. La forma en que Fidel nos dijo enérgicamente que él era el jefe de la Revolución y que como jefe de la Revolución, él tenía el derecho, tenía el derecho de combatir y de entrar en Playa Girón igual que lo iba a hacer el resto de los compañeros. [...] la gente se calló, allí todo el mundo se calló".

Y Fidel partió en el tanque.

Desconocía que hacía unas dos horas el jefe de la brigada, José Pérez San Román, había destruido la radio y junto con otros 40 invasores se había dirigido hacia el este, por el monte, próximo a la costa, hacia donde estaba el cerco tendido por los batallones 326 y 329 al mando del capitán Orlando Pupo y del comandante Raúl Menéndez Tomassevich, quienes habían reforzado ese frente en las últimas horas con el objetivo de impedir la huida de los invasores.

Al oeste, los policías y milicianos irrumpían en Girón, luego de un ataque de la Fuerza Aérea Revolucionaria donde participaron dos

B-26, dos Sea Fury y dos T-33, en lo que sería el colofón de tres jornadas ininterrumpidas de misiones con el saldo de ocho B-26 derribados, dos barcos y tres barcazas de desembarco hundidos y otras tantas misiones de cobertura aérea al desplazamiento de las tropas revolucionarias.

"A las cinco y treinta de la tarde entramos todos a Playa Girón. En la segunda curva, en la cuneta, detrás de un montículo de arena se ve un tanque destruido y un mercenario muerto sobre el mismo. Más adelante hay otro tanque destruido y a continuación un camión comando con la plataforma donde tenía una calibre cincuenta destrozada. En la cuneta hay una pierna cercenada. El cuerpo a lo mejor está con vida por ahí. No alcanzan los ojos para ver tanto armamento abandonado por distintos lugares de la playa y el pueblecito, sobre todo, los cañones, morteros y bazucas. Hay tres tanques y varios camiones artillados con ametralladoras cincuenta. Es una explosión de alegría, de inmensa alegría en todos los rostros de aquel mar de gentes que entra en Girón: policías, civiles, milicianos, rebeldes [...]".[102]

El capitán Fernández también entraba en Girón encima de un carro blindado; a lo lejos, en el mar, las siluetas de dos *destroyers* norteamericanos se habían disipado. Pero dos horas antes llegaron a estar a tiro de los cañones bajo su mando.

"A los barcos, capitán, a los barcos; capitán". Fernández miró al mar y descubrió dos barcos de guerra que estaban en los límites de nuestras aguas jurisdiccionales, entonces de solo tres millas, y se acercaban peligrosamente a la costa, frente a Playa Girón. Desde que la clase de guardia en el campamento de Managua lo despertarán diciéndole que Fidel lo llamaba por la micro, habían transcurrido 62 horas; y al igual que los hombres que le acompañaban, estaba sediento, hambriento y agotado. Pero hasta unos segundos antes se había sentido eufórico, la victoria era cuestión de horas, tal vez un par. En el ancho bolsillo de su camisa verde olivo, se agolpaban decenas de mensajes, él recordaba uno, el último,

[102] Testimonio del general de brigada Efigenio Ameijeiras. Revista *Bohemia,* julio de 1989.

recibido al mediodía, en él le decían provocativamente: "Te van a tomar los otros compañeros Girón si no te apuras".

Y ahora, a través de los los prismáticos Zeiss, los cañones del *destroyer* US *Eaton* aparecían desenfundados, listos para abrir fuego. A su espalda, sobre la nuca, Fernández sentía la presión de las miradas de todos sus hombres que enardecidos seguían clamando: "A los barcos, capitán, a los barcos".

De pronto se halló en una encrucijada dramática, como en las tragedias griegas: "¿Por qué a mí?", tal vez se preguntó. La Revolución, a la que se había entregado en cuerpo y alma, había acelerado su ritmo cardiaco, en lo adelante, como toda la nación cubana, había vivido de taquicardia en taquicardia. Pero ahora, parado sobre los acantilados, sosteniendo los prismáticos ante sus ojos, experimentó una sensación de engarrotamiento en sus sentidos y un peso descomunal sobre su cabeza, como nunca antes, y deseó tener a su lado otros compañeros de jerarquía con quien consultar.

Mas estaba solo, completamente solo. No habían equipos de comunicaciones, durante toda la batalla había utilizado mensajeros que debían recorrer largas distancias. Y él no disponía de tiempo. Tenía que tomar una decisión sin demora.

Para complicarlo todo aún más, descubrió pequeñas embarcaciones que se estaban moviendo entre la costa y los barcos. Al parecer, unas venían, otras iban. Si daba la orden por la que clamaban sus artilleros, con seguridad impactaría en los *destroyer,* ocasionando bajas a la marina estadounidense. Desconocía que ese sería el ansiado pretexto que buscaban los halcones en el Pentágono y la CIA para evitar la catástrofe.

El almirante Burke, el general Lyman Lemnitzer, Dulles, Bissell, y otros, en la madrugada, en la oficina oval de la Casa Blanca, en medio de una atmósfera cargada de reproches y miradas enconadas, habían exigido al Presidente la escalada que conduciría irremisiblemente a la intervención directa, pero este se había negado de forma tajante. Con un sinnúmero de oficiales y marines muertos y heridos, y el consiguiente escándalo en la prensa sensacionalista, a Kennedy no le hubiera quedado otro remedio que darle luz verde

a los militares. La nación cubana se hubiera visto enfrascada en una guerra sin cuartel, defendiendo pulgada a pulgada el suelo patrio, ciudad por ciudad, casa por casa, montaña tras montaña, al precio de cientos de miles, tal vez millones de vidas humanas, hasta lanzar al mar al último de los invasores, o perecer en la contienda.

Fernández ordenó alinear los cañones de 85 milímetros y los tanques, casi directamente en el agua. A su izquierda alineó los 10 cañones autopropulsados SAU-100. "¡A los barcos no, a los botes", ordenó.

No estaba dispuesto a dar la excusa para iniciar represalias y escalar la guerra. Además, había razonado que no era lógico que los destructores vinieran en zafarrancho de combate y atacaran sin la cooperación de la aviación.

Fernández era un oficial imponente, profesor de oficiales y cadetes. Nadie se atrevería a moverle el piso bajo sus pies. Los artilleros comenzaron a disparar hacia los botes, aunque muy cerca de los barcos de guerra norteamericanos. Tan cerca, que algún que otro disparo hizo pensar a algunos oficiales en el *US Eaton* que le estaban disparando.

"El capitán Perkins, también sobre el puente de mando, pensó que los habían puesto dentro de un paréntesis.[103] Los artilleros del barco estaban preparados. Pidieron permiso para replicar el fuego. Crutchfield se negó. Consideró seriamente replicar el fuego. Si los proyectiles hubieran caído más cerca habría respondido. ...Ahora era el momento de mantener la calma. ...Le dijo a Pete Perkins que se mantuviera en marcha. Seguido por el Murray, se movieron al este, alejándose de la playa y del fuego enemigo".[104]

"Es verdad que los barcos se retiraron. En ese instante tuve la impresión de que la guerra había concluido, y sentí un enorme si-

[103] Esto es un disparo largo y uno corto, lo que significa en el argot artillero que lo habían encuadrado y el próximo disparo sería sobre el blanco. *[Nota de la traducción.]*

[104] Peter Waydem. *Bay of Pigs. The Untol Story*. 1979, p. 282.

lencio en mi cabeza, como si estuviera flotando en el aire, fue la descompresión tan intensa que experimenté"[105]

Durante la Conferencia Académica Girón 40 años después, el Comandante en Jefe Fidel Castro, acostumbrado a tomar decisiones trascendentales, en tono de broma, y reafirmando su aprobación por la decisión adoptada por el capitán Fernández, le preguntó:

—"¿Con quién consultaste?"

Fernández abrió los brazos en plegaria, y dibujando una sonrisa, respondió:

—"Estaba solo, con quién iba a consultar, ¿con los dioses?"

Los milicianos, policías y soldados del Ejército Rebelde comenzaron a registrar las cabañas turísticas e hicieron una veintena de prisioneros, algunos de ellos heridos, los que fueron trasladados de inmediato hacia los puestos médicos. De pronto se encontraron a un grupo de muchachos.

"Al amanecer del miércoles 19 parecía que el mundo se acaba. Como a las diez de la mañana, nos sacan de la cabaña y nos llevan para abajo del rompeolas. Ahí nos vigilaban dos mercenarios. Por la tarde nos vimos entre dos fuegos y luego el bombardeo de nuestra aviación. Nos metimos en el agua, en un hueco de piedras y como a las cinco los dos mercenarios nos dijeron que iban a ver lo que pasaba. Soltaron las armas y salieron corriendo. Se había hecho un tremendo silencio. Nosotros salimos también. Vimos a Mariano Mustelier y este nos dijo que se habían ido. Entonces, en una cabaña, cogimos una sábana blanca y fuimos por el frente del club. Yo tenía el ojo muy inflamado y casi no veía. En ese instante vinieron unos policías y les dijimos quiénes éramos; pero nos piden identificación. Fue entonces que Patria Silva se echó a llorar. 'Cómo nos van a pedir identificación' —les dijo a los policías. Entonces, los policías nos llevaron. A mí me cargaron, pues me sentía muy mal. Valerio, el brigadista de 14 años tenía psicosis, gritaba que los aviones venían. Estaba muy mal. Y Patria llorando porque los policías la habían confundido. Ella no lloró durante los tres días que estuvimos prisioneros".[106]

[105] Testimonio de José Ramón Fernández.
[106] Testimonio de Ana María Hernández Bravo, 1990. Archivo del Autor.

Días después, el presidente norteamericano John F. Kennedy, reconocía ante el mundo que la invasión había sido obra de su administración, y asumía toda la responsabilidad. Casi al finalizar expresó: "La victoria tiene muchos padres, la derrota es huérfana."

Cerca de 1 200 invasores, derrotados, se ocultaban en el monte y trataban de huir. En las casas de los campesinos, tornaban las ropas de estos para tratar de pasar el cerco. "La casa estaba ametrallada, debajo de los colchones encontramos pistolas, el escaparate estaba casi vacío; se habían llevado las ropas. El farol lo rompieron. En eso veo que mi papá esconde un retrato de Fidel.

'¿Papá, usted tiene miedo?' —le pregunté, 'No mi hija, no, no tengo miedo. Es que no quiero que esa gente me lo vaya a romper'."[107]

[107] Testimonio de Bernarda Hernández Rodríguez, carbonera, 1990. Archivo del Autor.

Epílogo

Yo estoy absolutamente seguro —eso lo digo aquí con toda franqueza— de que fue una gran suerte que esa invasión fracasara. Fue una gran suerte para nosotros, incluso también para Estados Unidos, porque Vietnam se habría producido en Cuba y no en Vietnam.

Viendo el éxito de la expedición y la ocupación de aquel pedazo de territorio, con el gobierno que estaba en un avión, con sus maletas listas para aterrizar, en una pista que la propia Revolución había construido unos meses antes, en un programa de desarrollo de la zona más pobre del país —que por eso la conocía muy bien, casi como la palma de la mano, porque muchas veces había estado en ese lugar entusiasmado con el desarrollo que hacíamos de aquel sitio—, si el gobierno se establece, es incuestionable que inmediatamente habría venido el reconocimiento de la OEA, y es incuestionable que se hubiera producido una intervención militar de Estados Unidos, y de algunos pelotones o algunos batallones, como ocurrió después en Santo Domingo y en algunos otros lugares, que la OEA decide y las tropas las pone Estados Unidos.

Estoy convencido, porque recuerdo muy bien el estado anímico de nuestro país y porque conozco muy bien a nuestro pueblo —por eso le mencioné que parecía que habíamos salido de una empresa que parecía imposible, muy difícil—, se habría desarrollado una resistencia en que cientos de miles de hombres y mujeres armados y millones de ciudadanos habrían luchado con las tropas norteamericanas, porque detrás de las tropas vendría el empecinamiento, la cuestión de honor.

Nuestro país había tenido una experiencia de lucha de 10 años, de 1868 a 1878, cuando no había aviones, no había nada; pero heroica. Treinta años habían luchado y nuestro pueblo estaba impregnado de esa tradición y los que dirigíamos estábamos impregnados y habíamos logrado transmitirla a nuestra población.

No eran en ese momento cuestiones de socialismo o comunismo las que determinaban la actitud del pueblo, era el odio al sangriento régimen de Batista, las miles de personas asesinadas, las inmoralidades, el saqueo y la admiración hacia un grupo de jóvenes, que ninguno de los cuales era conocido apenas; yo era un poquito más conocido porque había sido dirigente en la universidad. La admiración del pueblo por los que habían logrado el imposible de derrotar aquel régimen bien armado —80 000 hombres, entre soldados, marineros y policías—, y a las leyes que había hecho la Revolución, sobre todo la dignificación del ciudadano.

Cuando el ciudadano común y corriente se convirtió en poder, el poder se identificaba con las armas y ellos tuvieron en sus manos las armas [...].

[...] Nosotros logramos rendir batallones completos, cientos de hombres, y después a miles de hombres llegamos a hacer prisioneros. Eran nuestros suministradores de armas, porque a nosotros nadie nos suministró. Nosotros no habíamos sido un Vietnam en el sentido de que alguien pudiera hacer llegar aquí una bala, sino que toda nuestra mentalidad y toda nuestra conciencia y experiencia era habernos armado con las armas que capturábamos a los soldados adversarios.

Es decir, cualquiera diría: ¿Ustedes podían resistir? Sí, nosotros podíamos resistir; estábamos absolutamente seguros, y aún lo creemos, que es lo más importante, quién sabe cuanto tiempo, quién sabe al precio de cuantos cientos de miles de vidas cubanas, y sin duda, ¡sin duda!, se podría hablar de decenas de miles de vidas de norteamericanos. Estoy convencido además, de que aquello habría producido una complicación en el mundo, extraordinaria. Pero nosotros no contábamos con las complicaciones en el mundo; nosotros contábamos con nosotros, exclusivamente. Sabíamos que si había una guerra no habría forma de ayudarnos a nosotros por mucho que fuese el deseo y la voluntad de alguna potencia internacional.

Habría creado el peligro de guerra muy grande, algunos lo han dicho. Los soviéticos, sin duda, habrían reaccionado; en Berlín, sin duda, se habría complicado extraordinariamente la situación. Aquello pudo ser un peligro parecido a la Crisis de Octubre, y alguien dijo que fue el momento de más serio peligro de una guerra nuclear. Pero por Cuba, y sin misiles aquí, se habría podido crear una complicación tremenda —lo digo ubicándome en aquel minuto exacto—, si tiene éxito la invasión, si logran establecer el gobierno, que habría producido, inexorablemente, una intervención de Estados Unidos.

Luego debemos alegrarnos. Aquí se habla de que unos tuvieron la victoria o el éxito, y otros no tuvieron éxito, o tuvieron la derrota. Y, realmente, si vamos a ser consecuentes, creo que tanto ustedes como nosotros debemos alegrarnos de que aquello hubiese fracasado. Y sostengo una profunda convicción: si en vez de Kennedy hubiese sido Nixon, entonces las fuerzas de Estados Unidos, las fuerzas militares de Estados Unidos habrían intervenido en esa contienda y habría ocurrido lo que estoy afirmando aquí.[1]

[1] Fragmentos de una intervención del comandante en Jefe Fidel Castro durante la conferencia académica "Girón 40 años después", celebrada en La Habana entre los días 22 y 23 de marzo del 2001.